EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias (españoles é hispano-americanos).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros),

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29; teléf. 14-30.—Madrid.

CINCO ENSAYOS

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia.* (Novela) y *Cuentos de color.*
III.—José Martí: *Los Estados Unidos.*
IV.—José Enrique Rodó: *Cinco ensayos.*
V.—F. García Godoy: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—Nicolás Heredia: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. González Prada: *Páginas libres.*
VIII.—Tulio M. Cestero: *Hombres y piedras.*
IX.—Andrés Bello: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—Domingo F. Sarmiento: *Facundo.* (Civilización y barbarie en la República Argentina.)
XI.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Oro* (Novela).
XII.—Rubén Darío: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—Carlos Arturo Torres: *Los Idolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—Pedro-Emilio Coll: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—Julián del Casal: *Sus mejores poemas.*
XVI.—Armando Donoso: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—Alberto Ghiraldo: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—Gonzalo Zaldumbide: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—José Rafael Pocaterra: *Vidas oscuras.* (Novela.) 4 pesetas.
XX.—Jesús Castellanos: *La Conjura.* (Novela.)
XXI.—Javier de Viana: *Guri y otras novelas.*
XXII.—Jean Paul (Juan Pablo Echagüe): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—Luis María Jordán: *Los Atormentados.* (Novela.)
XXV.—Carlos Arturo Torres: *Estudios de crítica moderna.*—4 pesetas.
XXVI.—Salvador Díaz Mirón: *Lascas.* Precio: 2,75 pts.
XXVII.—Carlos Pereyra: *Bolívar y Washington.*—4,50 pesetas. (Un grueso volumen de 448 páginas.)
XXVIII.—Rafael M. Merchán: *Estudios Criticos.*
XXIX-XXX.—Bernardo G. Barros: *La caricatura contemporánea.* (2 vols.)
XXXI-XXXII—José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo.*
XXXIII.—Manuel Gutiérrez Nájera: *Cuentos color de humo* y *Cuentos frágiles.*
XXXIV.—Miguel Eduardo Pardo: *Todo un pueblo.* (Novela.)
XXXV.—M. Díaz Rodríguez: *De mis romerias* y *Sensaciones de viaje.*

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

CINCO ENSAYOS

MONTALVO. — ARIEL. — BOLÍVAR.
RUBÉN DARÍO.—LIBERALISMO Y JACOBINISMO

EDITORIAL-AMÉRICA

MADRID

—

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

FERRAZ, 25

RODÓ

(SILUETA QUE PODRÁ SERVIR PARA UN RETRATO FUTURO)

Creo en el interés de las confidencias literarias, cuando ellas son ingenuas y cuando nos guían por los vericuetos de un espíritu escogido; no me parece que se pierda el tiempo refitoleando y sutilizando, con la porfía de un Amiel, en los propios *pensares de pensares*, cuando esto se hace con sagacidad y con gracia; pero me causa horror pensar en lo que podría llegar á ser este género de literatura personal el dia en que se la declarara *puerto franco* y fuera fácilmente accesible á las tentaciones de la tontería.

1897. José Enrique Rodó.

Es hombre grande. Su estatura está en relación con su intelecto; se acerca á los dos metros. Destácase su cabeza erguida en cualquier grupo que se encuentre, y cuando camina, apoyando el antebrazo derecho sobre una parte de su cuerpo, dejando la palma de la mano hacia afuera y el otro brazo moviéndose como un remo, no hay necesidad de observar su mirada aquilina y la nariz que la completa para figurarse un cóndor de los Andes agitando

una de sus alas antes de emprender rápido vuelo.

Desde hace cuarenta y tres años, desde el día de su nacimiento, vive en Montevideo, ciudad que recorre con frecuencia, á pie, en todas direcciones, indiferente á las miradas de los transeuntes que lo conocen y lo observan, aunque jamás esquivando el encuentro con los muchos amigos que tiene y el saludo de muchos jóvenes intelectuales que se hacen un deber en descubrirse á su paso.

Allá en sus cortos años fué niño mimado, de casa antigua y rica. Educóse en la primera escuela laica y libre que existió en su país, y solo en el hogar recibió esa enseñanza católica que nuestras madres dan, exenta de clericalismo, aunque llena de religiosidad y de preceptos morales. Los que le predijeron seguro porvenir le recuerdan aún cuando, de la mano de su tío D. Cristóbal, vera efigie de Mulay-Habas, iba, camino de la iglesia, moviendo su cuerpo sobre sus delgadas canillitas y luciendo valioso traje de terciopelo con cuello blanco de encajes, al que realzaba un sombrero, que el tierno adolescente echaba con donaire hacia atrás para dejar descubierta la frente, en la que, acaso, ya bullía aquel *algo* misterioso de Chenier.

En la edad en que se empiezan á conocer los sinsabores y los encantos de la vida, José Enrique Rodó, huérfano de padre, no visitaba más iglesias, ni recorría despreocupado las calles de su ciudad

natal. Los estudios universitarios absorbieron para entonces sus actividades, tan bien empleadas, que á los veintiún años sorprendió más de una vez á los que los escuchaban con sus disertaciones sobre Literatura, sobre Historia, sobre viajes, hechas con aplomo y convicción, pero sin pedantería.

*
* *

Ni entonces ni después se le han conocido amores, aunque en su primera juventud tuvo trato con las musas, y se notaba en él menos desaliño en el vestir que hoy día.

En un soneto de aquella época nos relata de la manera siguiente cuáles fueron las primeras *lecturas* que le impresionaron:

De la dichosa edad en los albores
Amó á Perrault mi ingenua fantasía,
Mago que en torno de mi sien tendía
Gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores
Fué Lamartine mi cariñoso guía.
Jocelyn propició, bajo la umbría
Fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y escuda
Al corazón, que austeridad entraña.
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,

Amé á Cervantes. Sensación más ruda
Busqué luego en Balzac... y hoy, ¡cosa extraña!,
Vuelvo á Perrault, ¡me reconcentro y río!...

Río ha dicho. Reía probablemente á solas, ó en círculo de íntimos, pues por lo general ríe poco y sin estrépito. Los que fueron sus discípulos durante el tiempo que dictó sus interesantísimas clases de Literatura en la Universidad de Montevideo, no le vieron reir nunca en la cátedra, y todos admiraban la gravedad sin petulancia de aquel maestro de veintiséis años, que tenía modales de profesor y erudición de sabio.

Por capricho, por no rendir el examen de Filosofía que le faltaba, no se graduó bachiller en aquel Centro, y para iniciarse en la politica dejó cátedra y clases en 1901.

En periódicos estudiantiles deshojó las primeras flores de su ingenio, hasta la hora en que, con los hermanos Martínez Vigil y con Víctor Pérez Petit, dió á luz la *Revista nacional de literatura y ciencias sociales*, de honda repercusión en el Uruguay y en todo el Continente americano.

Preparóse á las tareas de ese nuevo cargo, formando *academias* entre sus compañeros, especie de tertulias de intelectuales, en las que los concurrentes se imponían temas que desarrollaban y criticaban luego en reuniones sucesivas.

En el último libro de Rodó, en *El mirador de Próspero*, se hallan reproducidos varios de los trabajos publicados en la citada revista. Otros estudios semejantes, de éxito ruidoso, como "El que

vendrá" y "La novela nueva", fueron recogidos en un folleto en el año 1897. Todos aquéllos, más los que le siguieron, no dan una idea exacta de la idiosincrasia de su autor, que si no odia el *yo*, como Pascal, tampoco gusta hablar de sí en sus producciones, ni arrojar en público las prendas que lo cubren, como esos atletas de circo que desnudan, con cierta fruición, á los cuatro vientos, la musculatura poco común que poseen.

***

De la época de la *Revista Nacional* data la fama de Rodó, y desde entonces su morada de la calle Cerrito, en la *ciudad vieja* de Montevideo, es el centro uruguayo adonde llegan más publicaciones americanas y mayor número de cartas escritas por literatos del Continente.

La correspondencia del artífice de *Ariel* es numerosa, y él solo la atiende, sin secretario alguno, no dejando carta interesante sin respuesta, ni impreso sin revisar, ni manuscrito sin un destino en su archivo, amontonado á la buena de Dios, aunque los manuscritos y los impresos que se hallan en él estén ornados de arabescos, que son los comentarios marginales cuya lectura arranca al destinatario.

Calcando una de las frases estampadas en su juicio sobre Montalvo, puede afirmarse que Rodó tie-

ne "la vocación de la Literatura, con el fervor, con la perseverancia, con los respetos y cuidados de una profesión religiosa." No pasa día sin que oficie en sus altares, y cada jornada de su moderna existencia tiene su página, que releída, arreglada y puesta más tarde junto á otras, forma los capítulos de libros "en perpetuo devenir", en gestación incesante.

Aunque poco amigo de retóricos, de "pertinacia fría, que ajustan penosamente en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma", no olvida cuando escribe aquel precepto de Boileau que hasta los niños en Francia saben de memoria: *Hâtez-vous lentement; et, sans perdre courage,—Vingt fois sur le métier remettez votre ouvrage:—Polissez le sanscesse et le repolissez; — Ajoutez quelquefois, et souvent effacez.* Sólo que Rodó borra y pule las oraciones en su cabeza, pues en él la expresión definitiva de su pensamiento es siempre muy posterior á la idea-ción, por su afán constante de buscar la belleza de la forma, la música del lenguaje.

De esa manera cree alcanzar el intento en que está empeñado "de devolver á la prosa castellana color, resalte y melodía, y de henchirla de sangre y engordarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos ni los realistas de la anterior centuria llegaron más que á demediar, en la sintaxis y en el léxico".

Por tal motivo, sin duda, no quiere ser periodista, sino á ratos, cuando la lucha por la vida lo lleva á las oficinas de un diario ó cuando piensa que "ser escritor y no haber sido, ni aun accidentalmente, periodista, en tierra tal como la nuestra, significaría, más que un título de superioridad ó selección, una patente de egoísmo; significaría no haber sentido nunca repercutir dentro del alma esa voz imperiosa con que la conciencia popular llama á los que tienen una pluma en la mano, á la defensa de los intereses comunes y de los comunes derechos, en las horas de conmoción ó de zozobra."

*
* *

Su país, no siempre justo con tan grande hombre, lo atrae de manera irresistible. "Nuestra pobre tierra—decía ha poco á un compatriota ausente de ella—necesita de la consagración de todos nosotros, y hay que quererla mucho."

Y en esa tierra está siempre dispuesto á oir á los que lo consultan, dando un consejo acá, alentando allá á alguien que se inicia en las letras, no despreciando nunca las oportunidades que se le ofrecen de encaminar al que se lanza á la lucha sin mentores ó de alentar al que, falto de apoyo en su carrera, sólo recuerda vocaciones perdidas y fuerzas que no produjeron los frutos prometidos.

Es próspero siempre y también Mecenas por instantes. Cuentan los que fueron sus colegas en el Parlamento uruguayo, que cuando iba á la Cámara á recoger su sueldo de diputado, éste se hallaba, con frecuencia, reducido á una pequeña suma, porque el resto ya no era suyo, sino de los dueños de diversos vales que Rodó había suscripto con el fin de obtener dinero para sus gastos particulares y para otros mayores de sus amigos. Y de estas liberalidades las hay que no son para contadas.

Pero aunque, como el gran orador romano, no olvide nunca al pequeño Uruguay, la patria suya, recuerda siempre también que América es la más grande, que ella contiene á todas las demás. "Queremos una literatura que sea una fuerza positiva en la formación de una *conciencia americana*, y que, llevando de frente ese pensamiento abarque la complejidad de los intereses intelectuales y morales de nuestra cultura—respondía no hace mucho á un periodista argentino que lo reportaba. Por mi parte—añadió—acaricio ese ideal de *americanismo* desde mis primeros trabajos. No fué otra la idea inspiradora de *Ariel*, ni es distinta tampoco la que me ha guiado últimamente en ensayos como el de *Bolívar* y el de *Montalvo*, los que pienso continuar con otros referentes á personalidades de parecida significación americana."

De ese *Ariel*, de ese *sermón laico* en el que ex-

horta á la juventud del Continente á entregar á la utilidad y á la pasión sólo una parte de ella misma, se han publicado ya nueve ediciones, particulares y oficiales, sin beneficio pecuniario alguno para el autor. Éste no protesta contra un medio tan fácil de divulgar su obra, mas le disgusta que se la publique mal corregida, del mismo modo que le desagrada mucho se citen sus pensamientos y su nombre en páginas efímeras, donde los mediocres se codean con los grandes, lo vulgar con lo selecto.

***

Más bibliófilo que bibliógrafo, Rodó sólo hace cátedra en sus libros ó en su propia casa.

Amante de la buena mesa, charla en ella con amenidad de mil tópicos distintos, políticos, científicos, literarios ó sociales, y no se preocupa de que los que lo escuchan ó los que rebaten sus opiniones sean ó no hombres de letras. En el restaurant ó en el café no hace distingos entre camaradas, y posiblemente es en esos lugares donde su imaginación menos trabaja.

Sólo fuma un cigarrillo en cada comida, bebe agua mineral después de la cena, y por la noche frecuenta poco teatros y conciertos. Tampoco es muy afecto á las visitas; no por falta de educación, sino de tiempo.

Las librerías montevideanas son como estaciones de sus diarios paseos, para los que no tiene ni hora ni itinerario fijos, pues, cual la encarnación del Ydomeneo de *Los seis peregrinos*, el joyero de *Motivos* va por las calles como escoltado por "un cortejo de ideas", formadas con "las impresiones recogidas en lo vario del mundo, absorta su mente por algún sueño grande de su alma".

*
* *

Como el vino que á los ojos de Merión imprime "un toque de luz cálida", la política seduce un tanto á Rodó, que si hasta hoy ha salido incólume de ella, le ha dejado, en cambio, más de una ilusión en holocausto. Quizás pensaba en sí mismo cuando escribía, hace poco, juzgando á Montalvo: "Liberal, hasta donde alcanza lo noble del sentido; demagogo ni plebeyo, nunca. En calidad de ideas, como en temple de ánimo, como en gustos de estilo, caballero de punta en blanco."

La sangre española que le legó su honrado padre podrá llevarlo á la política, no así sus naturales tendencias ni la sutileza de su espíritu, que le hace despreciar á los sayones, á los jóvenes claudicantes, á los intelectuales mercenarios de que aquélla está repleta.

Así y todo, deja la política para el *club* y para la Prensa, nunca para sus libros, aunque una vez

dentro de ella le consagre inteligencia y energías, ora presentando proyectos como diputado, ora escribiendo artículos de propaganda como periodista, ora redactando manifiestos y discursos que producen sus efectos.

A propósito de discursos, cabe recordar que uno de sus triunfos más ruidosos lo debe á una pieza oratoria suya, á la que en Septiembre de 1910 pronunció en sesión solemne del Congreso de Chile, probando en la misma—como lo notara uno de sus biógrafos—la verdad de la afirmación saintebeuviana de que "toda alma fuerte y grande, en los momentos en que se anima posee el dón de la palabra". Sin embargo, Rodó gusta poco de hablar en público, y más de un bello discurso, hijo de su pluma, ha sido entregado á algún amigo joven para que, en su nombre, lo leyera en el acto para el que lo había escrito.

* * *

En fin, en mitad de su carrera literaria, una gran catástrofe mundial, que mucho lo preocupa, ha sorprendido al pensador cuando aprontaba sus valijas para emprender un viaje á Europa, en donde desea publicar sus obras completas, ya conocidas, con dos volúmenes más de *Motivos de Proteo* y con otras monografías semejantes á las que sobre Bolívar y Montalvo contiene *El Mirador de Prospero*.

Mientras tanto, prepara en Montevideo materiales para su obra futura, y se consuela creyendo que "sobre las huellas del desastre florecerá una nueva vida, y como necesario complemento de ella, nuevos ideales literarios, nuevas formas artísticas", creyendo también que "si todo esto ha de venir, puede esperarse que esté próxima la hora en que la conciencia hispano-americana, movida por el sacudimiento universal, afirme definitivamente su personalidad y demuestre su aptitud para incorporarse al grupo de los pueblos creadores de civilización y de cultura".

Magister dixit, y aunque sin la unción de aquellos discípulos de las escuelas parisienses que Carlo-Magno fundara, es prudente inclinarse ante las creencias, acaso augurales, del moderno Próspero, célebre, como su homónimo de Aquitania, por su carácter y por sus escritos.

HUGO D. BARBAGELATA.

París, Julio de 1915.

NOTA.- Como hace apenas un año que apareció en París una obra mía, con prólogo de Rodó, quiero dejar constancia de que yo ignoro cuáles son los trozos selectos de los trabajos del maestro uruguayo contenidos en el volumen que va á leerse, y además, que la sencilla silueta presente—libre de todo juicio crítico literario—la he escrito á pedido de sus editores, sin previo consentimiento del retratado, y en homenaje á un compatriota que hace honor al país que lo produjo y que me obsequia con su generosa amistad.

I

MONTALVO

MONTALVO

I

Donde las dos hileras de los Andes del Ecuador se aproximan convergiendo al nudo de Pasto, reunen como un junta de volcanes, sin igual en el mundo, por lo aglomerados y lo ingentes. Allí, rivalizando en altura y majestad, el Chimborazo, el Cotopaxi, el Tunguragua, el Antisana...; y la plutónica asamblea se extiende á la redonda por la vasta meseta que le sirve de Foro; pero no sin que, de trecho en trecho, aquella tierra inflamada, como anhelosa de dar tregua á tanta grandeza y tanta austeridad, se abra en un fresco y delicioso valle, donde vuelca de un golpe todas las gracias que ha escatimado en las alturas, y se aduerme á la sombra de una vegetación que colora, con la luz de los trópicos, sus jardines de magia.

En el fondo de uno de esos valles, mirando cómo se alzan, á un lado, el Chimborazo, que asume en una calma sublime la monarquía de las cumbres; al otro, el Cotopaxi, que inviste el principado de las que se dilatan al Oriente; y más de cerca, y á esta misma parte oriental, el Tunguragua; en medio de pingües campos de labor y sotos florentísimos, cuyas márgenes besa la limpia corriente de un ria-

chuelo, prendido todavía á las faldas de la cumbre materna, tiene su asiento una ciudad pequeña y graciosa, que llaman Ambato. Esta ciudad gozó, desde los tiempos coloniales, cierto renombre *geórgico* é idílico. Celebrábanse la pureza de sus aires, la delicadeza de sus frutas, la abundancia de sus cosechas, y era fama que en ella amasaban un pan tan blanco y exquisito, que en ninguna otra parte lograban imitarlo, ni aun cuando llevasen de allí mismo el agua y la harina. Alguna vez sintió caer sobre sí la garra del vecino volcán; pero pronto resurgió á su vida de paz y sencillez bucólica, y de esta humilde sencillez no hubiera pasado, si no le reservase el porvenir una notoriedad más ilustre que aquélla, primitiva y cándida, ganada con su blanco pan y el fruto de sus vergeles y sus huertas. Habíala señalado el destino para cuna de uno de esos hombres que ennoblecen el obscuro y apartado lugar donde vinieron al mundo, y que atraen sobre él un interés que no pudieron darle, rodando al olvido silenciosas, las diez ó las cien generaciones que les precedieron. En aquella ciudad nació Montalvo; allí reunió en una sola personalidad Naturaleza el dón de uno de los artífices mal altos que hayan trabajado en el mundo la lengua de Quevedo, y la fe de uno de los caracteres más constantes que hayan profesado en América el amor de la libertad.

Si con la idea emersoniana de los hombres representativos se buscara cifrar en sendas figuras personales las energías superiores de la conciencia hispano-americana durante el primer siglo de su historia, nadie podría disputar á Montalvo la típica representación del escritor en la integridad de fa-

cultades y disciplinas que lo cabal del título supone. Fué el escritor entre los nuestros, porque, á la vez que la insuperada aptitud, tuvo, en grado singular y rarísimo dentro de una cultura naciente, la religiosidad literaria; la vocación de la Literatura, con el fervor, con la perseverancia, con los respetos y cuidados, de una profesión religiosa. Al elemento inconsciente, activo y eficaz en su inspiración de escritor, se unía un elemento consciente y reflexivo, que nutre sus raíces en el mucho saber y en el acrisolado dominio de su arte. Este fecundo consorcio imprime á Montalvo sello único como prosista americano de su tiempo. Condición de toda literatura americana había sido, hasta entonces, la discordia entre las dos potencias de que depende la entereza y constancia de la obra: la que da de sí la centella elemental y la que preside á la ejecución perfecta y madura. Los dos tipos intelectuales antagónicos que respectivamente los personifican, en su oposición más extrema, son aquellos á quienes puso frente á frente, cuando la repercusión de las guerras del romanticismo, la escena literaria de Santiago de Chile: Sarmiento, poderoso y genial, pero de cultura inconexa y claudicante, de gusto semibárbaro, de producción atropellada y febril; don Andrés Bello, de firme y armónica cultura, de acrisolado husto, de magistral y trabada dialéctica, pero falto del aliento creador y de unción y arranque en el estilo; doctor ilustre á quien si, en verso y prosa, visitaba á veces la gracia, no es aquella que recuerda, por su divinidad, al dón teológico. Es menester llegar hasta Montalvo para hallar, entre nuestros escritores, uno en quien se consume el

abrazo conyugal de ambas potencias. La obra suya las muestra amorosamente enlazadas, dejando admirar, aunque no siempre en proporción igual y concorde, la inspiración y el arte; la fuerza interna y la habilidad primorosa; la minuciosidad sutil del mosaísta y el aliento vulcánico del forjador.

Mientras en sus procedimientos de artífice se manifiesta lo refinado, lo complejo, hay en su naturaleza, de combatiente y de entusiasta, mucho de empuje primitivo é indómito, de heroica y candorosa energía. En la flor de aticismo del humanista aclimatado transciende la crudeza del terruño de América. Y el efecto es una originalidad sujeta á números y tiempos, pero no domeñada, que, como carácter literario, no tiene semejante en la América de nuestro idioma, y que habrá ocasión de definir más ampliamente en otras partes de este estudio.

Nació D. Juan Montalvo en 1833, de familia hidalga por el origen y el crédito. D. Marcos Montalvo, su padre, hombre de temple enérgico y tenaz, procedía de un pueblo del Chimborazo; doña Josefa Villacreces, su madre, de viejo solar ambateño. Tuvo hermanos en quienes las prendas del entendimiento fueron grandes y ejemplar el carácter cívico. Su niñez, fué concentrada y *penserosa:* el espectáculo de una naturaleza donde está perenne lo sublime la educó en el gusto de la soledad. Pasó á Quito en la adolescencia, y las aulas del Colegio de San Fernando vieron formarse y desplegarse aquella viva llama de su espíritu. Las letras clásicas, la historia, la filosofía moral, determinaron, desde el primer momento, los rumbos de su vocación. De estudios jurídicos cursó un año; pero si no adhirió

á ellos por inclinación profesional, los prefirió y cultivó siempre en lo que se relaciona con los principios del derecho y con el gobierno de las sociedades. Cuando la reorganización liberal, que tuvo por punto de partida la revolución de 1851, la juventud de la época se congregó en un Centro literario y político, donde templó Montalvo sus primeras armas de escritor. Pero, para pasar de este punto de su vida y mostrarle descubriendo ya su originalidad y su grandeza, será bien que esbocemos antes la sociedad en cuyo seno se formó y á la que habían de aplicarse, en reacción heroica y genial, las fuerzas de su espíritu.

II

Sesenta leguas de camino abrupto y penoso apartaban del mar y de la comunicación con el mundo el encumbrado asiento de Quito, la vieja corte de Atahualpa, convertida luego, de presidencia sujeta á los virreyes de la Nueva Granada, en cabeza de una de las tres partes de Colombia, y, finalmente, en capital de república.

Se levanta la ciudad sobre las faldas del Pichincha. El paisaje, en torno, abrumador de grandeza, como en toda aquella maravillosa región; el cielo, purísimo en sus calmas, eléctrico y desbordado en la tormenta; el clima, suave, aunque con más inclinación de frío; La población, estacionaria desde el tiempo de la Colonia, llegaba apenas á los treinta y cinco mil habitantes. De ellos, sólo una octava parte era de blancos; de indios ó mestizos lo demás.

En suelo de riscosa aspereza, entre quebradas que tajan con súbita energía la roca volcánica, está puesta la ciudad, cuyas calles, de violentos declives, no consentían tránsito de carros ni coches, lo que volvía el silencio más constante y la quietud más campesina. Casas, comúnmente de barro, con techumbre de teja; pobres, como si las humillara la perenne amenaza del temblor, parecían arrodilladas á la sombra tutelar de los conventos, numerosos, ingentes, los más ricos y amplios del Nuevo Mundo. Acá, el de la Compañía, con su fachada primorosa, del gusto plateresco, para la que no había rival en edificio americano; allá, el de San Francisco, monumental también y suntuoso; y á una y otra parte, el de Santo Domingo, el de la Concepción, el del Carmen, el de la Merced, el de Santa Clara, el de San Agustín... Adentro de esos muros convergía toda autoridad, todo pensamiento y toda vida. Las campanas son lo único que suena alto en la ciudad. El depósito de cultura es la biblioteca del convento. La Universidad es una rama que se desprende y vive de ese tronco común. Á aquellos claustros se acogerá, cuando haya menester de retiro espiritual, el vecino de solar conocido que cruza, envuelto en su capa, por las calles, donde indios de embotada expresión pasan llevando á las espaldas la carga de leña ó de hortaliza, ó el cántaro de agua. Sobre esta plebe indígena reposa todo trabajo servil. Los días de mercado, en la plaza de San Francisco, ella despliega, en curiosa muchedumbre, su originalidad de color; circulantes ó sentados debajo de estrechos toldos, los vendedores, indios de la ciudad ó del contorno, cuyos trajes de tintas vis-

tosas semezclan en pintoresco desconcierto, como la variedad de sus mercaduría: los cestos de junco, las tinajas, los pulidos juguetes de corozo, las flautas y vihuelas en que ha de infundirse el alma del pueblo, las tortas de maíz, la caña de azúcar, las fragantes frutas del valle... Este comercio bullicioso no tiene correspondencia en cuanto al trabajo del espíritu: la comunicación de las ideas carece, ó poco menos, de sus órganos elementales. La librería no existe; la imprenta apenas trabaja. En las tiendas de paños suele venderse, por añadidura, algún libro de oraciones ó algún compendio para la enseñanza. Durante el Gobierno liberal de Rocafuerte, de 1835 á 1839, no salió á luz un solo periódico. Publicar un cuaderno impreso es empeño erizado de dificultades.

La vida es triste y monótona. La diversión de la clase culta no pasa de las tertulias de confianza, que alguna vez se remontan á saraos; la del pueblo, de las lidias de toros, con bárbaros retoques de invención local, y las riñas de gallos. Pero la diversión suprema, como la suprema meditación, como el arte sumo, se identifican y confunden con la devoción religiosa. El espectáculo por excelencia es el culto. Las fiestas eclesiásticas revisten fausto imponente: la plata, el oro, las piedras preciosas, apuran sus luces en las glorias del altar; muchedumbre de sacerdotes oficia acompañada de ejércitos de acólitos. En las parroquias, es uso realzar las misas solemnes con el són de tambores y chirimías. Las procesiones, originales, pomposas, se suceden á cortos plazos, haciendo de la ciudad como un teatro á pleno sol, donde se representasen graves juegos escé-

nicos; así la de Viernes Santo, grandiosa mascarada sacra, en la que el pueblo entero ondula, componiendo como una plástica y animada alegoría de la Pasión; figurados los actores del drama sublime con disfraces de respeto ó de escarnio, ó con imágenes de bulto, que se llevan en andas entre el bosque de luces de las miriadas de cirios ardientes. En la procesión del Corpus, indios contratados para este fin, y que llaman *danzantes*, marchan siguiendo con pasos de baile el compás musical. Allí la danza misma recobra su primitivo carácter hierático, como en el tiempo en que David iba danzando delante del arca. Para el día de Reyes, la costumbre popular consagra cierto género de candorosas representaciones, donde se asocian, como en las primeras fiestas de Dionisios y como en el amanecer del teatro moderno, la imaginación religiosa y el rudo instinto teatral: infantiles *autos* ó burdos *misterios*, que consisten en simular, sobre tablados al aire libre, el palacio de Herodes, el portal de Belén y la entrada de los Magos, librando á la espontaneidad de los groseros intérpretes el bordado de la acción, que se colora de inocente bufonería, como de polichinela ó *bolulú*.

La mortificación voluntaria, el ofrecimiento exaltado del dolor en acto público y edificante, son complementos que no faltan á esa religiosidad primitiva; siguiendo el paso de las procesiones marchan los que á sí mismos se flagelan; los que van arrastrando gruesas vigas, sujetas á los brazos por ligaduras que revientan las carnes; los que llevan á cuestas cargas de ramas espinosas, que desgarran sus espaldas desnudas.

Ese pueblo era instintivo artista; conciliaba con su monacal austeridad el sentido de color, de la melodía y de los trabajos en que entra, como parte fundamental ó accesoria, un objeto de belleza y agrado. El dón visual se manifestaba ya por el donaire en el vestir, común en el quiteño, con la habilidad para elegir y casar los tonos. De lejano tiempo florecía en la ciudad toda una escuela de pintores, la "escuela de Quito", que proveía de telas religiosas á los altares de las iglesias, los claustros de los monasterios y los estrados de las casas principales. Uno de estos pintores, Miguel de Santiago, anima la crónica colonial del siglo XVII con su existencia, mitad de turbulento aventurero, mitad de fino artista, á imagen de las del Renacimiento italiano. Había también una tradición de escultura, con sus estatuarios y plateros. La afición á lo plástico y figurativo tenía su infantil esbozo popular en la muchedumbre de las toscas imágenes vestidas que, mostrando la candorosa maña del indio, comparecían en toda ocasión para realzar la curiosidad de las fiestas y el aparato de las procesiones. Un arte menos rudo daba muestra de sí en los juguetes y figuritas de talla que se labraban de marfil vegetal. En Cuenca se trabajaba bien de alfarería y se trataba delicadamente el mármol y el carey. Los galones de oro, de plata y de seda que se bordaban en Quito, tenían nota de primorosos, y en esa y las demás poblaciones serraniegas, la mano de la mujer era hábil en toda suerte de labores y encajes. De los telares de Otavalo salían, desde el tiempo colonial, alfombras, colgaduras, tapices y chales de finos colores, que gozaban extendida fama. Allí mismo, los dedos del

indio tejían graciosas canastillas de adorno. En nuestros días, los carpinteros de Guayaquil, donde las casas son de madera, lucen su natural disposición esculpiendo, sin arte adquirido y con instrumentos vulgares, fachadas de hermosa apariencia. Pero el dón más espontáneo y difundido es el musical. El indio es delicado músico. El arpa, invención de su raza, que tiene en su rústico albergue; la flauta y la vihuela, que le ha comunicado el español, son dulces alivios suyos. En el silencio de la noche, el viajero que, andando por los caminos de la sierra, pasa junto á la cabaña del cholo, ó que, en las poblaciones, se va acercando al arrabal, oye un suave tañer, que acaso se acompaña de una trova inventada ó aprendida. Es música triste y querellosa; es el hondo plañir del *yaraví*, la melodía que, en toda la extensión del destrozado imperio del inca, entrega á los vientos de los Andes las quejas de una raza marcada con los estigmas del martirio y de la servidumbre.

La tristeza, una tristeza que se exhala en ráfagas perdidas, sobre un fondo de insensibilidad y como de hechizamiento, es el poso del alma del indio. Es triste esa vasta plebe cobriza, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe; y aún más que triste, sumisa y apática. El implacable dolor, el oprobio secular, le han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo. Por calles y campañas, vestido de la cuzma de lana que, dejando los brazos desnudos, le cubre hasta las rodillas, el indio saluda como á su señor natural al blanco, al mestizo, al mulato, y aun

al negro; y sin más que hablarle en son de mando, ya es el siervo de cualquiera. Poco es lo que come: un puñado de polvo de cebada ó de maíz, hervido para todo el día, y por vino, un trago de la chicha de jora, que es un fermento de maíz. No cabe condición humana más miserable y afrentosa que la del indio en los trabajos del campo. La independencia dejó en pie, y lo estuvo hasta 1857, el tributo personal de las mitas, iniquidad de la Colonia; un reclutamiento anual toma de los indígenas de cada pueblo el número requerido para cooperar, durante el año, al trabajo de las minas, de las haciendas de labranza ó de ganado y de los talleres donde se labra la tela de tocuyo. Al indio de esta manera obligado se le llama *concierto*. Las formas en que satisface su tributo son las de la más cruda esclavitud. Sobre el páramo glacial, sobre la llanura calcinada, hay un perenne y lento holocausto, que es la vida del indio pastor ó labrador. El ramal de cuero que ondea en la mano del capataz está rebozado de la sangre del indio. Azotes si la simiente se malogra, si el cóndor se arrebata la res, si la oveja se descarría, si la vaca amengua su leche. Gana de jornal el indio un real y medio; cuando la necesidad le hostiga, recurre al anticipo con que le tienta el amo, y así queda uncido hasta la muerte; muriendo deudor, el trabajo del hijo, monstruosidad horrenda, viene á redimir la deuda del padre. En tiempo de escasez, apenas se alimenta al *concierto*, ó se le alimenta de la res que se infecta, del maíz que se daña. Si de esto, que ocurre á pleno sol, se pasa al encierro de la mina, ó al no más blando encierro del obraje, el cuadro es aún más aciago y lúgubre. El hambre, los

azotes, el esfuerzo brutal, han envilecido al indio de alma y de cuerpo. Cuando bárbaro, es hermoso y fuerte; en la sujeción servil, su figura merma y se avillana. Abundan, entre los indígenas de las poblaciones, los lisiados y los dementes.

Quien consulta las *Noticias secretas* de Juan y Ulloa, donde el régimen de las mitas está pintado como era en los últimos tiempos de la Colonia y como, sin esencial diferencia, fué hasta promediar el siglo XIX, siente esa áspera tristeza que nace de una clara visión de los abismos de la maldad humana. Indios remisos eran arrastrados á la horrible prisión de los talleres, atándolos del pelo á la cola del caballo del enganchador. De los forzados á esta esclavitud miserable iban diez y volvía uno con vida. Para atormentar al mitayo en lo que le quedara de estimación de sí mismo, solían castigarle cortándole de raiz la melena, que para él era el más atroz de los oprobios. Toda esta disciplina de dolor ha criado en el alma del indio, no sólo la costumbre, sino también como la necesidad del sufrimiento. Cuando le tratan con dulzura, cae en inquieto asombro y piensa que le engañan. En cambio, se acomoda á los más crueles rigores de la tiranía, con la mansedumbre, entre conmovedora y repugnante, de los perros menospreciados y golpeados. El cholito sirviente se amohina y á veces huye de la casa, si transcurre tiempo sin que le castiguen. Cuando la abolición del inicuo tributo personal, bajo el gobierno de Robles, muchos eran los indios que se espantaban de ella, como si se vulnerase una tradición veneranda, y sentían nostalgias de la servidumbre. Fuera del acicate y el fustazo

del castigo, el indio es indolente y lánguido. No hay promesa en que crea, ni recompensa que le incite. El trabajo, como actividad voluntaria y ennoblecedora, no cabe en los moldes de su entendimiento. Noción de derechos, amor de libertad, no los tiene. El movimiento de emancipación respecto de España, en el generoso é infortunado alzamiento de 1809, como en la efímera declaración de independencia de dos años después, y finalmente en la adhesión al impulso triunfal de las huestes de Bolívar, fué la obra de la fracción de criollos arraigados y cultos, en quienes la aspiración á ser libres era el sentimiento altivo de la calidad y como del fuero. De la rivalidad tradicional, en los hidalgos de las ciudades, entre chapetones y criollos, se alimentaron la idea y la pasión de la patria. La muchedumbre indígena quedó por bajo de la idea y de la pasión, aunque se la llevara á pagar, en asonadas y en ejércitos, su inamortizable cuota de sangre. La libertad plebeya no tuvo allí la encarnación heroica y genial que tomó esculturales lineamientos en el *gaucho* del Plata y en el *llanero* de otras partes de Colombia. Muchos años después de la Revolución, aún solía suceder que el indio gañán de las haciendas, ignorante de la existencia de la patria, pensase que la mita, á que continuaba sujeto, se le imponía en nombre del rey.

La revolución, que no se hizo por el indio, aún menos se hizo para él: poquísimo modificó su suerte. En la República, el indio continuó formando la casta conquistada: el barro vil sobre que se asienta el edificio social. El mestizo tiende á negar su mitad de sangre indígena, y se esfuerza como en testimo-

niar con su impiedad filial la pureza de su alcurnia. Los clérigos aindiados difícilmente llegan á los beneficios; la Universidad, para el de raza humilde, es madrastra. El indio de la plebe, como una bestia que ha mudado dueño, ve confirmada su condición de ilota. En las calles, el rapaz turbulento le mortifica y le veja; el negro esclavo, cuando las faenas de la casa le agobian, echa mano del indio transeunte y le fuerza á que trabaje por él. La crueldad, que tal vez se ha mitigado en las leyes, persevera en las costumbres. Pasó la garra buitrera del corregidor, como antes la vendimia de sangre del encomendero; pero el látigo queda para el indio en la diestra del mayordomo de la hacienda, del maestro del obraje, del "alcalde de doctrina", del cura zafio y mandón, que también acierta á ser verdugo. Hánle enseñado sus tiranos á que, luego que le azoten, se levante á besar la mano del azotador y le diga: "Dios se lo pague"; y si la mano que se ha ensañado en sus espaldas es la del negro esclavo, por cuenta de su señor, ó de su propio odio y maldad, el indio, el pobre indio de América, besa la mano del esclavo... Tal permanece siendo su noche, en cuyas sombras la vida del espíritu no enciende una estrella de entusiasmo, de anhelo, ni siquiera de pueril curiosidad. La promesa vana, la mentira, engendros sórdidos de la debilidad y del miedo, son las tímidas defensas con que procura contener el paso á los excesos del martirio. La esperanza del cielo no le sonríe, porque no conoce su aroma, y la religión en que le instruyen no es más que una canturia sin unción. La muerte ni le regocija, ni le apena. Sólo la efímera exaltación de la embriaguez

evoca de lo hondo de esa alma maleficiada por la servidumbre, larvas, como entumidas, de atrevimiento y de valor; fantasmas iracundos que representan sobre el relámpago de locura su simulacro de vindicta.

Sobre este mísero fundamento de democracia, la clase directora, escasa, dividida, y en su muy mayor parte inhabilitada también, por defectos orgánicos, para adaptarse á los usos de la libertad. Lo verdaderamente emancipado, lo capaz de gobierno propio, no forma número ni fuerza apreciable. Hay en aquellas tierras unos termites ó carcomas que llaman *comejenes:* en espesos enjambres se desparraman por las casas; anidan en cuanto es papel ó madera, aun la más dura, y todo lo roen y consumen por dentro, de modo que del mueble, del tabique, del libro, en apariencia ilesos, queda finalmente un pellejo finísimo, una forma vana, que al empuje del dedo cae y se deshace. Si hay expresiva imagen de aquella minoría liberal y culta, con que se compuso allí, como más ó menos en lo demás de la América Española, la figura de una civilización republicana, es la capa falaz del objeto ahuecado por el termite.

El entono hidalguesco, cifrado en el lustre de la cuna ó la excelencia de la profesión, se mantenía en toda la pureza de la tradición española, ya con la preeminencia de las familias descendientes de los fundadores de ciudades y los dignatarios de la Colonia, ya con la aureola aristocrática del clero, de las armas y de los grados académicos. Cualquiera ocupación de otro orden, trae *diminutio capiti;* el trabajo industrial, las artes mecánicas, son cosa

que se relega á indios y mestizos, ó á la poca inmigración de extranjeros. La riqueza territorial, vinculada de hecho en la sociedad de raíces coloniales, se distribuye en muy contadas manos. Aquella montaña, maravilla de la Naturaleza; aquel llano á que no encuentra fin el galope del caballo; aquel valle que daría pan para un imperio, son, á menudo, propiedad de un solo hombre, pingüe patrimonio feudal donde las encorvadas espaldas del indígena representan las del villano que satisface sus prestaciones al señor. Un clero innumerable, repartido entre la población de los conventos y la muchedumbre de los clérigos seculares, pulula con el permanente hervor de la planta asaltada de hormigas. Inteligencia, virtud, suelen mover, si se la disgrega en personas, esa incontrastable fuerza; pero de ordinario la mueven vulgaridad de espíritu, pasión fanática, sensualidad, y codicia que arrebata, en derechos y priostazgos, al dinero del indio, las heces que haya dejado la usura del patrono.

En inmediata jerarquía, el abogado; el abogado hábil y único para toda maestría del entendimiento; político, escritor, poeta, orador, perito en cien disciplinas, y llevando adondequiera, como llaves de universal sabiduría, su peripato y su latín. Completaba el cuadro de los gremios que privilegiaba la costumbre, el militar: personificación de una energía por lo general inculta y grosera, pero que realzaba con los laureles de la emancipación y tendía al caudillaje político, en el que había de ofrecer algún punto de apoyo á las primeras tímidas reacciones contra lo omnímodo de la influencia clerical. El conjunto de la sociedad de esta manera consti-

tuída era el de un vasto convento, que, como en tiempos de los señoríos feudales, tuviese cerca de sus muros un villorrio abadengo, cuyos ecos de trabajo, de disputa ó de fiesta, se perdiesen en la alta y austera majestad del silencio monástico.

El temor supersticioso, la disposición penitencial, el tinte melancólico de la vida, se acrecentaban con aquella perpetua inseguridad propia de las tierras en que la misma firmeza del suelo es un bien precario; en que lo edificado por las generaciones suele desplomarse en un día: maldición la más fatal é ineluctable que pueda pesar sobre la casa del hombre. Las poblaciones parecen quintadas para inmolar ya á la una, ya á la otra, en el cercano sacrificio. Sus vecindarios viven gustando el dejo de recuerdos como de justicias movidas por la cólera de Dios: leyendas de terribilidad y de exterminio, en que las ciudades se abisman y desaparecen, como las naos entre las olas de la mar. Quito cayó, en parte destruída, en 1587, y luego, otras espantosas convulsiones la sacuden, en 1660, cuando se precipitó desgajado de la cumbre un pedazo de Sincholagua; en 1678, en 1755, y finalmente en 1859. La ciudad de Riobamba es la del fúnebre sorteo de 1645; reconstruída, se sobrepone á sacudimientos menores; pasa los meses de Abril á Junio de 1786 en un continuo baile siniestro; once años después, la misteriosa fuerza subterránea la abate de raíz; reálzase de sus escombros, y no bien repuesta, en 1803, el suelo anenaza con incesantes remesones; y los vecinos piensan, en su desesperación, abandonarla. Ambato sucumbe en 1698; Latacunga, en 1757; Imbabura, en la tremenda catástrofe de 1868.

Entre las ruinas de la segunda destrucción de Riobamba quedan, según los cálculos más tímidos, no menos de seis mil cadáveres; tres mil entre las de Ambato; veinte mil, por lo menos, entre las de Imbabura. Las imágenes de estas escenas de horror reviven, año tras año, llamadas por alguno de los infinitos estremecimientos pasajeros, que son otros tantos temerosos amagos. Como un dejo de la espera milenaria parece exacerbar, en aquella religiosidad ascética, el sentimiento de lo deleznable del mundo.

Sobre la costa, Guayaquil, más en contacto con la civilización, más frecuentada de extranjeros, que, en las ciudades de la montaña, eran visitantes rarísimos; oyendo hablar á menudo inglés y francés, tenía, materialmente, aspecto algo más moderno, y en su espíritu, la nota de relativa liberalidad que cumplía á su condición de ciudad porteña y mercantil; pero allí la violencia de un clima abrasador era el obstáculo para que perseverase cualquier florecimiento de energías.

La enseñanza, vinculada, desde el más remoto asiento de la conquista, en las órdenes religiosas, no se diferenciaba esencialmente de la de los primeros centros de instrucción, en que había competido el proselitismo de agustinos, franciscanos, dominicos y jesuítas. Fundación de los dominicos, á fines del siglo XVII, fué el Colegio de San Fernando, que subsistió bajo la República, y en el que Montalvo había de hacer sus estudios. La Universidad, instituída por los jesuitas, y reorganizada cuando la expulsión de esa Orden en 1736, gozaba de fama en las colonias é imprimía en Quito prosopopeya de

ciudad doctoral. La limitación y los vicios de esta enseñanza eran tales como puede inferirse de los moldes tomados en la decadencia española; de la tardía y escasa comunicación con el mundo, y de la crudeza del fanatismo religioso. A pesar de ello, el reparto sin ley averiguada que distribuye las naturales superioridades del espíritu, había dado á la tradición de aquellas escuelas hombres ilustres y mente atrevida. Allí alentó, en el crepúsculo de la Colonia, el arrojado pensamiento de Espejo, noble personificación de ese "grupo profético" de criollos desasosegados y estudiosos que precedió á la emancipación americana; revolucionario de las ideas que hizo difundirse al mismo seno de la Metrópoli su propaganda por la reforma de los métodos de educación. Allí, en la primera mitad del siglo XVIII, con los mezquinos medios de la física escolástica, se formó para las ciencias de la Naturaleza Maldonado, el precursor de Caldas, el amigo de Humboldt y La Condamine, honrado en academias de Europa. Allí amaneció la elocuencia de Mejía, el orador de las Cortes de Cádiz, no superado en esas Cortes ni en la América de su generación. Allí Olmedo, el poeta de las victorias, gustó el primer sabor de humanidades.

El más temprano asomo de influencias extrañas á la nativa condición de la Colonia, que había llegado á aquel ambiente claustral, tuvo por origen, desde los promedios del siglo XVII, el paso de las expediciones científicas que empiezan con la de La Condamine y Bouguer, quienes, acompañados de los españoles Juan y Ulloa, llevaban el objeto de determinar en la región equinoccial la medida de

un grado de meridiano; expedición á que siguió la del botánico Mutis, y ya á principios del siglo XIX, la de Humboldt y Bompland. De estas misiones laicas, cuya presencia debió de llamar á sí toda atención é interés en la monótona simplicidad de aquella vida de aldea, quedó en los espíritus más adelantados de la clase culta cierta emulación por algún género de estudios que no fueran teológicos ó gramaticales, á la vez que se insinuaban, como de soslayo, con las primeras nociones de ciencia positiva y los primeros anhelos de mejoramiento material, vagos ecos de la filosofía revolucionaria. En la postrera década del siglo XVIII fundóse en Quito, con propósitos de desenvolvimiento cultural y económico que revelaban cierta presagiosa inquietud, la asociación que llamaron *Escuela de la Concordia*, bajo cuyos auspicios comenzó á redactar la docta pluma de Espejo un periódico de propaganda. Fué así como cierto fermento de ideas de libertad y de reforma se mezcló á la levadura de rivalidades de origen é instintos de patria, que obró para el malogrado movimiento de 1809. La aristocracia de Quito tuvo en aquella época espíritus liberales y animosos, como el conde de Casa-Jijón, mantenedor de un noble y entusiástico utilitarismo, al modo de Jovellanos ó de Campomanes, y el marqués de Selva Alegre, que, después de favorecer con su riqueza todo empeño de cultura, contribuyó á glorificar con su martirio el infortunio de aquella primera rebelión. Pero ni estas energías de naturaleza liberal que participaron en la obra de la independencia, ni las que, luego de consumada la obra, perseveraron en el mismo sentido, singularmente durante la me-

morable administración de Rocafuerte, habían quitado á aquella sociedad, en los tiempos en que Montalvo se educaba, los rasgos esenciales que hacían de ella, en América, el refugio más incontaminado y resistente de la tradición del misionero y el conquistador.

III

Tal era el medio. Antes de pasar adelante, importa todavía señalar con cierta precisión los precarios alientos de liberalismo político que, desde la independencia, precedieron á los años de la juventud de Montalvo.

Constituyóse la república del Ecuador en 1830, segregada de la primitiva Colombia por la ambición de mando de uno de los tenientes de Bolívar: el general venezolano D. Juan José Flores; aquel á quien la arrogante musa de Olmedo tributó, harto generosa, el más soberbio rasgo con que se haya realzado, en lengua castellana, una salutación heroica:

> ¡Rey de los Andes!, la ardua frente inclina,
> que pasa el vencedor...

Hábil, atrevido, dueño de indisputable prestigio guerrero; amigo, no menos que de la realidad del poder, de sus alardes y sensualidades, gobernó, como primer presidente del Ecuador, apoyado en las bayonetas del Ejército y cuidando de mantener en aquella sociedad la espontánea y fortísima propensión conservadora. Con sus compañeros de armas, casi todos, como colombianos del Norte, ex-

tranjeros en la nueva República, dió á las provincias procónsules violentos y rapaces, que las hicieron conocer la dureza del despotismo militar. Bajo esta dominación, la más lucida parte de los estudiantes de Quito, un grupo adelantado, que leía á los enciclopedistas, sabía de los liberales ingleses y en el que la eterna sugestión del Plutarco excitaba el sentimiento estoico y tribunicio de la antigüedad, comenzó á orientar en el sentido de la acción sus ideas de libertad política, en reuniones donde se meció la cuna del partido liberal ecuatoriano. Consejero y caudillo de esta organización incipiente vino á ser un hombre singular y de elevados méritos, que allá, en obscura choza, apartada de la ciudad, vivía una vida de ermitaño laico ó de filósofo antiguo. Era el inglés Francisco Hall, discípulo de Bentham, que, con recomendación del profeta del utilitarismo para el Libertador Bolívar, había llegado á América en tiempos de la Revolución y militado en las campañas de Colombia, donde ganó las presillas de coronel. Con la dirección de Hall empezó á publicar aquella juventud *El Quiteño Libre*, que infundió los primeros alientos á la propaganda liberal. Pero no tardó en sobrevenir la represión tiránica, cohonestada por el estallido de desórdenes: el grupo juvenil salió proscripto, y Hall, víctima de celada indigna, fué atropellado y muerto en las calles de la ciudad por la guardia pretoriana de Flores.

El liberalismo ecuatoriano, que había tenido en Hall su primer propagandista, tuvo el primer ejecutor de su programa en el presidente sucesor de Flores: Rocafuerte. Compañero de los Espejo y los

Montúfar, en el movimiento intelectual de las vísperas de la Independencia; diputado á las Cortes de Cádiz, viajero observador por la Europa de los días napoleónicos; agitador, en Méjico, contra el imperio de Iturbide; diplomático mejicano, después, en los Estados Unidos del Norte, Rocafuerte fué saludado, desde que holló de nuevo el suelo de la patria, como la esperanza profética del liberalismo naciente. Luego de acaudillar en 1833 la revolución contra Flores y de ser sometido, entró con el vencedor en transacciones que le valieron la sucesión del mando; pero, á pesar de la forma de su encumbramiento, que se ensombrece con la luctuosa página de la rota de los últimos mantenedores del levantamiento liberal, en la sangrienta jornada de Miñarica, su gobierno fué de generosa y enérgica reacción contra los vicios del caudillaje militar. Ese varón insigne, si el medio hubiera opuesto resistencias menos duras á su esforzada voluntad, sería para la historia el Sarmiento ó el Montt ecuatoriano: la personificación de la energía de gobierno aplicada, con transfiguradora eficacia, á la obra de la civilización. Intentos suyos, en parte conseguidos, fueron el buen orden de la hacienda, el fomento de la enseñanza, la dignificación social del trabajo, la educación de la mujer, la moralización del Ejército, la reforma de los hospitales y las cárceles, y aun la tolerancia religiosa. Pero no halló correspondencia que le ayudase á remover en lo hondo la enorme inercia de los habitos y las preocupaciones, y su labor regeneradora fué efímera, como efímera había sido en Buenos Aires la de Rivadavia, lo que no desvirtúa la gloria personal del uno ni la del otro.

Acabado el período de Rocafuerte, volvió á la presidencia Flores, con quien reaparecieron el desarreglo y la arbitrariedad, hasta que la revolución, victoriosa en 1845, puso definitivo término á la fortuna del famoso caudillo. Desde aquel año hasta el de 1849 gobernó, á nombre de los liberales, don Vicente Roca, el magistrado que ejercía el poder cuando llegó á Quito, para sus estudios, Montalvo, que admiraba en él "la dignidad histórica y la prosopopeya". Á pesar de ciertas sombras de peculado, su administración fué benéfica y de controversia libre. Pero en el gobierno de Novoa, que le siguió después de un intervalo anárquico, la inclinación reaccionaria se anunció por actos como el que franqueó las puertas del Ecuador á la Compañía de Jesús, alejada desde la histórica cédula de Carlos III. Contra la amenaza de recrudescencia clerical se levantó la revolución de 1851, que arrojó á Novoa del poder en circunstancias en que la admisión de la Compañía provocaba graves conflictos con el Gobierno de Colombia, y que señala el tiempo en que llegó á participar de los cuidados cívicos la generación de Montalvo.

Fué ejecutor de aquel movimiento el general don José Urbina, que encabezó la nueva organización, primero como jefe supremo, y luego como presidente. El impulso liberal llegó á ser esta vez algo más franco y eficaz que las anteriores. El entusiasmo cívico despertó, con desusada intensidad, para las elecciones de la Convención constituyente, que se instaló en Guayaquil á 17 de Julio de 1852. La manumisión de los negros esclavos; la libertad de navegación de los ríos; la renovada proscripción de

la Compañía de Jesús, son históricos rasgos de esa Asamblea, donde, por poca diferencia de votos, no se arribó á la supresión del precepto constitucional que establecía la religión del Estado. Algunos años más tarde, el régimen liberal había de completar aquellas reformas con la abolición de las odiosas prestaciones que pesaban sobre el indígena. Al calor de las ideas liberales, una simpática emulación por todo empeño de cultura, con el brillo exterior de los certámenes y las exposiciones, removió el mortecino ambiente de Quito. La juventud, congregada en un centro social como el que había reunido, veinte años antes, á los discípulos de Hall, emprendió la publicación de *El Iris*, al que Montalvo brindó las primicias de su pluma. Tenía conquistada en las aulas reputación de inteligente y de enérgico; hermanos suyos disfrutaban, en el nuevo régimen, altas posiciones, y el camino que lleva á los triunfos de la vida pública se abría, fácil, para él. Pero no era éste el rumbo por donde iban sus pensamientos, y la visión de la Europa lejana, con los prestigios de la civilización, rebosante de belleza y de ideas, se levantaba sobre cualquiera otro anhelo de su espíritu.

Á pesarde los positivos aumentos de libertad, la revolución de 1851 se malogró en gran parte. La inclinación militarista, que estaba en sus orígenes y que ha sido siempre uno de los vicios del liberalismo ecuatoriano, dió por término á aquella revolución el gobierno cuartelario de Urbina, con sus despilfarros y desórdenes, su grosero séquito de *tauras*, y su arbitrariedad, apenas mitigada por cierta instintiva propensión de bondad y manse-

dumbre. Á la presidencia de Urbina siguió, en 1858, la de Robles, que muy luego había de desembozar igual carácter de pretorianismo. Cuando ascendió Robles al poder, quiso galardonar á su antecesor y compañero de armas con la Legación en Roma, y á ella fué incorporado, como adjunto, Montalvo; pero por fortuna para éste, que nunca hubiera llegado á tener duraderas paces con el desordenado caudillo, á quien pintó después con tan enérgicos colores en más de una página de las *Catilinarias*, Urbina hubo de quedar en el Ecuador, y en su lugar fué enviado á Europa uno de los más puros é ilustres ciudadanos con que aquella democracia podía entonces enorgullecerse. Era él D. Pedro Moncayo, de vida austera y preclaros talentos; noble personificación del liberalismo civil, cuyo espíritu había difundido desde la prensa y la tribuna, y en cuyo servicio padeció más tarde persecuciones y destierros, que le llevaron á concluir en Chile, pobre y estoico, su inmaculada ancianidad.

Junto á ese maestro vivió en Europa Montalvo. Luego de saludar los mármoles de Italia, los paisajes de Suiza, los recuerdos de España, quedó de asiento, siempre como adjunto diplomático, en París. Allí se infundió en su alma aquel como patriotismo de adopción á que pocas almas generosas resisten. Allí recibió la confirmación, si no el bautismo, de su saber y su gusto, frecuentando aulas y museos. En casa de Boussingault, el sabio explorador y químico, que había estado en América en tiempo de la emancipación, cultivó el trato de algunos de los hombres de más representativa cultura. Guardó siempre escogida memoria de su visita al

decadente y casi abandonado Lamartine, á cuyas puertas llegó precedido del interés y simpatía que despertó en el ánimo del poeta una elocuente página escrita por Montalvo en idioma francés, y enviada á consolar las soledades del ilustre anciano con la generosa efusión de la juventud enamorada de la gloria y compadecida del inocente infortunio. De estos mismos días de su iniciación europea proceden otras páginas que comenzaron á extender la notoriedad del escritor, y que publicó el semanario *El Demócrata*, de Quito: impresiones de viaje, de naturaleza, de arte, donde resplandecen ya los grandes dones de la forma, aunque con cierta languidez romántica, que se disipó después en la viril y marmórea firmeza del estilo.

IV

Corrían dos años que saboreaba esa dulce vida, cuando enfermó gravemente; y sea por haber de pasar la convalecencia en su país, sea porque en aquella misma ocasión le faltara el favor oficial para continuar en el ejercicio de su cargo, volvió, muy á pesar suyo, al Ecuador, á principios de 1860.

Durante su alejamiento, grandes vicisitudes habían trastornado la situación que dejara al partir. El gobierno de Robles, caído en desprestigio desde sus primeros pasos, por su ineptitud y sus desórdenes, había recibido el golpe final en las ulterioridades del rompimiento con el Perú, que tuvo origen en el aun hoy subsistente litigio de los territorios amazónicos, y que provocó el bloqueo de los puer-

tos del Ecuador por la escuadra peruana. Frente á la amenaza del extranjero, las discordias internas, lejos de acallarse, se exacerbaron con los desaciertos del Poder; y sobrevino una situación de anarquía, en que coexistieron por más de un año dos gobiernos: el de Robles, que trasladó su asiento á Guayaquil, y el del triunvirato revolucionario de Quito, del que entró á formar parte un hombre ya por aquel tiempo famoso, pero á quien pronto esperaba celebridad mucho más vasta é intensa: don Gabriel García Moreno. Mandando en persona, aunque hombre civil, el ejército del triunvirato, García Moreno, derrotado por Robles en Tumbuco, el 3 de Junio de 1859, hubo de refugiarse en el Perú, donde entabló negociaciones con el presidente Castilla para restablecer la paz entre ambos pueblos, con la condición de la ayuda que Castilla prestara, á fin de derribar el Gobierno de Robles. En ejecución de este acuerdo llegó García Moreno frente á Guayaquil, en nave peruana; pero, ya depuesto Robles por la sedición de los suyos, y habiéndole sucedido en Guayaquil el general Guillermo Franco, Castilla prefirió ajustar las paces con éste; y García Moreno, abandonado, pero superior al desaliento, se internó, camino de la sierra, con ánimo de mantener, contra el sucesor de Robles, la bandera revolucionaria. Sus grandes prestigios caudillescos, su energía indómita y sagaz, le llevaron, tras rápida campaña á entrar de nuevo en Quito, reintegrando con su presencia un gobierno que, á pesar de su composición triunviral, descansó desde entonces en su voluntad exclusiva y celosa. Fué por este tiempo cuando Montalvo volvió al seno de la patria. García Mo-

reno, dedicado á asegurar el gobierno de Quito, reprimió con férrea mano toda señal de inobediencia y desorden. Hubo un rasgo de esta represión que sublevó profundamente al generoso sér de Montalvo, y que más de una vez había de evocar en las justicias de su pluma; y fué el bárbaro castigo de Ayarza, el general de raza negra, bravo y leal conmilitón de Bolívar; á quien, con atroz humillación del honor del Ejército, condenó la Dictadura á pena de azotes, abriendo, por la mano infamante del vapuleador, aquellas carnes consagradas con las cicatrices de las guerras de Colombia.

Enfermo como venía, Montalvo se retiró, desde su desembarco, á humilde lugar de la provincia de Guayas, San Jacinto de Yagucachi, de donde asistió en forzosa quietud, á la continuación de aquellas discordias. García Moreno, que había llamado en su auxilio al viejo Flores, marchó sobre Guayaquil, asiento todavía del Gobierno de Franco, á quien protegía la escuadra del Perú. La ciudad fué tomada, tras recio combate; Franco buscó refugio en las naves de sus aliados, y con esto, la autoridad del Gobierno de Quito quedó afianzada del uno al otro extremo del país, y García Moreno se irguió con ínfulas cesáreas. En esa ocasión, Montalvo, desde el lecho donde aún padecía, dirigió al omnipotente vencedor la carta de 26 de Septiembre de 1860, que es como el exordio de sus futuras propagandas.

Comedida á un tiempo y orgullosa, esa histórica carta muestra en el fondo el encrespamiento del halcón, que por primera vez orienta el instinto á la ralea. Confiesa allí que, extraño hasta entonces á las disputas políticas de los suyos, las ha visto des-

envolverse sin parcialidad, pero no con indiferencia; declara, en palabras de juvenil exaltación, su dolor y su vergüenza patriótica ante la impunidad de la afrenta que el Ecuador ha recibido con el protectorado del presidente del Perú y la invasión de sus ejércitos, y excita al gobernante ecuatoriano á ser el vengador de aquella humillación inulta: "¡Guerra al Perú!" Duélese de que la enfermedad que le paraliza en el lecho le priva de acudir con las armas adonde anhela ver lanzarse á su pueblo. "Si de algo soy capaz, sería de la guerra." En el tono conque se dirige al poderoso se mezclan, en el más justo punto, la ruda y viril sinceridad y el reconocimiento, no tanto confesado como virtual é implícito, de la incontestable superioridad de aquel hombre, que aún no había descubierto claramente el término á que encaminaba su poder. "Sepárese —le dice—de la miserable rutina trillada aquí por todos." "Si las pasiones de usted son crudas, su razón es elevada." Pero líneas antes le ha enrostrado como acción traidora, de la que ha menester rehabilitarse, el precedente de su alianza con el Gobierno del Perú; y, líneas después, le apercibe en cuanto á los indicios que ha dado ya de su violencia, "Hay en usted elementos para héroe y para tirano." Y luego añade, con generosa altivez: "Salgo apenas de esa edad de la que no se hace caso, y á Dios gracias, principio abominando toda clase de indignidades. Algunos años vividos lejos de mi patria, en el ejercicio de conocer y aborrecer á los déspotas de Europa, hanme enseñado al mismo tiempo á conocer y despreciar á los tiranuelos de la América Española. Si alguna vez me resigno á tomar parte

en nuestras pobres cosas, usted y cualquier otro cuya conducta política fuera hostil á las libertades y derechos de los pueblos, tendrán en mí un enemigo, y no vulgar." El cumplimiento de este voto es, en la parte de civismo y acción, la historia de Montalvo.

La reorganización constitucional de 1861 confirmó en el Poder á García Moreno. El espíritu de la nueva Constitución era medianamente liberal, y no fué en ella donde pudo hallar su fundamento la autoridad despótica y reaccionaria con que desempeñó su presidencia el caudillo conservador. Gobierno fué ése de rigor draconiano, puesto al servicio de la intolerancia religiosa, aunque en este último respecto no alcanzase todavía á aquel grado de obsesión fanática del que, ocho años mas tarde, había de ejercer el mismo famoso personaje. La imprenta, enmudecida por el temor, cuando no amordazada por la fuerza, no daba paso á la protesta cívica, que se resumía en las conciencias, ó llegaba, en ecos débiles, del destierro. Montalvo calló durante estos cinco años, pero á la sombra de su silencio maduraban las hierbas de violenta y concentrada intención con que debía enherbolar los dardos de *El Cosmopolita.*

La libertad de la palabra se recobró con el tránsito á nuevo Gobierno. Fué elegido para desempeñarlo D. Jerónimo Carrión, que subía en hombros de los conservadores y no desplacía á los liberales: hombre moderado y benigno, aunque sin las energías de carácter ni la suma de prestigios propios que hubieran sido necesarios para quebrar la influencia personal con que su antecesor permaneció

como árbitro de la política y concluyó por restituirse al Poder. El cambio dió lugar, sin embargo, á un respiro de libertad, que Montalvo utilizó de inmediato para levantar bandera. En Enero de 1866 veía la luz el primer número de *El Cosmopolita*, periódico exclusivamente escrito por él, que, sin término regular de salida y con las dificultades consiguientes á la precaria condición de aquellas prensas, continuó publicando hasta tres años después. Tal como definió desde el principio su posición en la controversia política, entraba en ella á modo de combatiente franco y singular, ni secuaz, ni, hasta aquel momento, guía de otro alguno. Las fuerzas populares se repartían entre el conservatismo clerical y sanguinario de Garcia Moreno y el liberalismo soldadesco y relajado de Urbina. La reacción contra el primero tendía á buscar brazo y eficacia en los prestigios del último; pero Montalvo repugnó esta solidaridad, y manteniéndose distante de uno y otro partido, encaminó su propaganda á suscitar la acción autonómica de los que entendiesen la libertad en formas orgánicas y cultas.

Avivando con enérgicas tintas los recuerdos del Gobierno pasado, para pugnar contra el ascendiente personal que él dejaba en pie, tendía al propio tiempo á estimular la emancipación del sucesor, cuyas primeras determinaciones, como el decreto que declaró vigente la ley de Patronato, alentaron ciertas esperanzas, aunque efímeras. Otro clamor de su propaganda era el pedido del levantamiento de la proscripción para los ciudadanos, muchos de ellos ilustres, que había alejado la venganza ó la suspicacia del déspota. Además de las inspiraciones que

brotaban del despertar de aquella conciencia nacional, una grande ocasión de hablar traían los tiempos, y es la agresión que por deplorable torpeza de la política española, vino á encender la guerra entre la antigua Metrópoli y la república de Chile, provocando una alianza en que entraron á participar con ésta el Ecuador y el Perú. El brutal bombardeo de Valparaíso repercute en iracundos acentos de *El Cosmopolita*, como, más adelante, la invasión de Méjico por el ejército francés, y estos temas inflaman la pluma de Montalvo de un americanismo áspero y heroico, que sienta bien á su temple natural.

Escribía desde apartado lugar de los contornos del Tunguragua, el pueblo de Baños, donde le mantenía el reparo de su salud y de donde enviaba sus manuscritos á la imprenta. Una naturaleza de edén puesta en marco de volcánica fiereza, difunde en aquel sitio encantado una sugestión que á veces se le entraba lánguida en el alma, tentándole á dejar por la paz y el olvido de la sociedad las *disputas de los hombres*. Con la prosa de combate alternaba, en *El Cosmopolita*, la de deleite ó estudio; casos y figuras que retenía en la imaginación, de sus viajes; ideas de moral, de política, de arte; y dondequiera y siempre, alardes y primores de estilo. Allí aparece el bosquejo de una escena real contada á lo Cervantes, de donde nació después el pensamiento de los admirables *Capítulos*. Allí anticipó fragmentos de obras de diversa índole en que entonces pensaba y que no llegó á terminar. Fuerte y colorida página la que le inspira el terremoto que asoló, por aquel tiempo, la ciudad de Imbabura.

Allí suele aparecer también, y es particularidad curiosa, el Montalvo versificador, en composiciones no vulgares, sin duda, como nada que pudiera salir de él, pero que manifiestan que aquella forma de expresión no era la revelada á su estupenda magia verbal. Carecía de ese incomunicable modo de decir, y del sentido de esa peculiar especie de ritmo, que hacen que un hombre sea formalmente poeta; aunque tuviese el imperio, mucho más amplio y soberano, del arte de la prosa, y poseyera, en su más viva plenitud, la vena del sentimiento poético.

V

Pero antes de continuar con el desenvolvimiento de *El Cosmopolita*, importa ya que nos detengamos un instante frente á la singular figura del hombre en quien concentró Montalvo las hostilidades de su propaganda; del gobernante que, recién descendido del Poder, y en vísperas de escalarlo de nuevo, hubo de afrontar, en ese interregno de la libertad, todos los odios que removía el recuerdo y todos los que engendraba el temor.

Montalvo es, en la faz civil y militante de su historia, el enemigo de García Moreno. Como Sarmiento para Rosas, para García Moreno, Montalvo. No le era indigno en talla el enemigo, ni se trabó la lucha en campo falto de interés ideal. De cuantos despotismos han pesado sobre la América Española, éste del gobernante ecuatoriano es de los que ofrecen más originalidad y carácter. Tuvo por fun-

damento la intolerancia religiosa, y acaso nunca, en pueblos modernos, la reacción á un régimen teocrático se ha realizado con tal franqueza y decisión. El hombre que concibió é impuso á su pueblo esa monstruosidad reaccionaria, distaba mucho de ser un hombre vulgar, ni por la calidad de la energía ni por las prendas del entendimiento. Confundirle con dictadores de cuartel y advenedizos sin más norte que el mando, fuera empequeñecerle, de modo que resultaría amenguada la propia magnitud de sus responsabilidades y sus extravíos. Hijo de noble cuna; realzado por su esfuerzo propio, en prestigios cívicos y sociales; dueño de una cultura superior, menos literaria que científica, largamente acendrada en viajes por Europa, y que le habilitó en la juventud para ser el acompañante de Wisse en la ascensión del Pichincha, D. Gabriel García Moreno pasó á ser triunviro y presidente desde una cátedra de la Universidad. En sus propósitos de gobierno hubo cosas grandes, que le han sobrevivido, ó en idea ó ya cumplidas por él. A vuelta de sus aberraciones de inquisidor, reorganizó la Hacienda, multiplicó las instituciones de educación, de beneficencia y de crédito; abrió caminos que llevasen desde los puertos del Pacífico hasta el corazón de los Andes; dió á su República el ferrocarril y trató de darle el telégrafo. Tampoco era malvado por instinto, ni por ambición groseramente egoística. Era fanático religioso, y esta es la raíz de su maldad, porque es la clave entera de su personalidad de obsesionado. Aquella idea única y sublime que tiene cómo exaltar el barro humano á las ideales transfiguraciones de la santidad y cómo despe-

ñarlo á los más hórridos abismos del odio y la locura; aquella idea que, convertida, mientras América se colonizaba, en polo del pensamiento y de la acción histórica de un pueblo, encarnó en una voluntad y se llamó Felipe II; aquella idea le hincó la garra en la conciencia. Como el monarca de El Escorial, este presidente, en pequeño escenario, se creyó señalado para brazo de Dios, para ejecutor de sus sanciones y vindictas.

La realización de semejante sueño fué un régimen en que parece como que retoñara y creciera algún gajo de la España de los conquistadores, escapado del fuego revolucionario. El Ecuador no es ya una nación cabal y señora de sí misma; es un feudo de Roma. Humillante concordato sella esa sumisión. Restablécese el diezmo en forma nunca vista: la décima parte de las rentas se aparta para costear los gastos del culto y para concurrir á aumentar el dinero de San Pedro. La facultad del patronato, heredada de los Reyes Católicos, que la mantuvieron siempre frente á la potestad de la Iglesia, es abdicada por la República como cismática abominación. Sobre lo que se lee y escribe, la censura. No pasa libro de la aduana, ni sale de las prensas, sin que un censor de la Iglesia lo autorice. Detrás del presidente hay como un Senado veneciano, que es la Compañía de Jesús. La escuela pública es cosa de la Compañía, y alguna vez el propio ministro de Instrucción sale de las milicias tonsuradas. Atraída por aquella Jauja de los clérigos, comparece de cien partes distintas una inmigración monacal, hez y rezago de todos los conventos del mundo, é infesta las ciudades con la plaga de la

ociosidad parasitaria, mientras que en los pueblos de los campos, el cura trueca su autoridad espiritual en fueros de *taita* y de caudillo. Las divisiones y los regimientos del Ejército se denominan como las Hermandades religiosas: son los soldados del *Niño Dios*, ó de las *Cinco llagas;* los *Ejercitantes voluntarios*, los *Hijos de Su Santidad*, los *Guardianes de la Virgen.* La inmigración que venga de tierras protestantes se abomina; el gobernante se precia de guardar inmune de esa sangre impura la que él llama "Segunda Jerusalén", destinada á cuidar el "Arca de la fe". Cuando las armas de Italia entran triunfantes en Roma, la república del Ecuador envía indignada protesta; más adelante, se piensa en consagrar, por acto solemene, la República al Corazón de Jesús. Para dar forma plástica al espíritu que obra en todo esto, la devoción oficial se ostenta en espectáculos primitivos. El día de Viernes Santo, encabezando la procesión que va por las calles, marcha el jefe del Estado, corvas las espaldas, cargando en ellas una cruz; sus ministros le rodean y la muchedumbre les sigue, disciplinándose y gimiendo. Este candor patriarcal no excluye la horrible contradicción en que culminó, en todo tiempo, la piedad fanática: el furor fratricida por amor de Dios. Cada nuevo amago de sacudir el yugo ominoso, de restituir la patria á la vida de la dignidad humana, acaba en represión cruelísima; el patíbulo consuma las prevenciones de la mazmorra y del azote, y sangre de generosas víctimas corre afrentando al noble pueblo de los Rocafuerte y los Moncayo.

Tal había sido, en parte, ó tal había de ser en su

próximo resurgimiento, el sistema con que hubo de encararse la vengadora pluma de *El Cosmopolita.* Para el lector de esta parte de América en donde escribo no será fácil empeño formar idea completa de él. En los pueblos del Plata, la intolerancia religiosa no ha sido, en ningún caso, fuerza de gobierno ni bandera de facción. Aquí la tiranía no usó nunca la máscara de la fe, y las discordias civiles se movieron siempre por impulso de otras pasiones, otros intereses y otras ideas. Cuando en oportunidad de alguna reforma de la legislación, ó cosa análoga que cruzase la trama de la vida real, la controversia religiosa ha transcendido de la tribuna académica á las luchas del Foro, la agitación proveniente de ello ha pasado sin determinar en lo político deslindes ni organizaciones capaces de prevalecer. Sea por caracteres de nuestro organismo social, que tienen ya su antecedente en cierta genialidad liberal y democrática que nos diferenció desde la dominación española; sea por esta exposición continua y franca á los vientos del mundo, que debemos á la situación geográfica y la asiduidad de la inmigración cosmopolita, con los moderadores influjos de la convivencia de tantas disimilitudes y tantas contradicciones, ello es que el hábito de la libertad de pensamiento arraigó sin dificultoso cultivo en el alma de estas sociedades. Aun dentro del propio campo ortodoxo, y tomando por punto de comparación el temple del fanatismo clerical en otros pueblos de América, se ha respirado aquí siempre una relativa tolerancia, un cierto latitudinarismo, que, por lo menos en la esfera de las aplicaciones á la realidad política y social, han mitiga-

do prudentemente la lógica del dogma. Comprué base esto poniendo en parangón la calidad de espíritu de un Estrada, un Zorrilla de San Martín ó un Goyena, con la de alguno de los clericales significativos y famosos del otro lado de los Andes.

La propaganda de Montalvo relampagueaba, pues, entre los palpitantes recuerdos de aquel régimen y los siniestros vislumbres de su cercana y exarcebada restauración. Sólo quien imagine fielmente, de una parte, la magnitud de esta ignominia, y de la otra, el natural vindicativo y generoso del alma de Montalvo, podrá representarse bien la heroica crudeza de aquella guerra de pluma.

Grande y presagiosa inquietud ocupó el año de 1867. Votado para senador García Moreno, que continuaba en la posesión de su influencia, su diploma, viciado por un falso escrutinio, fué objeto de vigorosa impugnación, y finalmente de rechazo. En lugar del aparente vencedor fué citado á jurar el candidato que había contendido con él. La opinión liberal cobró en ese instante nervio y esperanza. Por todos se reconoció en el abatimiento, que imaginaban radical, del poderoso, la sanción de la propaganda de Montalvo, el triunfo de *El Cosmopolita*. Pero no se detuvieron aquí las agitaciones de aquel año. La intromisión fraudulenta de que resultaban culpados los representantes de la autoridad en el proceso de aquellas elecciones, dejó en pie, entre el presidente y el Congreso, un conflicto que llevó más allá de la solución del litigio de candidaturas las pasiones que éste había enardecido. Tentábase la conciliación entre ambos Poderes, cuando el destierro y la prisión decretados en la

persona de alguno de los mediadores, á pretexto de que alejaban con fines sediciosos el acuerdo, colmaron la medida para que la oposición parlamentaria no demorase ya en llamar al presidente Carrión á juicio de responsabilidad. Se exasperó esta discordia; rondaron en torno del Congreso amenazas de disolución, que él afrontó con altivez en borrascosas sesiones, hasta que el 5 de Noviembre salió de su seno una severísima declaración, por la que se calificaba al presidente de indigno de su alta investidura. En esta violenta extremidad, acudió García Moreno para imponer á Carrión la renuncia de una autoridad que se había hecho insostenible en sus manos. Aceptóse esta forzada renuncia y las pasiones volvieron transitoriamente á su límite.

Al presidente depuesto reemplazó don Javier Espinosa, ni menos probo ni más enérgico que aquél. La cercana terminación del período que él debía completar, daba ya oportunidad al problema de la presidencia futura. García Moreno parecía tenerla asegurada para sí, con los recursos de su mal-encubierto predominio. Frente á su candidatura aparecieron las de la opinión liberal. La de don Pedro Carbo, que cifraba tendencias de franca y enérgica reforma, y que Montalvo hubiese preferito, tenía por obstáculo su propia radical excelencia. Era menester concentrar las fuerzas capaces de oponerse á la amenaza de reacción, alrededor de un nombre que las conciliase, y á este fin se convino en D. Francisco Aguirre, templado en las ideas y alto en el respeto de todos. Quedó así definida la contienda electoral, y al paso que ella se

acercaba á su término, veíase más clara la desigualdad de las condiciones de ambos bandos, con la prepotencia del caudillo reaccionario, y la exaltación de los ánimos arreciaba.

Por este tiempo Montalvo venía con frecuencia á la ciudad ó estaba en ella de asiento. Su figura altiva y serena concentraba en las calles, ya las miradas del odio, ya las de la admiración. Contábale los pasos el espionaje. Más de una vez el brazo fanático ó venal anduvo cerca de su pecho. Otra, amenazada su casa del asalto de las turbas, generosa juventud constituyó guardia en ella. Esta excitación heroica, este acicate del peligro y el agravio avivaban los fuegos de *El Cosmopolita*. Por entonces dió á la protesta sus más altos y viriles acentos, en páginas como las de *El nuevo Junius*. Allí denunciaba las violencias y las persecuciones, la amenaza del sayón y la infamia del libelista, y tras el encantamiento del presidente anulado, mostraba en todo ello la mano del omnipotente instigador. Puntualizando la verdad de la candidatura reaccionaria, la señalaba a la abominación, al temor, á la vergüenza; y cuando el candidato hace oir su voz, él multiplica en ecos de escándalo sus palabras, que prometen por norma de gobierno las condenaciones del *Syllabus*, y por instrumento el rigor inexorable. Ya se dirigía á los partidos, y los inducía á un acuerdo superior; ya arengaba á los militares para disputarlos al vértigo con que la sugestión que gobernaba de hecho la República los llevaba al abismo de la deslealtad sediciosa. "Militares—le dice—: no soy vuestro enemigo; en una gran nación habría sido yo soldado". También á la

piedad inocente, movida con engaño tras la maquinación del fanatismo, buscaba persuadir; y refiriendo una plática, no sé si real ó fingida, con el manso varón que era entonces arzobispo de Quito, opone á las intancias de la poquedad escrupulosa, los fueros de la razón, que encuentra ámbito y aliento dentro de la misma entereza de la fe.

Todo esto se embotaba en el arraigo de un ascendiente personal que la trabazón de las cosas volvía de hora en hora más incontrastable. Urbina amagaba con la revolución desde el destierro, ó tal se decía con intencional suspicacia, y este peligro era recurso que utilizaban los secuaces del bando reaccionario para excitar las alarmas del núcleo social amigo del orden, acusar de débil é incapaz la acción del Gobierno, y propagar la necesidad de la férrea mano salvadora. García Moreno había dejado las trazas de inerme postulante al favor de los comicios. A sus puertas velaba guardia pretoriana. Los medios de la fuerza material no eran ya sino suyos.

Comenzó el año de 1869 en este improrrogable conflicto de una autoridad sin energía y un poder subversivo que la estrechaba con altaneras franquezas de autoridad. El 17 de Enero se pronunciaba finalmente el motín militar que arrojó del Gobierno al presidente Espinosa y confirió á García Moreno facultades de dictador. Todo se consumó y quedó quieto en un instante, como preparado por forzoso declive. El restaurado déspota quiso acometer, sin demora, la reorganización constitucional que diese formas de legalidad al sueño autoritario y teocrático que se proponía reencarnar con más cumplida

perfección. En Mayo de aquel año se reunió la Convención constituyente, que tuvo por principales inspiraciones de su obra reforzar la sujeción del Estado al yugo de la Iglesia, y robustecer las atribuciones y los medios de la magistratura ejecutiva en la distribución del Poder público. Sobre estas bases entró á ejercer aquel hombre extraordinario su nueva y más característica dominación. La libertad de escribir, el derecho de vivir en la patria habían perecido con el primer aliento de la dictadura. *El Cosmopolita* acabó con la voz que queda trunca en la garganta, y Montalvo tomó el camino del destierro.

VI

Pasando la raya de Colombia, en lo más alto de una de las mesas que forman, de ambos lados de aquella abrupta frontera, las cumbres andinas, se asienta el pueblo de Ipiales, donde Montalvo halló por siete años su refugio; lugar de hermosas vistas, aunque harto castigado del frío de la altura para embozo del alma de un desterrado.

Allí llegó sin libros, allí permaneció sin tenerlos. Y á pesar de ello, éste de su destierro aldeano es el tiempo en que produjo más, y más para su gloria; por lo cual viene aquí la ocasión de hablar del Montalvo literario. Su vida exterior, contenida casi en el cerco de su huertecillo, no tuvo episodios de mayor entidad que tal cual reyerta con algún vecino impertinente, ó algún clérigo zafio y rapaz, de esos que fueron eterno blanco de su pluma. En cambio,

su imaginación hirvió en soñados lances, en enjambres de ideas, en juegos y músicas de forma.

Hay algo de representativo del destino entero de Montalvo, hay como una imagen abultada de la total desventura de su vida, en esto de la producción de lo mejor y más altamente literario de su obra, en la soledad de un villorrio. Entendedlo bien: no en la soledad del desierto, que es alta y soberana emancipación, amor con la libre inmensidad, por donde vagan los divinos alientos que pueblan la naturaleza de sátiros y ninfas, sino en la soledad del villorrio, ruin y menguada, donde no tienen su habitación ni el caballero ni el bárbaro, sino el palurdo; donde los gallos cantan para que amanezca la murmuración, y el sol se pone para que ella atisbe más á cubierto; en la soledad del villorrio, ¡sin trato de semejantes y sin libros!... Esto lo encarece él en su decir vehemente y gracioso: "¡Sin libros, señores, sin libros! Si tenéis entrañas, derretíos en lágrimas." Obra de escritor como la suya, tan necesitada, por su índole y carácter, de la diaria ablución libresca, y de fácil manejo de esos instrumentos de medida y rectificación que traen los libros en sí, tuvo que contentarse, para empresa de tal dificultad, como la parodia del *Quijote*, con la biblioteca ideal que su memoria y su imaginación reflejaban sobre las desnudas paredes de una casa de aldea.

Pero aun en la ciudad, ó cerca de ella, y con la compañía de sus libros, grandes hubieron de ser los obstáculos que puso ante él la precaria armazón de cultura de su puelo. Él nos refiere el heroísmo que era necesario desplegar para valerse de la imprenta: sólo á dura costa y, con ayuda de amigos, pudo

dar á luz las entregas de *El Cosmopolita*. Y todo esto es, en su pasión, la parte menor y más liviana, porque queda el aislamiento y abandono espiritual, que es lo verdaderamente doloroso; queda el calvario de la incomprensión común: desde la que se eriza con las púas de la inquina á la superioridad, pasión de democracias chicas, hasta la que se encoge de hombros con un zafio menosprecio de toda labor desinteresada de estilo y de investigación, y la que, dentro mismo de estas actividades ensordece á lo nuevo y personal, ó afecta comprender y no comprende...; quedan, en fin, aquellos resabios de la aldea, por los cuales, para las altas cosas del espíritu, toda esta América Española ha sido, en escala mayor, *soledad de villorrio*, como la del rincón aquel donde Montalvo compuso la más difícil de sus obras, sin trato con semejantes y sin libros!... Bien se siente el resuello de esta herida cruel en la admirable introducción á los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*. Y apenas hay alto ingenio americano que no haya expresado alguna vez parecido sentimiento, ó no lo deje percibir en una callada vibración de sus escritos. El fundamento real de estos agravios de los superiores es de extensión universal y humana; radica en el primitivo barro de Adán; pero ellos recrudecen en las sociedades de América, por lo mal asentado y desigual de su civilización, donde, mientras las excepciones personales en ingenio y saber, con las necesidades y los apetitos que uno y otro determinan, pueden subir tan alto como en los grandes centros de cultura las condiciones de atención y correspondencia sociales quedan muy inferiores, centuplicándose así la des-

proporción entre el elegido y el vulgo. De aquí el desasosiego de la inadaptación, y cierto impulso de nostalgia, muy común en los hispano-americanos de vocación literaria y artística, por aquella patria de nuestro abolengo y nuestro espíritu que la civilización europea extiende del otro lado del mar. Expatriarse, como siempre lo anheló Montalvo, suele ser entonces justa y fatal gravitación; pero expatriarse, como él, con el pensamiento y la memoria dando cara á la *tierra*, más dulce cuando más lejana, y con el sueño de la vuelta, presidiendo á los anhelos de asimilación y de cultura que un día traerán cómo pagar á la patria natural el precio de la ausencia. *Quedar* así, en espíritu, ó quedar de hecho, es, indistintamente, mantener la vinculación obligatoria y fecunda con la obra común de los hermanos; y sólo han sido grandes, en América, los que han alcanzado á mantenerla, y en la proporción en que la han mantenido. Sólo han sido grandes en América, aquellos que han desenvuelto, por la palabra ó por la acción, un sentimiento *americano*. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aún más, con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio de tiempo para realizar su vida y su obra. La incapacidad de adaptarse sólo es condición de progreso, en la evolución social como en la orgánica, si se resuelve en energía de reacción, que acomoda á las necesidades de la propia superioridad el ambiente mortal á los inadaptados, cuando inferiores ó débiles.

A menudo refleja el pensamiento de Montalvo el

ritmo de un irrefrenable desapego á la transitoria realidad de la Patria y un profundo sentimiento del sér ideal y permanente de ella. Hablando de su forzoso abandono de la secretaría que desempeñó en París, decía: "La suerte se me puso zahareña de repente, y con un fiero ademán me volvió á echar á este rincón." Otra vez agregaba: "Si llega para mí el día de volver á Europa, prometo á mis conciudadanos que no les daré mucho que murmurar en justicia." Hay ocasiones en que manifiesta su desvío con amarga rudeza: "Sólo siento no tener buena, noble y grande patria, donde no ser noble, bueno y gran patriota." Comentando el desorden de los pueblos hispano-americanos, exclamaba:" ¡Ah repúblicas turcas! El cielo se contrista, el infierno sonríe, cuando echan los ojos á esta parte del mundo." Pero otros rasgos complementan el sentido de aquéllos con palabras de fe y esperanza: "América, joven, robusta, inteligente y amiga de lo grande, cumplirá su destino, se civilizará, será libre, feliz, y gozará sin estorbo los dones de su gran naturaleza." Mientras estuvo en París, visitador asiduo del Jardín de Plantas, gustaba demorarse, con la terneza del amor reconciliado por la ausencia, frente á todo lo que despertaba en su espíritu la imagen del terruño: "el cóndor de los Andes, la ortiga de América, la coronilla; el gallo tanisario, de canto solemne y melancólico".

La integridad de la conciencia americana, la integridad que comprende el sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestros destinos, y, por tanto, de la cabal grandeza de nuestro pasado, está presente en su obra, y ella le mueve, en uno de los

Siete Tratados, á aquella gallarda afirmación de la superioridad de Bolívar sobre Bonaparte, afirmación que hubo de espantar en su tiempo á la gente discreta y partidaria del apocamiento común, y que aún la asombrará hoy mismo, aunque, por ventura, no tanto.—¿Quién ha consagrado acentos de más honda piedad á la suerte de las domadas razas indígenas?... Y en cuanto á la originalidad de la Naturaleza, también supo sentirla y fijarla á menudo. Nada más propio para oído por la montaña que la voz con que imprecó á la majestad del Pichincha, de modo tal que imaginamos que aún está retumbando en los contornos del gigante. Nada más penetrado de aroma en la tierra y de divina humildad que aquel su elogio del maíz, el trigo del pobre, el acumulador de la energía que ha de desatarse por los brazos del indio labrador, cuando, encorvado sobre el suelo hecho de polvo de los suyos, trueca su dulce paciencia en oro del amo... Cada vez que esta nota de americanismo, en el sentimiento ó el color, se levanta á presidir la armonía de una prosa tan clásica, tan limpia, tan de la antigua hechura, comparece en mi memoria la impresión de aquellos *Comentarios reales*, donde un mestizo que unió á la doble nobleza de la calidad el privilegio del estilo, dejó expresados en la más pura lengua del conquistador y en la más rica y gallarda prosa de su tiempo, sabrosísimos candores del alma americana, que semejan allí las huellas de la sangre del indio en el lustre de una hoja de Toledo.

Los *Siete Tratados*, que no publicó hasta diez años más tarde en Europa, fueron escritos, ó por lo menos bosquejados, durante el año 1872, en aquel re-

tiro de Ipiales. La literatura de Montalvo está allí en su más característica y remontada expresión. Titúlanse esas disertaciones: *De la Nobleza*, *De la Belleza en el género humano*, *Réplica á un sofista pseudocatólico*, *Del Genio*, *Los Héroes de la Emancipación suramericana*, *Los Banquetes de los filósofos* y *El Buscapié*, trabajo éste que reprodujo, como estudio preliminar, en los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*.

El ensayo al gusto de Montaigne, desordenado y libre de todo plan metódico, extrema en manos de Montalvo su curso voluntarioso y errabundo. El tema que se anuncia en el título persiste apenas como el hilo tenue y velado por la fronda, que enlaza, alrededor de su eje imperceptible, las vueltas caprichosas de la enredadera. Desde que se ha doblado la primera hoja se echa de ver que el tema es lo accesorio para el ensayista, y lo principal el alarde continuo y centelleante de ingenio, de lectura y de estilo. Cuando le sale al paso una idea accidental, jamás la aparta, ni la reprime, ni la urge, sino que se le entrega del todo y la sigue mientras ella da pábulo á la fantasía, ó mientras no acude una idea nueva á torcer otra y otra vez su camino, como en esas carreras anhelantes y sin rumbo, que, en los cuentos de hadas, tienen por guía el vuelo de un pájaro maravilloso ó el rodar de una piedra animada de una magia interior. Si se intenta reducirlo á substancia y á orden dialéctico, el pensamiento fundamental comparece, flaco y escaso, de entre el follaje de las digresiones. Sirva de ejemplo el tratado sobre la *Nobleza*. Allí, de una disertación acerca del origen del hombre, se pasa á discretear

sobre las diferencias de razas y de clases, y de esto á describir la naturaleza del polo, y la del trópico, y la aurora boreal; y luego á encarecer los extremos de que es capaz el amor á la Ciencia, y en la siguiente página á pintar un insecto primoroso, y de esta pintura á las enaguas que usaba Clitemnestra; para volver después al tema original, que no tarda en desviarse hasta dar término el ensayo con un comentario de los crímenes de los comuneros de París... En la entonación de estos tratados no hay más unidad que en el asunto. Ya se mantiene en el carácter de la exposición didáctica; ya se allana á la forma del cuadro de costumbres ó de la sátira ligera; ya se remonta al lirismo de la imprecación, del ditirambo ó de la elegía.

De Montaigne toma además el egotismo, la preocupación constante del "yo", no tanto por estímulos de investigación psicológica, ni por conflictos y tormentos que pasen en su alma, sino como tema de ameno divagar, que tiene más de inocente complacencia de amor propio que de la pasión austera del psicólogo empeñado en mirar al fondo de su herida, ó en subyugar á la Esfinge del conocimiento interior. Pero aquí las semejanzas concluyen, porque, como carácter de estilo, la espontaneidad natural y suelta de Montaigne es el término opuesto á la artificiosidad preciosa de Montalvo; y como carácter moral, la indolencia contemplativa del bordelés en nada se parece á la disposición militante y quijotesca con que nuestro americano asiste al espectáculo del mundo. Montaigne es prototipo de escépticos; y de este rasgo esencial, que es la raíz de sus superioridades, viene también aquella limi-

tación de su naturaleza, que Sainte-Beuve definía: "la ausencia de locura santa y del fuego del sacrificio generoso". En Montalvo no falta nunca este fermento: antes rebosa y se derrama, como la más activa esencia de su espíritu. Montalvo, aunque razonador y malicioso, tiene sumergido el pecho en el mundo de los Amadises y Esplandianes.

La singularidad y excelencia de la forma es principalísima parte en la literatura de Montalvo. Tuvo, en esto, por ideal la vuelta á los típicos moldes de la lengua, en sus tiempos de más color y carácter y de más triunfal y gloriosa plenitud. Quiso escribir como lo haría un contemporáneo de Cervantes y Quevedo que profetizase sobre las ideas y los usos de nuestra civilización, y lo cumplió de modo que pasma y embelesa. El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir, que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y deleite. Nunca se trajo á luz, de las arcas del idioma, tanta deliciosa antigualla, tanta hoja de hierro tomada de orín, tanto paramento de seda, tanta alhaja pomposa y maciza, tanta moneda desgastada, de esas donde agoniza en oro un busto de rey y se esfuma en truncos caracteres, una leyenda ilustre. Aquella prosa semeja un museo; y tiene del museo hasta la profusión que desorienta á la curiosidad y que, dejándola suspensa á cada instante de lo menudo y primoroso, la impide el paso desenvuelto con que guiarse adonde está lo principal.

La ciencia vasta y prolija, el sentimiento profundo del idioma, que semejante evocación supone, son verdaderamente incomparables. La obra de re-

habilitacion de las buenas y sabrosas tradiciones de la sintaxis y el léxico, realizada en lengua española por Montalvo, no representa mérito inferior á la que, en lengua francesa, llevó á cabo, algo anteriormente, Pablo Luis Courier, abriendo paso en las lánguidas formas prosaicas de su tiempo al habla rancia y generosa desenterrada de los frescos sótanos de Montaigne y de Amyot. Como el traductor de *Dafnis y Cloe*, á quien, por otra parte, le vincula la común potestad del dardo satírico, Montalvo fué artífice original con piedras de las ruinas, innovador con aliento de antigüedad. La literatura castellana no ofrece, en el siglo XIX, otra tentativa de restauración arcaica comparable á la suya, por lo viva y orientada en sentido de arte, y no de solaz gramatical ó académico, que la de las *Escenas* de Estébanez Calderón. Pero el costumbrista andaluz, á pesar de su opulencia de color y su caudal de lengua inexhausta y gallardísima, queda como escritor de muchos menos quilates que Montalvo. Faltan en su pintoresco artificio aquella grande alma, aquel arranque hacia arriba, aquel verbo ferviente, que magnifican y realzan el prodigio de forma de nuestro ecuatoriano. Lo que es curiosa habilidad en Estébanez, es en Montalvo maña genial; la prosa de las *Escenas andaluzas* equivale á deleitable exposición de cuadros de género; á multiforme y soberbia galería la de los *Siete Tratados*.

La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas. Nunca hubo gusto literario de más neto solar español, por lo que tiene y por lo que le falta, que el suyo. Llevó á su realización más definida y

concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza, que componen lo que llamamos el *genio* del idioma; sacando todo el partido posible de sus mayores ventajas y excelencias, sin evitar ninguno de los escollos á que por espontánea propensión se tuerce su curso, ni tender á suplir ninguna de las deficiencias que, en determinados casos, limitan sus medios de expresión: de modo que aquella prosa acrisolada y magnífica es, para el genio del idioma, como una lente de aumento, al través de la cual se viese abultado su relieve, engrosado su tejido, puestas en claro sus desproporciones, ó como una artificiosa alquitara, de donde surtiera, en espeso jugo costosísimo, su más concentrada quintaesencia. Allí comparecen, y se desenvuelven hasta sus extremos, la firmeza de la línea, la energía del color, la elocuencia ardiente y pomposa, el elegante discreteo, el castizo donaire; y junto á estas riquezas de la herencia común, manejadas habilísimamente, ningún esfuerzo dirigido á probar la eficacia de la lengua para triunfos ajenos de su tradición: nada por aligerarla y afinarla; nada por infundirla el sentido de lo vago, de lo soñado, de lo íntimo; nada por ensanchar la aureola ó penumbra de sugestión que envuelve el núcleo luminoso de la palabra y la prolonga en efectos de música; nada, en fin, por poner en manos del idioma la varita mágica con que se penetra al mundo de las cosas aéreas y flotantes que hoy apetecemos, más allá de la plena determinación de la forma y de la idea.

Por sus más señalados caracteres, la prosa de Montalvo, expresión violenta de un ideal de restau-

ración en el habla literaria y de la personal genialidad de un escritor, es mucho más admirable en su singularidad que como norma y tipo adecuado para propagarse. Vulgar y torpe error es entender que todo lo que en arte se hace de nuevo, va dirigido á solicitar la imitación, ó siquiera la prevé y la supone, cuando el propósito de que se le imite es de los que no conoció nunca la conciencia del artista verdadero y cabal, y se puede afirmar, sin sombra de paradoja, que lo más digno de ser admirado es lo menos capaz de ser imitado. Aquella prosa ha de juzgarse como una bella forma extinguida. En la relación estética, su singularidad es privilegio; porque esa manera de decir, que no podría generalizarse para la comunicación actual de las ideas, gana con ello aquel encendimiento de beldad que se da en las cosas emancipadas del uso, cuando originariamente contuvieron una centella hermosa: como los soberbios templos que se arruinan, las lindas armas con que ya no se combate, y la buena prosa de los libros añejos, donde ya no se busca la verdad. Y sin embargo de lo dicho, aunque la obra de restauración arcaica que emprendió Montalvo sea, en su conjunto, singular é incomunicable, ¡cuánto que aprovechar en ella; cuánto que mantener y restituir al comercio del habla, en ese vasto tesoro levantado del fondo del tiempo, como del fondo del mar los despojos de un galeón de Indias! A vuelta de prolijidades nada más que curiosas y modos de decir de un sello exclusivamente personal, ¡cuánto hallazgo de valor objetivo; cuánto eficaz conjuro y oportunísima rehabilitación que nos punzan con el sentimiento de las infinitas cosas expresivas y bellas

que el idioma no debió dejar perderse en el proceso de una renovación mal vigilada, la cual no alcanzó nunca á compensar, con lo que granjeó de nuevo la merma del rico patrimonio!... Por eso el arcaísmo de Montalvo puede considerarse, en muchos de sus elementos, obra viva; antecedente capaz de felices sugestiones para el intento, en que ahora estamos empeñados, de volver á la prosa castellana color, resalte y melodía, y de henchirla de sangre y encordarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos ni los realistas de la anterior centuria llegaron más que á demediar en la sintaxis y en el léxico.

No pudo asistirle en su empresa de restauración un gusto constante. Algo hay en la pasión que le animaba del fervor del coleccionista; y el gusto, como el discernimiento de cualquiera especie de valor positivo, no son medidas que regulen el peculiar criterio del coleccionista, para la valuación de las cosas en que se complace. Pero importa diferenciar la soberana calidad de esa pasión, no limitada por el gusto: la naturaleza *genial* que la levanta cien codos sobre la manía sin nervio ni gracia del erudito vulgarmente prendado de lo viejo; sobre la paciencia buscona del pedante huroneador de léxicos y glosarios; porque aquel entusiasmo de las palabras es, en Montalvo, sugestión de un numen, furor casi sagrado, fuego de inspiración que tendría bastante con una sola de sus chispas para devorarse, como sacos de paja, las almas de todos los pedantes del mundo Se *embriagó* de arcaísmo, ésta es la imagen propia; se embriagó con aquella báquica sensación de lo bello antiguo remozado, con que

los heraldos del Renacimiento, al modo como los que trasiegan el mosto suelen marearse del capitoso vaho, se marearon divinamente trasegando el generoso vino de los clásicos, y llevaron sobre su nativa lengua la reconquista romana, en aquella prosa, hirviente de latín, que empezó en el reinado de Don Juan II. Donde dije "romana", póngase "española del gran siglo", y ése, y no otro, es el caso de Montalvo. La prosa de Montalvo, después de Junín y de Ayacucho, es el desquite del Conquistador. Y por cierto que hay en el rebusco y acumulación, que manifiesta esa prosa, de riquezas del tiempo viejo, cierto soplo marcial, cierto ímpetu heroico, como de conquistador que entrase á saco una ciudad antigua y volviera ufano y curioso del botín; cierta exaltación que es todo lo opuesto que pueda imaginarse á la asiduidad linfática del literato de la especie académica.

Para quien guarde diferenciado el sabor de cada uno de los prosadores del gran tiempo de la lengua, la lectura de Montalvo es como múltiple y maravillosa evocación. Un rasgo rememora al uno, otro rasgo al otro; y de esta manera, sobre el fondo de aquella prosa, dorada de gloriosos reflejos, se ven pasar, como procesionalmente, sus sombras augustas, con tanta gracia y reverencia invocadas en la introducción de los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*. Por allí Granada, por allí León, por allí Quevedo, por allí Malón de Chaide, por allí Saavedra Fajardo... Esta obra de selección y concierto de las varias riquezas del tiempo antiguo, bajo el imperio arquitectónico de un estilo personal y creador; ese certamen de las suntuosidades de la lengua se

compararía con el alarde de magnificencia colectiva que presidió á la fábrica de El Escorial, para cuya edificación dicen que se reunieron, en piedras, maderas y metales, todos los primores de las tierras de España: el mármol de Filabres, el jaspe de Tortosa, el pino de Cuenca y Valsaín, el hierro de Vizcaya, la caoba y el ébano de Indias. Nadie hubiera podido manejar con mejor tino aquellos tesoros. Por encima del conocimiento reflexivo y prolijo de la lengua; por encima de la acrisolada lección de sus clásicos y maestros, tenía de ella Montalvo el conocimiento intuitivo, el inspirado sentimiento del carácter y naturaleza idiomática, que, como en cifra, reproducía en su propio carácter literario. Se comprende así que siendo tan moderno y curioso en su pensar, y reflejando su obra ideas de tan esparcidos orígenes, mantuviese constantemente inmune la nobleza antigua de las palabras y la frase; porque el sesgo castizo que tomaba, en el primitivo arranque de la forma, cualquiera manifestación de su pensamiento, la guiaba á completar sin violencia su modo propio y genuino de expresión. No es humanamente posible expresar mayor copio y variedad de ideas ateniéndose tanto á la tradicional integridad y pureza del idioma. La lengua de Montalvo es victoriosa demostración de lo mucho que, á pesar de juicios vulgares, cabe contener en el romance heredado del Conquistador cuando se le conoce en lo hondo y se le solicita con enamoradas instancias; ó es, si se prefiere, demostración de la indefinida amplitud que el genio personal de un gran escritor logra arrancar á los endurecidos moldes de una lengua añeja, sin deformarlos ni descaracterizarlos. En

presencia de este soberano dominio, y del amor ferviente que fué su inspiración, pasma averiguar, como sabemos por carta suya dirigida á D. Miguel Antonio Caro, que alguna vez pasó por su espíritu, aquejado de la nostalgia de más ancho escenario, la ambición de radicarse en París y escribir para siempre en lengua francesa. ¿Qué hubiera resultado de la realidad de este sueño? ¿Un Heredia prosista? Aquella extraordinaria facultad de expresión, que tan íntima y congenial nos parece con el idioma en que se manifestó, como si á él estuviera votivamente consagrada, ¿pudo, sin desvirtuarse, buscar nuevo arraigo y nueva adaptación? La historia literaria testimonia que no hubo nunca gran escritor que lo fuese á la vez en dos lenguas distintas, y Heredia no había llegado á ser gran poeta en castellano cuando optó por serlo en francés.

Para hacer alarde de este absoluto dominio del idioma y del profundo sentimiento de su genio y tradición, en temeraria competencia con el más único y abrumador de los modelos, escribió los *Capitulos que se le olvidaron á Cervantes*, parodia del *Quijote*, que hasta después de la muerte de Montalvo no conoció la imprenta. La obra es lucidísima, como dechado de lenguaje y como interpretación y nuevo desenvolvimiento de los caracteres de la ficción maravillosa. Pero quien allí aparece y campea es Montalvo, y no Cervantes, ó es, si se quiere, el Cervantes de Montalvo, que, reflejando su imagen en lo vivo de tamaño temperamento, muestra, hondamente estampados, el sello y fisonomía del intérprete. Y Montalvo, en su natural de escritor, se parecía poco al modelo que en esta ocasión trató de imitar.

Cervantes, en quien la invención novelesca conserva mucha parte del candor del primitivo épico, tuvo la divina inspiración del estilo y como su arte infuso; pero careció, en fuerza de su propia absoluta naturalidad, de la *conciencia del estilo*, que es intensísima y predominante en Montalvo, artista refinado y precioso, cuyas afinidades, dentro de la clásica prosa castellana, han de buscarse, mucho más que en Cervantes, en Quevedo ó Gracián. Valióle, sí, á Montalvo para su magnífica parodia, ya que no la espontánea semejanza en medios de expresión, el profundo sentimiento del espíritu y la idealidad de la creación cervantesca; y no sólo manifestó ese sentimiento en la parodia misma, sino también, y aún más si cabe, en las páginas críticas que la preceden. Nadie, en idioma castellano, ha hablado de Cervantes y del *Quijote* como Montalvo en esas páginas. Sin asomo de hipérbole puede decirse que ellas son el análisis condigno de la creadora síntesis del genio. La más durable estatua de Cervantes está allí, labrada con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada.

Por lo demás, no hay cosa tan distante de la condición intelectual de Montalvo como la de los "hombres de un solo libro", ó de un solo autor, ó de un solo círculo de autores. Su cultura era varia y difundida; su comprensión, de amplios alcances; ágil y melificadora su curiosidad. Dentro de las letras—y aun en lo que podríamos llamar los alrededores y baluartes de una cultura literaria—tenía cabal noción de lo moderno, no ignoraba lo exótico, y era capaz de sentir la fuerza de la belleza y la de la persuasión en otras lenguas que en la propia. Pero el

núcleo de su saber, la medida y norma de su gusto, fueron siempre lo clásico: lo clásico de su lengua y las de la materna antigüedad. Comprendió enteramente la belleza antigua, porque empezó por comprender y admirar la vida antigua, en lo esencial de su carácter. Nada más elocuente, nada más revestido de la altivez y majestad de la vieja toga oratoria, que la defensa de la civilización pagana en su réplica á un detractor sacristanesco. El *civis romanus sum* se siente allí encrespando ejemplos y razones. Allí es donde se dice: "No me cerréis las puertas de la antigüedad, porque os las derribaré á hachazos." La virtud romana le inspiró, en medallas de admirable prosa, figuras como la de Fabio Darso, cuando, ceñidos los hábitos sacerdotales, pasa por medio de los bárbaros, ó la del joven Curcio, echándose al abismo, ó la de la mujer de Fulvio dándose la muerte para reparar su indiscreción. De Grecia remozó también eternos asuntos. ¿Quién mejor que él ha pintado la escena de la absolución de Friné? Toda la gracia del diálogo ateniense está en los coloquios que animó entre los convidados de Xenofonte y de Platón; y aun del primitivo helenismo, inocente y heroico, cruzan ráfagas por su obra como en aquella página del tratado del *Genio*, donde evocó la sombra del Homero vagabundo, y aquella otra de los *Banquetes de los Filósofos*, donde mostró al asaeteado ciervo del Ida, presidiendo, en fuente de plata, el candor patriarcal de la mesa de Príamo.

Fuera del residuo genial, extraño siempre á toda determinación del medio, la literatura de Montalvo, en sus más señalados caracteres, se vincula al ambiente donde se produjo por relaciones fáciles de

señalar. La fervorosa pasión del idioma, el tono clásico de la cultura literaria, son atributos que han singularizado siempre en América á los pueblos que constituyeron la primitiva Colombia. Allí la pulcritud del lenguaje escrito ha sido estimada como pudiera serlo una nota de limpieza de sangre; allí la teoría del idioma ha tenido, más que en la moderna España, cultivadores aplicados y maestros ilustres, y aun en los más medianos escritores es condición frecuente la pureza de la elocución; allí con la disputa política se mezcla la disputa del vocablo, y el saber gramatical ha sido á veces camino por donde se ha llegado al Gobierno. Infúndase en esta pasión colectiva, estrecha y prosaica en sus formas comunes, el soplo de un superior sentido estético y de un gran carácter de escritor, y se tendrá la magnífica pasión verbal de Montalvo por una transfiguración semejante á la que trueca al crudo barro en la fineza del esmalte, ó al hierro bruto en la centella de la daga. En Montalvo, sobre el oficioso afán de la corrección se encumbraba el divino sueño de lo bello.

Tenía, por amor de lo bello, el sentimiento tiránico, implacable, de la forma; la comprensión de lo artístico de la palabra, con aquel extremo de amor capaz de detenerse en mitad del más arrebatado apóstrofe ó de la más absorta reflexión, para extasiarse en la cadencia de una frase, en el relampagueo de un epíteto ó en la nobleza de un vocablo añejo. Á la conclusión de tal rasgo, al final de tal cláusula, se adivina el grito de orgulloso júbilo del artista que ha llegado á hacer lo que quería y está contento del dios que alienta en él. Un libro suyo se

puede abrir por cualquier parte, con la certeza de encontrar alguna cosa bella, original ó curiosa; una palabra primorosamente puesta, un decir admirablemente burilado, ó un donoso atrevimiento de dicción, ó un gallardo y personal arranque del estilo. Cualquier pasaje de sus obras tiene, en su mérito y rareza formales, un valor independiente del conjunto y bastante para interesar y deleitar por sí solo, como el capricho ornamental que, aun sin representación alguna de ideas ni de cosas reales, es embeleso de los ojos en los relieves de un friso, en la cinceladura de una copa ó en la orla de un manto

Poseyó, entre sus más señaladas excelencias, el dón de describir, y arrancó de las entrañas del idioma cuantos caudales de color, de luz y de plástica energía guardaba él en sus más recónditos y olvidados tesoros, para reencarnar en palabras pintorescas las cosas materiales. En pintar la beldad de la mujer era prolijo y primoroso. Rica galería de este género despliega, multiplicando las variantes y contraponiendo los rasgos y las tintas, en el tratado sobre la *Belleza*, donde su pincel moroso y sensual se detiene, ya en las clásicas Helenas y Frynés, ya en las aéreas Mornas y Galvinas ossiánicas, ya en las lánguidas Zizis, Nardinas y Delises del harén. Otro alarde de esta misma habilidad hizo, en los *Capítulos* agregados á Cervantes, con la pintura de las damas que rivalizan en el baile de doña Engracia de Borja.

Para accesorios de sus animadas figuras, ó bien por simple ostentación de su poder de describir, tomó de lo esplendente, de lo magnífico, de lo suntuario, temas de descripción, sin más transcendencia

ni sentido que el del puro reflejo de la apariencia bella, pero tratados con admirable triunfo de la palabra pictórica. Así, en la aventura del puente de Mantible, en la parodia cervantesca, la enumeración de los tributos que impone de portazgo el tirano Galafre, sirve de pretexto para lucir toda suerte de bizarrías de lenguaje y de color, en la descripción de vasos, colgaduras, alhajas y caballos. De este animal predilecto de pintores sintió Montalvo vivamente la hermosura y el brío: pocas veces las líneas ondulantes, la noble y altiva expresión, la rítmica energía del generoso bruto, se habrán trocado en palabras como cuando él lo pinta, ya en el torneo del castillo á que hizo asistir á Don Quijote, ya arrebatado por el huracán de las batallas, en la carga de Junín. Y fué incomparable paisajista: tuvo de la Naturaleza, no únicamente la visión sensual, sino el íntimo y delicado sentimiento, y se singularizó, en esta parte, por cierto género de tablitas de égloga ó idilio, pero llenas de fragante verdad; floridas márgenes, rincones nemorosos, jardines como los de Academo, que describió en el *Banquete de Platón*, y grutas como la de los coloquios de Numa con la Ninfa, que pintó de modo que parece exhalarse realmente del ilusorio círculo de imágenes la bocanada de frescor y de aroma.

Este pincel de cuadros edénicos es el mismo que dominaba, si era oportuno, la rudeza y humildad del pormenor realista, ya deleiteándose, con la morosidad de las pinturas flamencas, en la abundancia del comedor y del mercado; ya bosquejando, como en un apunte para nuevas geórgicas, la escena del ordeño en la dehesa. Y es el mismo también

en cuyos trazos ardía el fuego del pintor de batallas: nunca en nuestra lengua hubo prosa tan henchida del soplo de la guerra, tan vibrante con el són de clarines y tambores, tan colorida por el flamear de las banderas y el relucir de las armas como la de aquellos bélicos cuadros de *Los Héroes de la Emancipación.* Allí el aliento de la lírica heroica se infunde, sin perder su eficacia, en la amplitud del ritmo prosaico, y exalta hasta los más pujantes vuelos de la estrofa rasgos como los que reproducen la actividad de Bolívar en el mando, el ímpetu de Boves en el acometimiento y la grandeza de Ricaurte en el sacrificio.

De la misma raíz de producción artificiosa y reflexiva, que da la escogida flor de sus bellezas, vienen los peculiares defectos de esa prosa, no difíciles de percibir. En ocasiones aparece la retórica aliñada y compuesta como en producción de certamen, con los recursos *clásicos* y el orden convencional que ajusta frases, giros y figuras, cual escuadrón dispuesto por sus hileras. Otras veces es la persecución desconcertada del efecto violento, en la parte sentimental ó en el color; el énfasis declamatorio; la barroca mezcla de tintas, el esfuerzo patético que produce aquel "son de cuerdas tirantes", de que hablaba Taine á propósito de ciertas páginas de Dickens. Véanse, para ejemplo de estas deformaciones del sentimiento y la expresión, las cartas de los dos naturalistas reñidos por el descubrimiento del Aimatocare, que se incluyen en el tratado *De la Nobleza*, ó la imprecación al cadáver de Girardot, en el de *Los Héroes de la Emancipación hispano-americana.* Y sin embargo, no pocas veces

alcanzó Montalvo, no ya el gusto de la riqueza, que éste le tuvo á cada paso, sino aun la escogida y sobria sencillez y la naturalidad diamantina; aquellas que podrían ser loadas en los términos con que él dijo maravillosamente, por boca de su reencarnado Don Quijote, la alabanza del agua, "inocencia de la naturaleza".

En los buenos y en los malos momentos, su prosa es personalísima. Lo es á pesar de que leyó inmensamente y escribió con infinitas reminiscencias. Por esta apropiación de las lecturas en el torrente de la concepción personal, su modo de componer no se diferencia del de los prosistas y poetas del Renacimiento, en quienes, frente al inagotable botín de la riqueza de los clásicos, el descubrimiento era invención, por la energía de entusiasmo y maravilla que entraba, y la memoria, facultad creadora, transfigurándose, al confundirse y fluir, en abrazo indisoluble, con la obra espontánea de la fantasía. Entre las junturas de tanta pieza de mosaico como comprende esa extensa labor de polígrafo, corre, enlazándolo y vivificándolo todo, una energía asimiladora y libérrima, que basta para sacar á plena luz el sér individual del escritor y para estampar, con rasgos indelebles, su sentimiento de la vida y de las cosas. Esta es la magia del estilo; esta es la eficacia de la expresión verdaderamente propia. Pocos escritores hay que, analizados en la abstracta entidad de sus ideas, rindan al análisis tan escaso residuo personal, y pocos hay también que, tomados en conjunto y en vivo, tengan un sello de personalidad tan claro y resistente. Leído una vez, en una sola página, Montalvo, ya no se despinta su

carácter de escritor, y basta que diez líneas suyas pasen de nuevo bajo nuestros ojos, para obligarnos á decir: "Este es Montalvo."

Si la grandeza y personalidad del escritor se levantan así sobre toda salvedad, hay más lugar á reservas y distingos cuando se le juzga en la condición de pensador. ¿Fué pensador Montalvo? Para llenar cabalmente el concepto faltóle, sin duda, no sólo la superior serenidad que pone su atalaya por encima del tumulto y clamor de las pasiones, sino también la condición, más esencial, de interesarse en las ideas por sí mismas, y no principalmente como tema oratorio ó como arena de una justa; faltóle aquel pertinaz afán con que se entra por las reconditeces de una idea, hasta iluminar lo más extrañado y secreto con que se la apura y exprime hasta verla soltar su más espesa substancia. Pero no sería lícito concluir de aquí que toda la obra de Montalvo sea la maravilla plástica y formal de su prosa. ¿Qué hay, entonces, en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas; hay aquella suerte de pensador fragmentario y militante á que aplicamos el nombre de *luchador*. Y encarado bajo esta faz, el valor ideológico de su obra iguala, ó se aproxima, al que ella tiene en la relación de puro arte.

No se representa bien á Montalvo quien no le imagine en la actitud de pelear, y siempre por causa generosa y flaca. Alma quijotesca, si las hubo; alma traspasada por la devoradora vocación de enderezar entuertos, desfacer agravios y limpiar el mundo de malandrines y follones. Tocando á esta condición, ponemos la mano en el fondo del carác-

ter; en el rasgo maestro y significativo que, concertándose con aquel otro, no menos esencial, de la pasión del decir hermoso y pulcro, diseñan, como el perfil de una medalla, el relieve de la personalidad. Jactábase él mismo, alguna vez, del poder con que había dotado "de castigar, ya que no de corregir, á los perversos". Túvolo, en verdad; y fué su numen de los que, de tiempo en tiempo, envía á la tierra la Némesis de las medidas inviolables para ejercer en la conciencia de los hombres la jurisdicción de la vindicta. No eran el blanco de su preferencia las culpas contra que basta sonreir; ni el procedimiento de su gusto, la intención que se emboza en los pliegues del acento irónico. Descubierto el jayán, pillado el belitre, arremetía de frente y buscando el centro del pecho, y no había caso en que menos fallara aquella portentosa ciencia del idioma que tratándose de encontrar el vocablo que exprimiera, con más neta precisión, el grado de la infamia ó la especie de la villanía. Aun cuando diserta de Arte, de Ciencia ó de Literatura; aun cuando más absorto parece en la labor de ataujía de su estilo, suele suceder que la asociación de las ideas le trae de pronto la ocasión de señalar á un bellaco ó de sacar á la vergüenza alguna injusticia clamorosa; y entonces, de entre los medidos escarceos de aquella prosa gallarda, brota, sin hurtarle el primor, el golpe instantáneo é infalible, como del cincelado puñal de Benvenuto, el relámpago portador de la muerte... Mal hice si lo comparé con el artífice-*bravo;* fuera menester buscar el nombre del artífice-paladín; pero quede la comparación hasta donde signifique el parecido consorcio de una acometivi-

dad de primitivo con el más puro y religioso instinto de arte. Y como la difusión y perennidad de lo que el Arte unge con su luz aseguran la difusión y perennidad del castigo para el malvado, á quien de otra suerte escudaría la pequeñez de su escenario en el mundo, pero á quien se condena á inmortal crucifixión en la cruz de la palabra bella, Montalvo, el artista y el honrado, levanta en los puntos de la pluma á su vecino el traficante, el cortesano ó el difamador, y con su propio nombre le fuerza á que desempeñe su papel, ó á que se le recuerde por analogía, en la obra de entretenimiento que está trabajando para que dure. Así en los capítulos de la parodia cervantesca, Don Quijote tropieza cierta ocasión con un ahorcado, y este ahorcado es Ignacio Veintemilla. Así, en el episodio de "Eutropio", del ensayo sobre *El Genio*, y en el *Banquete de Xenofonte*, y en muchas partes más, otros nombres reales comparecen, ya en la integridad de sus letras, ya muy tenuamente velados, y todos con puntual y terrible oportunidad. Éste es fuero de artistas vengadores, que instituyó el más grande de ellos, señalando el lugar de sus contemporáneos en los círculos del eterno dolor, y que usó también Miguel Ángel cuando puso á los réprobos del *Juicio final* el semblante de sus enemigos.

Y, sin embargo, como es frecuente que suceda en estas conciencias procelosas, había en lo hondo de la de Montalvo veneros inexhaustos de simpatía, de benevolencia y de piedad; entre las asperezas de aquella alma desgarrada por pasiones volcánicas, arroyos de leche y miel, vallecicos de beato sosiego, que prestan sombra y frescura á no pocos pa-

sajes de su obra, donde, en cerco de amargor y energía, las mansedumbres parecen cobrar más suave encanto, como el panal que creció en la boca del león. Y en estos remansos de la obra suelen reflejar sus imágenes cándidas sueños de pureza y amor, bendiciones como de plegaria, delicadezas y ternuras de su sensibilidad moral, que dejan comprender con cuánta verdad dijo de sí propio: "Un tigre para los perversos; para los buenos siempre he abrigado corazón de madre." En ocasiones, la misma imprecación fulminadora brota de sus labios, penetrada de una como ternura sacerdotal, de uno como amor querelloso, que, ablandándola el son, la hacen más excelsa y solemne. "¡Gabriel!—clamaba una vez, en lo más recio de su guerra con García Moreno:—¡Gabriel!, nombre de ángel, nombre que el Señor pronuncia cuando quiere llamar á su preferido..."

Sazón de sus cóleras como de sus apaciguamientos fueron también las sales de la comicidad. Tuvo el dón de reir, y le tuvo de cepa puramente española, como todas las partes de su ingenio, y diversificado en la más rica gama: desde la risa vengadora y mortal, hasta la de inocente regocijo; y desde la sonrisa que punza, y la que compone con una lágrima el agridulce de la melancolía, hasta aquella otra, más vaga y persistente, que significa sólo salud de alma y vigilante apercibimiento del gusto. Porque, además de reir accidental y concreto, su obra entera está acordada á un tono de donaire, de desenfado y jovialidad, que es como un continuo sonreir, á través del cual se filtra la expresión y sale ungida de gracia. Páginas de donde falte ese

espíritu, cediendo el paso á una austera gravedad, pocas tiene Montalvo. Cierta vena de gracejo y malicia es elemento que se nos figura indispensable, hasta con relación á los procedimientos y el arte de su estilo. Aquella prosa tan raramente trabajada, tan compuesta y artificiosa, tan pregonera de singularidades y arcaísmos, escollaría, á menudo, en apariencia afectada y pedantesca, si no llevara dentro de sí propia el correctivo, con este mordicante de la gracia, que disipa el sabor de fatuidad retórica, y por el que parece que los mismos amaneramientos y violencias del estilo están puestos allí con *mica salis*, como en la alegre petulancia de un juego.

Otro carácter esencial de su literatura, porque lo fué también de su persona y de su vida, es el tono de nobleza y superioridad. Ese perenne agitador contra autoridades falsas y pequeñas, tuvo el profundo sentimiento de las verdaderas y grandes. Liberal, hasta donde alcanza lo noble del sentido; demagogo ni plebeyo, nunca. En calidad de ideas, como en temple de ánimo, como en gusto de estilo, caballero de punta en blanco. Amó la libertad con el amor del corazón orientado á la justicia y de la inteligencia prendada de un orden; jamás con la pasión lívida y astrosa del que padece hambre de lo que concedieron á los otros la Naturaleza ó la fortuna.

En infinitas partes de su obra se siente vibrar hacia abajo el menosprecio por las que él graduaba, en medida de dignidad y gentileza, de "almas de marca menor". Repugnábale particularmente la ruindad del libelista, del pícaro de pluma, del

villano borroneador que unta con babas de la plebe estos genesosos moldes en que consagraron el bautismo de nuestra cultura los Stéfanos, Manucios y Elzevirios. Una vez escribió: "La imprenta, esa matrona romana..." Y su natural aristocrático se manifiesta con un sello muy español, muy proveniente de las raíces de la sangre. Cierto entono hidalguesco, cierto ritmo y alarde de castiza altivez, parecen dibujar en derredor de su persona la rozagante anchura de la capa. La inmortalidad no ha podado el *Don* á su nombre, porque es complementario y característico de él. Don Juan Montalvo ha de decirse siempre, y nunca Juan Montalvo. El *Don*, antepuesto á modernos nombres famosos, suena ordinariamente á señal de desestima; y así, ¿quién, sin intención de rebajar, diría don Domingo Sarmiento, ó don Gustavo Bécquer?...; pero él recobra, en labios de la fama, su condición original de título de dignidad, cuando, por cierto temple señoril de la persona ilustre ó ciertas peculiares condiciones de su espíritu, cae el *Don* sobre el nombre con la oportunidad de un rasgo de carácter. Nadie lo suprimiría, sin mal tino, al nombrar á ese otro don Juan de noble alcurnia, que se llamó don Juan Valera. Nuestro don Juan ecuatoriano, mucho más recia y andantescamente caballero que aquel sofista delicioso, en la parte grave de la vida, fué, tanto como él, hombre entendedor del vivir bello y regalado, artista en la sensualidad, según lo acreditan desde sus pinturas de mujeres, trazadas con delectación morosa, en cuadros de salacidad á lo Boucher, hasta aquellas descripciones de manjares y primores de la mesa rica, donde puso la pericial prolijidad

de un magnate razonador del paladar goloso, como don Enrique de Villena.

Si, juzgado dentro del ambiente social contra que reaccionó, fué Montalvo un radical y un rebelde, nos lo parece mucho menos cuando le consideramos en relación al modo de pensar que, en su propio tiempo, prevalecía allí donde llegaban sin obstáculo las corrientes del mundo. Su propaganda liberal, más que á difundir ideas que labrasen en las creencias y los sentimientos religiosos, se dirigió á fulminar la realidad viva y concreta de la intolerancia erigida en fuerza política. No fué Montalvo, en el sentido en que lo fué Bilbao, un revolucionario de las ideas, venido á remover en sus mismos fundamentos la conciencia de una generación, franqueando el paso á filosofías de abierta independencia. Montalvo, más que en la doctrina, más que en el dogma, que nunca combatió de frente, se encarnizó en el hecho de la degeneración de la piedad, como sustentáculo de tiranía y como máscara social de vicios y de bajas pasiones; y no sólo dejó á salvo, en su tradicional integridad, la fe religiosa, sino que, en mucha parte, desenvolvió su propaganda en son de vindicta y desagravio por la pureza de esa fe. Porque, con cierta vaguedad y libre arranque que le tuvieron siempre fuera de confesión determinada, era creyente y cristiano; nunca ultrapasó los límites de aquel inocente liberalismo que se compadecía, en nuestros padres, con la propia calificación de *católico*, y sentía con intenso fervor la religiosidad y la moral evangélicas, que más de una vez fijó su pluma en rasgos de indeleble unción. Su concepto del clérigo ideal le inspiró el episodio

de *El cura de Santa Engracia*, que recuerda á monseñor Bienvenido, ó al Fra Cristóforo de Manzoni. Nada tan penetrado del sentimiento de la autoridad sacerdotal, como la comparación, desenvuelta en alguno de los *Siete Tratados*, de la palabra del ministro de Dios con el agua que satisface las ansias del sediento. Ese Anticristo, escándalo de sacristanes y beatas, era en realidad un alma profundamente religiosa.

La literatura de Montalvo tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valor de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sentir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago, están impregnados de una virtud más honda, que viene del innato poder de simpatía y del ritmo enérgico y airoso de la vida moral. En horas de abatimiento y displicencia, su lectura levanta y corrobora el ánimo; y para quienes le conocen de cerca y han llegado á ser íntimos con él, cualquiera página suya trae, aun independientemente del sentido, una expresión de sonrisa y de consuelo, como el són de esas dulces voces familiares que llevan su propiedad balsámica en el timbre, más que en la palabra. Hay autores que á sus prestigios y excelencias de orden literario reunen un no aprendido dón magistral con que instituir la disciplina de la sensibilidad y de la mente y formar el concepto de la vida. Montalvo es de éstos. La abundancia de ideas morales, pintorescas y cálidas; el generoso entusiasmo, la fortaleza y alegría de alma, el tem-

ple varonil, le hacen particularmente apto como mentor y amigo en los días de la juventud, cuando el hervor de esas primeras lecturas, que, si son nobles y viriles, infunden en el alma, para el resto de la vida, el dejo inextinguible de un bautismo de fuego ó de una iniciación religiosa. Es de aquellos á quienes puede decirse: "Ármame caballero." Tuvo, entre los rasgos que más definen su carácter, la admiración franca y ferviente: el alma abierta á la comprensión plena, entrañable, de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo hermoso: en la Naturaleza y en el Arte; en las cosas del pensamiento como en las de la acción; en el alma de los hombres como en el genio é historia de las sociedades. Era un radical optimista por la constancia de su fe en aquellas nociones superiores que mantienen fija la mirada en una esfera ideal: bien, verdad, justicia, belleza; aunque, frente al espectáculo de la realidad, le tentara, á menudo, aquel pesimismo transitorio que es como el lamento de esa misma fe, desgarrada por el áspero contacto del mundo. "Un perverso para cada diez hombres, mucho honor para el género humano." Su potestad satírica, su profética fuerza de maldecir y fulminar, no eran sino como el aspecto negativo de esa virtud de admiración y de amor que fluía, en hirvientes olas, de su alma. Con igual apasionado impulso ensalza á Napoleón el grande y deprime á Napoleón el chico. El sentimiento de la naturaleza era en él tierno y respetuoso. Idea inspirada, y de genuino cuño quijotesco, es la que, en los *Capítulos* agregados á Cervantes, le lleva á hacer intervenir la activa piedad del caballero en defensa de los árboles heridos por el hacha del le-

ñador. Al comentario y juicio de las obras del Arte llegaba con esa á modo de inspiración refleja; con esa lúcida y enamorada simpatía, que participa del estremecimiento y la virtualidad de la creación. Así acertó á reproducir el alma de los colores y las notas hablando de la *Transfiguración*, de Rafael; de *La Flauta encantada*, de Mozart; de la sinfonía de *El Océano*, de Rubinstein. Así glorificó, en admirables loas, á Byron, á Castelar, á Víctor Hugo. Puso en esta crítica lírica la exaltación del verbo pindárico, y expresó elocuentemente su manera de entender el juicio y el sentimiento de lo bello, con aquel amplio y generoso concepto de la crítica que, en una página de su parodia del *Quijote*, puso en labios de D. Prudencio Santiváñez, en discusión con el marqués de Huagra-Luigsa.

Como realización de belleza, como obra de estilo, que es el aspecto principal en ella, la literatura de Montalvo ofrece, en su conjunto, un carácter difícil de comparar y definir. Los símiles comunes, que parten de la simplicidad de una idea de fuerza ó de gracia, son por igual insuficientes para sugerir aquel carácter. No es la espontaneidad desordenada é indómita de la selva virgen, la abrupta irregularidad de la montaña enorme. No es la prosa de Sarmiento, sin proporción ni vigilancia de sí misma. Pero no es tampoco el jardín de Italia ó de Grecia, la indeficiente sobriedad, el constante imperio de lo gracioso y de lo suave, el simple marco de plátanos y olivos del diálogo platónico. Para buscar á tan personal estilo imagen propia sería necesario figurarse una selva del trópico ordenada y semidomada por brazo de algún Hércules desbrozador de bos-

ques primitivos; una selva donde no sé qué jardinería sobrehumana redujese á ritmo lineal y á estupendo concierto la abundancia viciosa y el ímpetu bravío; ó bien una montaña recortada en formas regulares, una montaña como aquella que, en tiempos de Alejandro, Dinócrates soñó esculpida para monumento del conquistador.—¡El Cotopaxi!... ¿Por qué recuerdo ahora al Cotopaxi?...—¿No está él allí, junto á la línea equinoccial, cerca de donde Montalvo vino al mundo, y no ofrece en sí mismo la representación de lo que quiero decir? El Cotopaxi es un primor colosal, un alarde arquitectónico de la montaña. Sobre sumiso acompañamiento de cumbres, levanta el éter la maravilla de su forma, un inmenso cono truncado, de tal perfección como si fuese obra de compás; y revistiéndolo perennemente de diamante, inmaculada nieve dibuja, en el azul intenso del cielo ecuatorial, la pureza de aquellas líneas sublimes. Acaso la singularidad de esta imagen excitó en el contemplativo espíritu del niño un primer sentimiento de la norma de belleza, á un tiempo regular y atrevida, que el hombre había de fijar al arte de su estilo: pocas veces, como en esa montaña y esta prosa, se ajustó á tan precisos números lo grande.

VII

La encantada labor literaria con que endulzaba el tedio de la proscripción en su pobre refugio de aldea no era engañoso sueño que apartase del pensamiento de Montalvo la sombra de la tiranía. Cuan-

tas veces tuvo ocasión, desde aquella misma soledad, ó en sus breves salidas á centros más poblados, hizo resonar la palabra que le evocase, erguido é implacable, en la memoria del tirano; alentador y tutelar, en la de su pueblo. Él continuaba personificando las protestas, él las esperanzas de la libertad.

En la ciudad del Istmo dió á la imprenta, en Octubre de 1874, el opúsculo *La Dictadura perpetua*, donde replica al periódico *Star and Herald*, que abogaba por la reelección de García Moreno. Allí se reabre, con impaciente y nerviosa brevedad, el proceso de la tiranía; allí se sostiene que conspirar es deber, contra el déspota que "dividió al pueblo ecuatoriano en tres partes iguales, y la una la dedicó á la muerte, la otra al destierro, la última á la servidumbre". Rasgos de éstos quedan como en acero, entre las marchiteces de la entonación declamatoria. "¡El soldado sobre el civil, el fraile sobre el soldado, el verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo, el demonio sobre el tirano!"

Esta elocuente invectiva resonaba en momentos en que había de tener tremenda eficacia. Aproximábase la hora del término legal del Gobierno y de la reelección indisputable. El largo silencio, la reforzada paz, concentraban en la cavilación de los indómitos la energía estrechada con el cansancio y la adaptación del mayor número. La juventud que abría los ojos en los claustros universitarios era nueva y virgen conciencia donde imprimía sus imágenes el espectáculo de la opresión. Todo concurría á presagiar el arrebato extremo y febril. Sin carteles en los pilares, la sugestión anónima tentaba

el ánimo de Bruto. En la tarde del 16 de Agosto de 1875, cuatro conjurados, entre ellos un estudiante de la Universidad, aguardaban, dentro del propio palacio del Gobierno, el paso del déspota. Cayó atravesado de bala y de puñal, tiñendo con sangre de sus venas las hojas del mensaje en que venía de escribir la ratificación de su programa.

Crimen heroicamente inspirado, pero inútil, como casi todos los de esta especie, y más que inútil, funesto. Pronto se había de ver que, después de la terrible violencia, no ganaría la causa de la libertad, y perderían la de la civilización, la del orden, la de la formación de la patria. Montalvo, participando de un extravío que ennoblecen, ya que no legitiman, los extremos del dolor patriótico y de la indignación humana, recibió la noticia en su amargo destierro, y escribió, con mezcla de júbilo y soberbia: "¡Mía es la gloria; mi pluma lo mató!" Luego, anhelando por avivar con su aliento la vindicada libertad, volvió á la patria, de la que le alejaron siete mortales años de obscuridad y abandono. El voto popular había llevado á la presidencia á Borrero, hombre de prestigios cívicos y que gozaba reputación de liberal. Desde que él subió al Gobierno se aflojaron un tanto los procedimientos y las formas; pero quedaba en pie la Constitución que García Moreno había modelado en su delirante fanatismo: aquella teocrática Constitución de 1869, que negaba el derecho de ciudadanía á los que no se declarasen católicos, y lo suspendía á los afiliados á sociedades prohibidas por la Iglesia. Instado por la opinión liberal á provocar la reforma de esa Constitución, bajo cuyo imperio era legalidad la intole-

rancia, extranjería el pensar por cuenta propia, Borrero lo resistió obstinadamente, y la reforma constitucional vino así á ser el símbolo de una oposición que pronto rebosó en inquietud revolucionaria. Á esta oposición contribuyó Montalvo eficazmente con la propaganda de *El Regenerador*.

No había transcurrido un año de la presidencia de Borrero cuando la revolución liberal cundía desde las costas del Pacífico hasta las faldas del Pichincha. Se pronunció el movimiento en Guayaquil, el 8 de Septiembre de 1876, y tuvo por jefe al general D. Ignacio Veintemilla. La personalidad vulgar y siniestra de ese hombre, bien diseñada ya por aquel tiempo—según se desprende de las propias *Catilinarias* de Montalvo—, podría justificar la inculpación que se hiciese á los liberales, de haber buscado ó aceptado en él un instrumento de regeneración, si no fuese tan frecuente en las angustiosas crisis de estos pueblos, y tan humanas al fin ese género de transacciones que olvidan ó disculpan los antecedentes sombríos de un caudillo, cuando tiene en sus manos la fuerza con que dar impulso á una reacción y levanta por bandera el propósito de consumarla. Triunfante aquella revolución, generosa y justa en sus orígenes, y llegado Veintemilla al Poder, no tardó el desengaño para los amigos de la libertad que se habían agrupado en torno suyo y que le vieron desembozar, desde su encumbramiento, una ambición grosera y torpe, ajena á toda mira superior y á todo estímulo ideal Ese desengaño tronó por boca de Montalvo. De él fué, esta vez como siempre, la más altiva palabra de acusación y de protesta. En 1878 lanzaba desde

Ambato su opúsculo *La peor de las revoluciones*, donde fustiga la suspicaz obsesión del gobernante ocupado en fingir, ó magnificar, tenebrosas conjuras, que cohonestasen sus abusos de autoridad y sus alardes de fuerza. No demoraron en llegar á la persona del acusador tales excesos: el primer liberal desterrado por Veintemilla fué Montalvo.

Al Gobierno reaccionario y despótico, pero inteligente y sabedor de sus rumbos, que se personificó en García Moreno, sucede así, tras breve interregno, el personalismo sin ideas ni orden, que representa Veintemilla. Esta brutal dominación soldadesca no tiene un rasgo que la realce, ni siquiera que la diferencie, dentro de las más bajas formas del despotismo militar, que ha sido el más frecuente remate de las convulsiones de la demagogia hispano americana. Es la vulgar historia del audaz improvisado, á quien la aventura del motín, ú otra complicidad de la fortuna, franquean el camino de una prepotencia personal, más ó menos azarosa y efímera, más ó menos sanguinaria y rapaz, que suele disfrazarse, como en este caso, con la grotesca máscara de un liberalismo histriónico y alborotador. Las proscripciones á lo Sila despejaron el campo para mayores desafueros. El amordazamiento de la Prensa; el atropello de la cátedra; el látigo azotando en la prisión las espaldas de periodistas y estudiantes; muertes que dejan dudas y sombras de veneno; y para pagar la perpetua orgía de cuartel, las exacciones y el despilfarro de las rentas públicas, mientras se desmorona, en la incuria y el desorden, la obra de organización con que atenuara las culpas de su férreo despotismo el gobernante clerical. Así se

definió en breve tiempo ese régimen de barbarie afrentosa, que había de caer cinco años más tarde, vencido por sus propios excesos más que por las armas de otra revolución, después de haber renunciado á la apariencia de la legalidad proclamando la dictadura, y de haber puesto el colmo á sus rapiñas y violencias con el saqueo de un banco de Guayaquil, á la luz del medio día, por los soldados del Ejército. Montalvo, refugiado en Panamá, asilo y tribuna tantas veces del liberalismo ecuatoriano, preparaba allí el arco de su palabra vengadora.

Panamá vió nacer las *Catilinarias*. Desde que esta obra salió á luz, hubo, para Veintemilla, América y posteridad que le mirasen. Nunca gavilanes de pluma se hincaron con más despiadada fuerza en las entrañas de una tiranía y en la fama de un tiranuelo. La prolijidad del odio no es capaz de más codicioso rebusco de afrentas; pero el odio que allí hierve es odio santo, que ennoblece y realza el furor del ultraje personal. Abolengo, figura, antecedentes; vicios y tachas de la vida íntima; defectos de la inteligencia y de la educación; crímenes de la vida pública, puntualizados en cuanto á la opresión, en cuanto á la felonía, en cuanto al asesinato, en cuanto al robo: nada de lo del déspota escapa á la terrible inquisición que lleva adelante la pluma; todo él cuelga á lo largo de ese libro, como de una horca, desgarrado y sangriento con los colmillazos de la sátira. Burla, sarcasmo, execración, infunden alternativamente su soplo á una retórica que, por lo demás, no pierde, ni un momento, la dignidad del ritmo oratorio. Quieren las condiciones á que ha debido adaptarse la obra de la inteligencia en los

pueblos de América, que algunas de las cosas mejores de la literatura americana tengan originariamente el carácter de panfletos políticos, y que debajo de estas formas transitorias hayan alentado inspiraciones de pensamiento y de arte, de esas que en un ambiente de cultura adulta florecen en su forma propia y cabal. Así, el *Facundo* es el panfleto que participa de la índole de la historia pintoresca y de la filosofía de la Historia; las *Catilinarias* son el panfleto que vincula su naturaleza con la de la obra de estilo y de clásica literatura. Esa prosa, como el verso de los *Yambos* de Barbier y de los *Castigos*, de Víctor Hugo, exprime el zumo mortal en copa cincelada con el primor de un monje orífice; saca de belleza, energía, y cual si anhelase hacer sobrevivir el contagioso ardor de su pasión al tiempo que serena los odios, pide, para el odio suyo, á la magia de la forma, la fianza de la inmortalidad.

VIII

Consumado ese desquite, quiso Montalvo continuar en Europa su destierro. Allí le llevaban no sólo la natural gravitación de su espíritu y la perspectiva de larga expatriación, sino también el propósito de extender y realzar á una sanción definitiva su fama literaria. Con él iba el manuscrito de los *Siete Tratados*, su obra más característica y soberbia, y la que debía, en efecto, producir el acrecentamiento de su nombre. Llegado á Francia, dió á imprimir el libro en Besançon. Con cuánta solicitud y cuánto anhelo

cuidó de él mientras lo imprimían, se ve por el comentario que de los afanes de la impresión hizo en graciosas notas. Publicado el libro en 1882, y llevándolo como de heraldo, se trasladó á Madrid, de donde le sonreía la esperanza del triunfo.

Allí frecuentó por algún tiempo la sociedad literaria, en la que fué su introductor Emilio Castelar. Confirmó admiraciones y simpatías por autores cultivados de lejos; decepcionóle el carácter real de otros, y no faltó ocasión en que su natural altivez de Inca de las letras, nacido en los contornos de la corte de Atahualpa, se encrespase con la acogida displicente de algún ilustre infanzón de la pedantería. En lo verdaderamente alto halló quienes le hicieran justicia cabal. Leopoldo Alas habló de él con franco homenaje, y D. Juan Varela túvole siempre en singular predilección, inclinándose á señalarle el más encumbrado puesto entre cuantos, en verso ó prosa, habían escrito en América hasta entonces. El triunfo inmediato de su libro no fué, con todo, tan extenso ni intenso como hubiera sido justo esperar de aquel soberano esfuerzo aplicado á devolver su integridad y resplandor á los tesoros de la lengua. Para privar en ciertos círculos y merecer ciertas sanciones, dañó, sin duda, á Montalvo, la libre condición de sus ideas, que aún solía ser allí *capitis diminutio* para los tribunales de la literatura oficial. En suma: de las impresiones de este viaje pareció quedar en el fondo de su espíritu cierto dejo de acritud y desengaño.

Volvió á París, donde permaneció hasta su muerte. A poco de su vuelta hubo de recoger el arco vengador de *El Cosmopolita* y las *Catilinarias*, para

poner en el blanco un dardo de los suyos. Fué el caso que el arzobispo Ordóñez, de Quito, escribió, con motivo de los *Siete Tratados*, toda una pastoral, en la que señalaba á la execración de los creyentes al libro y al autor. La censura era, por la forma, impertinente y grosera; y desde luego, el hecho de que obra que hoy nos parece de tan inofensiva amenidad suscitase de la intolerancia tal movimiento de escándalo, basta para dar idea de un estado social. Montalvo sintió el agravio de su altivez, y la indignación en su conciencia de librepensador y ciudadano; y de entrambos sentimientos tomó impulso la *Mercurial eclesiástica* ó el *Libro de las verdades*, violentísima réplica, de donde la persona del provocador sale tan duramente tundida como, en general, el clero de su tiempo, y donde hay rasgos magistrales para satirizar la devoción viciosa y simoníaca y la apocada y servil.

No fué esa la última de sus publicaciones. Volviendo á la idea que le había inspirado *El Cosmopolita*, comenzó á dar en 1887 *El Espectador*, nuevo ensayo de revista unipersonal, como la de Addison, de que alcanzó á imprimir, hasta poco antes de su muerte, unos seis números, en otros tantos primorosos tomitos (D. Juan gustó siempre de la pulcridad y acicalamiento tipográficos), alternando en sus páginas los juicios de literatura, el comentario de actualidades sociales y políticas, las disertaciones sobre costumbres y legislación y las variedades amenas. De Addison pudo tomar para tal obra el nombre y el plan; no, ciertamente, el carácter, que en nuestro impetuoso y brillante americano tiene poquísimo de aquella estrecha rigidez moral y

aquel perpetuo comedimiento de corte, del ensayista del primitivo *Espectador*. El estilo es, en estos opúsculos, más abandonado y corriente que en los demás escritos de Montalvo; el valor é interés del fondo, muy desigual, como de obra, al fin, que participa de la naturaleza y condición del periodismo.

Entre sus papeles inéditos se halló, después de su muerte, un opúsculo, ó quizás esbozo de libro de más aliento: la *Geometría moral*, dada á la estampa en 1902. El motivo que enlaza las varias partes de este capricho es la ingeniosa interpretación de las líneas y figuras ,geométricas como símbolos de caracteres y pasiones: allí el alma de Napoleón es el cuadrado, el triángulo la de César, el círculo la del Petrarca. Sobre el fondo de estos sutiles alambicamientos, que paran en la más donosa y pintoresca de las filosofías eróticas, pone Montalvo la novela de un seductor irresistible, á quien llama Don Juan de Flor, nuevo y exacerbado Tenorio añadido á la incontable posteridad literaria del Burlador de Sevilla, con gran prestigio de imaginación, aunque con menos de carácter real que de prototipo hiperbólico y tremendo. Cítanse además del tiempo de su juventud, ensayos dramáticos que no he visto, como tampoco un poema de viajes, á imitación del *Childe-Harold*, que bosquejó cuando sus primeras peregrinaciones por Europa.

En cuanto á su vida de estos últimos años, muy poco más es lo que sé. De la política de su país túvose por definitivamente apartado, y nunca llegó á ver lucir en él el franco albor de libertad y organización porque anhelaba en vano desde la juventud. Un movimiento revolucionario para el que aunaron

sus fuerzas liberales y conservadores, había derribado, en 1883, la afrentosa dictadura de Veintemilla. Durante los dos gobiernos que en vida de Montalvo la sucedieron, si bien el ejercicio de la autoridad guardó mayor decoro y mejoró el orden de la administración, no llevó trazas de desarraigarse aquella lepra de intolerancia y apocamiento clerical que era allí el mal congénito de la patria. No sé si bajo el Gobierno de Caamaño, ó bajo el de Antonio Flores, fué electo Montalvo senador; pero ni aceptó esa investidura, ni le tentó en ninguna otra ocasión el pensamiento de la vuelta. Y no porque la vida del destierro tuviera para él ventajas de bienestar, ni halagos de especie menos alta que los que cabe suponer en la adaptación de su espíritu á un ambiente superior de cultura. Vivía pobre y con escasos amigos. Sólo las gracias invisibles llevaban risa y embeleso á aquella callada habitación de la rue Cardinet. Aun en el oasis del Arte, hubo de sentirse á menudo extraño y solo. Su propensión apasionadamente idealista, su gusto clásico y selecto, le apartaban con todas las fuerzas de su alma, del naturalismo literario, que estaba en su triunfal plenitud. Abominó, como cualquier otra simonía, la de la fama, que se aumenta siguiendo la corriente del tiempo. Tampoco recurrió, á pesar de su poca prosperidad, al producir sin alma y por oficio, que jamás conoció en su vida, una de las raras de escritor, en que el uso del natural privilegio mantuvo, del primero al último día, su soberana libertad. En cambio, cualquier empeño desinteresado y andantesco halló pronta y voluntaria su pluma, espada nunca enmohecida, como cuando fué la ocasión de

salir en desagravio de la mujer americana, que un papel de París trataba torpemente, comentando los matrimonios de aristócratas del Viejo Mundo con ricas herederas de América. Por este mismo tiempo algún tiranuelo viajante, de esos que las borrascas ó los turnos de nuestras democracias suelen enviar á las playas de Europa en blando ostracismo de despilfarro y vanidad, quiso desplegar hacia él un ademán de Mecenas, que él contuvo apenas esbozado. En la obscuridad de aquel solitario retiro no se encendió una luz que no reverberase en la limpieza de la honra.

Sobrevino así el mes de Enero de 1889. Ese invierno le postró en el lecho, dañado el pulmón con las reliquias de un mal que le aquejara un año antes. Pronunciόse la gravedad desde luego; fué menester operarle, y rechazando el anestésico que le proponían, afrontó con estoica impasibilidad el dolor. Estoico también para la certidumbre de su próximo fin, le vió llegar entero en el ánimo, entero en la mente. "Me siento capaz—decía á sus amigos—de componer una elegía como nunca la hiciera en los años de mi juventud". Cuando lució el postrero día quiso abandonar el lecho; se vistió con pulcritud y aliño, como quien espera á su enamorada ó su señora, y se sentó para morir. Aún tuvo un último deseo, y fué que le rodeasen de flores. "Un cadáver sin flores—daba por razón de esta voluntad—,me ha entristecido siempre". Trájeronle las pocas y lánguidas que la estación ponía al alcance de la mano, y teniéndolas consigo, expiró.

Hermoso sueño de inmortalidad es la inmortalidad de los Campos Elíseos, donde las almas bien-

aventuradas mantenían, como en una tierra mejor, pero no esencialmente distinta de la realidad del mundo, los rasgos característicos de su personalidad terrena y las formas de su envoltura corpórea. Allí los que dedicaron su vida á las ideas podían seguir consagrándose á tan altos amores, iluminados de nueva y más serena luz; en los bosques de laurel donde Virgilio vió, ceñidos de ínfulas blancas, á los poetas y los sacerdotes. ¿Qué ficción más bella que ésta para complacer á aquel nostálgico anhelo con que pensamos en las grandes almas desaparecidas, cuya intimidad quisiéramos penetrar más allá de lo que nos dicen de ellas los recuerdos que dejaron y los libros que escribieron?... Interesante cosa sería encontrar, en tan amable eternidad, la sombra de Montalvo. Conversaríamos allí de la maravillosa condición y divina virtud de las palabras; de la música, de su són y la arquitectura de sus ordenaciones; del placer de cuando se nos rinden y el dolor de cuando nos huyen, y del dón de evocar y de hechizar que en sí tienen. Conversaríamos también de los heroísmos de la Historia, de la vocación de la caballería y del amor de la libertad.

Aquel grande espíritu encarnó, según dicen los que le conocieron, en figura consonante con la realidad de su sér. Yo la represento en mi imaginación por esas noticias: la talla procerosa, relevado el pecho, enhiesto el andar, la color morena, luengo el torno del rostro; la frente amplia y desembarazada, entre la perpetua rebelión del cabello, montón de negros anillos, y el ignipotente mirar de unos ojos adonde confluían los relámpagos del pensamiento y las llamaradas del ánimo. La nariz, recta y valiente,

como que daba testimonio de los atributos de la voluntad, y en las comisuras de los labios, desdeñosos y finos, se posaba aquel género de amargor con que persiste en el orgullo hidalgo el dejo de la ingratitud y la bajeza del mundo.

Esta señoril imagen tiene ya, no sé si en Guayaquil ó en Quito, una estatua donde perdura. Cuando, en un cercano porvenir, los pueblos hispanoamericanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos, arraigándolas en la conciencia de los otros, la imagen de Montalvo tendrá cuadros y bustos que la multipliquen en bibliotecas y universidades de América. La posteridad, llamada á consagrar los laureles de este primer siglo, dirá que, entre los guías y mentores de América, pocos tan grandes como el hijo de Ambato.

I

ARIEL

ARIEL

Aquella tarde, el viejo y venerado maestro, á quien solían llamar Próspero, por alusión al sabio mago de *La Tempestad* shakesperiana, se despedía de sus jóvenes discípulos, pasado un año de tareas, congregándolos una vez más á su alrededor.

Ya habían llegado ellos á la amplia sala de estudio, en la que un gusto delicado y severo esmerábase por todas partes en honrar la noble presencia de los libros, fieles compañeros de Próspero. Dominaba en la sala—como numen de su ambiente sereno—un bronce primoroso que figuraba al *Ariel*, de *La Tempestad*. Junto á este bronce se sentaba habitualmente el maestro, y por ello le llamaban con el nombre del mago á quien sirve y favorece en el drama el fantástico personaje que había interpretado el escultor. Quizás en su enseñanza y su carácter había para el nombre, una razón y un sentido más profundos.

Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y

desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal á que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida.

La estatua, de real arte, reproducía al genio aéreo en el instante en que, libertado por la magia de Próspero, va á lanzarse á los aires para desvanecerse en un lampo. Despegadas las alas; suelta y flotante la leve vestidura, que la caricia de la luz en el bronce damasquinaba de oro; erguida la amplia frente; entreabiertos los labios por una serena sonrisa, todo en la actitud de Ariel acusaba admirablemente el gracioso arranque del vuelo; y con inspiración dichosa, el arte que había dado firmeza escultural á su imagen, había acertado á conservar en ella, al mismo tiempo, la apariencia seráfica y la levedad ideal.

Próspero acarició, meditando, la frente de la estatua; dispuso luego al grupo juvenil en torno suyo; y con su firme voz—voz *magistral* que tenía para fijar la idea é insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en el lienzo ó de la onda en la arena—comenzó á decir, frente á una atención afectuosa:

Junto á la estatua que habéis visto presidir, cada tarde, nuestros coloquios de amigos, en los que he

procurado despojar á la enseñanza de toda ingrata austeridad, voy á hablaros de nuevo, para que sea nuestra despedida como el sello estampado en un convenio de sentimientos y de ideas.

Invoco á *Ariel* como mi numen. Quisiera ahora para mi palabra la más suave y persuasiva unción que ella haya tenido jamás. Pienso que hablar á la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación.

Anhelo colaborar en una página del programa que al prepararos á respirar el aire libre de la acción, formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir á él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. Este programa propio—que algunas veces se formula y escribe; que se reserva otras para ser revelado en el mismo transcurso de la acción—no falta nunca en el espíritu de las agrupaciones y los pueblos que son algo más que muchedumbres. Si con relación á la escuela de la voluntad individual pudo Goethe decir profundamente que sólo es digno de la libertad y la vida quien es capaz de conquistarlas día á día para sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Al conquistar los vuestros, debéis empezar por

reconocer un primer objeto de fe en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros, y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renan: "La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida." El descubrimiento que revela las tierras ignoradas necesita completarse con el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar á un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

Del renacer de las esperanzas humanas; de las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor, adquiere su belleza el alma que se entreabre al soplo de la vida; dulce é inefable belleza, compuesta, como lo estaba la del amanecer para el poeta de *Las Contemplaciones*, de un "vestigio de sueño y un principio de pensamiento".

La Humanidad, renovando de generación en generación su activa esperanza y su ansiosa fe en un ideal, al través de la dura experiencia de los siglos, hacía pensar á Guyau en la obsesión de aquella pobre enajenada cuya extraña y conmovedora locura consistía en creer llegado, constantemente, el

día de sus bodas—. Juguete de ensueño, ella ceñía cada mañana á su frente pálida la corona de desposada y suspendía de su cabeza el velo nupcial. Con una dulce sonrisa disponíase luego á recibir al prometido ilusorio, hasta que las sombras de la tarde, tras el vano esperar, traían la decepción á su alma. Entonces tomaba un melancólico tinte su locura. Pero su ingenua confianza reaparecía con la aurora siguiente; y ya sin el recuerdo del desencanto pasado, murmurando: *Es hoy cuando vendrá,* volvía á ceñirse la corona y el velo, y á sonreir en espera del prometido.

Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha muerto, la Humanidad viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realidad del ideal soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura. Provocar esa renovación, inalterable con un ritmo de la Naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud. De las almas de cada primavera humana está tejido aquel tocado de novia. Cuando se trata de sofocar esta sublime terquedad de la esperanza, que brota alada del seno de la decepción, todos los pesimismos son vanos. Lo mismo los que se fundan en la razón que los que parten de la experiencia, han de reconocerse inútiles para contrastar el altanero *no importa* que surge del fondo de la Vida. Hay veces en que, por una aparente alteración del ritmo triunfal, cruzan la historia humana generaciones destinadas á personificar, desde la cuna, la vacilación y el desaliento. Pero ellas pasan—no sin haber tenido quizás su ideal como las otras, en forma negativa y con amor inconsciente—, y de nuevo se ilumina en el espíritu de la Humani

dad la esperanza en el Esposo anhelado, cuya imagen, dulce y radiosa como en los versos de marfil de los místicos, basta para mantener la animación y el contento de la vida, aun cuando nunca haya de encarnarse en la realidad.

La juventud, que así significa en el alma de los individuos y de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir.—Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. "Aquel que en Delfos contempla la apiñada muchedumbre de los jonios—dice uno de los himnos homéricos—se imagina que ellos no han de envejecer jamás." Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente. El sacerdote egipcio con quien Solón habló en el templo de Sais, decía al legislador ateniense, compadeciendo á los griegos por su volubilidad bulliciosa: *No sois sino unos niños.* Y Michelet ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego á cuyo alrededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero de aquel divino juego de niños sobre las playas del Archipiélago y á la sombra de los olivos de Jonia,

nacieron el Arte, la Filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo. Absorto en su austeridad hierática, el país del sacerdote representaba, en tanto, la senectud, que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja con desdeñosa mano todo frívolo sueño. La gracia, la inquietud, están proscriptas de las actitudes de su alma, como del gesto de sus imágenes la vida. Y cuando la posteridad vuelve las miradas á él, sólo encuentra una estéril noción del orden, presidiendo al desenvolvimiento de una civilización que vivió para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros: la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena.

Las prendas del espíritu joven—el entusiasmo y la esperanza—corresponden en las armonías de la Historia y la Naturaleza al movimiento y á la luz.—Adondequiera que volváis los ojos, las encontraréis como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y hermosas. Levantadlos al ejemplo más alto.—La idea cristiana, sobre la que aún se hace pesar la acusación de haber entristecido la tierra, proscribiendo la alegría del paganismo, es una inspiración esencialmente juvenil mientras no se aleja de su cuna. El cristianismo naciente esen la interpretación —que yo creo tanto más verdadera cuanto más poética—de Renan, un cuadro de juventud inmarcesible. De juventud del alma, ó, lo que es lo mismo, de un vivo sueño de gracia, de candor, se compone el aroma divino que flota sobre las lentas jornadas del Maestro al través de los campos de Galilea; sobre

sus prédicas, que se desenvuelven ajenas á toda penitente gravedad; junto á un lago celeste; en los valles abrumados de frutos; escuchadas por "las aves del cielo" y "los lirios de los campos", con que se adornan las parábolas; propagando la alegría del "reino de Dios" sobre una dulce sonrisa de la Naturaleza.—De este cuadro dichoso están ausentes los ascetas que acompañaban en la soledad las penitencias del Bautista. Cuando Jesús habla de los que á él le siguen, los compara á los paraninfos de un cortejo de bodas.—Y es la impresión de aquel divino contento la que, incorporándose á la esencia de la nueva fe, se siente persistir al través de la Odisea de los Evangelistas; la que derrama en el espíritu de las primeras comunidades cristianas su felicidad candorosa, su ingenua alegría de vivir, y la que, al llegar á Roma con los ignorados cristianos del Transtevere, les abre fácil paso en los corazones; porque ellos triunfaron oponiendo el encanto de su juventud interior—la de su alma embalsamada por la libación del vino nuevo—á la severidad de los estoicos y á la decrepitud de los mundanos.

Sed, pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita que leváis dentro de vosotros mismos. No creáis, sin embargo, que ella esté exenta de malograrse y desvanecerse, como un impulso sin objeto, en la realidad. De la Naturaleza es la dádiva del precioso tesoro; pero es de las ideas que, él sea fecundo ó se prodigue vanamente, ó fraccionado y disperso en las conciencias personales, no se manifieste en la vida de las sociedades humanas como una fuerza bienhechora.—Un escritor sagaz rastreaba ha poco en las páginas de la novela de nuestro

siglo—esa inmensa superficie especular donde se refleja toda entera la imagen de la vida en los últimos vertiginosos cien años—la psicología, los estados de alma de la juventud, tales como ellos han sido en las generaciones que van desde los días de René hasta los que han visto pasar á Des Esseintes.—Su análisis comprobaba una progresiva disminución de *juventud interior* y de energía en la serie de personajes representativos que se inicia con los héroes, enfermos, pero á menudo viriles, y siempre intensos de pasión, de los románticos, y termina con los enervados de voluntad y corazón, en quienes se reflejan tan desconsoladoras manifestaciones del espíritu de nuestro tiempo como la del protagonista de *A rebours*, ó la del Robert Greslou de *Le Disciple*.—Pero comprobaba el análisis también un lisonjero renacimiento de animación y de esperanza en la psicología de la juventud, de que suele hablarnos una literatura que es quizás nuncio de transformaciones más hondas; renacimiento que personifican los héroes nuevos de Lemaître, de Wizewa, de Rod, y cuya más cumplida representación lo sería tal vez el *David Grieve* con que cierta novelista inglesa contemporánea ha resumido en un solo carácter todas las penas y todas las inquietudes ideales de varias generaciones, para solucionarlas en un supremo desenlace de serenidad y de amor.

¿Madurará en la realidad esa esperanza?—Vosotros, los que vais á pasar, como el obrero en marcha á los talleres que le esperan, bajo el pórtico del nuevo siglo, ¿reflejaréis quizás sobre el arte que os estudie imágenes más luminosas y triunfales que las que han quedado de nosotros? Si los tiempos

divinos en que las almas jóvenes daban modelos para los dialoguistas radiantes de Platón sólo fueron posibles en una breve primavera del mundo; si es fuerza "no pensar en los dioses", como aconseja la Forquias del segundo "Fausto" al coro de cautivas, ¿no nos será lícito, á lo menos, soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan á la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo; en las que sea un poder el sentimiento; en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente, con heroico clamor, del fondo de las almas, todas las cobardías morales que se nutren á los pechos de la decepción y de la duda? ¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual?

Tal es la pregunta que me inquieta mirándoos. Vuestras primeras páginas, las confesiones que nos habéis hecho hasta ahora de vuestro mundo íntimo, hablan de indecisión y de estupor á menudo; nunca de enervación, ni de un definitivo quebranto de la voluntad. Yo sé bien que el entusiasmo es una surgente viva en vosotros. Yo sé bien que las notas de desaliento y de dolor, que la absoluta sinceridad del pensamiento—virtud todavía más grande que la esperanza—ha podido hacer brotar de las torturas de vuestra meditación, en las tristes é inevitables citas de la Duda, no eran indicio de un estado de alma permanente ni significaron en ningún caso vuestra desconfianza respecto de la eterna virtualidad de la Vida. Cuando un grito de angustia ha ascendido del fondo de vuestro corazón, no lo habéis sofocado antes de pasar por vuestros labios, con la austera y muda altivez del estoico en el suplicio, pero lo ha-

béis terminado con una invocación al ideal *que vendrá*, con una nota de esperanza mesiánica.

Por lo demás, al hablaros del entusiasmo y la esperanza, como de altas y fecundas virtudes, no es mi propósito enseñaros á trazar la línea infranqueable que separe el escepticismo de la fe, la decepción de la alegría. Nada más lejos de mi ánimo que la idea de confundir con los atributos naturales de la juventud, con la graciosa espontaneidad de su alma, esa indolente frivolidad del pensamiento que, incapaz de ver más que el motivo de un juego en la actividad, compra el amor y el contento de la vida al precio de su incomunicación con todo lo que pueda hacer detener el paso ante la faz misteriosa y grave de las cosas.—No es ese el noble significado de la juventud individual, ni ése tampoco el de la juventud de los pueblos.—Yo he conceptuado siempre vano el propósito de los que constituyéndose en avizores vigías del destino en América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes de que llegase á nosotros, cualquiera resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas que, por triste ó insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo.—Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso ó en la ignorancia voluntaria. Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda; toda sincera reconvención que sobre Dios ó la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho á que les dejemos llegar á nuestra conciencia y á que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la

Esfinge, y no esquivando su interrogación formidable.—No olvidéis, además, que en ciertas amarguras del pensamiento hay, como en sus alegrías, la posibilidad de encontrar un punto de partida para la acción, hay á menudo sugestiones fecundas. Cuando el dolor enerva, cuando el dolor es la irresistible pendiente que conduce al marasmo ó el consejero pérfido que mueve á la abdicación de la voluntad, la filosofía que le lleva en sus entrañas es cosa indigna de almas jóvenes. Puede entonces el poeta calificarle de "indolente soldado que milita bajo las banderas de la muerte". Pero cuando lo que nace del seno del dolor es el anhelo varonil de la lucha para conquistar ó recobrar el bien que él nos niega, entonces es un acerado acicate de la evolución, es el más poderoso impulso de la vida; no de otro modo que como el hastío, para Helvecio, llega á ser la mayor y más preciosa de todas las prerrogativas humanas, desde el momento en que, impidiendo enervarse nuestra sensibilidad en los adormecimientos del ocio, se convierte en el vigilante estímulo de la acción.

En tal sentido, se ha dicho bien que hay pesimismos que tienen la significación de un *optimismo paradójico*. Muy lejos de suponer la renuncia y la condenación de la existencia, ellos propagan, con su descontento de lo actual, la necesidad de renovarla. Lo que á la Humanidad importa salvar contra toda negación pesimista es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar á un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres. La fe en el porvenir,

la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo. Tal es la razón por la que he querido comenzar encareciéndoos la inmortal excelencia de esa fe que, siendo en la juventud un instinto, no debe necesitar seros impuesta por ninguna enseñanza, puesto que la encontraréis indefectiblemente dejando actuar en el fondo de vuestro sér la sugestión divina de la Naturaleza.

Animados por ese sentimiento, entrad, pues, á la vida, que os abre sus hondos horizontes, con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento en que la afrontéis con la altiva mirada del conquistador.—Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora.—Quizás universalmente, hoy, la acción y la influencia de la juventud son en la marcha de las sociedades humanas menos efectivas é intensas que debieran ser. Gaston Deschamps lo hacía notar en Francia, hace poco, comentando la iniciación tardía de las jóvenes generaciones en la vida pública y la cultura de aquel pueblo, y la escasa originalidad con que ellas contribuyen al trazado de las ideas dominantes. Mis impresiones del presente de América, en cuanto ellas pueden tener un carácter general, á pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen, justificarían acaso una observación parecida.—Y sin embargo, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud.—He ahí por qué os hablo. He ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación mora\

de vuestro espíritu. La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado y la obra del futuro. Pienso con Michelet que el verdadero concepto de la educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con frecuencia mucho más, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos.

Hablemos, pues, de cómo consideraréis la vida que os espera.

La divergencia de las vocaciones personales imprimirá diversos sentidos á vuestra actividad, y hará predominar una disposición, una aptitud determinada, en el espíritu de cada uno de vosotros.—Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción.—Pero por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente á distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar, en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre todo, otra cosa, un ejemplar no mutilado de la Humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. "Hay una profesión universal, que es la de *hombre*", ha dicho admirablemente Guyau. Y Renan, recordando, á propósito de las civilizaciones desequili-

bradas y parciales, que el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente *humana*, define el ideal de perfección á que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie.

Aspirad, pues, á desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro sér. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, á pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia á manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores.—Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado é ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido á otras manifestaciones de la vida.

Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros á una actividad determinada, á un solo modo de cultura, no excluye, ciertamente, la tendencia á realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales.

Esa actividad, esa cultura, serán sólo la nota fundamental de la armonía.—El verso célebre en que el esclavo de la escena antigua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los gritos que, por su sentido inagotable, resonarán eternamente en la conciencia de la Humanidad. Nuestra capacidad de comprender sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender á los espíritus estrechos. Ser incapaz de ver de la Naturaleza más que una faz; de las ideas é intereses humanos más que uno solo, equivale á vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz. La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación, y aun simpatía, se convierte en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas.

Por desdicha, es en los tiempos y las civilizaciones que han alcanzado una completa y refinada cultura donde el peligro de esa limitación de los espíritus tiene una importancia más real y conduce á resultados más temibles. Quiere, en efecto, la ley de evolución, manifestándose en la sociedad como en la Naturaleza por una creciente tendencia á la heterogeneidad, que, á medida que la cultura general de las sociedades avanza, se limite correlativamente la extensión de las aptitudes individuales y haya de ceñirse el campo de acción de cada uno á una especialidad más restringida. Sin dejar de cons-

tituir una condición necesaria de progreso, ese desenvolvimiento del espíritu de especialización trae consigo desventajas visibles, que no se limitan á estrechar el horizonte de cada inteligencia, falseando necesariamente su concepto del mundo, sino que alcanzan y perjudican, por la dispersión de las afecciones y los hábitos individuales, al sentimiento de la solidaridad.—Augusto Comte ha señalado bien este peligro de las civilizaciones avanzadas. Un alto estado de perfeccionamiento social tiene para él un grave inconveniente en la facilidad con que suscita la aparición de espíritus deformados y estrechos; de espíritus "muy capaces bajo un aspecto único y monstruosamente ineptos bajo todos los otros". El empequeñecimiento de un cerebro humano por el comercio continuo de un solo género de ideas, por el ejercicio indefinido de un solo modo de actividad, es para Comte un resultado comparable á la mísera suerte del obrero á quien la división del trabajo de taller obliga á consumir en la invariable operación de un detalle mecánico todas las energías de su vida. En uno y otro caso, el efecto moral es inspirar una desastrosa indiferencia por el aspecto general de los intereses de la Humanidad. Y aunque esta especie de automatismo humano—agrega el pensador positivista—no constituye felizmente sino la extrema influencia dispersiva del principio de especialización, su realidad, ya muy frecuente, exige que se atribuya á su apreciación una verdadera importancia (1).

---

(1) A. Comte: *Cours de philosophie positive;* t. IV, página 430, 2.ª edición.

No menos que á la solidez, daña esa influencia dispersiva á la *estética* de la estructura social.—La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de diosa á la admiración y el encanto de la Humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir á la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer á la vez el sentido de lo ideal y de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro faces del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda. Por eso afirma Macaulay que un día de la vida pública del Atica es más brillante programa de enseñanza que los que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción.—Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza, surgió el *milagro griego* — una inimitable y encantadora mezcla de animación y de serenidad, una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la Historia.

En nuestros tiempos, la creciente complejidad de nuestra civilización privaría de toda seriedad al pensamiento de restaurar esa armonía, sólo posible entre los elementos de una graciosa sencillez.

Pero dentro de la misma complejidad de nuestra cultura, dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos, que es la ineludible consecuencia del progreso en el desenvolvimiento social, cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y el concierto de la vida—en ciertos *intereses del alma*, ante los cuales la dignidad del sér racional no consiente la indiferencia de ninguno de nosotros.

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos á la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota, y quizás no sospechada región, para una inmensa parte de los otros. —Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio á una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, á quienes la influencia de la educación ó la costumbre reduce al automatismo de una actividad, en definitiva, material.—Y bien: este género de servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la

mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único é interesado. No entreguéis nunca á la utilidad ó á la pasión, sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo ó el combate, la esclavitud de vuesrto espíritu.

Encuentro el símbolo de lo que debe ser nuestra alma en un cuento que evoco de un empolvado rincón de mi memoria.—Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado é ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después, en la memoria de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable, que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo.—Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos formaban corro los pastores cuando consagraban á rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos, y frescos grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos, las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco, cruzaban á toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competen-

cia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto á su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al medio día para recoger las migajas de su mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandas bulliciosas al pie del lecho donde dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol.—Lo mismo á los seres sin ventura que á las cosas sin alma alcanzaba su liberalidad infinita. La Naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso; vientos, aves y plantas parecían buscar —como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís—la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso brotaban y florecían, en las junturas de los pavimentos y los muros, los alelíes de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisial, una inmensa reciprocidad de confianzas, mantenían por dondequiera la animación de una fiesta inextinguible...

Pero dentro, muy dentro, aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales, oculta á la mirada vulgar—como la "perdida iglesia" de Úhland en lo esquivo del bosque—, al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que á nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la

apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior, ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste.—Nunca reinó tan honda paz; ni en oceánica gruta, ni en soledad nemorosa.—Alguna vez—cuando la noche era diáfana y tranquila—, abriéndose á modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernerse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flota como una onda indisipable la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio sér. Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silenciario. En los testeros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo...—Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando á nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre, sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad, el rey legendario; en él sus miradas se volvían á lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos como las guijas lavadas por

la espuma; en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis... Y luego, cuando la muerte vino á recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Thule de su alma.

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, á todas las corrientes del mundo, existía en él al mismo tiempo la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que á nadie más que á la razón serena pertenezca. Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando incesantemente el dominio de sí, á favor de la desordenada pasión ó el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión.—Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia del *ocio*, que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento, emancipado de todo innoble yugo. El ocio noble era la inversión del tiempo que oponían, como expresión de la vida superior, á la actividad económica. Vinculando exclusivamente á esa alta y aristo-

crática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil; y entrambas atenciones del alma pueden componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario nunca será inoportuno insistir.— La escuela estoica, que iluminó el ocaso de la antigüedad como por un anticipado resplandor del cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aun en medio á los rigores de la servidumbre, en la hermosa figura de Cleanto; de aquel Cleanto que, obligado á emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía á la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba, con encallecida mano, sobre las piedras del camino, las máximas oídas de labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza, tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular en cada uno de nosotros la doble actividad que simboliza Cleanto.

Una vez más: el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual, como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva. Así como la deformidad y el empequeñecimiento son, en el alma de los individuos, el resultado de

un exclusivo objeto impuesto á la acción y un solo modo de cultura, la falsedad de lo artificial vuelve efímera la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento, ya á la actividad mercantil, como en Fenicia; ya á la guerra, como en Esparta; ya al misticismo, como en el terror del milenario; ya á la vida de sociedad y de salón, como en la Francia del siglo XVIII.—Y preservándoos contra toda mutilación de vuestra naturaleza moral; aspirando á la armoniosa expansión de vuestro sér en todo noble sentido, pensad al mismo tiempo en que la más fácil y frecuente de las mutilaciones es, en el carácter actual de las sociedades humanas, la que obliga al alma á privarse de ese género de *vida interior,* donde tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles que, á la intemperie de la realidad, quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario proscribe: la vida de que son parte la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el *ocio* antiguo, la impenetrable estancia de mi cuento.

Así como el primer impulso de la profanación será dirigirse á lo más sagrado del santuario, la regresión vulgarizadora contra la que os prevengo comenzará por sacrificar lo más delicado del espíritu.—De todos los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada á la invariable descripción del círculo vulgar, convirtiéndole en el atributo de una minoría que lo custodia, dentro de cada sociedad humana, como el de-

pósito de un precioso abandono. La emoción de belleza es al sentimiento de las idealidades como el esmalte del anillo. El efecto del contacto brutal por ella empieza fatalmente, y es sobre ella como obra de modo más seguro. Una absoluta indiferencia llega á ser así, el carácter normal, con relación á lo que debiera ser universal amor de las almas. No es más intensa la estupefacción del hombre salvaje en presencia de los instrumentos y las formas materiales de la civilización, que la que experimenta un número relativamente grande de hombres cultos frente á los actos en que se revele el propósito y el hábito de conceder una seria realidad á la relación hermosa de la vida.

El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la cabeza del Maestro, es todavía una de las fórmulas del sentido común. La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. Si acaso la respeta, es como á un culto esotérico. Y, sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir á formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra—según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller—la virtualidad de una cultura más *extensa* y completa, en el sentido de prestarse á un acordado estímulo de todas las facultades del alma.

Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiesen á una noble espontaneidad del sér racional y no tuvieran con ello suficiente valor para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría á proponer la

cultura de los sentimientos estéticos, como un alto interés de todos.—Si á nadie es dado renunciar á la educación del sentimiento moral, este deber trae implícito el de disponer el alma para la clara visión de la belleza. Considerad al educado sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia. La dignificación, el ennoblecimiento interior, no tendrán nunca artífice más adecuado. Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía. Nunca ella será más plenamente buena, que cuando sepa, en las formas con que se manifieste activamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso.

Cierto es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias. Puede él, indudablemente, realizar su obra sin darle el prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor caritativo llegar á la sublimidad con medios toscos, desapacibles y vulgares. Pero no es sólo más hermosa, sino mayor, la caridad que anhela transmitirse en las formas de lo delicado y lo selecto; porque ella añade á sus dones un beneficio más, una dulce é inefable caricia que no se sustituye con nada y que realza el bien que se concede como un toque de luz.

Dar á sentir lo hermoso es obra de misericordia. Aquellos que exigirían que el bien y la verdad se manifestasen invariablemente en formas adustas y severas, me han parecido siempre amigos traidores del bien y la verdad. La virtud es también un gé-

nero de arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente á las Gracias.—La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber, como la de la más seria realidad, debe tender á hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía.—Guyau, que es rey en las comparaciones hermosas, se vale de una insustituíble para expresar este doble objeto de la cultura moral. Recuerda el pensador los esculpidos respaldos del coro de una gótica iglesia, en los que la madera labrada bajo la inspiración de la fe, presenta, en una faz, escenas de una vida de santo, y en la otra faz, ornamentales círculos de flores. Por tal manera, á cada gesto del santo, significativo de su piedad ó su martirio; á cada rasgo de su fisonomía ó su actitud, corresponde, del opuesto lado, una corola ó un pétalo. Para acompañar la representación simbólica del bien, brotan, ya un lirio, ya una rosa. Piensa Guyau que no de otro modo debe estar esculpida nuestra alma; y él mismo, el dulce maestro, ¿no es por la evangélica hermosura de su genio de apóstol, un ejemplo de esa viva armonía?

Yo creo indudable que el que ha aprendido á distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno. No es, por cierto, el buen gusto, como querría cierto liviano *dilettantismo* moral, el único criterio para apreciar la legitimidad de las acciones humanas; pero menos debe considerársele con el criterio de un estrecho ascetismo, una tentación del error y una sirte engañosa. No le señalaremos nosotros como la senda misma del bien; sí como un camino paralelo y cercano que mantiene

muy aproximados á ella el paso y la mirada del viajero. Á medida que la Humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía. Cuando la severidad estoica de Kant inspira, simbolizando el espíritu de su ética, las austeras palabras: "Dormía y soñé que la vida era belleza; desperté y advertí que ella es deber", desconoce que, si el deber es la realidad suprema, en ella puede hallar realidad el objeto de su sueño, porque la conciencia del deber le dará, con la visión clara de lo bueno, la complacencia de lo hermoso.

En el alma del redentor, del misionero, del filántropo, debe exigirse también *entendimiento de hermosura*, hay necesidad de que colaboren ciertos elementos del genio del artista. Es inmensa la parte que corresponde al dón de descubrir y revelar la íntima belleza de las ideas, en la eficacia de las grandes revoluciones morales. Hablando de la más alta de todas ha podido decir Renan profundamente que "la poesía del precepto, que le hace amar, significa más que el precepto mismo, tomado como verdad abstracta". La originalidad de la obra de Jesús no está, efectivamente, en la acepción literal de su doctrina—puesto que ella puede reconstituirse toda entera sin salir de la moral de la Sinagoga, buscándola desde el Deuteronomio hasta el Talmud—, sino en haber hecho sensible, con su prédica, la poesía del precepto, es decir, su belleza íntima.

Pálida gloria será la de las épocas y las comunio-

nes que menosprecian esa relación estética de su vida ó de su propaganda. El ascetismo cristiano, que no supo encarar más que una sola faz del ideal, excluyó de su concepto de la perfección todo lo que hace á la vida amable, delicada y hermosa; y su espíritu estrecho sirvió para que el instinto indomable de la libertad, volviendo en una de esas arrebatadas reacciones del espíritu humano, engendrase, en la Italia del Renacimiento, un tipo de civilización que consideró vanidad el bien moral y sólo creyó en la virtud de la apariencia fuerte y graciosa. El puritanismo, que persiguió toda belleza y toda selección intelectual; que veló indignado la casta desnudez de las estatuas; que profesó la afectación de la fealdad, en las maneras, en el traje, en los discursos; la secta triste que, imponiendo su espíritu desde el Parlamento inglés, mandó extinguir las fiestas que manifestasen alegría y segar los árboles que diesen flores—tendió junto á la virtud, al divorciarla del sentimiento de lo bello, una sombra de muerte que aún no ha conjurado enteramente Inglaterra, y que dura en las menos amables manifestaciones de su religiosidad y sus costumbres.—Macaulay declara preferir la grosera "caja de plomo" en que los puritanos guardaron el tesoro de la libertad, al primoroso cofre esculpido en que la Corte de Carlos II hizo acopio de sus refinamientos. Pero como ni la libertad ni la virtud necesitan guardarse en caja de plomo, mucho más que todas las severidades de ascetas ó de puritanos, valdrán siempre, para la educación de la Humanidad, la gracia del ideal antiguo, la moral armoniosa de Platón, el *movimiento* pulcro y elegante con que la mano de Ate-

nas tomó, para llevarla á los labios, la copa de la vida.

La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega. Y esta suave armonía ha tenido en el mundo una pasajera realización. Cuando la palabra del cristianismo naciente llegaba con San Pablo al seno de las colonias griegas de Macedonia, á Tesalónica y Filipos, y el Evangelio, aún puro, se difundía en el alma de aquellas sociedades finas y espirituales, en las que el sello de la cultura helénica mantenía una encantadora espontaneidad de distinción, pudo creerse que los dos ideales más altos de la Historia iban á enlazarse para siempre. En el estilo epistolar de San Pablo queda la huella de aquel momento en que la caridad se heleniza. Este dulce consorcio duró poco. La armonía y la serenidad de la concepción pagana de la vida se apartaron cada vez más de la nueva idea que marchaba entonces á la conquista del mundo. Pero para concebir la manera cómo podría señalarse al perfeccionamiento moral de la Humanidad un paso adelante, sería necesario soñar que el ideal cristiano se reconcilia de nuevo con la serena y luminosa alegría de la antigüedad; imaginarse que el Evangelio se propaga otra vez en Tesalónica y Filipos.

Cultivar el buen gusto no significa sólo perfeccionar una forma exterior de la cultura, desenvolver una actitud artística, cuidar, con exquisitez superflua, una elegancia de la civilización. El buen gusto es "una rienda firme del criterio." Martha ha podido atribuirle exactamente la significación de una segunda conciencia que nos orienta y nos de-

vuelve á la luz cuando la primera se obscurece y vacila. El sentido delicado de la belleza es, para Bagehot, un aliado del tacto seguro de la vida y de la dignidad de las costumbres. "La educación del buen gusto—agrega el sabio pensador—se dirige á favorecer el ejercicio del buen sentido, que es nuestro principal punto de apoyo en la complejidad de la vida civilizada." Si algunas veces veis unida esa educación, en el espíritu de los individuos y las sociedades, al extravío del sentimiento ó la moralidad, es porque en tales casos ha sido cultivada como fuerza aislada y exclusiva, imposibilitándose de ese modo el efecto de perfeccionamiento moral que ella puede ejercer dentro de un orden de cultura en el que ninguna facultad del espíritu sea desenvuelta prescindiendo de su relación con las otras.— En el alma que haya sido objeto de una estimulación armónica y perfecta, la gracia íntima y la delicadeza del sentimiento de lo bello serán una misma cosa con la fuerza y la rectitud de la razón. No de otra manera, observa Taine, que en las grandes obras de la arquitectura antigua, la belleza es una manifestación sensible de la solidez, la elegancia se identifica con la apariencia de la fuerza: "las mismas líneas del Partenón que halagan á la mirada con proporciones armoniosas, contentan á la inteligencia con promesas de eternidad".

Hay una relación orgánica, una natural y estrecha simpatía, que vincula á las subversiones del sentimiento y de la voluntad con las falsedades y las violencias del mal gusto. Si nos fuera dado penetrar en el misterioso laboratorio de las almas y se reconstruyera la historia íntima de las del pasado

para encontrar la fórmula de sus definitivos caracteres morales, sería un interesante objeto de estudio determinar la parte que corresponde, entre los factores de la refinada perversidad de Nerón, al germen del histrionismo monstruoso depositado en el alma de aquel cómico sangriento por la retórica afectada de Séneca. Cuando se evoca la oratoria de la Convención, y el hábito de una abominable perversión retórica se ve aparecer por todas partes, como la piel felina del jacobinismo, es imposible dejar de relacionar, como los radios que parten de un mismo centro, como los accidentes de una misma insania, el extravío del gusto, el vértigo del sentido moral y la limitación fanática de la razón.

Indudablemente, ninguno más seguro entre los resultados de la estética que el que nos enseña á distinguir en la esfera de lo relativo, lo bueno y lo verdadero de lo hermoso, y aceptar la posibilidad de una belleza del mal y del error. Pero no se necesita desconocer esta verdad, *definitivamente* verdadera para creer en el encadenamiento simpático de todos aquellos altos fines del alma, y considerar á cada uno de ellos como el punto de partida, no único, pero sí más seguro, de donde sea posible dirigirse al encuentro de los otros.

La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es, pues, exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades. Por lo que respecta á estas últimas, esa relación podría tener su símbolo en la que Rosenkranz afirmaba existir entre la libertad y el orden moral, por una parte, y por la otra, la belle-

za de las formas humanas como un resultado del desarrollo de las razas en el tiempo. Esa belleza típica refleja, para el pensador hegeliano, el efecto ennoblecedor de la libertad; la esclavitud afea al mismo tiempo que envilece; la conciencia de su armonioso desenvolvimiento impide á las razas libres el sello exterior de la hermosura.

En el carácter de los pueblos, los dones derivados de un gusto fino, el dominio de las formas graciosas, la delicada aptitud de interesar, la virtud de hacer amables las ideas, se identifican además con el "genio de la propaganda"—es decir, con el dón poderoso de la universalidad. Bien sabido es que, en mucha parte, á la posesión de aquellos atributos escogidos debe referirse la significación *humana* que el espíritu francés acierta á comunicar á cuanto elige y consagra. --Las ideas adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma. Su superioridad de difusión, su prevalencia á veces dependen de que las Gracias las hayan bañado con su luz. Tal así, en las evoluciones de la vida, esas encantadoras exterioridades de la Naturaleza, que parecen representar exclusivamente la dádiva de una caprichosa superfluidad—la música, el pintado plumaje de las aves, y como reclamo para el insecto propagador del polen fecundo, el matiz de las flores, su perfume—, han desempeñado entre los elementos de la concurrencia vital una función realísima, puesto que significando una superioridad de motivos, una razón de preferencia para las atracciones del amor, han hecho prevalecer, dentro de cada especie, á los seres mejor dota-

dos de hermosura sobre los menos ventajosamente dotados.

Para un espíritu en que exista el amor instintivo de lo bello hay, sin duda, cierto género de mortificación en resignarse á defenderle por medio de una serie de argumentos que se funden en otra razón, en otro principio, que el mismo irresponsable y desinteresado amor de la belleza, en la que halla su satisfacción uno de los impulsos fundamentales de la existencia racional. Infortunadamente, este motivo superior pierde su imperio sobre un inmenso número de hombres, á quienes es necesario enseñar el respeto debido á ese amor del cual no participan, revelándoles cuáles son las relaciones que lo vinculan á otros géneros de intereses humanos.—Para ello deberá lucharse muy á menudo con el concepto vulgar de estas relaciones. En efecto: todo lo que tienda á suavizar los contornos del carácter social y las costumbres; á aguzar el sentido de la belleza; á hacer del gusto una delicada impresionabilidad del espíritu, y de la gracia una forma universal de la actividad, equivale, para el criterio de muchos devotos de lo severo ó de lo útil, á menoscabar el temple varonil y heroico de las sociedades, por una parte; su capacidad utilitaria y positiva, por la otra.—He leído en *Los trabajadores del mar*, que cuando un buque de vapor surcó por primera vez las ondas del canal de la Mancha, los campesinos de Jersey lo anatematizaban en nombre de una tradición popular que consideraba elementos irreconciliables y destinados fatídicamente á la discordia, el agua y el fuego.—El criterio común abunda en la creencia de enemistades parecidas.—Si os propo-

néis vulgarizar el respeto por lo hermoso, empezad por hacer comprender la posibilidad de un armónico concierto de todas las legítimas actividades humanas, y esa será más fácil tarea que la de convertir directamente el amor de la hermosura, por ella misma, en atributo de la multitud. Para que la mayoría de los hombres no se sientan inclinados á *expulsar á las golondrinas de la casa*, siguiendo el consejo de Pitágoras, es necesario argumentarles, no con la gracia monástica del ave ni su leyenda de virtud, sino con que la permanencia de sus nidos no es en manera alguna inconciliable con la seguridad de los tejados.

A la concepción de la vida racional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza, é incluye, por lo tanto, entre sus fines esenciales, el que se satisface con la contemplación sentida de lo hermoso, se opone—como norma de la conducta humana—la concepción *utilitaria*, por la cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación á la inmediata finalidad del interés.

La inculpación del utilitarismo estrecho que suele dirigirse al espíritu de nuestro siglo, en nombre del ideal, y con rigores de anatema, se funda, en parte, sobre el desconocimiento de que sus titánicos esfuerzos por la subordinación de las fuerzas de la Naturaleza á la voluntad humana y por la extensión del bienestar material, son un trabajo necesario que preparará, como el laborioso enriquecimiento de una tierra agotada, la florescencia de idealismos futuros. La transitoria predominancia de esa función

de utilidad que ha absorbido á la vida agitada y febril de estos cien años sus más potentes energías, explica, sin embargo—ya que no las justifique—, muchas nostalgias dolorosas, muchos descontentos y agravios de la inteligencia, que se traducen, bien por una melancólica y exaltada idealización de lo pasadc, bien por una desesperanza cruel del porvenir. Hay por ello un fecundísimo, un bienaventurado pensamiento, en el propósito de cierto grupo de pensadores de las últimas generaciones—entre los cuales sólo quiero citar una vez más la noble figura de Guyau—que han intentado sellar la reconciliación definitiva de las conquistas del siglo con la renovación de muchas viejas devociones humanas, y que han invertido en esa obra bendita tantos tesoros de amor como de genio.

Con frecuencia habréis oído atribuir á dos causas fundamentales el desborde del espíritu de utilidad que da su nota á la fisonomía moral del siglo presente, con menoscabo de la consideración *estética* y desinteresada de la vida. Las revelaciones de la ciencia de la Naturaleza—que, según intérpretes, ya adversos, ya favorables á ella, convergen á destruir toda idealidad por su base—son la una; la universal difusión y el triunfo de las ideas democráticas, la otra. Yo me propongo hablaros exclusivamente de esta última causa, porque confío en que vuestra primera iniciación en las revelaciones de la Ciencia ha sido dirigida como para preservaros del peligro de una interpretación vulgar.—Sobre la democracia pesa la acusación de guiar á la Humanidad, mediocrizándola, á un Sacro Imperio del utilitarismo. La acusación se refleja con vibrante intensidad en las

páginas—para mí siempre llenas de un sugestivo encanto—del más amable entre los maestros del espíritu moderno: en las seductoras páginas de Renan, á cuya autoridad ya me habéis oído varias veces referirme y de quien pienso volver á hablaros á menudo.—Leed á Renan, aquellos de vosotros que lo ignoréis todavía, y habréis de amarle como yo.—Nadie como él me parece, entre los modernos, dueño de ese arte de "enseñar con gracia", que Anatole France considera divino. Nadie ha acertado como él á hermanar, con la ironía, la piedad. Aun en el rigor del análisis, sabe poner la unción del sacerdote. Aun cuando enseña á dudar, su suavidad exquisita tiende una onda balsámica sobre la duda. Sus pensamientos suelen dilatarse, dentro de nuestra alma, con ecos tan inefables y tan vagos, que hacen pensar en una religiosa música de ideas. Por su infinita comprensibilidad ideal acostumbran las clasificaciones de la crítica personificar en él el alegre escepticismo de los *dilletanti* que convierten en traje de máscara la capa del filósofo; pero si alguna vez intimáis dentro de su espíritu, veréis que la tolerancia vulgar de los escépticos se distingue de su tolerancia como la hospitalidad galante de un salón del verdadero sentimiento de la caridad.

Piensa, pues, el maestro, que una alta preocupación por los *intereses ideales* de la especie es opuesta del todo al espíritu de la democracia. Piensa que la concepción de la vida, en una sociedad donde ese espíritu domine, se ajustará progresivamente á la exclusiva persecución del bienestar material como beneficio propagable al mayor número de personas. Según él, siendo la democracia la entronización de

Calibán, Ariel no puede menos que ser el vencido de ese triunfo.—Abundan afirmaciones semejantes á éstas de Renan, en la palabra de muchos de los más caracterizados representantes que los intereses de la cultura estética y la selección del espíritu tienen en el pensamiento contemporáneo. Así, Bourget se inclina á creer que el triunfo universal de las instituciones democráticas hará perder á la civilización en profundidad lo que la hace ganar en extensión. Ve su forzoso término en el imperio de un individualismo mediocre. "Quien dice democracia—agrega el sagaz autor de *Andrés Cornelis*—dice desenvolvimiento progresivo de las tendencias individuales y disminución de la cultura."—Hay en la cuestión que plantean estos juicios severos un interés vivísimo, para los que amamos—al mismo tiempo—por convencimiento la obra de la Revolución, que en nuestra América se enlaza además con las glorias de su Génesis, y por instinto, la posibilidad de una noble y selecta vida espiritual que en ningún caso haya de ver sacrificada su serenidad augusta á los caprichos de la multitud.—Para afrontar el problema es necesario empezar por reconocer que cuando la democracia no enaltece su espíritu por la influencia de una fuerte preocupación ideal que comparta su imperio con la preocupación de los intereses materiales, ella conduce fatalmente á la privanza de la mediocridad, y carece, más que ningún otro régimen, de eficaces barreras con las cuales asegurar, dentro de un ambiente adecuado, la inviolabilidad de la alta cultura. Abandonada á sí misma—sin la constante rectificación de una activa autoridad moral que la depure y encauce sus ten-

dencias en el sentido de la dignificación de la vida, —la democracia extinguirá gradualmente toda idea de superioridad que no se traduzca en una mayor y más osada aptitud para las luchas del interés, que son entonces la forma más innoble de las brutalidades de la fuerza.—La selección espiritual, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo perseverante propósito ideal y de acatamiento á toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas allí donde la igualdad social, que ha destruído las jerarquías imperativas é infundadas, no las sustituya con otras que tengan en la influencia moral su único modo de dominio y su principio en una clasificación racional.

Toda igualdad de condiciones es en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la Naturaleza, un equilibrio instable. Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede significar para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas.

Con relación á las condiciones de la vida de América, adquiere esta necesidad de precisar el verdadero concepto de nuestro régimen social un doble imperio. El presuroso crecimiento de nuestras democracias por la incesante agregación de una enorme multitud cosmopolita; por la afluencia inmigra-

toria, que se incorpora á un núcleo aún débil para verificar un activo trabajo de asimilación y encauzar el torrente humano con los medios que ofrecen la solidez secular de la estructura social, el orden político seguro y los elementos de una cultura que haya arraigado íntimamente,— nos expone en el porvenir á los peligros de la degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del núcleo toda noción de calidad; que desvanece en la conciencia de las sociedades todo justo sentimiento del orden; y que, librando su ordenación jerárquica á la torpeza del acaso, conduce forzosamente á hacer triunfar las más injustificadas é innobles de las supremacías.

Es indudable que nuestro interés egoísta debería llevarnos —á falta de virtud—, á ser hospitalarios. Ha tiempo que la suprema necesidad de colmar el vacío moral del desierto, hizo decir á un publicista ilustre que, en América, *gobernar es poblar*.—Pero esta fórmula famosa encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es necesario prevenirse, porque conduciría á atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre.—Gobernar es poblar, asimilando en primer término; educando y seleccionando, después.—Si la aparición y el florecimiento, en la sociedad, de las más elevadas actividades humanas, de las que determinan la alta cultura, requieren como condición indispensable la existencia de una población cuantiosa y densa, es precisamente porque esa importancia cuantitativa de la población, dando lugar á la más compleja división del trabajo, posibilita la formación de fuertes elementos diri-

gentes que hagan efectivo el dominio de la *calidaa* sobre el *número*—. La multiíud, la masa anónima no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie ó de civilización, según carezca ó no del coeficiente de una alta dirección moral. Hay una verdad profunda en el fondo de la paradoja de Emerson que exige que cada país del globo sea juzgado según la minoría y no según la mayoría de sus habitantes. La civilización de un pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad ó de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ellas son posibles; y ya observaba Comte, para mostrar cómo en cuestiones de intelectualidad, de moralidad, de sentimiento, sería insensato pretender que la calidad pueda ser sustituída en ningún caso por el número, que ni de la acumulación de muchos espíritus vulgares se obtendrá jamás el equivalente de un cerebro de genio, ni de la acumulación de muchas virtudes mediocres el equivalente de un rasgo de abnegación ó de heroísmo.— Al instituir nuestra democracia la universalidad y la igualdad de derechos, sancionaría, pues, el predominio innoble del número, si no cuidase de mantener muy en alto la noción de las legítimas superioridades humanas, y de hacer, de la autoridad vinculada al voto particular, no la expresión del sofisma de la igualdad absoluta, sino, según las palabras que recuerdo de un joven publicista francés, "la consagración de la jerarquía, emanando de la libertad".

La oposición entre el régimen de la democracia y la alta vida del espíritu es una realidad fatal cuando aquel régimen significa el desconocimiento de

las desigualdades legítimas y la sustitución de la fe en el *heroísmo*—en el sentido de Carlyle—por una concepción mecánica de gobierno.—Todo lo que en la civilización es algo más que un elemento de superioridad material y de prosperidad económica, constituye un relieve que no tarda en ser allanado cuando la autoridad moral pertenece al espíritu de la medianía.—En ausencia de la barbarie irruptora que desata sus hordas sobre los faros luminosos de la civilización, con heroica, y á veces regeneradora, grandeza, la alta cultura de las sociedades debe precaverse contra la obra, mansa y disolvente, de esas otras hordas pacíficas, acaso acicaladas; las hordas inevitables de la vulgaridad—cuyo Atila podría personificarse en Mr. Homais; cuyo heroísmo es la astucia puesta al servicio de una repugnancia instintiva hacia lo grande; cuyo atributo es el rasero nivelador.—Siendo la indiferencia inconmovible y la superioridad cuantitativa, las manifestaciones normales de su fuerza no son por eso incapaces de llegar á la ira épica y de ceder á los impulsos de la acometividad. Charles Morice las llama entonces "falanges de Prudhommes feroces que tienen por lema la palabra *Mediocridad* y marchan animadas por el odio de lo extraordinario."

Encumbrados, esos Prudhommes harán de su voluntad triunfante una partida de caza organizada contra todo lo que manifieste la aptitud y el atrevimiento del vuelo. Su fórmula social será una democracia que conduzca á la consagración del pontífice "Cualquiera", á la coronación del monarca "Uno de antos". Odiarán en el mérito una rebeldía. En sus

dominios, toda noble superioridad se hallará en las condiciones de la estatua de mármol colocada á la orilla de un camino fangoso, desde el cual le envía un latigazo de cieno el carro que pasa. Ellos llamarán al dogmatismo del sentido vulgar, sabiduría; gravedad, á la mezquina aridez del corazón; criterio sano, á la adaptación perfecta á lo mediocre; y despreocupación viril, al mal gusto.—Su concepción de la justicia los llevaría á sustituir, en la Historia, la inmortalidad del grande hombre, bien con la identidad de todos en el olvido común, bien con la memoria igualitaria de Mitrídates, de quien se cuenta que conservaba en el recuerdo los nombres de todos sus soldados. Su manera de republicanismo se satisfaría dando autoridad decisiva al procedimiento probatorio de Fox, que acostumbraba experimentar sus proyectos en el criterio del diputado que le parecía la más perfecta personificación del *country-gentleman*, por la limitación de sus facultades y la rudeza de sus gustos. Con ellos se estará en las fronteras de la *zoocracia*, de que habló una vez Baudelaire. La Titania de Shakespeare, poniendo un beso en la cabeza asinina, podría ser el emblema de la Libertad, que otorga su amor á los mediocres. Jamás, por medio de una conquista más fecunda, podrá llegarse á un resultado más fatal.

Embriagad al repetidor de las irreverencias de la medianía que veis pasar por vuestro lado; tentadle á hacer de héroe; convertid su apacibilidad burocrática en vocación de redentor, y tendréis entonces la hostilidad rencorosa é implacable contra todo lo hermoso, contra todo lo digno, contra todo lo delicado del espíritu humano, que repugna, to-

davía más que el bárbaro derramamiento de la sangre en la tiranía jacobina, que ante su tribunal convierte en culpas la sabiduría de Lavoisier, el genio de Chenier, la dignidad de Malesherbes, que, entre los gritos habituales en la Convención, hace oir las palabras:—*¡Desconfiad de ese hombre, que ha hecho un libro!* —, y que refiriendo el ideal de la sencillez democrática al primitivo *estado de naturaleza* de Rousseau, podría elegir el símbolo de la discordia que establece entre la democracia y la cultura, en la viñeta con que aquel sofista genial hizo acompañar la primera edición de su famosa diatriba contra las artes y las ciencias, en nombre de la moralidad de las costumbres; un sátiro imprudente que, pretendiendo abrazar, ávido de luz, la antorcha que lleva en su mano Prometeo, oye al titán-filántropo que su fuego es mortal á quien le toca.

La ferocidad igualitaria no ha manifestado sus violencias en el desenvolvimiento democrático de nuestro siglo, ni se ha opuesto en formas brutales á la serenidad y la independencia de la cultura intelectual. Pero, á la manera de una bestia feroz en cuya posteridad domesticada hubiérase cambiado la acometividad en mansedumbre artera é innoble, el igualitarismo, en la forma mansa de la *tendencia á lo utilitario y lo vulgar*, puede ser un objeto real de acusación contra la democracia del siglo XIX. No se ha detenido ante ella ningún espíritu delicado y sagaz á quien no hayan hecho pensar angustiosamente algunos de sus resultados en el aspecto social y en el político. Expulsando con indignada energía del espíritu humano aquella falsa concepción de la igualdad que sugirió los delirios de la

Revolución, el alto pensamiento contemporáneo ha mantenido al mismo tiempo, sobre la realidad y sobre la teoría de la democracia, una inspección severa que os permite á vosotros, los que colaboraréis en la obra del futuro, fijar vuestro punto de partida, no ciertamente para destruir, sino para educar, el espíritu del régimen que encontráis en pie.

Desde que nuestro siglo asumió personalidad é independencia en la evolución de las ideas, mientras el idealismo alemán rectificaba la utopía igualitaria de la filosofía del siglo XVIII y sublimaba, si bien con viciosa tendencia cesarista, el papel reservado en la Historia á la superioridad individual, el positivismo de Comte, desconociendo á la igualdad democrática otro carácter que el de "un disolvente transitorio de las desigualdades antiguas", y negando con igual convicción la eficacia definitiva de la soberanía popular, buscaba en los principios de las clasificaciones naturales el fundamento de la clasificación social que habría de sustituir á las jerarquías recientemente destruídas.—La crítica de la realidad democrática toma formas severas en la generación de Taine y de Renan. Sabéis que á este delicado y bondadoso ateniense sólo complacía la igualdad de aquel régimen social, siendo, como en Atenas, "una igualdad de semidioses". En cuanto á Taine, es quien ha escrito los *Orígenes de la Francia contemporánea*; y si, por una parte, su concepción de la sociedad como un organismo, le conduce lógicamente á rechazar toda idea de uniformidad que se oponga al principio de las dependencias y las subordinaciones orgánicas, por otra parte su finísimo instinto de selección intelectual le lleva á abominar

de la invasión de las cumbres por la multitud. La gran voz de Carlyle había predicado ya, contra toda nivelatora irreverencia, la veneración del *heroísmo,* entendiendo por tal el culto de cualquier noble superioridad. Emerson refleja su voz en el seno de la más positivista de las democracias. La ciencia nueva habla de selección como de una necesidad de todo progreso. Dentro del Arte, que es donde el sentido de lo selecto tiene su más natural adaptación, vibran con honda resonancia las notas que acusan el sentimiento, que podríamos llamar *de extrañeza,* del espíritu, en medio de las modernas condiciones de la vida. Para escucharlas no es necesario aproximarse al parnasianismo de estirpe delicada y enferma, á quien un aristocrático desdén de lo presente llevó á la reclusión en lo pasado. Entre las inspiraciones constantes de Flaubert—de quien se acostumbra á derivar directamente la más democratizada de las escuelas literarias—, ninguna más intensa que el odio de la mediocridad envalentonada por la nivelación y de la tiranía irresponsable del número. Dentro de esa contemporánea literatura del Norte, en la cual la preocupación por las altas cuestiones sociales es tan viva, surge á menudo la expresión de la misma idea, del mismo sentimiento; Ibsen desarrolla la altiva arenga de su "Stockmann" alrededor de la afirmación de que "las mayorías compactas son el peligro más peligroso de la libertad y la verdad"; y el formidable Nietzsche opone al ideal de una Humanidad mediatizada la apoteosis de las almas que se yerguen sobre el nivel de la Humanidad como una viva marea.—El anhelo vivísimo por una rectificación del espíritu social que

asegure á la vida de la *heroicidad* y el pensamiento un ambiente más puro de dignidad y de justicia, vibra hoy por todas partes, y se diría que constituye uno de los fundamentales acordes que este ocaso de siglo propone para las armonías que han de componer el siglo venidero.

Y sin embargo, el espíritu de la democracia es, esencialmente, para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse. Los descontentos sugeridos por las imperfecciones de su forma *histórica* actual han llevado á menudo á la injusticia con lo que aquel régimen tiene de definitivo y de fecundo. Así, el aristocratismo sabio de Renan formula la más explícita condenación del principio fundamental de la democracia: la igualdad de derechos; cree á este principio irremisiblemente divorciado de todo posible dominio de la superioridad intelectual, y llega hasta á señalar en él, con una enérgica imagen, "*las antípodas de las vías de Dios*—puesto que Dios no ha querido que todos viviesen en el mismo grado la vida del espíritu".— Estas paradojas injustas del maestro, complementadas por su famoso ideal de una oligarquía omnipotente de hombres sabios, son comparables á la reproducción exagerada y deformada, en el sueño, de un pensamiento real y fecundo que nos ha preocupado en la vigilia.—Desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, porque, aun no terminada, no ha llegado á conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección, equivale á desconocer la obra, paralela y concorde, de la Ciencia, porque interpretada con el criterio estrecho de una escuela, ha podido

dañar alguna vez al espíritu de religiosidad ó al espíritu de poesía.—La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituíbles soportes sobre los que nuestra civilización descansa, ó, expresándolo con una frase de Bourget, las dos "obreras" de nuestros destinos futuros. "*En ellas somos, vivimos, nos movemos.*" Siendo, pues, insensato pensar, como Renan, en obtener una consagración más positiva de todas las superioridades morales, la realidad de una razonada jerarquía, el dominio eficiente de las altas dotes de la inteligencia y de la voluntad, por la *destrucción* de la igualdad democrática, sólo cabe pensar en la *educación* de la democracia y su reforma. Cabe pensar en que progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, á los ojos de la razón, la cifra del valor humano.

La educación popular adquiere, considerada en relación á tal obra, como siempre que se la mira con el pensamiento del porvenir, un interés supremo (1). Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más efi-

(1) «Plus l'instruction se répand, plus elle doit faire de part aux idées générales et généreuses. On croît que l'instruction populaire doit être terre à terre. C'est le contraire qui est la vérité.» FOUILLÉE: *L'idée moderne du droit*, lib. 5.º, IV.

caces de superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido, haciendo objetos de una educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales.

Ninguna distinción más fácil de confundirse y anularse en el espíritu de pueblo que la que enseña que la igualdad democrática puede significar una igual *posibilidad*, pero nunca una igual *realidad*, de influencia y de prestigio entre los miembros de una sociedad organizada. En todos ellos hay un derecho idéntico para aspirar á las superioridades morales que deben dar razón y fundamento á las superioridades efectivas; pero sólo á los que han alcanzado realmente la posesión de las primeras debe ser concedido el premio de las últimas. El verdadero, el digno concepto de la igualdad reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble. El deber del Estado consiste en colocar á todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender á su perfeccionamiento. El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, dondequiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza ó del esfuerzo meritorio de la voluntad.—Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse á la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección

espiritual, es el ambiente *providencial* de la cultura. La favorecerá todo lo que favorezca al predominio de la energía inteligente. No en distinto sentido pudo afirmar Tocqueville que la poesía, la elocuencia, las gracias del espíritu, los fulgores de la imaginación, la profundidad del pensamiento, "todos esos dones del alma, repartidos por el cielo al acaso", fueron colaboradores en la obra de la democracia, y la sirvieron, aun cuando se encontraron de parte de sus adversarios, porque convergieron todos á poner de relieve la natural, la no heredada grandeza de que nuestro espíritu es capaz.—La emulación, que es el más poderoso estímulo entre cuantos pueden sobreexcitar, lo mismo la vivacidad del pensamiento que la de las demás actividades humanas, necesita á la vez de la igualdad en el punto de partida para producirse, y de la desigualdad que aventajará á los más aptos y mejores, como objeto final. Sólo un régimen democrático puede conciliar en su seno esas dos condiciones de la emulación, cuando no degenera en nivelador igualitarismo y se limita á considerar como un hermoso ideal de perfectibilidad una futura equivalencia de los hombres por su ascensión al mismo grado de cultura.

Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra, como las aristocracias, la distinción de calidad; pero las resuelve á favor de las calidades realmente superiores—las de la virtud, el carácter, el espíritu—, y sin preten-

der inmovilizarlas en clases constituídas aparte de las otras, que mantengan á su favor el privilegio execrable de la casta, renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor. Reconociendo, de tal manera, en la selección y la predominancia de los mejor dotados una necesidad de todo progreso, excluye de esa ley universal de la vida, al sancionarla en el orden de la sociedad, el efecto de humillación y de dolor que es, en las concurrencias de la Naturaleza y en las de las otras organizaciones sociales, el duro lote del vencido. "La gran ley de la selección natural—ha dicho luminosamente Fouillée—continuará realizándose en el seno de las sociedades humanas; sólo que ella se realizará de más en más por vía de libertad."—El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba de que ellas eran injustas, por su fundamento, y opresoras, por cuanto su autoridad era una imposición. Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana, que el que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos. Pero sabemos también que es necesario que este límite exista en realidad.—Por otra parte, nuestra concepción cristiana de la vida nos enseña que las superioridades morales, que son un motivo de derechos, son principalmente un motivo de deberes, y que todo espíritu superior se debe á los demás en igual proporción que los excede en capacidad de realizar el bien. El antiigualitarismo de Nietzsche—que tan profundo surco señala en la que podríamos llamar nuestra moderna *literatura de ideas*—ha llevado á su po-

derosa reivindicación de los derechos que él considera implícitos en las superioridades humanas, un abominable, un reaccionario espíritu; puesto que, negando toda fraternidad, toda piedad, pone en el corazón del *superhombre* á quien endiosa un menosprecio satánico para los desheredados y los débiles, legitima en los privilegiados de la voluntad y de la fuerza el ministerio del verdugo; y con lógica resolución llega, en último término, á afirmar que "la sociedad no existe para sí, sino para sus elegidos".—No es, ciertamente, esta concepción monstruosa la que puede oponerse, como lábaro, al falso igualitarismo que aspira á la nivelación de todos por la común vulgaridad. Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz—es decir, siempre—, la Humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable, y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar.

Fuente de inagotables inspiraciones morales, la ciencia nueva nos sugiere, al esclarecer las leyes de la vida, cómo el principio democrático puede conciliarse, en la organización de las colectividades humanas, con una *aristarquia* de la moralidad y la cultura.—Por una parte—como lo ha hecho notar una vez más, en un simpático libro, Henri Bérenger—, las afirmaciones de la Ciencia contribuyen á sancionar y fortalecer en la sociedad el espíritu de la democracia, revelando cuánto es el valor natural del esfuerzo colectivo; cuál la grandeza de la obra de los pequeños; cuán inmensa la parte de acción reservada al colaborador anónimo y obscuro en cual-

quiera manifestación del desenvolvimiento universal. Realza, no menos que la revelación cristiana, la dignidad de los humildes, esta nueva revelación que atribuye, en la Naturaleza, á la obra de los infinitamente pequeños, á la labor del nummulite y el briozóo en el fondo obscuro del abismo, la construcción de los cimientos geológicos, que hace surgir de la vibración de la célula informe y primitiva, todo el impulso ascendente de las formas orgánicas; que manifiesta el poderoso papel que en nuestra vida psíquica es necesario atribuir a los fenómenos más inaparentes y más vagos, aun á las fugaces percepciones de que no tenemos conciencia; y que, llegando á la Sociología y á la Historia, restituye al heroísmo, á menudo abnegado, de las muchedumbres, la parte que le negaba el silencio en la gloria del héroe individual, y hace patente la lenta acumulación de las investigaciones que, al través de los siglos, en la sombra, en el taller, ó el laboratorio de obreros olvidados, preparan los hallazgos del genio.

Pero á la vez que manifiesta así la inmortal eficacia del esfuerzo colectivo, y dignifica la participación de los colaboradores ignorados en la obra universal, la ciencia muestra cómo en la inmensa sociedad de las cosas y los seres, es una necesaria condición de todo progreso el orden jerárquico; son un principio de la vida las relaciones de dependencia y de subordinación entre los componentes individuales de aquella sociedad y entre los elementos de la organización del individuo; y es, por último, una necesidad inherente á la ley universal de *imitación,* si se la relaciona con el perfeccionamiento

de las sociedades humanas, la presencia, en ellas, de modelos vivos é influyentes, que las realcen por la progresiva generalización de su superioridad.

Para mostrar ahora cómo ambas enseñanzas universales de la ciencia pueden traducirse en hechos, conciliándose, en la organización y en el espíritu de la sociedad, basta insistir en la concepción de una democracia noble, justa; de una democracia dirigida por la noción y el sentimiento de las verdaderas superioridades humanas; de una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud—únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres—reciba su autoridad y su prestigio de la libertad, y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor.

Al mismo tiempo que conciliará aquellos dos grandes resultados de la observación del orden natural, se realizará dentro de una sociedad semejante—según lo observa en el mismo libro de que os hablaba, Bérenger—, la armonía de los dos impulsos históricos que han comunicado á nuestra civilización sus caracteres esenciales, los principios reguladores de su vida.—Del espíritu del cristianismo nace, efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas nacen el sentido del orden, de la jerarquía, y el respeto religioso del genio, viciados por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugestiones del pasado, en una fórmula inmortal. La democracia, entonces, habrá triunfado definitivamente. Y ella, que cuando amenaza con lo innoble del

rasero nivelador, justifica las protestas airadas y las amargas melancolías de los que creyeron sacrificados por su triunfo toda distinción intelectual, todo ensueño de arte, toda delicadeza de la vida, tendrá, aún más que las viejas aristocracias, inviolables seguros para el cultivo de las flores del alma que se marchitan y perecen en el ambiente de la vulgaridad y entre las impiedades del tumultol

La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse en Europa el espíritu de *americanismo*.—Es imposible meditar sobre ambas inspiraciones de la conducta y la sociabilidad, y compararlas con las que les son opuestas, sin que la asociación traiga, con insistencia, á la mente, la imagen de esa democracia formidable y fecunda que, allá en el Norte, ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder, como una deslumbradora prueba que abona en favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas.—Si ha podido decirse del utilitarismo que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el Evangelio de este verbo se difunde por todas partes á favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación á él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza á grandes pa-

sos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aún más quizás, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria.—Y de admirarla se pasa, por una transición facilísima, á imitarla. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. "La tendencia imitativa de nuestra naturaleza moral—decía Bagehot—tiene su asiento en aquella parte del alma en que reside la credibilidad."—El sentido y la experiencia vulgares serían suficientes para establecer por sí solos esa sencilla relación. Se imita á aquel en cuya superioridad ó cuyo prestigio se cree. —Es así como la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego á imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan á cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno.

No doy yo á tales límites el sentido de una absoluta negación.—Comprendo bien que se adquieran inspiraciones, luces, enseñanzas, en el ejemplo de los fuertes; y no desconozco que una inteligente atención fijada en lo exterior para reflejar de todas partes la imagen de lo beneficioso y de lo útil, es singularmente fecunda cuando se trata de pueblos que aún forman y modelan su entidad nacional.

Comprendo bien que se aspire á rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carác-

ter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre.—Pero no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos—su genio *personal*—para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irreemplazable de su espíritu, ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales é improvisados de imitación.—Ese irreflexivo traslado de lo que es natural y espontáneo en una sociedad al seno de otra, donde no tenga raíces ni en la Naturaleza ni en la Historia, equivalía para Michelet á la tentativa de incorporar, por simple agregación, una cosa muerta á un organismo vivo. En sociabilidad, como en Literatura, como en Arte, la imitación inconsulta no hará nunca sino deformar las líneas del modelo. El engaño de los que piensan haber reproducido en lo esencial el carácter de una colectividad humana, las fuerzas vivas de su espíritu, y con ellas el secreto de sus triunfos y su prosperidad, reproduciendo exactamente el mecanismo de sus instituciones y las formas exteriores de sus costumbres, hace pensar en la ilusión de los principiantes candorosos que se imaginan haberse apoderado del genio del maestro cuando han copiado las formas de su estilo ó sus procedimientos de composición.

En ese esfuerzo vano hay, además, no sé qué cosa de innoble. Género de *snobismo* político podría llamarse al afanoso remedo de cuanto hacen

los preponderantes y los fuertes, los vencedores y los afortunados; género de abdicación servil, como en la que en algunos de los *snobs* encadenados para siempre á la tortura de la sátira por el libro de Thácker ay, hace consumirse tristemente las energías de los ánimos no ayudados por la Naturaleza ó la fortuna, en la imitación impotente de los caprichos y las volubilidades de los encumbrados de la sociedad.—El cuidado de la independencia *interior* —la de la personalidad, la del criterio—es una principalísima forma del respeto propio. Suele en los tratados de Ética comentarse un precepto moral de Cicerón, según el cual forma parte de los deberes humanos el que cada uno de nosotros cuide y mantenga celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en él que lo diferencie y determine, respetando, en todo cuanto no sea inadecuado para el bien, el impulso primario de la Naturaleza, que ha fundado en la varia distribución de sus dones el orden y el concierto del mundo. Y aún me parecería mayor el imperio del precepto si se le aplicase, colectivamente, al carácter de las sociedades humanas. Acaso oiréis decir que no hay un sello propio y definido, por cuya permanencia, por cuya integridad deba pugnarse, en la organización actual de nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la "personalidad". Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos—los americanos latinos—una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une á inmortales páginas de la Historia, confiando á nuestro honor su continuación en

lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de atacar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad á lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro.

Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la Historia, las grandes épocas, los períodos más luminosos y fecundos en el desenvolvimiento de la Humanidad, son casi siempre la resultante de dos fuerzas distintas y coactuales, que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición, el interés y el estímulo de la vida, los cuales desaparecerían, agotados, en la quietud de una unidad absoluta.—Así, sobre los dos polos de Atenas y Lacedemonia se apoya el eje alrededor del cual gira el carácter de la más genial y civilizadora de las razas.—América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo, para que llegasen á un tiempo al límite de sus dominios. Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera, y aun favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad. Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días, como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida á la *imitación unilateral*—que diría Tarde—de una raza por otra, sino á la reciprocidad de sus influencias y al atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos.

Por otra parte, en el estudio desapasionado de esa civilización que algunos nos ofrecen como único y absoluto modelo, hay razones no menos poderosas que las que se fundan en la indignidad y la inconveniencia de una renuncia á todo propósito de originalidad, para templar los entusiasmos de los que nos exigen su consagración idolátrica.—Y llego ahora á la relación que directamente tiene, con el sentido general de esta plática mía, el comentario de semejante espíritu de imitación.

Todo juicio severo que se formule de los americanos del Norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo.—Siento fácil mi espíritu para cumplirla.—Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos—para emplear la paradoja usada por Baudelaire á otro respecto—con la *experiencia innata* de la libertad, ellos se han mantenido fieles á la ley de su origen, y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresion matemática, los principios fundamentales de su organización, dando á su historia una consecuente unidad que, si bien ha excluído las adquisiciones de aptitudes y méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica.—La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del derecho humano, porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y de las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce imperecedero y realidad viviente; porque han demostrado con su ejemplo la posibilidad de extender á un inmenso organismo nacional

la inconmovible autoridad de una república; porque, con su organización federativa, han revelado—según la feliz expresión de Tocqueville—la manera cómo se pueden conciliar con el brillo y el poder de los estados grandes, la felicidad y la paz de los pequeños.—Suyos son algunos de los rasgos más audaces con que ha de destacarse en la perspectiva del tiempo, la obra de este siglo. Suya es la gloria de haber revelado plenamente—acentuando las más firme nota de belleza moral de nuestra civilización—la grandeza y el poder del trabajo; esa fuerza bendita que la antigüedad abandonaba á la abyección de la esclavitud, y que hoy identificamos con la más alta expresión de la dignidad humana, fundada en la conciencia y en la actividad del propio mérito. Fuertes, tenaces, teniendo la inacción por oprobio, ellos han puesto en manos del *mechánic* de sus talleres y el *fármer* de sus campos, la clava hercúlea del mito, y han dado al genio humano una nueva é inesperada belleza, ciñéndole el mandil de cuero del forjador. Cada uno de ellos avanza á conquistar la vida como el desierto los primitivos puritanos. Perseverantes devotos de ese culto de la energía individual que hace de cada hombre el artífice de su destino, ellos han modelado su sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Robinson, que después de haber fortificado rudamente su personalidad en la práctica de la ayuda propia, entrarán á componer los filamentos de una urdimbre firmísima.—Sin sacrificarle esa soberana concepción del individuo, han sabido hacer al mismo tiempo, del espíritu de asociación, el más admirable instrumento de su grandeza y de su

imperio; y han obtenido de la suma de las fuerzas humanas, subordinada á los propósitos de la investigación, de la filantropía, de la industria, resultados tanto más maravillosos, por lo mismo que se consiguen con la más absoluta integridad de la autonomía personal.—Hay en ellos un instinto de curiosidad despierta é insaciable; una impaciente avidez de toda luz; y profesando el amor por la instrucción del pueblo con la obsesión de una monomanía gloriosa y fecunda, han hecho de la escuela el quicio más seguro de su prosperidad, y del alma del niño la más cuidada entre las cosas leves y preciosas.—Su cultura, que está lejos de ser refinada ni espiritual, tiene una eficacia admirable siempre que se dirige prácticamente á realizar una finalidad inmediata.

No han incorporado á las adquisiciones de la Ciencia una sola ley general, un solo principio; pero la han hecho maga por las maravillas de sus aplicaciones, la han agigantado en los dominios de la utilidad, y han dado al mundo en la caldera de vapor y en la dínamo eléctrica, billones de esclavos invisibles que centuplican, para servir al Aladino humano, el poder de la lámpara maravillosa.—El crecimiento de su grandeza y de su fuerza será objeto de perdurables asombros para el porvenir. Han inventado, con su prodigiosa aptitud de improvisación, un acicate para el tiempo; y al conjuro de su voluntad poderosa surge en un día, del seno de la absoluta soledad, la suma de cultura acumulable para la obra de los siglos.—La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió á esta luz el calor de una piedad que aún dura. Junto á la fábrica

y la escuela, sus fuertes manos han alzado también los templos de donde evaporan sus plegarias muchos millones de conciencias libres. Ellos han sabido salvar, en el naufragio de todas las idealidades, la idealidad más alta, guardando viva la tradición de un sentimiento religioso que, si no levanta sus vuelos en alas de un espiritualismo delicado y profundo, sostiene, en parte, entre las asperezas del tumulto utilitario, la rienda firme del sentido moral. —Han sabido también guardar, en medio á los refinamientos de la vida civilizada, el sello de cierta primitividad robusta. Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza; templan y afinan en el músculo el instrumento precioso de la voluntad; y obligados por su aspiración insaciable de dominio á cultivar la energía de todas las actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre.—Y del concierto de su civilización, del acordado movimiento de su cultura, surge una dominante nota de optimismo, de confianza, de fe, que dilata los corazones impulsándolos al porvenir bajo la sugestión de una esperanza terca y arrogante; la nota del *Excelsior* y el *Salmo de la vida* con que sus poetas han señalado el infalible bálsamo contra toda amargura en la filosofía del esfuerzo y de la acción.

Su grandeza titánica se impone así, aun á los más prevenidos por las enormes desproporciones de su carácter, ó por las violencias recientes de su historia. Y por mi parte ya veis que, aunque no les amo, les admiro. Les admiro, en primer término, por su formidable capacidad de *querer*, y me inclino ante "la escuela de voluntad y de trabajo" que —como

de sus progenitores nacionales dijo Philarète-Chasles—ellos han instituído.

En el principio la acción era. Con estas célebres palabras del "Fausto" podría empezar un futuro historiador de la poderosa república el Génesis, aún no concluído, de su existencia nacional. Su genio podría definirse, como el universo de los dinamistas, *la fuerza en movimiento*. Tiene, ante todo y sobre todo, la capacidad, el entusiasmo, la vocación dichosa de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido á ese pueblo en dura piedra. Sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y la audacia. Su historia es, toda ella, el arrebato de una actividad viril. Su personaje representativo se llama *Yo quiero*, como el "superhombre" de Nietzsche.—Si algo le salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energía que lleva á todas partes, y con el que imprime cierto carácter de épica grandeza aun á las luchas del interés y de la vida material. Así de los especuladores de Chicago y de Mineápolis, ha dicho Paul Bourget que son á la manera de combatientes heroicos en los cuales la aptitud para el ataque y la defensa es comparable á la de un *grognard* del gran emperador.—Y esta energía suprema, con la que el genio norteamericano parece obtener—hipnotizador audaz—el adormecimiento y la sugestión de los hados, suele encontrarse aun en las particularidades que se nos presentan como excepcionales y divergentes de aquella civilización. Nadie negará que Edgard Poe es una individualidad anómala y rebelde dentro de su pueblo. Su alma escogida representa una partícula in-

asimilable del alma nacional, que no en vano se agitó entre las otras con la sensación de una soledad infinita. Y, sin embargo, la nota fundamental —que Baudelaire ha señalado profundamente— en el carácter de los héroes de Poe, es todavía el temple sobrehumano, la indómita resistencia de la voluntad. Cuando ideó á Ligeia, la más misteriosa y adorable de sus criaturas, Poe simbolizó en la luz inextinguible de sus ojos el himno de triunfo de la Voluntad sobre la Muerte.

Adquirido, con el sincero reconocimiento de cuanto hay de luminoso y grande en el genio de la poderosa nación, el derecho de completar respecto á él la fórmula de la justicia, una cuestión llena de interés pide expresarse.—¿Realiza aquella sociedad, ó tiende á realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple á las legítimas exigencias del espíritu, á la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización?—¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra "ciudad perfecta"?—Esta febricitante inquietud que parece centuplicar en su seno el movimiento y la intensidad de la vida, ¿tiene un objeto capaz de merecerla y un estímulo bastante para justificarla?

Herbert Spencer, formulando con noble sinceridad su saludo á la democracia de América en un banquete de New-York, señalaba el rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos, en esa misma desbordada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas. Y observaba después que, en tan exclusivo predominio de la actividad subordinada á los propósitos inmediatos

de la utilidad, se revelaba una concepción de la existencia, tolerable, sin duda, como carácter provisional de una civilización, como tarea preliminar de una cultura, pero que urgía ya rectificar, puesto que tendía á convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida, cuando él en ningún caso puede significar racionalmente sino la acumulación de los elementos propios para hacer posible el total y armonioso desenvolvimiento de nuestro sér.—Spencer agregaba que era necesario predicar á los norteamericanos el Evangelio del descanso ó el recreo; é identificando nosotros la más noble significación de estas palabras con las del *ocio*, tal cual lo dignificaban los antiguos moralistas, clasificaremos dentro del Evangelio en que debe iniciarse á aquellos trabajadores sin reposo, toda preocupación ideal, todo desinteresado empleo de las horas, todo objeto de meditación levantado sobre la finalidad inmediata de la utilidad.

La vida norteamericana describe, efectivamente, ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer á una mediana concepción del destino humano. Obra titánica, por la enorme tensión de voluntad que representa, y por sus triunfos inauditos en todas las esferas del engrandecimiento material, es indudable que aquella civilización produce en su conjunto una singular impresión de insuficiencia y de vacío. Y es que, si con el derecho que da la Historia de treinta siglos de evolución presididos por la dignidad del espíritu clásico y del espíritu cristiano, se pregunta

cuál es en ella el principio dirigente, cuál su *substratum* ideal, cuál el propósito ulterior á la inmediata preocupación de los intereses positivos que estremecen aquella masa formidable, sólo se encontrará, como fórmula del ideal definitivo, la misma absoluta preocupación del triunfo material.—Huérfano de tradiciones muy hondas que le orienten, ese pueblo no ha sabido sustituir la idealidad inspiradora del pasado con una alta y desinteresada concepción del porvenir. Vive para la realidad inmediata, del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoísmo del bienestar personal y colectivo.—De la suma de los elementos de su riqueza y su poder podría decirse lo que el autor de *Mensonges* de la inteligencia del marqués de Norbert, que figura en uno de sus libros: es un monte de leña al cual no se ha hallado modo de dar fuego. Falta la chispa eficaz que haga levantarse la llama de un ideal vivificante é inquieto, sobre el copioso combustible.—Ni siquiera el egoísmo nacional, á falta de más altos impulsos; ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de raza, que son los que transfiguran y engrandecen, en la antigüedad, la prosaica dureza de la vida de Roma, pueden tener vislumbres de idealidad y de hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el *atomismo* de una malentendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional.

Diríase que el positivismo genial de la Metrópoli ha sufrido, al transmitirse á sus emancipados hijos de América, una destilación que le priva de todos los elementos de idealidad que le templaban, reduciéndole, en realidad, á la crudeza que, en las

exageraciones de la pasión ó de la sátira, ha podido atribuirse al positivismo de Inglaterra.—El espíritu inglés, bajo la áspera corteza de utilitarismo, bajo la indiferencia mercantil, bajo la severidad puritana, esconde, á no dudarlo, una virtualidad poética escogida, y un profundo venero de sensibilidad, el cual revela, en sentir de Taine, que el fondo primitivo, el fondo germánico de aquella raza, modificada luego por la presión de la conquista y por el hábito de la actividad comercial, fué una extraordinaria exaltación del sentimiento. El espíritu americano no ha recibido en herencia ese instinto poético ancestral, que brota, como surgente límpida, del seno de la roca británica, cuando es el Moisés de un arte delicado quien la toca. El pueblo inglés tiene, en la institución de su aristocracia—por anacrónica é injusta que ella sea bajo el aspecto del derecho político—,un alto é inexpugnable baluarte que oponer al mercantilismo ambiente y á la prosa invasora, tan alto é inexpugnable baluarte, que es el mismo Taine quien asegura que desde los tiempos de las ciudades griegas no presentaba la Historia ejemplo de una condición de vida más propia para formar y enaltecer el sentimiento de la nobleza humana. En el ambiente de la democracia de América, el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión, y se extiende y propaga como sobre la llaneza de una pampa infinita.

Sensibilidad, inteligencia, costumbres —todo está caracterizado en el enorme pueblo por una radical ineptitud de selección, que mantiene, junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida po-

lítica, un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las falcultades ideales.—Fáciles son de seguir las manifestaciones de esa ineptitud, partiendo de las más exteriores y aparentes, para llegar después á otras más esenciales y más íntimas.—Pródigo de sus riquezas—porque en su codicia no entra, según acertadamente se ha dicho, ninguna parte de Harpagón—, el norteamericano ha logrado adquirir con ellas, plenamente, la satisfacción y la vanidad de la magnificencia suntuaria; pero no ha logrado adquirir la nota escogida del buen gusto. El arte verdadero sólo ha podido existir, en tal ambiente, á título de rebelión individual. Emerson, Poe, son allí como los ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica.—Habla Bourget, en *Outre mer*, del acento concentrado y solemne con que la palabra *arte* vibra en los labios de los norteamericanos que ha halagado el favor de la fortuna; de esos recios y acrisolados héroes del *self-help*, que aspiran á coronar, con la asimilación de todos los refinamientos humanos, la obra de su encumbramiento reñido. Pero nunca les ha sido dado concebir esa divina actividad que nombran con énfasis, sino como un nuevo motivo de satisfacerse su inquietud invasora y como un trofeo de su vanidad. La ignoran, en lo que ella tiene de desinteresado y de escogido; la ignoran, á despecho de la munificencia con que la fortuna individual suele emplearse en estimular la formación de un delicado sentido de belleza; á despecho de la esplendidez de los museos y las exposiciones con que se ufanan sus ciudades; á despecho de las montañas de már-

mol y de bronce que han esculpido para las estatuas de sus plazas públicas. Y si con su nombre hubiera de caracterizarse alguna vez un gusto de arte, él no podría ser otro que el que envuelve la negación del arte mismo: la brutalidad del efecto rebuscado, el desconocimiento de todo tono suave y de toda manera exquisita, el culto de una falsa grandeza, el *sensacionismo* que excluye la noble serenidad inconciliable con el apresuramiento de una vida febril.

La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad, por vano é infecundo. No le lleva á la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma. La investigación no es para él sino el antecedente de la aplicación utilitaria.—Sus gloriosos empeños por difundir los beneficios de la educación popular están inspirados en el noble propósito de comunicar los elementos fundamentales del saber al mayor número; pero no nos revelan que, al mismo tiempo que de ese acrecentamiento extensivo de la educación, se preocupe de seleccionarla y elevarla, para auxiliar el esfuerzo de las superioridades que ambicionen erguirse sobre la general mediocridad. Así, el resultado de su porfiada guerra á la ignorancia, ha sido la semicultura universal y una profunda languidez de la alta cultura.—En igual proporción que la ignorancia radical, disminuyen, en el ambiente de esa gigantesca democracia, la superior sabiduría y el genio. He

ahí por qué la historia de su actividad pensadora es una progresión decreciente de brillo y de originalidad, mientras en el período de la independencia y la organización surgen, para representar lo mismo el pensamiento que la voluntad de aquel pueblo, muchos nombres ilustres, medio siglo más tarde Tocqueville puede observar, respecto á ellos, que *los dioses se van.* Cuando escribió Tocqueville su obra maestra, aún irradiaba, sin embargo, desde Boston, la *ciudadela puritana*, la ciudad de las doctas tradiciones, una gloriosa pléyade que tiene en la historia intelectual de este siglo la magnitud de la universalidad.—¿Quiénes han recogido después la herencia de Channing, de Emerson, de Poe?— La nivelación mesocrática, apresurando su obra desoladora, tiende á desvanecer el poco carácter que quedaba á aquella precaria intelectualidad. Las alas de sus libros ha tiempo que no llegan á la altura en que sería universalmente posible divisarlos. Y hoy, la más genuina representación del gusto norteamericano, en punto á letras, está en los lienzos grises de un diarismo que no hace pensar en el que un día suministró los materiales de *El federalista!*

Con relación á los sentimientos morales, el impulso mecánico del utilitarismo ha encontrado el resorte moderador de una fuerte tradición religiosa. Pero no por eso debe creerse que ha cedido la dirección de la conducta á un verdadero principio de desinterés.— La religiosidad de los americanos, como derivación extremada de la inglesa, no es más que una fuerza auxiliatoria de la legislación penal, que evacuaria su puesto el día que fuera posible

dar á la moral utilitaria la autoridad religiosa que ambicionaba darle Stuart Mill.—La más elevada cúspide de su moral es la moral de Franklin.—Una filosofía de la conducta, que halla su término en lo mediocre de la honestidad, en la utilidad de la prudencia, de cuyo seno no surgirán jamás ni la santidad, ni el heroísmo, y que, sólo apta para prestar á la conciencia, en los caminos normales de la vida, el apoyo del bastón de manzano con que marchaba habitualmente su propagador, no es más que un leño frágil cuando se trata de subir las altas pendientes.—Tal es la suprema cumbre; pero es en los valles donde hay que buscar la realidad. Aun cuando el criterio moral no hubiera de descender más abajo del utilitarismo probo y mesurado de Franklin, el término forzoso—que ya señaló la sagaz observación de Tocqueville—de una sociedad educada en semejante limitación del deber, sería, no por cierto, una de esas decadencias soberbias y magníficas que dan la medida de la satánica hermosura del mal en la disolución de los imperios; pero sí una suerte de materialismo pálido y mediocre, y, en último resultado, el sueño de una enervación sin brillo, por la silenciosa descomposición de todos los resortes de la vida moral.—Allí donde el precepto tiende á poner las altas manifestaciones de la abnegación y la virtud fuera del dominio de lo obligatorio, la realidad hará retroceder indefinidamente el límite de la obligación.—Pero la escuela de la prosperidad material, que será siempre ruda prueba para la austeridad de las repúblicas, ha llevado más lejos la llaneza de la concepción de la conducta racional que hoy gana los espíritus. Al

código de Franklin han sucedido otros de más francas tendencias como expresión de la sabiduría nacional. Y no hace aún cinco años el voto público consagraba en todas las ciudades norteamericanas, con las más equívocas manifestaciones de la popularidad y de la crítica, la nueva ley moral en que, desde la puritana Boston, anunciaba solemnemente el autor de cierto docto libro que se intitulaba *Pushing to the front* (1), que el éxito debía ser considerado la finalidad suprema de la vida. La revelación tuvo eco aún en el seno de las comuniones cristianas, y se citó una vez, á propósito del libro afortunado, la *Imitación* de Kempis, como término de comparación.

La vida pública no se sustrae, por cierto, á las consecuencias del crecimiento del mismo germen de desorganización que lleva aquella sociedad en sus entrañas. Cualquier mediano observador de sus costumbres políticas os hablará de cómo la obsesión del interés utilitario tiende progresivamente á enervar y empequeñecer en los corazones el sentimiento del derecho. El valor cívico, la virtud vieja de los Hamilton, es una hoja de acero que se oxida, cada día más olvidada, entre las telarañas de las tradiciones. La venalidad, que empieza desde el voto público, se propaga á todos los resortes institucionales. El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realza los caracteres y las inteligencias y que los entona con la perspectiva de la efectividad de su dominio. La democracia, á la que no han sabibo dar el regulador de una alta

---

(1) Por M. Orisson Swett Marden. Boston, 1895.

y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos á esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena. Hoy, además, una formidable fuerza se levanta á contrastar de la peor manera posible el absolutismo del número. La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trust*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de los rasgos más merecedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo. La formación de esta plutocracia ha hecho que se recuerde, con muy probable oportunidad, el advenimiento de la clase enriquecida y soberbia que en los últimos tiempos de la república romana es uno de los antecedentes visibles de la ruina de la libertad, y de la tiranía de los Césares. Y el exclusivo cuidado del engrandecimiento material —numen de aquella civilización—impone así la lógica de sus resultados en la vida política, como en todos los órdenes de la actividad, dando el rango primero al *struggle for life* osado y astuto, convertido por la brutal eficacia de su esfuerzo en la suprema personificación de la energía nacional —en el postulante á su *representación* emersoniana—, en el *personaje reinante* de Taine.

Al impulso que precipita aceleradamente la vida del espíritu en el sentido de la desorientación ideal y el egoísmo utilitario corresponde, físicamente, ese otro impulso que en la expansión del asombroso crecimiento de aquel pueblo lleva sus multitudes y sus iniciativas en dirección á la inmensa

zona occidental que, en tiempos de la independencia, era el misterio, velado por las selvas del Mississipí. En efecto: es en ese improvisado Oeste, que crece formidable frente á los viejos Estados del Atlántico, y reclama para un cercano porvenir la hegemonía, donde está la más fiel representación de la vida norteamericana en el actual instante de su evolución. Es allí donde los definitivos resultados, los lógicos y naturales frutos del espíritu que ha guiado á la poderosa democracia desde sus orígenes, se muestran de relieve á la mirada del observador, y le proporcionan un punto de partida, para imaginarse la faz del inmediato futuro del gran pueblo. Al virginiano y al *yankee* ha sucedido, como tipo representativo, ese dominador de las ayer desiertas Praderas, refiriéndose al cual decía Michel Chevalier, hace medio siglo, que "los últimos serían un día los primeros". El utilitarismo, vacío de todo contenido ideal, la vaguedad cosmopolita y la nivelación de la democracia bastarda, alcanzarán con él su último triunfo.—Todo elemento noble de aquella civilización, todo lo que la vincula á generosos recuerdos y fundamenta su dignidad histórica—el legado de los tripulantes del *Flor de Mayo*, la memoria de los patricios de Virginia y de los caballeros de la Nueva Inglaterra, el espíritu de los ciudadanos y los legisladores de la emancipación—, quedará dentro de los viejos Estados donde Boston y Filadelfia mantienen aún, según expresivamente se ha dicho, "el palladium de la tradición washingtoniana". Chicago se alza á reinar. Y su confianza en la superioridad que lleva sobre el litoral iniciador del Atlántico, se funda en que le considera dema

siado reaccionario, demasiado europeo, demasiado tradicionalista. La Historia no da títulos cuando el procedimiento de elección es la subasta de la púrpura.

A medida que el utilitarismo genial de aquella civilización asume así caracteres más definidos, más francos, más estrechos, aumentan, con la embriaguez de la prosperidad material, las impaciencias de sus hijos por propagarla y atribuirle la predestinación de un magisterio romano.—Hoy, ellos aspiran manifiestamente al primado de la cultura universal, á la dirección de las ideas, y se consideran á sí mismos los forjadores de un tipo de civilización que prevalecerá. Aquel discurso semi irónico que Laboulaye pone en boca de un escolar de su París americanizado, para significar la preponderancia que concedieron siempre en el propósito educativo á cuanto favorezca el orgullo del sentimiento nacional, tendría toda la seriedad de la creencia más sincera en labios de cualquier americano viril de nuestros días. En el fondo de su declarado espíritu de rivalidad hacia Europa, hay un menosprecio que es ingenuo, y hay la profunda convicción de que ellos están destinados á obscurecer en breve plazo su superioridad espiritual y su gloria, cumpliéndose una vez más en las evoluciones de la civilización humana la dura ley de los misterios antiguos, en que el iniciado daba muerte al iniciador. Inútil sería tender á convencerles de que, aunque la contribución que han llevado á los progresos de la libertad y de la utilidad haya sido, indudablemente, cuantiosa, y aunque debiera atribuírsele en justicia la significación de una obra universal, de una obra *humana*,

ella es insuficiente para hacer transmudarse, en dirección al nuevo Capitolio, el eje del mundo. Inútil sería tender á convencerles de que la obra realizada por la perseverante genialidad del arya europeo desde que, hace tres mil años, las orillas del Mediterráneo, civilizador y glorioso, se ciñeron jubilosamente la guirnalda de las ciudades helénicas; la obra, que aún continúa realizándose, y de cuyas tradiciones y enseñanzas vivimos, es una suma con la cual no puede formar ecuación la fórmula *Washington más Edison*. Ellos aspirarían á revisar el Génesis para ocupar esta primera página. Pero además de la relativa insuficiencia de la parte que les es dado reivindicar en la educación de la Humanidad, su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía.—Naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda ni la vocación apostólica. Carecen de ese dón superior de *amabilidad*—en alto sentido—, de ese extraordinario poder de simpatía con que las razas que han sido dotadas de un cometido providencial de educación, saben hacer de su cultura algo parecido á la belleza de la Helena clásica, en la que todos creían reconocer un rasgo propio.—Aquella civilización puede abundar, ó abunda, indudablemente, en sugestiones y en ejemplos fecundos; ella puede inspirar admiración, asombro, respeto; pero es difícil que cuando el extranjero divisa de alta mar su gigantesco símbolo: la Libertad de Bartholdi, que yergue triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, se despierte en su ánimo la emoción profunda y religiosa con que el viajero antiguo debía ver surgir, en las noches diáfanas del Ática, el toque luminoso que la lanza de oro de la

Atenea del Acrópolis dejaba notar á la distancia en la pureza del ambiente sereno.

Y advertid que cuando en nombre de los derechos del espíritu, niego al utilitarismo norteamericano ese carácter típico con que quiere imponérsenos como suma y modelo de civilización, no es mi propósito afirmar quc la obra realizada por él haya de ser enteramente perdida con relación á los que podríamos llamar *los intereses del alma.*—Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo á la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas, el reino del espíritu. Así lo reconoce el mismo aristocrático idealismo de Renan cuando realza, del punto de vista de los intereses morales de la especie y de su selección espiritual en lo futuro, la significación de la obra utilitaria de este siglo. "Elevarse sobre la necesidad —agrega el maestro—es redimirse."—En lo remoto del pasado, los efectos de la prosaica é interesada actividad del mercader que por primera vez pone en relación á un pueblo con otros, tienen un incalculable alcance idealizador; puesto que contribuyen eficazmente á multiplicar los instrumentos de la inteligencia, á pulir y suavizar las costumbres, y á hacer posibles quizás, los preceptos de una moral más avanzada.—La misma fuerza positiva aparece propiciando las mayores idealidades de la civilización. El oro acumulado por el mercantilismo de las repúblicas italianas "pagó—según Saint-Víctor—los gastos del renacimiento". Las naves que volvían de los países de *Las mil y una noches*, colmadas de especias y marfil, hicieron posible que Lo-

renzo de Médicis renovara, en las lonjas de los mercaderes florentinos, los convites platónicos.—La Historia muestra en definitiva una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal. Y así como la utilidad suele convertirse en fuerte escudo para las idealidades, ellas provocan con frecuencia (á condición de no proponérselo directamente) los resultados de lo útil. Observa Bagehot, por ejemplo, cómo los inmensos beneficios positivos de la navegación no existirían acaso para la Humanidad si en la edades primitivas no hubiera habido soñadores y ociosos—seguramente, mal comprendidos de sus contemporáneos—á quienes interesase la contemplación de lo que pasaba en las esferas del cielo.—Esta ley de armonía nos enseña á respetar el brazo que labra el duro terruño de la prosa. La obra del positivismo norteamericano servirá á la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable actitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, ó él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección. Así, la más preciosa y fundamental de las adquisiciones del espíritu—el alfabeto, que da alas de inmortalidad á la palabra—nace en el seno de las factorías cananeas y es el hallazgo de una civilización mercantil, que, al utilizarlo con fines exclusivamente mercenarios, ignoraba que el genio de razas superiores lo transfiguraría, convirtiéndole en el medio de propagar su más pura y luminosa esencia. La relación entre los bienes positivos y los bienes intelectuales y morales es, pues, según la adecua-

da comparación de Fouillée, un nuevo aspecto de la cuestión de la equivalencia de las fuerzas que, así como permite transformar el movimiento en calórico, permite también obtener, de las ventajas materiales, elementos de superioridad espiritual.

Pero la vida norteamericana no nos ofrece aún un nuevo ejemplo de esa relación indudable, ni nos lo anuncia como gloria de una posteridad que se vislumbre.—Nuestra confianza y nuestros votos deben inclinarse á que, en un porvenir más inaccesible á la inferencia, esté reservado á aquella civilización un destino superior. Por más que, bajo el acicate de su actividad vivísima, el breve tiempo que la separa de su aurora haya sido bastante para satisfacer el gasto de vida requerido por una evolución inmensa, su pasado y su actualidad no pueden ser sino un introito con relación á lo futuro.—Todo demuestra que ella está aún muy lejana de su fórmula definitiva. La energía asimiladora que le ha permitido conservar cierta uniformidad y cierto temple genial, á despecho de las enormes invasiones de elementos étnicos opuestos á los que hasta hoy han dado el tono á su carácter, tendrá que reñir batallas cada día más difíciles, y en el utilitarismo proscriptor de toda idealidad no encontrará una inspiración suficientemente poderosa para mantener la atracción del sentimiento solidario. Un pensador ilustre, que comparaba al esclavo de las sociedades antiguas con una partícula no dirigida por el organismo social, podría quizás tener una comparación semejante para caracterizar la situación de ese fuerte colono de procedencia germánica que, establecido en los estados del centro y del Far-West

conserva intacta, en su naturaleza, en su sociabilidad, en sus costumbres, la impresión del genio alemán, que, en muchas de sus condiciones características más profundas y enérgicas, debe ser considerado una verdadera antítesis del genio americano.—Por otra parte, una civilización que esté destinada á vivir y á dilatarse en el mundo; una civilización que no haya perdido, momificándose, á la manera de los imperios asiáticos, la aptitud de la variabilidad, no puede prolongar indefinidamente la dirección de sus energías y de sus ideas en un único y exclusivo sentido. Esperemos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad y utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad. Esperemos que, de la enorme fragua surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, generoso, armónico, selecto, que Spencer, en un ya citado discurso, creía poder augurar como término del costoso proceso de refundición. Pero no le busquemos, ni en la realidad presente de aquel pueblo, ni en la perspectiva de sus evoluciones inmediatas; y renunciemos á ver el tipo de una civilización ejemplar, donde sólo existe un boceto tosco y enorme, que aún pasará necesariamente por muchas rectificaciones sucesivas, antes de adquirir la serena y firme actitud con que los pueblos que han alcanzado un perfecto desenvolvimiento de su genio presiden al glorioso coronamiento de su obra, como en *el sueño del cóndor* que Leconte de Lisle ha descripto con su soberbia majestad, terminando, en olímpico sosiego, la ascensión poderosa, más arriba de la cumbre de la cordillera!

Ante la posteridad, ante la Historia, todo gran pueblo debe aparecer como una vegetación cuyo desenvolvimiento ha tendido armoniosamente á producir un fruto en el que su savia acrisolada ofrece al porvenir la idealidad de su fragancia y la fecundidad de su simiente.—Sin este resultado duradero, *humano*, levantado sobre la finalidad transitoria de lo *útil*, el poder y la grandeza de los imperios no son más que una noche de sueño en la existencia de la Humanidad; porque, como las visiones personales del sueño, no merecen contarse en el encadenamiento de los hechos que forman la trama activa de la vida.

Gran civilización, gran pueblo—en la acepción que tiene valor para la Historia—son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero —según dijo Carlyle del alma de sus "héroes"—: *como una nueva y divina porción de la suma de las cosas*. Tal, en el poema de Goethe, cuando la Elena evocada del reino de la noche vuelve á descender al Orco sombrío, deja á Fausto su túnica y su velo. Estas vestiduras no son la misma deidad; pero participan, habiéndolas llevado ella consigo, de su alteza de divina, y tienen la virtud de elevar á quien las posee por encima de las cosas vulgares.

Una sociedad definitivamente organizada que limite su idea de la civilización á acumular abundantes elementos de prosperidad, y su idea de la justicia á distribuirlos equitativamente entre los asociados, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia, del hormiguero ó la

colmena. No son bastantes, ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización. La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de la alta cultura. Es el ambiente natural de las más altas manifestaciones del espíritu. No sin razón ha dicho Quinet que "el alma que acude á beber fuerzas y energías en la íntima comunicación con el linaje humano, esa alma que constituye al grande hombre, no puede formarse y dilatarse en medio de los pequeños partidos de una ciudad pequeña".—Pero así la grandeza cuantitativa de la población como la grandeza material de sus instrumentos, de sus armas, de sus habitaciones, son sólo *medios* del genio civilizador, y en ningún caso resultados en los que él pueda detenerse. — De las piedras que compusieron á Cartago, no dura una partícula transfigurada en espíritu y en luz. La inmensidad de Babilonia y de Nínive no representa en la memoria de la Humanidad el hueco de una mano si se la compara con el espacio que va desde la Acrópolis al Pireo. — Hay una perspectiva ideal en la que la ciudad no aparece grande sólo porque prometa ocupar el área inmensa que había edificada en torno á la torre de Nemrod; ni aparece fuerte sólo porque sea capaz de levantar de nuevo ante sí los muros babilónicos, sobre los que era posible hacer pasar seis carros de frente; ni aparece hermosa sólo porque, como Babilonia, luzca en los paramentos de sus palacios losas de alabastro y se enguirnalde con los jardines de Semíramis.

Grande es en esa perspectiva la ciudad, cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las

cumbres y los mares, y cuando, pronunciado su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte del tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento, y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol del otro día, convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas.

Entonces sólo, la extensión y la grandeza material de la ciudad pueden dar la medida para calcular la intensidad de su civilización.--Ciudades regias, soberbias aglomeraciones de casas, son para el pensamiento un cauce más inadecuado que la absoluta soledad del desierto, cuando el pensamiento no es el señor que las domina.—Leyendo el *Maud* de Tennyson, hallé una página que podría ser el símbolo de este tormento del espíritu allí donde la sociedad humana es para él un género de soledad.--Presa de angustioso delirio, el héroe del poema se sueña muerto y sepultado, á pocos pies dentro de tierra, bajo el pavimento de una calle de Londres. Á pesar de la muerte, su conciencia permanece adherida á los fríos despojos de su cuerpo. El clamor confuso de la calle, propagándose en sorda vibración hasta la estrecha cavidad de la tumba, impide en ella todo sueño de paz. El peso de la multitud indiferente gravita á toda hora sobre la triste pri-

sión de aquel espíritu, y los cascos de los caballos que pasan parecen empeñarse en estampar sobre él un sello de oprobio. Los días se suceden con lentitud inexorable. La aspiración de Maud consistiría en hundirse más dentro, mucho más dentro de la tierra. El ruido ininteligente del tumulto sólo sirve para mantener en su conciencia desvelada el pensamiento de su cautividad.

Existen ya, en nuestra América latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente las acercan con acelerado paso á participar del primer rango en el mundo. Es necesario temer que el pensamiento sereno que se aproxime á golpear sobre las exterioridades fastuosas, como sobre un cerrado vaso de bronce, sienta el ruido desconsolador del vacío. Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fué un glorioso símbolo en América; que tuvieron á Moreno, á Rivadavia, á Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un continente, como en el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunos - puedan determinar en Sidón, en Tiro, en Cartago.

Á vuestra generación toca impedirlo; á la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personificada en vosotros. Os hablo ahora figurándome que sois los destinados á guiar á los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con

la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza á los escitas, el Evangelio de la inteligencia á los beocios, el Evangelio del desinterés á los fenicios.

Basta que el pensamiento insista en *ser*—en demostrar que existe, con la demostración que daba Diógenes del movimiento—, para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo sea seguro.

El pensamiento se conquistará palmo á palmo, por su propia espontaneidad, todo el espacio de que necesite para afirmar y consolidar su reino, entre las demás manifestaciones de la vida.—El, en la organización individual, levanta y engrandece, con su actividad continuada, la bóveda del cráneo que le contiene. Las razas pensadoras revelan, en la capacidad creciente de sus cráneos, ese empuje del obrero interior.—El, en la organización social, sabrá también engrandecer la capacidad de su escenario, sin necesidad de que para ello intervenga ninguna fuerza ajena á él mismo.—Pero tal persuasión, que debe defenderos de un desaliento cuya única utilidad consistiría en eliminar á los mediocres y los pequeños de la lucha, debe preservaros también de las impaciencias que exigen vanamente del tiempo la alteración de su ritmo imperioso.

Todo el que se consagre á propagar y defender, en la América contemporánea, un ideal desinteresado del espíritu—arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas—, debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado perteneció todo entero al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir—un por-

venir tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que le ansían—ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente.

¿No la veréis vosotros, la América que nosotros soñamos; hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen á ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme, á pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, al través de la gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto que despierta?...—Pensad en ella á lo menos; el honor de vuestra historia futura depende de que tengáis constantemente ante los ojos del alma la visión de esa América regenerada, cerniéndose de lo alto sobre las realidades del presente, como en la nave gótica el vasto rosetón que arde en luz sobre lo austero de los muros sombríos. —No seréis sus fundadores, quizás; seréis los precursores que inmediatamente la precedan. En las sanciones glorificadoras del futuro hay también palmas para el recuerdo de los precursores. Edgard Quinet, que tan profundamente ha penetrado en las armonías de la Historia y la Naturaleza, observa que para preparar el advenimiento de un nuevo tipo humano, de una nueva unidad social, de una personificación nueva de la civilización, suele precederles de lejos un grupo disperso y prematuro, cuyo papel es análogo en la vida de las sociedades al de las *especies proféticas* de que á propósito de la evolu-

ción biológica habla Heer. El tipo nuevo empieza por significar, apenas, diferencias individuales y aisladas; los individualismos se organizan más tarde en "variedad"; y, por último, la variedad encuentra para propagarse un medio que la favorece, y entonces ella asciende quizás al rango específico: entonces—digámoslo con las palabras de Quinet—*el grupo se hace muchedumbre, y reina.*

He ahí por qué vuestra filosofía moral en el trabajo y el combate debe ser el reverso del *carpe diem* horaciano: una filosofía que no se adhiera á lo presente sino como al peldaño donde afirmar el pie, ó como la brecha por donde entrar en muros enemigos. No aspiréis, en lo inmediato, á la consagración de la victoria definitiva, sino á procuraros mejores condiciones de lucha. Vuestra energía viril tendrá con ello un estímulo más poderoso; puesto que hay la virtualidad en un interés dramático mayor en el desempeño de ese papel, activo esencialmente, de renovación y de conquista, propio para acrisolar las fuerzas de una generación heroicamente dotada, que en la serena y olímpica actitud que suelen las edades de oro del espíritu imponer á los oficiantes solemnes de su gloria.—"No es la posesión de los bienes—ha dicho profundamente Taine, hablando de las alegrías del Renacimiento—; no es la posesión de bienes, sino su adquisición, lo que da á los hombres el placer y el sentimiento de su fuerza."

Acaso sea atrevida y candorosa esperanza creer en un aceleramiento tan continuo y dichoso de la evolución, en una eficacia tal de vuestro esfuerzo, que baste el tiempo concedido á la duración de una

generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual, desde la incipiencia en que las tenemos ahora, á la categoría de un verdadero interés social y á una cumbre que de veras domine.—Pero donde no cabe la transformación total, cabe el progreso; y aun cuando supierais que las primicias del suelo, penosamente trabajado, no habrían de servirse en vuestra mesa jamás, ello sería, si sois generosos, si sois fuertes, un nuevo estímulo en la intimidad de vuestra conciencia. La obra mejor es la que se realiza sin las impaciencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible; y la abnegación más pura es la que se niega en lo presente, no ya la compensación del lauro y el honor ruidoso, sino aun la voluptuosidad moral, que se solaza en la contemplación de la obra consumada y el término seguro.

Hubo en la antigüedad altares para los "dioses ignorados". Consagrad una parte de vuestra alma al porvenir desconocido. A medida que las sociedades avanzan, el pensamiento del porvenir entra por mayor parte como uno de los factores de su evolución y una de las inspiraciones de sus obras. Desde la imprevisión obscura del salvaje, que sólo divisa del futuro lo que falta para el terminar de cada período de sol, y no concibe cómo los días que vendrán pueden ser gobernados en parte desde el presente, hasta nuestra preocupación solícita y previsora de la posteridad, media un espacio inmenso, que acaso parezca breve y miserable algún día. Sólo somos capaces de progreso en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos á condiciones cada

vez más distantes de nosotros, en el espacio y en el tiempo. La seguridad de nuestra intervención en una obra que haya de sobrevivirnos, fructificando en los beneficios del futuro, realza nuestra dignidad humana, haciéndonos triunfar de las limitaciones de nuestra naturaleza. Si, por desdicha, la Humanidad hubiera de desesperar definitivamente de la inmortalidad de la conciencia individual, el sentimiento más religioso con que podría sustituirla sería el que nace de pensar que, aun después de disuelta nuestra alma en el seno de las cosas, persistiría en la herencia que se transmiten las generaciones humanas, lo mejor de lo que ella ha sentido y ha soñado, su esencia más íntima y más pura, al modo como el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende á acariciarnos con su melancólica luz.

El porvenir es, en la vida de las sociedades humanas, el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición, por una parte, y por la otra del atrevido impulso hacia lo venidero, se compone la noble fuerza que, levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente, comunica á las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal. Los hombres y los pueblos trabajan, en sentir de Fouillée, bajo la inspiración de las ideas, como los irracionales bajo la inspiración de los instintos; y la sociedad que lucha y se esfuerza, á veces sin saberlo, por imponer una idea á la realidad, imita, según el mismo pensador, la obra instintiva del pájaro que, al construir el nido bajo el imperio de una imagen interna que le obscede, obedece á la

vez á un recuerdo inconsciente del pasado y á un presentimiento misterioso del porvenir.

Eliminando la sugestión del interés egoísta de las almas, el pensamiento inspirado en la preocupación por destinos ulteriores á nuestra vida, todo lo purifica y serena, todo lo ennoblece; y es un alto honor de nuestro siglo el que la fuerza obligatoria de esa preocupación por lo futuro, el sentimiento de esa elevada imposición de la dignidad del sér racional, se hayan manifestado tan claramente en él, que aun en el seno del más absoluto pesimismo, aun en el seno de la amarga filosofía que ha traído á la civilización occidental, dentro del loto de Oriente, el amor de la disolución y la nada, la voz de Hartmann ha predicado, con la apariencia de la lógica, el austero deber de continuar la obra del perfeccionamiento, de trabajar en beneficio del porvenir, para que, acelerada la evolución por el esfuerzo de los hombres, llegue ella con más rápido impulso á su término final, que será el término de todo dolor y toda vida.

Pero no, como Hartmann, en nombre de la muerte, sino en el de la vida misma y la esperanza, yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro.—Para pedíroslo he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel.—*El* bondadoso genio en quien Shakespeare acertó á infundir, quizás con la divina inconsciencia frecuente en las adivinaciones geniales, tan alto simbolismo, manifiesta claramente en la estatua su significación ideal, admirablemente traducida por el arte en líneas y contornos. Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibili-

dad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas, la arcilla humana á la que vive vinculada su luz—la *miserable arcilla* de que los genios de Arimanes hablaban á Manfredo. Ariel es, para la Naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas, con la llamarada del espíritu. Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en Moral, buen gusto en Arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres.—Él es el héroe epónimo en la epopeya de la especie; él es el inmortal protagonista; desde que con su presencia inspiró los débiles esfuerzos de racionalidad del hombre prehistórico, cuando por primera vez dobló la frente obscura para labrar el pedernal ó dibujar una grosera imagen en los huesos de reno; desde que con sus alas avivó la hoguera sagrada que el arya primitivo, progenitor de los pueblos civilizadores, amigo de la luz, encendía en el misterio de las selvas del Ganges, para forjar con su fuego divino el cetro de la majestad humana—hasta que, dentro ya de las razas superiores, se cierne, deslumbrante, sobre las almas que han extralimitado las cimas naturales de la Humanidad; lo mismo sobre los héroes del pensamiento y del ensueño que sobre los de la acción y el sacrificio, lo mismo sobre Platón en el promontorio de Sunium, que sobre San Francisco de Asís en la soledad de Monte Albernia.—Su fuerza incontrastable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida. Vencido una y mil veces por la indomable rebelión de Calibán, proscripto por la barbarie vencedora,

asfixiado en el humo de las batallas, manchadas las alas transparentes al rozar el "eterno estercolero de Job", Ariel resurge inmortalmente, Ariel recobra su juventud y su hermosura, y acude ágil, como al mandato de Próspero, al llamado de cuantos le aman é invocan en la realidad. Su benéfico imperio alcanza, á veces, aun á los que le niegan y le desconocen. El dirige á menudo las fuerzas ciegas del mal y la barbarie para que concurran, como las otras, á la obra del bien. El cruzará la historia humana, entonando, como en el drama de Shakespeare, su canción melodiosa, para animar á los que trabajan y á los que luchan, hasta que el cumplimiento del plan ignorado á que obedece le permita—cual se liberta, en el drama, del servicio de Próspero—romper sus lazos materiales y volver para siempre al centro de su lumbre divina.

Aún más que para mi palabra, yo exijo de vosotros un dulce é indeleble recuerdo para mi estatua de Ariel. Yo quiero que la imagen leve y graciósa de este bronce se imprima desde ahora en la más segura intimidad de vuestro espíritu.—Recuerdo que una vez que observaba el monetario de un museo, provocó mi atención en la leyenda de una vieja moneda la palabra *Esperanza*, medio borrada sobre la palidez decrépita del oro. Considerando la apagada inscripción, yo meditaba en la posible realidad de su influencia. ¿Quién sabe qué activa y noble parte sería justo atribuir, en la formación del carácter y en la vida de algunas generaciones humanas, á ese lema sencillo actuando sobre los ánimos como una insistente sugestión? ¿Quién sabe cuántas vacilantes alegrías persistieron, cuántas ge-

nerosas empresas maduraron, cuántos fatales propósitos se desvanecieron, al chocar las miradas con la palabra alentadora, impresa, como un gráfico grito, sobre el disco metálico que circuló de mano en mano?... Pueda la imagen de este bronce—troquelados vuestros corazones con ella—desempeñar en vuestra vida el mismo inaparente pero decisivo papel. Pueda ella, en las horas sin luz del desaliento, reanimar en vuestra conciencia el entusiasmo por el ideal vacilante, devolver á vuestro corazón el calor de la esperanza perdida. Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí á la conquista de las almas. Yo le veo, en el porvenir, sonriéndoos con gratitud, desde lo alto, al sumergirse en la sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo, y más aún en los de aquellos á quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra. Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la Cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración.

Así habló Próspero.—Los jóvenes discípulos se separaron del maestro después de haber estrechado su mano con afecto filial. De su suave palabra iba con ellos la persistente vibración en que se prolonga el lamento del cristal herido, en un ambiente sereno. Era la última hora de la tarde. Un rayo del moribundo sol atravesaba la estancia, en medio de discreta penumbra, y tocando la frente de bronce de la estatua, parecía animar en los altivos ojos de

Ariel la chispa inquieta de la vida. Prolongándose luego, el rayo hacía pensar en una larga mirada que el genio, prisionero en el bronce, enviase sobre el grupo juvenil que se alejaba.—Por mucho espacio marchó el grupo en silencio. Al amparo de un recogimiento unánime se verificaba en el espíritu de todos ese fino destilar de la meditación, absorta en cosas graves, que un alma santa ha comparado exquisitamente á la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero.—Cuando el áspero contacto de la muchedumbre les devolvió á la realidad que les rodeaba, era la noche ya. Una cálida y serena noche de estío. La gracia y la quietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra, triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por mano de los hombres. Sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud. Un soplo tibio hacía estremecerse el ambiente con lánguido y delicioso abandono, como la copa trémula en la mano de una bacante. Las sombras, sin ennegrecer el cielo purísimo, se limitaban á dar á su azul el tono obscuro en que parece expresarse una serenidad pensadora. Esmaltándolas, los grandes astros centelleaban en medio de un cortejo infinito; Aldebarán, que ciñe una púrpura de luz; Sirio, como la cavidad de un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo; el Crucero, cuyos brazos abiertos se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza...

Y fué entonces, tras el prolongado silencio, cuando el más joven del grupo, á quien llamaban "Enjolrás" por su ensimismamiento reflexivo, dijo, señalando sucesivamente la perezosa ondulación del

rebaño humano y la radiante hermosura de la noche:

—Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y obscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.

III

BOLÍVAR

BOLÍVAR

Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas hay que componen más perfecta armonía, orden moral ó estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica.

Cuando se considera esa soberbia personificación de original energía, en el medio y la hora en que aparece, se piensa que toda la espontaneidad reprimida, toda la luz y el color escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en una vida individual, y un conciencia única.

Virtualidad infinita, el genio está perennemente á la espera en el fondo de la sociedad humana, como el rayo en las entrañas de la nube. Para

pasar al acto, ha menester de la ocasión. Su sola dependencia es la del estímulo inicial que lo desata y abandona á su libertad incoercible; pero ese estímulo es la condición que se reserva el hado, porque lo trae á su hora el orden de la sociedad que tienta y solicita el arranque innovador.

Larga sucesión de generaciones pasa, acaso, sin que la extraordinaria facultad que duerme, velada en formas comunes, tenga obra digna en que emplearse, y cuando, en la generación predestinada, el rebosar de una aspiración, la madurez de una necesidad, traen la ocasión propicia, suele suceder que la respuesta al silencioso llamamiento parta de una vida que ha empezado á correr, ignorante de su oculta riqueza, en un sentido extraño á aquel que ha de transfigurarla por la gloria.

Algo de esta súbita exaltación hay en el heroísmo de Bolívar. Desde que su conciencia se abrió al mundo, vió acercarse el momento de la Revolución, participando de los anhelos que la preparaban en la secreta agitación de los espíritus; pero ese vago hervor de su mente no imprimió carácter á una juventud que, en su parte expresiva y plástica, tuvo un sello distinto del que se buscaría como anuncio de las supremas energías de la acción.

Su primer sueño fué de belleza, de magnificencia y de deleite. Si las fatalidades de la Historia hubieran puesto fuera de su época la hora de la emancipación, habría llevado la vida de gran señor, refinado é inquieto, que prometía, mientras repartió su tiempo entre sus viajes, el retiro de su hacienda de San Mateo y la sociedad de la Caracas palatina y académica de los últimos días de la colonia.

Algún destello del alma de Alcibiades parece reflejarse en el bronce de esa figura de patricio mozo y sensual, poseedor inconsciente de la llama del genio en quien la atmósfera de la Europa, inflamada en el fuego de las primeras guerras napoleónicas, excitó el sentimiento de la libertad política como una inclinación de superioridad y de nobleza, llena del tono clásico y hostil, por su más íntima substancia, á toda afición demagógica y vulgar. Aún no enunciaba en aquel momento la gloria, pero sí el brillo que la remeda allí donde no hay espacio para más. Uníanse en la aureola de su juventud el lustre de la cuna, los medios del pingüe patrimonio, todos los dones de la inteligencia y de la cortesía, realzados por el fino gusto literario y la pasión del bello vivir.

Y esta primera corteza de su personalidad no desapareció enteramente con la revelación de su profunda alma ignorada. "Varón estético", como se dijo de Platón y como puede extenderse á toda una casta de espíritus, continuó siéndolo cuando el genio lo llevó á sus alturas; y héroe, tuvo la elegancia heroica, la preocupación del gesto estatuario, del noble ademán, de la actitud gallarda é imponente, que puede parecer histriónica á los que no hayan llegado á una cabal comprensión de su personalidad, pero que es rasgo que complementa de manera espontánea y concorde la figura de estos hombres de acción en quienes el genio de la guerra, por la finalidad visionaria y creadora que lo mueve, confina con la naturaleza del artista y participa de la índole de sus pasiones. ¿No ha asimilado Taine, en riguroso análisis de psicología, la espada de Napoleón al cincel escultórico de Miguel Ángel, como

instrumentos de una misma facultad soberana, que ejercita el uno en las entrañas insensibles del mármol y el otro en las animadas y dolientes de la realidad?...

Así aparece, desde el día en que selló sus esponsales con la vocación, que ya lo enamoraba é inquieaba, cuando, de paso por Roma, sube, como arrebatado de un numen, á la soledad del Aventino, á cuyos pies mira extenderse el vasto mar de recuerdos de libertad y de grandeza, y como hablando á la conciencia de esta antigüedad, jura libertar un mundo. Así aparece luego en Caracas, cuando, entre el espanto del terremoto que despedaza la ciudad al iniciarse la revolución, levanta, sobre las ruinas convulsas de la iglesia de San Jacinto, su figura nerviosa y altanera, y allí, en presencia de la multitud despavorida, prorrumpe en las soberbias palabras, á cuyo lado palidece la imprecación famosa de Ayax de Telamón: "¡Si la Naturaleza se opone, lucharemos con ella y la someteremos!"

En la batalla, en el triunfo, en la entrada á las ciudades, en el ejercicio del poder ó entre las galas de la fiesta, siempre luce en él el mismo instintivo sentimiento de esa que podemos llamar la forma plástica del heroismo y de la gloria. Concertando la febril actividad de una guerra implacable, aún queda huelgo en su imaginación para honrar, por estilo solemne, la memoria y el ejemplo de los suyos en pompas como aquella procesión, semejante á una ceremonia pagana, que llevó triunfalmente el corazón de Girardot, en urna custodiada por las armas del ejército, desde el Bárbula, donde fué la muerte del héroe, hasta Caracas.

En la memoria de sus contemporáneos quedó impresa la majestad antigua del gesto y el porte con que, constituída Colombia, penetró al recinto de la primera asamblea, á resignar en ella el mando de los pueblos.

Ante las cosas soberanas y magníficas del mundo material experimenta una suerte de emulación que lo impulsa á hacer de modo que éntre él mismo á formar parte del espectáculo imponente y á señorearlo como protagonista. En su ascensión del Chimborazo, que interpreta la retórica violenta, pero sincera, en su énfasis, del "Delirio", se percibe, sobre todo otro sentimiento, el orgullo de subir, de pisar la frente del coloso, de llegar más arriba que La Condamine, más arriba que Humboldt, adonde no haya huella antes de la suya.

Otra vez se acerca á admirar la sublimidad del Tequendama. Allí su espíritu y la Naturaleza componen un acorde que lo exalta como una influencia de Dyonisos. Cruzando las corriente de las aguas, y en el preciso punto en que ellas van á desplomarse, hay una piedra distante de la orilla el justo trecho que abarca el salto de un hombre. Bolívar, sin quitarse sus botas de tacón herrado, se lanza de un ímpetu á aquella piedra bruñida por la espuma, y tomándola de pedestal, yergue la cabeza, incapaz de vértigo, sobre el voraz horror del abismo.

Era la continuación, trasfigurada, según conviene á la grandeza heroica, de aquel mismo carácter de su juventud que le hizo escribir, mientras deshojaba en las cortes europeas las rosas de sus veinte años, esta confesión de una carta á la baronesa de Triobriand: "Yo amo menos los placeres que el

fausto, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria." Y esto venía tan del fondo de su naturaleza, que, en rigor, nunca hubo carácter más inmune de todo amaño y remedo de afectación. Nunca le hubo, en general, más espontáneo é inspirado.

Todo es iluminación en sus propósitos; todo es arrebato en su obra. Su espíritu es de los que manifiestan la presencia de esa misteriosa manera de pensamiento y de acción, que escapa á la conciencia del que la posee, y que, sublimando sus efectos muy por arriba del alcance de la intención deliberada y prudente, vincula las más altas obras del hombre á esa ciega fuerza del instinto, que labra la arquitectura del panal, orienta el ímpetu del vuelo y asegura el golpe de la garra. Así, para sus victorias, le valen el repentino concebir y el fulminante y certero ejecutar. Y en la derrota, una especie de don *anteico*, como no se ve en tal grado en ningún otro héroe, una extraña virtud de agigantarse más cuanto más recia fué y más abajo la caída; una como asimilación tonificante de los jugos de la adversidad y del oprobio, no en virtud del aleccionamiento de la experiencia, sino por la reacción inconsciente é inmediata de una naturaleza que desempeña en ello su ley. Su fisonomía guerrera tiene en este rasgo el sello que la individualiza. Bien lo significó su adversario, el general español Morillo, en pocas palabras: "más temible vencido que vencedor".

* * *

Sus campañas no son el desenvolvimiento gradual y sistemático de un plan de sabiduría y reflexión, que proceda por partes, reteniendo y asegurando lo ya dejado atrás, y proporcionando las miras del arrojo á la juiciosa medida de las fuerzas. Son como enormes embestidas, como gigantescas oleadas, que alternan, en ritmo desigual, con tumbos y rechazos no menos violentos y espantables, desplomándose de súbito el esfuerzo que culminaba avasallador, para resurgir muy luego, en otra parte, y de otro modo, y con más brío, hasta que un impulso más pujante ó certero que los otros sobrepasa el punto de donde ya no puede tomar pendiente el retroceso, y entonces la victoria persiste y crece, y se propaga, como las aguas de la inundación, y, de nudo en nudo de los Andes, cada montaña es un jalón de victoria.

Nadie ha experimentado más veces, ni en menos tiempo, la alternativa del triunfo con visos y honores de final, y el anonadamiento y el desprestigio sin esperanzas—para los otros—de levante. Revolucionario fracasado y proscrito, falto de superior renombre y de medios materiales de acción, se alza de un vuelo al pináculo de la fama militar y de la autoridad caudillesca con aquella asombrosa campaña de 1813, que inicia, á la cabeza de medio millar de hombres, y que lo lleva, en ciento y tantos días de arrebato triunfal, desde las vertientes neogranadinas de los Andes hasta el palacio de los capitanes de Caracas, donde, sobre lo transitorio de honores y poderes, vincula para siempre á su nombre su título de Libertador.

Aún no ha transcurrido un año de esto y las cos-

tas del mar Caribe le miran fugitivo, abandonado y negado por los suyos; vuelta en humo, al parecer, toda aquella gloria, que ni aun le defiende de la ira con que le acusan y de la ingratitud con que le afrentan. Y cuando se busca adónde ha ido á abismar su humillación, vésele de nuevo en lo alto, empuñando el timón de la Nueva Granada, que desfallecía, entrando con la libertad á Bogotá, como antes á Caracas... Y, apenas se ha doblado esta página, aparece, otra vez, desobedeciendo y forzado á abandonar en manos de un rival obscuro las armas con que se aprestaba á entrar en Venezuela; entonces su reaparición es en Haití, de donde, con el mismo propósito, sale acaudillando una expedición que por dos veces toma tierra en Costa Firme y las dos veces acaba en rechazo, y la última en nueva ruina de su poder y de su crédito, entre denuestos de la plebe y altanerías de la emulación ambiciosa.

Pero la natural autoridad que emana de él es una fuerza irresistible, como toda voluntad de la Naturaleza, y poco tiempo pasa sin que aquella grita se acalle, sin que sus émulos lo reconozcan y obedezcan, sin que los destinos de la revolución estén de nuevo en sus manos, desde la Guayana, donde Piar ha asegurado el respaldar de las futuras campañas hasta los llanos del Apure, donde hierven las montoneras de Páez.

Funda gobierno, guerrea, sofoca todavía rebeliones de los suyos; la adversidad le persigue implacable en La Puerta, en Ortiz, en el Rincón de los Toros, y una noche, después de la última derrota, un hombre, sin compañero ni caballo, huye, escondiéndose en la espesura de los bosques, has-

ta que, á la luz de la aurora, reune una escolta de jinetes dispersos, con los que orienta su camino.

Es Bolívar, que perdidos su ejército y su autoridad, marcha, ¿qué mucho, siendo él?, á forjarse nueva autoridad y nuevo ejército. No tardará en conseguir lo uno y lo otro; la autoridad, robustecida por la sanción de una asamblea que le da el sello constitucional; el ejército, más regular y organizado que cuantos tuvo hasta entonces.

Este es el momento en que su constancia inquebrantable va á subyugar y volver en adhesión firmísima las desigualdades de la suerte. La iluminación de su genio le muestra asegurados los destinos de la revolución con la reconquista de la Nueva Granada.

*
* *

Para reconquistar la Nueva Granada es menester escalar los Andes, luego de pasar ciénagas extensas, ríos caudalosos, y es la estación de invierno, y tamaña empresa se acomete con un ejército punto menos que desnudo.

Otros pasos de montaña puede haber más hábiles y de más ejemplar estrategia; ninguno tan audaz, ninguno tan heroico y legendario.

Dos mil quinientos hombres suben por las pendientes orientales de la cordillera, y bajan por las de Occidente menor número de espectros, y estos espectros son de los que eran fuertes del cuerpo y del ánimo, porque los débiles quedaron en la nieve, en los torrentes, en la altura, donde falta el aire para el pecho.

Y con los espectros de los fuertes se gana Boyacá, que abre el camino de la altiplanicie donde Colombia ha de poner su centro; y de vuelta de la altiplanicie se gana Carabobo, que franquea hacia Oriente el paso de Caracas, y desde ese instante el dominio español, sostenido por ejércitos españoles de España, y no, como en otras partes, por reclutas indígenas, ha perecido en cuanto va de las bocas del Orinoco hasta el istmo de Panamá.

Desde ese instante, á los altibajos de aquella guerra de angustiosa incertidumbre, sucede, como un declive irresistible, que la victoria, rendida y hechizada, hace con sus brazos, inclinados al Sur, para que el torrente de las armas emancipadoras corra á confundirse con aquel otro que corre desde los Andes argentinos, anunciando su avenida por los ecos de las dianas triunfales de Chacabuco y de Maipo. Colombia ha completado sus fronteras, después que ha puesto bajo "el manto del iris" los volcanes del Ecuador, y es libre para siempre.

Pero aún queda para Bolívar lidiar por América, que es más su patria que Colombia.

San Martín está frente á él, lauro para lauro. La gloria de lo que falta por hacer no es ambición compartible. Cuando se trata de determinar cuál ha de gozarla de los dos, bastan, de una parte, la conciencia de la superioridad, y de otra parte, el leal y noble acatamiento de ella.

Bolívar será quien corone, como las campañas del Norte, las del Sur. Y como en Bogotá, como en Caracas, como en Quito, entra en Lima el Libertador de América. Mientras el último ejército español, numeroso y fuerte, se apresta á esperarle, y él

se consagra á apercibir el suyo, enferma, y, doliente todavía, oye que le preguntan:—"¿Qué piensa hacer usted ahora?"—"Triunfar", contesta con sencillez de esparciata.

Y triunfa; triunfa después de cruzar las gargantas de los Andes, á la altura del cóndor, como en las vísperas de Boyacá, que ahora reproduce Junín, y con el impulso de Junín triunfa, por el brazo de Sucre, en Ayacucho, donde catorce generales de España entregan, al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera, trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando.

Cumplida está la obra de Bolívar; pero aún rebosan sobre ella la aspiración y los heroicos alientos.

Aún sueña el héroe con más; aún querría llegar á las márgenes del Plata, donde padece, bajo la conquista, un pueblo arrancado á la comunidad triunfante en Ayacucho; ser, también para él, el Libertador; arrollar, hasta la misma corte del Brasil, las huestes imperiales; fundar allí la República, y, remontando la corriente del Amazonas, como Alejandro los ríos misteriosos de Oriente, cerrar la inmensa elipse de gloria en suelo colombiano é ir á acordar y presidir la armonía perenne de su obra, en la Asamblea anfictiónica de Panamá.

Quiere más: quiere ir á las esclavizadas Filipinas con su ejército; quiere más: quiere llevar la libertad á las Antillas y á las Canarias; quiere más: quiere llevar á la tierra de sus abuelos, á la vieja España, la República y la libertad que hizo triunfar en América. Pero circunstancias fatales de la misma América hacen irrealizable su sueño; por

donde circunscribe á nuestro continente su acción, y queda siendo exclusivamente el héroe de América.

*
* *

El conjunto de este tempestuoso heroísmo es de un carácter singular é inconfundible en la Historia. Lo es, por el enérgico sello personal del propio héroe, y lo es también, por la vinculación estrecha é indisoluble de su acción, con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. Y ésta constituye una de las desemejanzas que abren tan ancho abismo entre Bolívar y el que con él comparte, en América, la gloria del libertador.

San Martín podría salir de su escenario sin descaracterizarse, ni desentonar dentro de otros pueblos y otras epopeyas. Su severa figura cambiaría sin disconveniencia, el pedestal de los Andes por el de los Pirineos, los Alpes ó los Rocallosos. Imaginémoslo al lado de Turena: valdría para heredero de su espada previsora y segura y de su noble y sencilla gravedad. Transportémoslo junto á Washington: podría ser el más ilustre de sus conmilitones y el más ejemplar de sus discípulos. Pongámoslo en las guerras de la Revolución y del Imperio: llenaría el lugar del abnegado Hoche, cuando se malogra, ó del prudente Moreau, cuando sale proscrito. Es, considerado aparte del gran designio á que obedece, el tipo de abstracción militar que encuentra marco propio en todo tiempo de guerra organizada, porque requiere, no la originalidad del color, sino el firme y simple dibujo de

ciertas superiores condiciones de inteligencia y voluntad, que el carácter humano reproduce sobre las diferencias de razas y de siglos.

En cambio, la figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra, y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada ó trunca. Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente..., todo á una y todo á su manera, es una originalidad irreductible, que supone é incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso.

Ni guerrea como estratégico europeo, ni toma para sus sueños de fundador más que los elementos dispersos de las instituciones basadas en la experiencia ó la razón universal, ni deja, en su conjunto, una imagen que se parezca á cosa de antes. Por eso nos apasiona y nos subyuga, y será siempre el héroe por excelencia, representativo de la eterna unidad hispano-americana.

Más en grande y más por lo alto que los caudillos regionales, en quienes se individualizó la originalidad semibárbara, personifica lo que hay de característico y peculiar en nuestra historia. Es el barro de América atravesado por el soplo del genio, que trasmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu, y hace exhalarse de él, en viva llama, una distinta y original heroicidad.

***

La revolución de la independencia suramericana, en los centros donde estalla y de donde se di-

funde: el Orinoco y el Plata, manifiesta una misma dualidad de carácter y de formas. Comprende, en ambos centros, la iniciativa de las ciudades, que es una revolución de ideas, y el levantamiento de los campos, que es una rebelión de instintos.

En el espíritu de las ciudades, la madurez del desenvolvimiento propio y las influencias reflejadas del mundo, trajeron la idea de la patria como asociación política, y el concepto de la libertad practicable dentro de instituciones regulares. Deliberación de asambleas, propaganda oratoria, milicias organizadas, fueron los medios de acción.

Pero en los dilatados *llanos* que se abren desde cerca del valle de Caracas (en la antigua provincia de este nombre) hasta las márgenes del Orinoco, y en las anchurosas *pampas* interpuestas entre los Andes argentinos y las orillas del Paraná y el Uruguay, así como en las *cuchillas* que ondulan al oriente del Uruguay, hacia el Océano, la civilización colonial, esforzándose en calar la entraña del desierto, el cual le oponía por escudo su extensión infinita, sólo había alcanzado á infundir una población rala y casi nómada, que vivía en semibarbarie pastoril, no muy diferentemente del árabe beduíno ó del hebreo de tiempos de Abraham y Jacob; asentándose más que sobre la tierra sobre el lomo de sus caballos, con los que señoreaba las vastas soledades tendidas entre uno y otro de los *hatos* del Norte y una y otra de las *estancias* del Sur.

El varón de esta sociedad, apenas solidaria ni coherente, es el *llanero* de Venezuela, el *gaucho* del Plata, el centauro indómito esculpido por los vientos y soles del desierto en la arcilla amasada con

sangre del conquistador y del indígena, hermosísimo tipo de desnuda entereza humana, de heroísmo natural y espontáneo, cuya genialidad bravía estaba destinada á dar una fuerza de acción avasalladora y de carácter plástico y color á la epopeya de cuyo seno se alzarían triunfantes los destinos de América.

En realidad, esta fuerza era extraña, originariamente, á toda aspiración de patria constituída y toda noción de derechos políticos con que pudiera adelantarse, de manera consciente, á tomar su puesto en la lucha provocada por los hombres de las ciudades. Artigas, al Sur, la vinculó desde un principio á las banderas de la revolución; Boves y Yáñez, al Norte, la desataron á favor de la resistencia española, y luego Páez, allí mismo, la ganó definitivamente para la causa americana.

Porque el sentimiento vivísimo de libertad, que constituía la eficacia inconjurable de aquella fuerza desencadenada por la tentación de la guerra, era el de una libertad anterior á cualquier género de sentimiento político y aun patriótico: la libertad primitiva, bárbara, crudamente individualista, que no sabe de otros fueros que los de la Naturaleza, ni se satisface sino con su desate incoercible en el espacio abierto, sobre toda valla de leyes y toda coparticipación de orden social; la libertad de la banda y de la horda, esa que, en la más crítica ocasión de la historia humana, acudió á destrozar un mundo caduco y á mecer sobre las ruinas la cuna de uno nuevo, con sus ráfagas de candor y energía.

La sola especie de autoridad conciliable con este instinto libérrimo era la autoridad personal, capaz

de guiarlo á su expansión más franca y domeñadora por los prestigios del más fuerte, del más bravo ó del más hábil, y así se levantó, sobre las multitudes inquietas de los campos, la soberanía del *caudillo*, como la del primitivo jefe germano que congregaba en torno de sí su vasta familia guerrera, sin otra comunidad de propósitos y estímulos que la adhesión filial á su persona.

Conducida por la autoridad de los caudillos, aquella democracia bárbara vino á engrosar el torrente de la revolución, adquirió el sentimiento y la conciencia de ella, y arrojó en su seno el áspero fermento popular que contrasta con las propensiones oligárquicas de la aristocracia de las ciudades, al mismo tiempo que imprimía en las formas de la guerra, el sello de originalidad y pintoresco americanismo, que las determinase y defendiera en la historia.

Frente al ejército regular, ó en alianza con él, aparecieron la táctica y la estrategia instintivas de la *montonera*, que supie los efectos del cálculo y la disciplina con la crudeza del valor y con la agilidad heroica; el guerrear, para que son únicos medios esenciales el vivo relámpago del potro, apenas domado y unimismándose casi con el hombre en un solo organismo de centauro, y la firmeza de la lanza esgrimida con pulso de titán en las formidables cargas que devoran la extensión de la sumisa llanura.

* * *

Bolívar subordinó á su autoridad y su prestigio esta fuerza, que complementaba la que él traía ori-

ginariamente en ideas, en espíritu de ciudad, en ejército organizado.

Abarcó dentro de su representación heroica la de esa mitad original é instintiva de la revolución americana, porque se envolvió en su ambiente y tuvo por vasallos á sus inmediatas personificaciones. Páez, el intrépido jefe de llaneros, le reconoce y pone sobre sí desde su primera entrevista, cuando él viene de rehacer su prestigio, perdido con la infausta expedición de los Cayos, y en adelante las dos riendas de la revolución están en manos de Bolívar, y la azarosa campaña de 1817 á 1818 muestra, concertados, los recursos del instinto dueño del terreno y los de la aptitud guerrera superior y adecuada.

En los extensos llanos de Apure, el Libertador convive y conmilita con aquella soldadesca primitiva y genial, que luego ha de darle soldados que le sigan en la travesía de los Andes y formen la vanguardia con que vencerá en Carabobo.

Tenía, para gallardearse en ese medio, la condición suprema, cuya posesión es título de superioridad y de dominio, como en su ausencia nota de extranjería y de flaqueza: la condición de maestrísimo jinete, de domador de potros, de insaciable bebedor de los vientos sobre el caballo suelto á escape, tras el venado fugitivo, ó por la pura voluptuosidad del arrebato, tras la fuga ideal del horizonte. El Alcibiades, el escritor, el diplomático de Caracas, era, cuando cuadraba la ocasión, el gaucho de las pampas del Norte: el llanero.

Este contacto íntimo con lo original americano no se dió nunca en San Martín. El capitán del Sur,

apartado de América en sus primeros años y vuelto á edad ya madura, sin otra relación con el ambiente, durante tan dilatado tiempo, que la imagen lejana, bastante para mantener y acrisolar la constancia del amor, pero incapaz para aquel adobo sutil con que se infunde en la más honda naturaleza del hombre el aire de la patria, realizó su obra de organizador y de estratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular, donde la pasión de libertad se desataba con impulso turbulento é indómito, al que nunca hubiera podido adaptarse tan rígido temple de soldado.

La accidental cooperación con las *montoneras* de Güemes no acortó estas distancias.

En el Sur, la revolución tiene una órbita para el militar, otra para el caudillo. El militar es San Martín, Belgrano ó Rondeau. El caudillo es Artigas, Güemes ó López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula á su prestigio personal y profético, y otro el que mueve ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil.

En Bolívar ambas naturalezas se entrelazan, ambos misterios se confunden. Artigas más San Martín: eso es Bolívar. Y aun faltaría añadir los rasgos de Moreno, para la parte del escritor y del tribuno.

Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la revolución, desde que, en sus inciertos albores, la abre camino como conspirador y como diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ella los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus

últimas victorias con la inspiración del genio militar, y, finalmente, la organiza como legislador y la gobierna como político.

*
* *

Valióle para tanto su natural y magnífica multiplicidad de facultades.

El genio, que es á menudo unidad simplísima, suele ser también armonía estupenda. Veces hay en que esa energía misteriosa se reconcentra y encastilla en una sola facultad, en una única potencia del alma, sea esta la observación, la fantasía, el pensamiento discursivo, el carácter moral ó la voluntad militante, y entonces luce el genio de vocación restricta y monótona, que, si nació para la guerra, guerrea silencioso, adusto é incapaz de fatiga, como Carlos XII el de Suecia; si para el arte, pasa la vida, como Flaubert, en un juego de belleza, mirando con indiferencia de niño las demás cosas del mundo, y si para el pensamiento, vive en la exclusiva sociedad de las ideas, como Kant, en inmutable abstracción de sonámbulo. La facultad soberana se magnifica restando lugar y fuerza á las otras, y levanta su vuelo, como águila solitaria y señora, sobre la yerma austeridad del paisaje interior.

Pero no pocas veces, lejos de obrar como potestad celosa y ascética, obra á modo de conjuro evocador ó de simiente fecunda; para su confidencia y complemento, suscita vocaciones secundarias que rivalizan en servirla, y como si tras el águila del parangón se remontaran, de los abismos y eminencias del alma, otras águilas menores que la hicie-

ran séquito, la potencia genial se despliega en bandada de aptitudes distintas, que rompen concertadamente el espacio en dirección á una misma cúspide.

Á esta imagen corresponden los genios complejos y armoniosos; aquellos en quienes toda la redondez del alma parece encendida en una sola luz de elección: ya ocupe el centro de esa redondez la imaginación artística, como en Leonardo; ya la invención poética, como en Goethe; ya, como en César ó Napoleón, la voluntad heroica.

Tanto más gallardamente descuella la arquitectónica mental de estos espíritus múltiples, cuando la vocación ó facultad que lleva el centro en ellos—el *quilate-rey*, si recordamos á Gracián—halla cómo orientarse, de manera firme y resuelta, en una grande y concentrada obra, en una idea constante que le imprima fuerte unidad y en la que puedan colaborar á un mismo tiempo todas las aptitudes vasallas, de suerte que aparezca operando, en el seno de aquella unidad enérgica, la variedad más rica y concorde.

De esta especie genial era Bolívar.

Toda actividad de su grande espíritu, toda manera de superioridad que cabe en él, se subordina á un propósito final y contribuye á una obra magna: el propósito y la obra del Libertador, y dentro de esta unidad coparticipan, en torno á la facultad central y dominante, que es la de la acción guerrera, la intuición del entendimiento político, el poder de la aptitud oratoria, el dón del estilo literario.

* * *

Como entendimiento político, nadie, en la revolución de América, le tuvo más en grande, más iluminado y vidente, más original y creador; aunque no pocos de sus contemporáneos le excedieran en el arte concreto del gobierno y en el sentido de las realidades cercanas. Él, con más claridad que el presente, veía el porvenir. Desde Jamaica, en 1815, aún lejano y obscuro el término de la revolución, escribe aquella asombrosa carta, ardiente de relámpagos proféticos, en que predice la suerte de cada uno de los pueblos hispano-americanos después de su independencia, vaticinando así la vida de ordenado sosiego de Chile, como el despotismo que ha de sobrevenir en el Plata con Rosas.

El sistema de organización propuesto en 1819 al Congreso de Angostura manifiesta, á vuelta de lo que tiene de híbrido y de utópico, la crítica penetrante y audaz de los modelos políticos que proporcionaba la experiencia, y una facultad constructiva, en materia constitucional, que busca su apoyo en la consideración de las diferencias y peculiaridades del ambiente á que ha de aplicarse.

Esta facultad toma aún mayor vuelo y carácter en la constitución boliviana, extendida luego al Perú, obra del apogeo de su genio y de su fortuna, donde los sueños de su ambición forman extraño conjunto con los rasgos de una inventiva innovadora que ha merecido la atención y el análisis de los constitucionalistas, como la idea de un "Poder Electoral", seleccionado del conjunto de los ciudadanos, en la proporción de uno por diez, al que correspondería elegir ó proponer los funcionarios públicos.

Con estos planes constitucionales compartía la

actividad de su pensamiento, en los días de la plenitud de su gloria, la manera de realizar su vieja aspiración de unir en firme lazo federal los nuevos pueblos de América, desde el golfo de Méjico hasta el estrecho de Magallanes. No concurre en el Libertador merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispano-americanos y la inquebrantable fe con que aspiró á dejar consagrada su unidad ideal por una real unidad política.

Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de la emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento, y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada á los términos de Venezuela ni de los tres pueblos de Colombia, sino que siempre vió en la entera extensión del continente el teatro indivisible de la revolución, nunca creyó tampoco que la confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales.

La América emancipada se representó, desde el primer momento, á su espíritu, como una indisoluble confederación de pueblos, no en el vago sentido de una amistosa concordia ó de una alianza dirigida á sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase á común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinatos.

En el istmo de Panamá, donde las dos mitades de América se enlazan y los dos océanos se acercan, creía ver la situación predestinada de la asamblea

federal en que la nueva anfictionía erigiese su tribuna, como la anfictionía de Atenas en el istmo de Corinto. Desde que, ocupando á Caracas después de la campaña de 1813, gobierna por primera vez en nombre de América, asoma ya en su política esta idea de la unidad continental, que ha de constituir el supremo galardón á que aspire, cuando vencedor y árbitro de un mundo.

La realidad inmediata negóse á acoger su sueño; mil fuerzas de separación que obraban en el roto imperio colonial, desde la inmensidad de las distancias físicas, sin medios regulares de comunicación, hasta las rivalidades y las desconfianzas de pueblo á pueblo, ya fundadas en una relativa oposición de intereses, ya en el mantenimiento de prepotencias personales, volvían prematuro y utópico el grande pensamiento, que aun hoy se dilata más allá del horizonte visible, y ni siquiera la unidad parcial de Colombia alcanzó á subsistir.

¿Qué importa? La visión genial no deja de anticipar por ello la convergencia necesaria, aunque haya de ser difícil y morosa, de los destinos de estos pueblos: la realidad triunfal ineluctable de un porvenir que, cuanto más remoto se imagine, tanto más acreditará la intuición profética de la mirada que llegó hasta él.

En lo formal y orgánico, la unidad intentada por Bolívar no será nunca más que un recuerdo histórico; pero debajo de esta corteza temporal está la virtud perenne de la idea. Cuando se glorifica en Mazzini, en D'Azeglio ó en Gioberti, la fe anunciadora y propagadora de la Italia una no se repara en las maneras de unión que propusieron, sino en

el fervor eficaz con que aspiraron á lo esencial del magno objetivo.

Con más ó menos dilación, en una ú otra forma, un lazo político unirá un día á los pueblos de la América nuestra, y ese día será el pensamiento del Libertador el que habrá resurgido y triunfado, y será su nombre el que merecerá, antes que otro alguno, cifrar la gloria de tan alta ocasión.

El régimen del consulado vitalicio, que Bolívar preconizaba, no podía resolver, ni el problema de la confederación de estos pueblos, ni el de su organización interior. Era un desvirtuado simulacro de república; pero en este punto debe decirse que si Bolívar no llegó á la aceptación franca y cabal del sistema republicano, con su esencialísimo resorte de la renovación del cargo supremo, sostuvo siempre—y es indisputable gloria suya—el principio republicano en oposición á la monarquía, de cuyo lado le solicitaban las opiniones más prudentes y valiosas, y que era el ideal de gobierno con que venía del Sur, en cumplimiento del programa político de Buenos Aires, la triunfadora espada de San Martín.

La república íntegra y pura tuvo en la América revolucionaria, y desde el primer momento de la Revolución, un partidario fidelísimo y un mantenedor armado, nada más que uno, y éste fué Artigas; pero aún no se sabe bien, fuera del pueblo que vela dentro de su alma esa tradición gloriosa, porque acontece que algunos de los aspectos más interesantes y reveladores de la revolución del Río de la Plata, ó no están escritos ó no están propagados. Yo lo pensaba hace poco leyendo el resumen, admi-

rable de perspicuidad y precisión, que de los orígenes de la América contemporánea hizo, en sus recientes conferencias de Madrid, el alto y noble talento de Rufino Blanco-Fombona.

Dícese allí que la revolución del extremo Sur nació y se mantuvo en un ambiente de ideas monárquicas, y es relativa verdad, porque no se cuenta con Artigas, y la revolución del extremo Sur es, en efecto, una revolución monárquica, sin la acción excéntrica de Artigas, el removedor de la democracia de los campos, hostilizado y perseguido, como fiera en coso, por la oligarquía monarquista de los Posadas y los Puyrredones, y despedazado é infamado luego, en historias efímeras, por los escritores herederos de los odios de aquella política oligárquica. Una fundamental revisión de valores es tarea que empieza en la historia de esta parte del Sur, y cuando esa revisión se haya hecho, mientras pasarán á segundo plano figuras pálidas y mediocres, se agigantará, como figura de América, la del caudillo de garra leonina que en 1813 levantaba, por bandera de organización, íntegra y claramente definido, el sistema republicano que Bolívar opuso luego, aunque en menos genuina forma, al programa monárquico de San Martín.

***

Tratándose del Bolívar político, llega de suyo el tema de su ambición.

Este rasgo es capital é inseparable de su imagen.

Siempre formaré tan pobre idea del discernimiento histórico de quien se empeñe en presentar á

Bolívar inmune de la pasión de mandar, como del grado de comprensión humana de quien le inicie por tal pasión un proceso que tire á empequeñecerlo ó macularlo.

Importa recordar, desde luego, que la perfección negativa, en el orden moral, no puede ser la medida aplicable á ciertas grandezas de la voluntad creadora, de igual manera que no lo es, en el orden estético, cuando se está delante de aquella fuerza de creación que da de sí *La Divina Comedia* ó las estatuas de Miguel Ángel. La Naturaleza no funde en sus moldes caracteres como los que cabe obtener por abstracción, eliminando y añadiendo rasgos para componer el paradigma á un cuerpo de moral que satisfaga las aspiraciones éticas de una sociedad ó de una escuela. Funde la Naturaleza caracteres orgánicos, en los que el bien y el mal, ó los que luego ha de clasificar como tales el criterio mudable y relativo de los hombres, se reparten según una correlación en que obra una lógica tan cabal é imperiosa como la lógica del pensamiento discursivo con que se construyen los sistemas de ética, aunque la una y la otra no se asemejen absolutamente en nada.

Y si bien el análisis del criterio moral puede llegar lícitamente al carácter que modela la Naturaleza para señalar lo que halle en él de imperfecto, transportado al mundo de la libertad, nunca deberá extremarse en ese fuero cuando se encuentre frente á los grandes temperamentos personales, de eficacia avasalladora, ni deberá aspirar á ver desintegrada ó enervada, por un molde ideal de perfección facticia, esa original estructura del carácter, cauce

de piedra de la personalidad, donde reciben el pensamiento su troquel y la acción el impulso con que se desata.

Hay una manera de heroísmo en que la ambición es natural atributo. Quien dijera que la energía genial y el desinterés no caben en un centro, afirmaría una oposición sin sentido entre dos vagas abstracciones; pero quien dijera que cierto género de energía genial y cierto género de desinterés son términos naturalmente inconciliables, pondría la mano en una relación tan segura como la que nos autoriza á sentar que ningún animal carnicero tendrá los dientes ni el estómago de los que se alimentan de hierbas, ó que nunca pudo haber una especie en que se unieran, como en el grifo mitológico, la cabeza del águila con el cuerpo del león.

Y si la energía genial es de aquel temple que supone, como condición específica, la fe indomable en la virtud única y predestinada de la propia acción, y si con el nombre de desinterés se clasifica, no el fácil desarrimo respecto de egoísmos sensuales, sino el apartamiento de la obra cuando está inconclusa y el desdén de la autoridad que trae en sí los medios de desenvolver la parte de obra que aún está oculta y recogida en las virtualidades de una iluminación visionaria, entonces es lícito afirmar que la convivencia de ambos caracteres implica contradicción. Un Bolívar que, después de la entrevista de Guayaquil, abandonara el campo á su émulo, ó que una vez consumada su obra militar, renunciara á influir decisivamente en los nuevos destinos de América, sería un contrasentido psicológico, un enigma irresoluble de la naturaleza humana.

En cambio, estos desenlaces de renunciamiento son cosa espontánea y congruente en los héroes de la especie moral de San Martín. Espíritus de vocación limitada y reflexiva, la renuncia de un poder al que no les atrae ningún alto propósito que realizar, viene después de la segura constancia con que han dado cima á un pensamiento único y concreto, y aquella condición, encima de ésta, cae como esmalte.

Así, nada más natural, en uno y otro de los dos capitanes de América, que el voluntario eclipse y el mayor encendimiento de gloria con que resuelve sus opuestos destinos la histórica entrevista de 1822.

Tiene el alejamiento de San Martín explicación en su noble y austera virtud; pero en no menor parte, sin duda, tiénela en las indeliberadas reacciones del instinto, y la había anticipado Gracián en el "Primor" décimocuarto de *El Héroe*, donde define el "natural imperio" y dice: "Reconocen al león las demás fieras en presagio de naturaleza, y sin haberle examinado el valor le previenen zalemas; así á estos héroes, reyes por naturaleza, les adelantan respeto los demás, sin aguardar la tentativa del caudal."

Fuera de la actividad de la guerra, en la aspiración ó el ejercicio del gobierno civil, la ambición de mando de Bolívar deja más libre campo á la controversia y á la crítica; pero aún en esta parte nunca será legítimo juzgarla sino levantándose á la altura de donde se alcanza á divisar, infinitamente por encima de egoísmos vulgares, al héroe que persigue, con el sentimiento de una predestinación

histórica, un grande objetivo que estimula y realza su ambición personal.

No significa este criterio que toda voluntad y todo paso del héroe hayan de concordar necesariamente con el fin superior que él trae al mundo, sin que la fe en sí mismo pueda inducirle á aberración. No significa tampoco sostener la irresponsabilidad positiva del héroe ante la justicia de sus contemporáneos, ni su irresponsabilidad ideal para el fallo de la posteridad. Significa sólo conceder todo su valor á la invisible unidad del carácter heroico, de modo que aquella parte de impureza que se mezcla acaso en el fermento eficaz, no se presente á juicio abstraída de las otras, como el elemento material que, disociándose de un conjunto donde es virtud ó sazón, pára en crudo veneno.

La muchedumbre que, valida de su instinto, á veces tan seguro como el mismo instinto del genio, se encrespa frente al héroe y le cruza el paso; el grupo de hombres de reflexión ó de carácter, que opone á las audacias de la voluntad heroica las previsiones de su sabiduría ó las altiveces de su derecho, tendrán ó no razón contra el héroe; frecuente es que la tengan; pero el historiador que luego tienda la vista por el proceso de acciones y reacciones que entretejen la complejidad del drama humano, verá en la voluntad disparada del héroe una fuerza que, con las que se le asocian y las que la limitan, concurre á la armonía de la Historia, y jamás confundirá los mayores excesos de esa fuerza con la baldía ó perturbadora inquietud del héroe falso, que disfraza una ambición egoística y sensual en la mentida vocación de un heroísmo, simulando

las guedejas del león sobre el peio atusado de la raposa.

*
* *

Tan interesante como la aptitud política es, entre los talentos accesorios del Libertador, la facultad de la expresión literaria.

Su nombre, en este género de gloria, vive principalmente vinculado á la elocuencia ardiente y pomposa de sus proclamas y arengas, las más vibrantes, sin duda, que hayan escuchado, en suelo americano, ejércitos y multitudes. Pero sin negar nuestra admiración á tan espléndida oratoria, muchos somos los que preferimos gustar al escritor en la literatura, más natural y suelta, de sus cartas. Las proclamas y arengas, como cualquiera análoga especie literaria, en que el énfasis del acento y el aparato de la expresión son caracteres que legitima la oportunidad, tratándose de solicitar el efecto presentáneo y violento en la conciencia de las muchedumbres, se marchitan de estilo mucho más que la obra acrisolada y serena y que la íntima y espontánea.

Por otra parte, en la trama de esos documentos oratorios suele mezclar sus hebras desteñidas y frágiles el vocabulario de la retórica política, que es la menos poética de las retóricas, con sus vaguedades y abstracciones y sus maneras de decir acuñadas para socorro común en las angustias de la tribuna; y así, en las proclamas y arengas del Libertador, el relámpago genial, la huella leonina, la imagen, la frase ó la palabra de imperecedera virtud resaltan

sobre el fondo de esa declamación pseudoclásica, adaptada al lenguaje de las modernas libertades políticas, que, divulgándose en los libros de Raynal, de Marmontel y de Mably y en la elocuencia de montañeses y girondinos dió su instrumento de propaganda á la revolución de 1789 y lo dió después, de reflejo, á nuestra revolución hispano-americana.

Este inconsistente barro, en manos de Bolívar, es material que modela un artífice de genio, pero barro al fin. En cambio, en las cartas, la propia naturaleza del género mantiene un aire de espontaneidad que no excluye, por cierto, ni la elocuencia ni el color. Ya abandonadas y confidenciales; ya acordadas á un tono algo más lírico ú oratorio, si la ocasión lo trae de suyo; ya dando voz á las concentraciones de su pensamiento, ya á los aspectos de su sensibilidad, radiante ó melancólica, las cartas forman interesantísimo conjunto. La imagen nueva y significativa realza á menudo la idea: "Estábamos como por milagro (escribe en 1826), sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas, apoyada una de otra, y en una calma que parece verdadera, aunque instantánea; los navegantes han visto muchas veces este original." Hay soberanos arranques de personalidad, como éste de la carta en que repudia la corona imperial que le ha propuesto Páez: "Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo. Tampoco quiero imitar á César; menos aún á Itúrbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior á cuantos ha recibido el orgullo hu-

mano. Por tanto, me es imposible degradarlo." Otras veces subyuga la atención el brío con que está sellada la sentencia: "Para juzgar bien de las revoluciones y de sus actores, es preciso observarlas muy de cerca y juzgarlos muy de lejos."—"Sin estabilidad, todo principio político se corrompe y termina por destruirse."—"El alma de un siervo rara vez alcanza á apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos ó se humilla en las cadenas."

*
* *

Pérdidas de que nunca nos consolaremos han mermado este precioso tesoro de sus cartas; pero tal como se le conserva es, no sólo el indeleble testimonio del grande escritor que hubo en Bolívar, sino también el más entero y animado trasunto de su extraordinaria figura. El poema de su vida está allí. Y en verdad, ¡qué magnífico poema el de su vida, para esa estética de la realidad y de la acción que hace de una vida humana un poema plástico! Nadie la vivió más bella, y aun se diría, en sublime sentido, más dichosa, ó más envidiable, por lo menos, para quien levante por encima de la paz del epicúreo y del estoico su ideal de vivir.

Los ojos de la virgen fantasía, por donde llega la luz del mundo á despertar la selva interior, abiertos en el maravilloso espectáculo de aquella aurora del siglo XIX, que desgarra la continuidad realista de la Historia con un abismo de milagro y de fábula; para temple del corazón, un amor malogrado, en sus primicias nupciales, por la muerte; una pasión insaciada, de esas que, dejando en el vacío el

desate de una fuerza inmensa, la arrojan á buscar desesperadamente nuevo objeto, de donde suelen nacer las grandes vocaciones; venida de aquí la revelación íntima del genio, y para empleo é incentivo de él, la grandiosa ocasión de una patria que crear, de un mundo que redimir.

Luego, el arrebato de quince años de esta gigantesca aventura mantenida con satánico aliento; la emoción del triunfo, cien veces probada; la de la derrota, cien veces repetida; el escenario inmenso, donde, para imagen de esas sublimes discordancias, alternan los ríos como mares y las montañas como nubes; el soplo calcinante de los llanos y el cierzo helado de los ventisqueros, y, al fin, el flotante y fugitivo sueño que se espesa en plástiea gloria; el paso por las ciudades delirantes, entre los vítores al vencedor; las noches encantadas de Lima, donde un lánguido deliquio entreabre la marcialidad de la epopeya, y la hora inefable en que, desde la cúspide del Potosí, la mirada olímpica se extiende sobre el vasto sosiego que sigue á la última batalla...¿Queda más todavía? La voluptuosidad amarga que hay en sentir caer sobre sí la Némesis de las envidias celestes; la proscripción injusta é ingrata, de donde sabe exprimir la conciencia de los fuertes una altiva fruición; cuerda de ásperos sones que no pudo faltar en esa vida destinada á que en ella vibrase la más compleja armonía de pasión y belleza.

Almas para estas vidas trajo aquel asombroso tiempo suyo, que renovó con un soplo heroico y creador las cosas de los hombres y dió á la invención poética el último de sus grandes momentos que merezcan nota de *clásicos*.

Cuando la explosión de finalidad y de fuerza halló cómo dilatarse en el sentido de la acción, suscitó los prodigios del endiosamiento napoleónico, con su reflejo de soldados que se coronan reyes. Cuando hubo de consumirse en imágenes é ideas, engendró el ansia devoradora de René, la soberbia indómita de Harold, ó la majestad imperatoria de Goethe. Jamás, desde los días del Renacimiento, la planta humana había florecido en el mundo con tal empuje de savia y tal energía de color.

Y el Renacimiento, ¿no se llama, para la historia americana, la Conquista? Y entre los hombres del Renacimiento que conquistaron América ó la gobernaron todavía esquiva y montaraz, ¿no vinieron hidalgos del solar de los Bolívares de Vizcaya, cuyo blasón de faja de azur sobre campo de sínople, había de trocarse, en su posteridad, por un blasón más alto, que es la bandera de Colombia?... Cuando se ilumina este recuerdo, la vocación heroica, lanzada á destrozar el yugo de la Conquista, se representa en la imaginación como si el genio de aquella misma sobrehumana gente que puso por sus manos el yugo, despertase, tras el largo sopor del aquietamiento colonial, con el hambre de la aventura y el ímpetu en que acaba el desperezo felino. El Libertador, Bolívar, pudo llamarse también el Reconquistador.

* * *

Al finalizar 1826, en la cúspide de los encumbramientos humanos, numen y árbitro de un mundo, volvía Bolívar á Colombia para asumir el mando

civil. Pronto la embriaguez del triunfo y de la gloria había de trocarse en la "embriaguez de absintio", de que hablan los trenos del Profeta.

Todo lo que resta de esa vida es dolor. Aquella realidad circunstante, que él había manejado á su arbitrio mientras duró su taumaturgia heroica: plegándola, como blanda cera, al menor de sus designios; sintiéndola encorvarse, para que él se encaramara á dominar, como sobre el lomo de su caballo de guerra, y viéndola dar de sí la maravilla y el milagro cuando él los necesitaba y evocaba, se vuelve, desde el preciso punto en que la epopeya toca á su término, rebelde y desconocedora de su voz.

Antes las cosas se movían en torno de él como notas de una música que él concertaba, épico Orfeo, en armonía triunfal; ahora quedarán sordas é inmóviles, ó se ordenarán en coro que lo niegue y denigre.

Lógica y fatal transición, si se piensa. Esa realidad social que le rodeaba, esa América amasada á fuego y hierro en las fraguas vulcánicas del conquistador, escondía, cuando sonó la hora de su revolución, bajo el aparente enervamiento servil, un insondable poso de voluntad heroica, de virtualidades guerreras, acrisoladas por su propio letargo secular, como el vino que se añeja en sombra y quietud.

Apenas llegó quien tenía la palabra del conjuro, toda aquella efervescencia adormida salió á luz, capaz de prodigios: en el genio agitador y guerrero halló entonces la realidad el polo que la imantase según las afinidades de su naturaleza, y allí adonde el genio fué, la realidad lo siguió y obedeció con anhelo filial. Pero, consumada la parte heroica, la

obra que esperaba al héroe, á la vuelta del triunfo, como las preguntas de la Esfinge, era la manera de asimilar, de organizar el bien conquistado, de desenvolver, por la eficacia del valor civil y de la sabiduría política, aquel germen precioso, aunque en pura potencia, que el valor militar y la inspiración de las batallas habían conquistado, menos como premio disfrutable que como promesa condicional y relativa.

Y para semejante obra no había en la realidad más que disposiciones adversas; no había en el carácter heredado, en la educación, en las costumbres, en la relación geográfica, en la económica, más que resistencia inerte ú hostil.

Fundar naciones libres, donde la servidumbre era un tejido de hábitos que espesaban y arreciaban los siglos; naciones orgánicas y unas, donde el desierto ponía entre tierra y tierra habitada más tiempo y azares que la mar que aparta á dos mundos; infundir el estímulo del adelanto donde confinaban con la hosquedad de la barbarie el apocamiento de la aldea; formar capacidades de gobierno donde la cultura era una superficie artificial y tenuísima; hallar resortes con que mantener, sin la represión del despotismo, un orden estable: tal y tan ardua era la obra.

El conflicto de fin y medios que ella planteaba, á cada paso, en la realidad externa, no perdonaba al mismo espíritu del obrero, del Libertador, mucho más predestinado para héroe que para educador de repúblicas; mucho más grande, en sus designios políticos, por la iluminada visión del término lejano y la soberana potencia del impulso inicial, que por el

esfuerzo lento y obscuro con que se llega de este á aquel extremo en las empresas que son de resignación, de cautela y de perseverancia.

Junto á estos obstáculos esenciales quedaban todavía los que accidentalmente encrespaba la ocasión: quedaba aquella impura hez que deja al descubierto la resaca de las revoluciones: las energías brutales que se adelantan á primer término; los calenturientos delirios que se proponen por ideas; la ambición, que pide el precio usurario de su anticipo de valor ó de audacia, y la exacerbada insolencia de la plebe, que recela el más legítimo uso del poder en el mismo á quien ha tentado, ó tentará mañana, con los excesos brutales de la tiranía.

*
* *

Desde sus primeras horas de gobierno, Bolívar tiene en torno suyo la desconfianza, el desvío, y, muy luego, la conspiración que le amaga, mientras en el fondo de su propia conciencia él siente agitarse aquella sombra que, exeitada por la hostilidad prematura y violenta, pone en sus labios la confesión viril del mensaje en que ofrece al Congreso su renuncia: "Yo mismo no me siento inocente de ambición."

No habían pasado de esto dos años y la autoridad que investía no era ya el mandato de las leyes, sino el poder dictatorial. La organización política que dejara fundada, con el omnipotente prestigio de sus triunfos, en el Perú y Bolivia, se deshace en su ausencia; los intereses y pasiones toman allí otros centros, que tienden al desquite de la sumisión

servil á las ideas y á las armas del Libertador, encelando el espíritu de autonomía, y la guerra estalla entre Colombia y el Perú.

Él había soñado en congregar las naciones creadas por su genio, en nueva Liga anfictiónica, y aún no bien constituídas, peleaban entre sí, como desde el vientre de la madre pelearon los hijos de Rebeca.

Entretanto, en Colombia, la exacerbación de la discordia civil llegaba hasta á armar el brazo de los conjurados que, en la noche del 25 de Setiembre de 1828, asaltando la casa de Bolívar, intentan dirigir sus puñales al pecho del Libertador.

Y mientras la frustrada conspiración de sus enemigos deja en su pecho, si no la herida sangrienta, la amargura de tamaña iniquidad, el conciliábulo de sus propios parciales hace relucir afanosamente ante sus ojos tentaciones monárquicas que él sabe rechazar con imperturbable conciencia de su dignidad y de su gloria.

Merced á esta firmeza, no surge de tanto desconcierto una completa ruina de las instituciones democráticas; pero persiste la aciaga fatalidad de la dictadura, donde por fuerza había de amenguarse la talla del héroe, en ministerio indigno de su altura moral. La rebelión contra el Gobierno de hecho se desata en Popayán, con López y Obando; más tarde, en Antioquía, en Córdoba, y no es reducida sino á costa de sangre, que fomenta los odios.

Ni acaban las calamidades en esto. En 1829, lograda ya la paz con el Perú, cosa aún más triste y cruel sucede á aquella guerra fratricida. Venezuela se aparta de la unión nacional que, diez años antes, completó los laureles de Bocayá; la unidad de Co-

lombia perece, y el grito de esa emancipación llega á los oídos de Bolívar coreado por el clamor furioso y procaz con que, desde la propia tierra en que nació, enceguecidas muchedumbres le acusan y exigen de la Nueva Granada su anulación y su destierro.

La estrella de Bolívar ha tocado en la sombra que la anegará; su ruina política es, desde ese momento, inconjurable.

En Enero de 1830 abría sus sesiones la asamblea llamada á restaurar el orden constitucional, y el Libertador abandonaba el poder y se retiraba, aunque todavía sin franco ánimo de obscurecerse, á su quinta de las vecindades de Bogotá, de donde salió muy luego para Cartagena, en alejamiento que había de ser definitivo.

*
* *

Ni la salud ni la fortuna iban con él, como prendas salvadas del naufragio.

Flaqueábale el cuerpo, herido de irremediable mal del pecho, que estampaba ya en su exterior los signos de una vejez prematura.

De la heredada riqueza no quedaba nada: toda la habían consumido entre la abnegación y el abandono.

En cuanto á penas del alma, cruzaban sus dardos sobre él las alas del dolor desinteresado, como de padre ó de maestro, y las del dolor egoístico de la ambición rota y afrentada. Y ni aun en el pensamiento del porvenir había refugio á tanto dolor, porque lo más triste de todo es que Bolívar vivió en el escaso resto de sus días en la duda de la grande-

za de su obra y la desesperanza de los destinos de América.

Por si alguna chispa de fe pudiera alentar bajo estas cenizas, no tarda mucho tiempo en persuadirse de que su ostracismo no tendrá siquiera la virtud de restablecer el sosiego. Harto á menudo, un ruido de armas removidas, allí donde hay guarnición de soldados, anuncia, no como un día, la gloria de la guerra, sino la vergüenza del motín. Los restos del ejército que había libertado un mundo se disolvian en esa agitación miserable.

De los vecinos pueblos hispano-americanos llegaba el eco de parecidas turbulencias. Y como si todo este espectáculo de la América anarquizada y en delirio, necesitara, para herir á Bolívar más de agudo, condenarse en un solo hecho atroz, que colmase las ingratitudes y las subversiones y le traspasará á él en el centro de sus afectos, pronto había de saber el vil asesinato de Sucre, el preclaro mariscal de Ayacucho, cazado, como un vulgar malhechor, en un desfiladero de los Andes, sin que fuese escudo á la saña de la demagogia la gloria militar más austera y más pura de la revolución de América. Amarguísima carta escrita en aquella ocasión por Bolívar trasluce hasta qué punto extremó su desaliento ese crimen.

Tal es la situación de su ánimo, cuando se oye llamar de Bogotá, donde el Gobierno de Mosquera ha sido derribado y el motín, triunfante, quiere la vuelta del Libertador. Un último encrespamiento de su instinto de dominación y de su fe en sí mismo le estremece, y por un instante vuelve los ojos á los que le llaman; pero luego que advierte cómo es la

sedición militar la que, sin conocida sanción de los pueblos, le tienta con un poder arrebatado á sus poseedores legítimos, recobra su voluntad de apartamiento y su actitud estoica, y altivo arranque de su dignidad le libra de romper aquel solemne ocaso de su vida con las vulgares pompas de un triunfo de pretor.

Agravado su mal, trasládase en el otoño de 1830 á Santa Marta. Allí, donde diez y ocho años antes tomó el camino de sus primeras victorias, allí, arrullado por el trueno del mar, espera la cercana muerte, epilogando, como el mar, con la tristeza de una calma sublime, la sublimidad dinámica de sus desates tempestuosos. Su espíritu, purificado y aquietado, sólo tiene, en aquellas últimas horas, palabras de perdón para las ingratitudes, de olvido para los agravios, y votos de concordia y amor para su pueblo.

Pocos hombres vivieron, en el torbellino de la acción, vida tan bella; ninguno murió, en la paz de su lecho, muerte más noble. Comenzaba la tarde del 17 de Diciembre de 1830 cuando Simón Bolívar, el Libertador de nuestra América, rindió el último aliento.

*
* *

Había dado á la América de origen español su más eficaz y grande voluntad heroica, el más espléndido verbo tribunicio de su propaganda revolucionaria, la más penetrante visión de sus destinos futuros, y concertando todo esto, la representación

original y perdurable de su espíritu en el senado humano del genio.

Para encontrarle pares es menester subir hasta aquel grupo supremo de héroes de la guerra, no mayor de diez ó doce en la historia del mundo, en quienes la espada es como demiurgo innovador que, desvanecida la efímera luz de las batallas, deja una huella que transforma, ó ha de transformar en el desenvolvimiento de los tiempos, la suerte de una raza de los preponderantes y nobles.

¿Qué falta para que en la conciencia universal aparezca, como aparece clara en la nuestra, esa magnitud de su gloria? Nada que revele de él cosas no sabidas ni que depure ó interprete de nuevo las que se saben.

Él es ya del bronce frío y perenne, que ni crece, ni mengua, ni se muda. Falta sólo que se realce el pedestal. Falta que subamos nosotros, y que con nuestros hombros encumbrados á la altura condigna, para pedestal de estatua semejante, hagamos que sobre nuestros hombros descuelle, junto á aquellas figuras universales y primeras, que parecen más altas sólo porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan al espacio abierto y luminoso. Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca, y con ella la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo.

Y por lo que toca á la América nuestra, él quedará para siempre como su insuperado Héroe Epónimo. Porque la superioridad del héroe no se determina sólo por lo que él sea capaz de hacer, abstractamente valoradas la vehemencia de su vocación

y la energía de su aptitud, sino también por lo que da de sí la ocasión en que llega, la gesta á que le ha enviado la consigna de Dios, y hay ocasiones heroicas que, por transcendentes y fundamentales, son únicas ó tan raras como esas celestes conjunciones que el girar de los astros no reproduce sino á enormes vueltas de tiempo.

Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la Naturaleza ó cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques, mil veces deshojados, y de las ciudades, veinte veces reconstruídas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos á prefigurar, miriadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen; todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y úna, no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar.

IV

RUBÉN DARÍO

RUBÉN DARÍO

—*No es el poeta de América,* oí decir una vez que la corriente de una animada conversación literaria se detuvo en el nombre del autor de *Prosas profanas* y de *Azul.* Tales palabras tenían un sentido de reproche; pero aunque los pareceres sobre el juicio que se deducía de esa negación fueron distintos, el asentimiento para la negación en sí fué casi unánime. Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América.

¿Necesitaré decir que no es para señalar en ello una condición de inferioridad literaria, como hago mías las palabras del recuerdo?... Me parece muy justo deplorar que las condiciones de una época de formación, que no tiene lo poético de las edades primitivas, ni lo poético de las edades refinadas, posterguen indefinidamente en América la posibilidad de un arte en verdad libre y autónomo. Pero así como me parecería insensato tratar de suplirlo con la mezquina originalidad que se obtiene al precio de la intolerancia y la incomunicación, creo pueril que nos obstinemos en fingir contentos de opulencia donde sólo puede vivirse intelectualmente de

prestado. Confesémoslo: nuestra América actual es, para el arte, un suelo poco generoso. Para obtener poesía, de las formas, cada vez más vagas é inexpresivas, de su sociabilidad, es ineficaz el reflejo; sería necesaria la refracción en un cerebro de iluminado, la refracción en el cerebro de Walt Whitmán. Quedan, es cierto, nuestra Naturaleza soberbia, y las originalidades que se refugian, progresivamente estrechadas, en la vida de los campos.—Fuera de esos dos motivos de inspiración, los poetas que quieran expresar, en forma universalmente inteligible para las almas superiores, modos de pensar y sentir enteramente cultos y *humanos*, deben renunciar á un verdadero sello de americanismo original.

Cabe, en ese mismo género de poesía, cierta impresión de americanismo en los accesorios; pero, aun en los accesorios, dudo que nos pertenezca colectivamente el sutil y delicado artista de que hablo. Ignoro si algún espíritu zahorí podría descubrir, en tal cual composición de Rubén Darío, una nota fugaz, un instantáneo reflejo, un sordo rumor, por los que se reconociera en el poeta al americano de las cálidas latitudes, y aun al sucesor de los misteriosos artistas de Utatlán y Palenke; como, en sentir de Taine, se reconoce—comprobándose la persistencia del antiguo fondo de una raza—, al nieto de Nestor y de Ulises en los teólogos disputadores del Bajo Imperio. Por mi parte, renuncio á tan aventurados motivos de investigación, y me limito á reiterar mi creencia de que, ni para el mismo Taine, ni para Buckle, sería un hallazgo feliz el de tal personalidad en ambiente semejante.

Su poesía llega al oído de los más como los cantos de un rito no entendido. Su "alcázar interior"—ese de que él nos habla con frecuencia—permanece amorosamente protegido por la soledad frente á la vida mercantil y tumultuosa de nuestras sociedades, y sólo se abre al *sésamo* de los que piensan y de los que sueñan... Tal, en la antigüedad, la granja del Tíbur, el retiro de Andes ó Tarento, la estancia sabina; todos los seguros de aquel grupo de helenizados espíritus que, con el pensamiento suspenso de las manos de Atenas y sin mezclarse á la avasalladora prosa de la vida exterior, formaron como una gota de aceite ático en las revueltas aguas de la onda romana.

Aparte de lo que la elección de sus asuntos, el personalismo nada expansivo de su poesía, su manifiesta aversión á las ideas é instituciones circunstantes, pueden contribuir á explicar el antiamericanismo involuntario del poeta, bastaría la propia índole de su talento para darle un significado de excepción y singularidad. Hay una línea que, como la que separa de lo azul la franja irisada del crepúsculo, separa en poesía americana el imperio de los colores francos y uniformes—oro y púrpura, como en Andrade; plata y celeste, como en Guido—, del *sens des nuances* de Rubén. Habíamos tenido en América poetas buenos, y poetas inspirados, y poetas vigorosos; pero no habíamos tenido en América un gran poeta exquisito. Joya es esa de estufa; vegetación extraña y mimosa que mal podía obtenerse de la explosión vernal de savia salvaje en que ha desbordado hasta ahora la juvenil vitalidad del pensamiento americano; algunas veces en-

cauzada en toscos y robustos troncos que durarán como las formas brutales, pero dominadores, de nuestra naturaleza, y otras muchas veces difusa en gárrulas lianas, cuyos despojos enriquecen al suelo de tierra vegetal, útil á las florescencias del futuro.

Agreguemos, incidentalmente, que tampoco es fruto fácil de hallar, dentro de la moderna literatura española, el de la exquisitez literaria; entendiendo por tal la selección y la delicadeza que se obtienen á favor de un procedimiento refinado y consciente; no lo "delicado" sentimental é instintivo de las *Rimas*. Suele tener aquella condición la prosa de D. Juan Valera, por ejemplo; pero es indudable que ni la genialidad tradicional de la raza, ni mucho menos las actuales influencias del medio sobre la producción, conspiran á favorecer, en el solar de nuestra lengua, tal modalidad de la Belleza y del Arte. En cuanto á América, la espontaneidad voluntariosa é inconsulta, reñida con todo divino ensueño de perfección, ha sido cosa tan natural en la obra de su pensamiento, como las improvisaciones agitadas en su obra de organización y de desarrollo material. Preferida escuela de sus poetas (como de sus repúblicos!) ha sido hasta hoy la que, con intraducible modo de decir, llamarían en Francia *l'école buissonnière* de la poesía y la política. Por otra parte, los románticos pusieron excesivamente en boga entre nosotros las abstracciones de cierta psicología estética que atribuía demasiada realidad al mito del "numen". Se creía con una candorosa buena fe en la inspiración que desciende, á modo de relámpago, de los cielos abiertos; se tenían para cualquier severa disciplina los rencores del escolar

para el latín; se iba á pasear á los prados y los bosques, y, como Mathurin Regnier, se "cazaban los versos con reclamo".

Además toda manifestación de poesía ha sido más ó menos subyugada en América por la suprema necesidad de la propaganda y de la acción. El Arte no ha sido, por lo general, sino la forma más remontada de la propaganda; y poesía que lucha no puede ser poesía que cincela. Este *utilitarismo* batallador, que, bien ó mal depurado de la inevitable escoria prosaica, aparece en casi todas las páginas de nuestra Antología, basta para que resalte con un enérgico relieve de originalidad la obra, enteramente desinteresada y libre, del autor de *Azul*. No cabe imaginar una individualidad literaria más ajena que ésta á todo sentimiento de solidaridad social y á todo interés por lo que pasa en torno suyo. Se diría que es *lo menos Béranger* que puede ser un poeta; lo que en sentir de algunos, equivaldría á decir que es todo lo poeta que puede ser un mortal. Alguna vez tuvo su musa la debilidad de cantar combates y victorias; pero la creo convencida de que, como en la frente de la Herminia del Tasso, el casco de guerra sienta mal sobre su frente, hecha para orlarse de rosas y de mirtos. Heredia, Olmedo, Andrade, dibujan, más ó menos conscientemente, en derredor de sus versos, el circuito de un Forum, las gradas que se dominan desde una tribuna; en tanto que la de Rubén Darío es una mente de poeta que tendría su medio natural en un palacio de príncipes espirituales y conversadores. Yo no le creo incapaz de predicar la buena nueva; pero afirmo que, para hacerle maestro de la verdad, sería

necesario prepararle una decoración renovada de los más bellos pasajes del Genezareth de idilio, de Renan; vestir al apóstol con túnica de oro y de seda; ungir de bardo su cabeza y sus hombros... y todavía conseguir del Enemigo Malo que las prostitutas y los publicanos fuesen gentes delicadamente perversas, sin ninguna emanación de vulgaridad.

Cierta referencia del mismo autor de *La Abadesa de Jouarre*, que glosaremos con una frase de Bacon, nos dará de antemano la síntesis de nuestro estudio de la personalidad y las ideas del poeta. "La verdad de los dioses debe inferirse únicamente por la belleza de los templos que se les han levantado", le decía á Renan un artista amigo. "No hay refinada belleza sin algo extraño en sus proporciones", afirmaba el genial y abyecto Canciller.—Todo Rubén Darío está en la doctrina que puede deducirse lógicamente de esos dos postulados.—El Dios bueno es adorable, porque es hermoso; y será la más verdadera aquella religión que nos lo haga imaginar más hermoso que las otras... y un poco *raro* además.—*Le rare est le bon*, dijo el maestro.—Satán es digno de ser ponderado en letanías siempre que se encarne en formas que tengan la selección de Alcibíades, los fulgores de Apolo, la impavidez de Don Juan, la espiritualidad de Mercurio, la belleza de Páris. En cuanto á las cosas de la tierra, ellas sólo ofrecen, para nuestro artista, un interés *reflejo*, que adquieren de su paso por la Hermosura, y que se desvanece apenas han pasado. Frente á la realidad positiva, á las que el Evangelio llama *disputas de los hombres*, á todo lo obscuro y lo pesado de la agitación humana, su actitud es un estupor

exotérico ó un silencio desdeñoso. Nada, sino el Arte. Y como el Arte significa esencialmente la Apariencia divinizada, y pone en las cabezas el mareo fácil de la alondra para ir hacia "todo lo que luce y hace ruido", prefiere un rey á un presidente de república—y á Washington, *Halagabal.* Se reina bien cuando se reina de manera adecuada para proporcionar á una reducida porción de hombres elegidos las más frecuentes é intensas sensaciones de felicidad y de belleza. La acción vale como parodia del ensueño. El grande hombre de acción sería el absoluto y todopoderoso monarca que, considerando la sociedad como el mármol donde él estaría obligado á cincelar una estatua á un tiempo enorme y exquisita, la recortara, la trazase, despiadadamente, para organizarla con arreglo á una suprema idea de originalidad novelesca y de magnificencia exterior.

Nada, sino el Arte, repito. Su "naturaleza literaria" vibra entera en esa palabra. Su talento la lleva por signo lo mismo en la faz que mira al Capitolio que en la que mira á la Tarpeya: en la de los aciertos y en la de las culpas. Imaginad su mundo íntimo como un horizonte avasallado por una cumbre solitaria, donde la Belleza hace llegar sus rayos de cerca y donde el amor de la Belleza se levanta poderoso, altivo, vencedor. Todo lo demás de la realidad y de la idea queda en el fondo obscuro del valle... Las cosas sólo salen de la obscuridad de la indiferencia cuando un rayo de aquel amor las ilumina. Y del imperio de ese sentimiento único—receloso tirano de su reino interior—ha nacido esta organización de poeta, verdaderamente extra-

ña y escogida, como nace, de la cristalización del carbono puro, la piedra incomparable.

Los que ante todo buscáis en la palabra de los versos la realidad del mito del pelícano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora á cosechar estrofas que sangren como arrancadas á entrañas palpitantes. Nunca el áspero grito de la pasión devoradora é intensa se abre paso al través de los versos de este artista poéticamente calculador, del que se diría que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia. También sobre la expresión del sentimiento personal triunfa la preocupación suprema del Arte, que subyuga á ese sentimiento y lo limita; y se prefiere—antes que los arrebatados ímpetus de la pasión, antes que las actitudes trágicas, antes que los movimientos que desordenan en la línea la esbelta y pura limpidez—los mórbidos é indolentes escorzos, las serenidades ideales, las languideces pensativas, todo lo que hace que la túnica del actor pueda caer constantemente, sobre su cuerpo flexible, en pliegues llenos de gracia.

Y ese mismo amaneramiento *voulu* de selección y de mesura que le caracteriza en el sentimiento, le domina también en la descripción. Está lleno de imágenes, pero todas ellas son tomadas á un mundo donde genios celosos niegan la entrada á toda realidad que no se haya bañado en veinte aguas purificadoras. Porque Rubén Darío sería absolutamente incapaz de extraer poesía de las excursiones en que el pie felino de la musa de Baudelaire hollaba, con cierta morbosa delectación, el cieno de

los barrios inmundos, y en que ella desplegaba sus alas de murciélago para remover la impureza de las nieblas plomizas. Ve intensamente, pero no ve sino ciertos delicados aspectos del mundo material. La intensidad de su visión se reserva para las cosas hermosas. Cierra los ojos á la impresión de lo vulgar. Lleva constantemente á la descripción el amor de la suntuosidad, de la elegancia, del deleite, de la exterioridad graciosa y escogida. Su taller opulento no da entrada sino á los materiales de que, si fuese suya la lámpara de Aladino, habría de rodearse en la realidad. Oro, mármol y púrpura, para construir, bajo la advocación de Schehezarada, salones encantados. Todas las formas que ha fijado en el verso revelan ese mismo culto de la plasticidad triunfal, deslumbradora, que se armoniza en él con el de la espiritualidad selecta y centelleante. El *instinto del lujo*—del lujo material y el del espíritu—, la adoración de la apariencia pulcra y hermosa, con cierta indolente *non curanza* del sentido moral.

Tal inclinación, entre epicúrea y platónica, á lo Renacimiento florentino, no sería encomiable como modelo de una escuela, pero es perfectamente tolerable como signo de una elegida individualidad. De ese modo de ver no nacerán en el arte literario las obras arquitecturales é imponentes (y, desde luego, es indudable que no nacerán poemas cosmogónicos, ni romances sibilinos, ni dramas cejijuntos); pero nacen versos preciosos, versos de una distinción impecable y gentilicia, de un incomparable refinamiento de expresión; versos que parecen brindados, á quien los lee, sobre la espuma que re-

bosa de un vino de oro en un cristal de baccarat, ó en la perfumada cavidad de un guante cuando apenas se lo ha quitado una mano principesca... Todas las selecciones importan una limitación, un *empequeñecimiento* extensivo, y no hay duda de que el refinamiento de la poesía del autor de *Azul* la *empequeñece* del punto de vista del contenido humano y de la universalidad. No será nunca un poeta popular, un poeta aclamado *en medio de la vía*. Él lo sabe, y me figuro que no le inquieta gran cosa. Dada su manera, el papel de *representante de multitudes* debe repugnarle tanto como al poeta de las *Flores del mal*, que, con una disculpable petulancia, se jactaba de no ser lo suficientemente *bête* para merecer el sufragio de las mayorías... Lejos del vano estrépito del circo, en la "sede del arte severo y del silencio, como él gusta decir evocando la grave frase d'anunziana, pule, cincela, á modo de "un buen monje artífice", y consulta á los "habitantes de su reino interior". Recuerdo á este propósito que uno de los personajes de *L'Immortel*, de Daudet, plantea esta cuestión interesante—: Si acaso Robinson hubiera sido artista, poeta, escritor, ¿hubiera continuado siéndolo en la soledad, hubiera producido? He ahí una duda que, para los artistas de la raza del nuestro, apenas admite explicación. En el individualismo soberbio de este poeta—aunque prive á su poesía de la amplitud humana y generosa que realza á la de los que cantan con vocación y majestad de hierofantes—hay un fondo legítimo que ningún alma dotada de "entendimiento de hermosura" será osada á negar. Cierto: la Belleza soñada es, de todas las cosas del mundo, la que

mejor justifica los individualismos huraños y rebeldes; es un santo horror el que tiene el artista á la tiranía de los más, al pensamiento vestido con librea de uniforme; el arte y la multitud están hechos de distinta substancia. El arte es cosa leve y Calibán tiene las manos toscas y duras. Pero se le puede abominar en el arte y amarle cristianamente en la realidad. Rubén Darío no le ama ni en la realidad ni en el arte. Sé que no se indignará conmigo si atribuyéndole un sibaritismo de corazón que haría rugir á Edmundo Schérer, cuyas invectivas contra Gautier acabo de dejar de las manos, me creo autorizado á pensar que, como el personaje de *Mademoiselle Maupin*, sólo se siente inclinado á dar limosna cuando la sordidez y los andrajos tienen aspecto de cuadro de Ribera ó de Goya...

Todas las predilecciones que revelan sus versos; todo el grupo favorito de imágenes, de reminiscencias, de nombres que forman un característico *corso e recorso* alrededor de la obra de cada artista, responden en el nuestro al mismo delicado instinto de selección. La Grecia clásica y la Francia de Luis XV le darán, alternativamente, objetos para sus decoraciones; símbolos todas de una organización espiritual que huye lo ordinario como el armiño lo impuro. Ama prodigar la seda, el oro, el mármol, como términos de comparación. Aún más que la rosa purpurada "en sangre pecadora", es el lirio heráldico y beato la flor con que nos encontraremos al leerle. Y si se nos preguntase por el sér animado en que debería simbolizarse el *genio familiar* de su poesía, sería necesario que citásemos—no al león ni al águila que obsedian la ima-

ginación de Víctor Hugo ni siquiera al ruiseñor querido de Heine—, sino al cisne, el ave wagneriana; el blanco y delicado cisne que surge á cada instante, sobre la onda espumosa de sus versos, llamado por insistente evocación, y cuya imagen podría grabarse, el día que se blasonara la nobleza de los poetas, en uno de los cuarteles de su escudo de la manera como se grabaría en el escudo poético de Poe el cuervo ominoso, y el gato pensativo é hierático en el blasón de Baudelaire.

Toda la complejidad de la psicología de este poeta puede reducirse á una suprema unidad, todas las antinomias de su mente se resuelven en una síntesis perfectamente lógica y clara, si se las mira á la luz de esta absoluta pasión por lo selecto y por lo hermoso, que es el único quicio inconmovible en su espíritu.—No es el parnasianismo extendido al mundo interior, y en el que las ideas y los sentimientos hacen el papel de lienzos y bronces.—Teófilo Gautier no tenía reparo en confesar que, consideradas las cosas poniéndose en el mirador del arte, le parecía preferible una magnífica pantera á un sér racional; lo que no impedía que el hombre pudiera hacerse superior á la pantera, despojándola de su piel para recortarse una hermosa túnica. Hay en Rubén Darío la virtualidad de una estética semejante.

El pensamiento malo que viene revestido con una pintada piel de pantera vale más que el pensamiento bueno que viste de librea ó con una corrección afectadamenie vulgar. Pero se concede á los moralistas que si el buen pensamiento desnuda de su bizarra piel al animal feroz y se la pone re-

giamente sobre los hombros, valdrá más que el pensamiento malo.

Y ahora que he tratado de caracterizar á mi manera la genialidad del poeta, y he sintetizado todo lo dicho en ese ejemplo extremoso, oigo que me pregunta una voz interior que se anticipa á muchas voces extrañas: ¿No crees tú que tal concepción de la poesía encierra un grave peligro, un peligro mortal, para esa arte divina, puesto que, á fin de hacerla *enfermar de selección*, le limita la luz, el aire, el jugo de la tierra? Seguramente, si todos los poetas fueran así. Pero acaso, ¿no existiría un peligro igual para la armonía de la Naturaleza y para la sociedad de los hombres, si todas las plantas fueran orquídeas; diamantes y rubíes todas las piedras; todas las aves cisnes ó faisanes; y todas las mujeres sirvieran para figurar en crónicas de Gyp y cuentos de Mendésl...

Para proseguir nuestra *esquisse* de la personalidad que estudiamos, de la manera más segura; teniendo ante los ojos el inequívoco trasunto de su obra, elegiremos de ella lo que nos parece más característico y de más alto valor. Es su última colección de versos la que representa—por así decirlo—la plena tensión del arco del poeta. El autor de *Azul* no es sino el boceto del autor de PROSAS PROFANAS.

Entiéndase que me refiero exclusivamente al poeta, en este parangón de los dos libros; no al prosista incomparable de *Azul;* no al inventor de aquellos cuentos que bien podemos calificar de revolucionarios, porque en ellos la urdimbre recia y tupida de nuestro idioma pierde toda su densidad tradi-

cional, y—como sometida á la acción del trozo de vidrio que, según Barbey d'Aurevilly, servía para trocar los fracs de Jorge Brummell en gasas vaporosas—adquiere la levedad evanescente del encaje.

Tomaremos, pues, la última colección del poeta por punto de partida. Los que conocéis de las nuevas tendencias literarias la parodia y de Rubén Darío la leyenda, podéis alejar todo temor de que os juegue una mala pasada conduciéndoos al través de un libro sombrío, diabólico ó impuro. Es un libro casi optimista—á condición de que no confundáis el optimismo poético con la alegría de Roger Bontemps. No encontraréis en él una sola gota del amargo ajenjo verleniano, porque el Verlaine que aparece no es el Verlaine que sabe la ciencia del dolor y el arrepentimiento; ni una onda sola de helado nephente de Leconte de Lisle, ni un solo pomo de la farmacia tóxica de Baudelaire. Encontraréis mucha claridad, mucho champagne y muchas rosas. No bien hacemos nuestra entrada en el libro, el poeta nos toma de la mano, como el genio de algún cuento oriental, para que retrocedamos con él á la vida de una época llena de amenidad y de gracia. Vamos en viaje al siglo XVIII francés. Cierto es que á mí, como á muchos de los que se decidan á seguirme, nos agrada de una manera mediana aquel ambiente en que la Naturaleza no era sino un inmenso madrigal; en que un erotismo rococó ocupaba el lugar de la pasión fuerte y fecunda; y en que cierta mitología de abanico hacía de Mercurio un mensajero de billetes galantes, y de Eolo un paje encargado de dar á las reinas, y de las butacas de salón los trípodes de Apolo. Pero no importa, por

mi parte. Presumo tener entre las pocas excelencias de mi espíritu, la virtud, literariamente cardinal, de la amplitud. Soy un dócil secuaz para acompañar en sus peregrinaciones á los poetas, adondequiera que nos llame la irresponsable voluntariedad de su albedrío; mi temperamento de Simbad literario es un gran curioso de sensaciones. Busco de intento toda ocasión de hacer gimnasia de flexibilidad; plá-ceme tripular, por ejemplo, la nave horaciana que conduce á Atenas á Virgilio, antes de embarcarme en el bajel de Saint-Pol Roux ó en el raro *yacht* de Mayarmé. ¿Qué mucho que no me intimide ahora la peregrinación á que convida este desterrado de los jardines de Versalles y los trianones cucos, aunque él no haya de llevarme precisamente á las regiones por que suspira mi alma cuando toma la ac-titud de Mignon? La hospitalidad de las Marquesas es, al fin y al cabo, una hospitalidad envidiable, y la presentación será hecha por un poeta de la corte.

Era un aire suave..., dice el título de estos prime-ros versos. Y además del *aire* efectivamente acari-ciador que simula en ellos el ritmo, ellos os halaga-rán los ojos con todos los primores de la línea y todas las delicadezas del color. Imaginaos un esce-nario que parezca compuesto con figuras de algún sutil miniaturista del siglo XVII. Una noche de fies-ta. Un menudo castillo de Le Nôtre, en que lo ex-quisito de la decoración resalta sobre una Arcadia de parques. Los jardines, celados por estatuas de dioses humanizados y mundanos, no son sino salo-nes. Los salones, traspasados por los dardos de oro de los candelabros, arden como pastillas de quemar que se consumen. Un mismo tono, delicado y altivo

femenil y alegre, de la Gracia, triunfa por todas partes en el gusto de la ornamentación, en los tintes claros de las telas, en las alegorías pastorales de los tapices, en las curvas femeninas de las molduras... Las horas danzan festivas. Se está en el siglo del ingenio, y la conversación ha desatado en leves bandadas sus trasgos y sus gnomos. Declaraciones, risas, suspiros. Pueblan el aire los pastores acicalados de Watteau, repartidos en grupos que se eclipsan y reaparecen, en los planos de seda de los abanicos, que conversan en el lenguaje de las señas. Se oye la sinfonía de las telas lujosas. Tañe la seda su pífano insectil, el gro rezonga su voluptuosidad, los encajes tiemblan azoradores... Cruzan la sala las mujeres de Marivaux. Por allá pasa Sylvia, por allá Araminta, por allá Angélica y Hortensia. Los rostros, que semejan de estampas, y que parecen pedir, sobre las mejillas consteladas de lunares, la firma de Boucher, llevan ellos también esa nota de amaneramiento querido que surge en todas partes en el siglo de la artificialidad. El baile luego. Una orquesta de Italia deslíe en el aire la música de un repertorio voluptuoso. Los tacones de púrpura dibujan sobre la alfombra florida la Z del minué, ó se abandonan á la fugacidad de la gavota, ó hacen la rueda en la pavana. Oro, rosa, celeste, sobre los *paniers* de las danzantes y en los trajes de sus caballeros. Todo el ambiente es una caricia y todo lo que pasa parece salir de la aljaba de la voluptuosidad.

Tal amplifica mi fantasía, dócil á toda poética sugestión, el fondo hechizado de cuadro en que la magia del poeta hace revivir á esa marquesa Eula-

lia que, coloeada entre un abate madrigalista y un vizconde galante, reparte risas y desvíos con una malignidad encantadora. Un paje audaz, de los que pirateaban con la patente de corso de los reyes en los mares mundanos de la Regencia y de Luis XV, sabe el secreto que hará desvanecerse la risa de Eulalia, y la esperará, á la media noche, en una glorieta del jardín que duerme envuelta en sombras azules. Pero entretanto, Eulalia ríe incansablemente; y mientras la graciosa Eco mezcla en la copa del aire las desgranadas perlas de su reir con las notas perdidas que endulzan las hondas mansas del viento, la fiesta, en torno, continúa; las Horas danzan festivas, como en la pintura matinal de Guido Reni...

¿Tocar así la obra del poeta, para describirla, como un cuadro, con arreglo á un procedimiento en que intervenga cierta actividad *refleja* de la imaginación, es un procedimiento legítimo de crítica? Sólo puede no serlo por la incapacidad de quien lo haga valer. La composición es de un tono enteramente nuevo en nuestro idioma; porque el matiz de la Gracia que hay en ella, no tiene la correcta simplicidad de la elegancia clásica, ni la vivacidad del donaire puramente español, hecho de especias y de zumo de uva, que nuestro propio poeta, con versos de gesticulaciones gitanas, en el *Elogio de la seguidilla*. Es la gracia Watteau, la gracia provocativa y sutil, incisiva y amanerada, de ese siglo XVIII francés, que los Goncourt, que tan profundamente la amaron y sintieron, llamaban "la sonrisa de la línea, el alma de la forma, la fisonomía espiritual de la manera". La originalidad de la versificación concurre admirablemente al efecto de ese capricho deli-

cioso. Nunca el compás del dodecasílabo, el metro venerable y pesado de las coplas de Juan de Mena, que los románticos rejuvenecieron en España, después de largo olvido, para conjuro de evocaciones legendarias, había sonado á nuestro oído de esta manera peculiar. El poeta le ha impreso un sello nuevo en su taller; lo ha hecho flexible, melodioso, lleno de gracia; y libertándole de la opresión de los tres acentos fijos é inmutables que lo sujetaban como hebillas de su traje de hierro, le ha dado un aire de voluptuosidad y de molicie por cuya virtud parecen trocarse en lazos las hebillas y el hierro en marfil. *¡Tienen su destino los metros!*, podríamos exclamar, á este propósito, parodiando al anónimo poeta de la antigüedad He aquí que el viejo ritmo del *Libro de las querellas* y de la *Danza de la muerte* ha doblado sus petrificadas rodillas de Campeador sobre el almohadón de rosas de la galantería.

El mismo cielo, azul y ópalo, de cuadro de Watteau, el de las verlenianas *Fêtes galantes*, se tiende sobre la *Divagación* que viene luego. El poeta, haciendo gala de un cosmopolitismo ideal, que liba voluptuosidades en la copa de todos los sibaritismos humanos para refundirlas en una suprema quintaesencia, declara que quiere dar á su amor todos los encantos y todos los colores propios del estilo de amar de cada raza. *Curioso mercadante* del verso, reune en su tienda, para preparar un escenario nupcial, estatuas de Clodión y bandolines florentinos; copas para el vino teutón y copas para el vino de España; mil tesoros exóticos: tortugas y dragones chinescos, y joyas de bayaderas de la India, y

labrada plata del Japón. Quiere un amor que sea universo. Quiere que, en sucesivos avatares, su amada lo sea todo; desde la Diana de muslos de marfil que blanquea en el rincón de un parque de Luis XV, hasta la negra Sulamita del "Cántico"... Pero fijaos bien, y veréis cómo por debajo de esta mutación superficial, ella sigue siendo siempre una francesa del siglo *de los duques-pastores*, una joven marquesa, una nieta mimada de Marivaux, como aquella deliciosa Eulalia que parece escapada de una página de los *Juegos del amor y el azar* ó de las *Falsas confidencias*. Ella sabe de Grecia, por las Arcadias de aquel siglo; de Alemania, por Gérard de Nerval; de España, por Merimée; de Oriente, por Loti... Hay en todas estas estrofas toques realmente incomparables; y se diría que el poeta, al mismo tiempo que hace la corte á su viajera, hace también la corte á todas las exquisiteces del decir y á todas las graciosas petulancias de la forma.

Pienso que la *Sonatina* que desgrana sus notas en la siguiente página, hallaría su comentario mejor en el acompañamiento de una voz femenina que le prestara melodioso realce. El poeta mismo ha ahorrado á la crítica la tarea de clasificar esa composición, dándole un nombre que plenamente la caracteriza. Se cultiva—casi exclusivamente—en ella, la virtud musical de la palabra y del ritmo poético. Alados versos que desfilan como una mandolinata radiante de amor y juventud. Acaso la imagen, en ellos evocada, de la triste y soñadora princesa, se ha desvanecido en vosotros, cuando todavía os merece el eco interior con la repercusión puramente musical de las palabras, como el *aire* de un canto

cuya letra habéis dejado de saber... Imagináis que os arrulla una *berceuse* muy suave, y que vuestra alma está en la cuna; imagináis que tenéis el alma en la epidermis y que unas manos de hada os la acarician; aquellas leves manos que dibujó una vez Regnier—inmunes de "haber hilado el lino de toda vil labor", y que sobre las fiebres en que se posaban "hacían nevar el celeste reposo de su frescura"... Una *berceuse*, nada más; pero, ¿no vale y no se justifica así también la obra de los poetas? No ha mucho tiempo que estuvo más de moda que hoy saludar á la poesía versificada con el melancólico adiós de cierta heroína del *Ricardo III* á la *reina de los tristes destinos*. Pero todavía escuchamos á menudo que, condenada á ser proscripta—en cuanto alada mensajera del pensamiento, y en cuanto arte descriptiva—por otras formas más amplias de la expresión, lo está también á serlo de los dominios del sentimiento, por la potencia infinita de la música, que es la única fuerza capaz de evocar y reunir soberanamente, en el concierto de la Naturaleza, las confidencias de todas las cosas que lloran y las confidencias de todas las cosas que ríen... *Ceci tuera cela*.—Cuando lo oigo decir, *El Cuervo* de Poe, *El Lago* lamartiniano—que son para mí los dos hitos terminales de la armonía verbal—, los sollozos rimados del *Souvenir* y de *Las Noches*, cien cosas más aletean en mi memoria como pájaros amenazados de muerte... Y juro entonces que, por más que lo infinito se abra tras el horizonte, revelado por la magia sublime de los Schumann y los Wagner, ella compartirá perpetuamente el imperio de las vibraciones sonoras con esta otra música que no

precisa adherirse á cosas tangibles; la que nace directamente del roce de la idea al entrar en el molde de la palabra; la que, á un tiempo mismo, significa y sugiere; la que tiene instrumentos sutiles y maravillosos en la orquesta de sus letras inmóviles, cuyos rasgos—como tendidas cuerdas ó sonoros tubos de metal--parecen plegarse y desplegarse de cien modos extraños, para arrancar á la onda prisionera de aire vibraciones desconocidas... Sí; yo creo que, para que se sostenga el trípode del verso, es suficiente que dure el pie que reposa sobre la música. Muerto para la idea, muerto para el sentimiento, el verso quedaría justificado todavía como jinete de la onda sonora.

Dos composiciones ha consagrado Rubén Darío á glorificar la cándida hermosura del cisne, en quien he dicho que tiene su poesía una especie de genio familiar. *Blasón* se llama la primera, y con el propio nombre del ave la segunda. Son dos homenajes diferentes. Para cantar el cisne pintado sobre azur en el blasón de una condesa española, el poeta parece prepararle en sus versos el claro y espumoso lecho de un lago en un parque de Le Nôtre; y entonces, la imagen que se levanta, dócil al llamado del poeta, en nuestro espíritu, es la del cisne meridional, el cisne de Leda—ese blanco remero del Eurotas—, glorioso en el cuadro de Leonardo, divinamente cantado por Leconte en su evocación de Helena. Y cuando, para saludar la aurora de Wagner, llama segunda vez al cisne el acento del poeta, despliégase ante nuestros ojos la otra ala del ave legendaria; y es el cisne del Norte el que canta entonces, dominando el estrépito del martillo formi-

dable de Thor y las trompas que celebran la espada de Argentir.

He dicho antes por qué me parece bien que un poeta como el de que se habla en esta confesión de impresiones, ame al cisne y le acaricie en sus versos. Además, una poesía de los caracteres de la suya, que ha hecho sus triunfos invocando un propósito, más ó menos bien fundado, de renovación, tiene que reconocer algo propio en el simbolismo clásico del cisne.—El cántico del ave de armiño es, para la leyenda tradicional, símbolo de crepúsculo, símbolo de cosa que muere; pero, en cambio, el cisne sagrado entre cuyas alas el dios de la luz volvió sobre Delfos desde la región helada, ¿no simbolizaba también, dentro de la fábula griega, la revelación de la luz nueva, y no llevaba en la blancura de su plumaje inmaculado el emblema de la claridad que nace?... Aspirando la poesía revolucionaria de Rubén á representar, además de una renovación, un *tamizamiento* de la luz, esta nueva luz, cernida entre espumas, no podría ser anunciada, como la de todas las auroras, por el canto del gallo pregonero, sino por la presencia heráldica de un cisne.—¿Quién duda de que es el cisne la menos terrenal y la más aristocrática de las aves?—Aristocrática por su pureza de nieve no tocada ó de blanco lino monacal; aristocrática por su "saudoso" ensimismamiento; aristocrática por su asociación inseparable, en la ficción humana, con las cosas más delicadas de la tradición y con las ensoñaciones más hermosas del mito, desde el episodio de Leda hasta la leyenda blanca de Lohengrin... Las alas diáfanas, la silueta del cuello largo y candidísimo, parecen dibujarse,

al través de la transparencia del papel, bajo los versos que nuestro poeta dedica al blasón de la condesa de Peralta.—Delicada, femenina, graciosa, ¿no se podría decir que, como la Helena clásica, su poesía tiene sangre de cisne en las azules venas?

Hay en el libro otras dos composiciones en que el poeta revela la voluntad de ser amable con el ambiente de la ciudad, en que su figura literaria ha adquirido rasgos dominadores y definitivos; con el ambiente en que ha florecido este "último mes de primavera" de su producción, representado por las *Prosas*.

Son ellas una deliciosa canción carnavalesca, y unos elegantes cuartetos alejandrinos, en los que se hace la descripción de una mañana de campo, con la gracia, menos rústica que palaciana, de la jardinería de Versalles.—Una y otra composición son plausibles por el desempeño. La *Canción* es uno de esos graciosos alardes de agilidad y desenfado en que Banville, no pretendiendo ser más que un Debureau, un mimo, de la lírica, encuentra modo de ser, como Debureau, un mimo de talento. Pero, en realidad, el toque local no está representado, en ambas, más que por nombres. No hemos salido sino á medias del ambiente que hasta ahora hemos respirado en el libro y al que volveremos—pasadas pocas páginas—con la cena galante de *El Faisán* y el coloquio de amigos de la *Garçonnière*. Lo mismo bajo la copa del viejo ombú de Santos Vega y entre las ramas de los espinillos en flor, que al confundir su musa, puesta de máscara, en el corso de nuestras Carnestolendas de capa caída, el poeta

evoca siempre, como por una obsesión tirana de su numen, el *genius loci* de la escenografía de París.—Á Guido Spano le pasa algo semejante con ciertas composiciones de motivo local, en que las reminiscencias del Ática se transparentan muy luego bajo los nombres del terruño, y en que parécenos ver una enredadera de nuestros bosques salvajes abrazando la fina columna de un templete.—La poesía enteramente *anti-americana* de Darío, produce también cierto efecto de disconveniencia, cuando resalta sobre el fondo, aun sin expresión ni color, de nuestra americana Cosmópolis, toda hecha de prosa. Sahumerio de *boudoir* que aspira á diluirse en una bocanada de fábrica; polvo de oro parisién sobre el neoyorkismo porteño.

Contenta más volver á verla en su medio natural. *El Faisán*, al que hemos aludido hace un instante, nos brinda una ocasión soberbia para ello.—Una composición que es la obra maestra de la Frivolidad. Un tema de una fugacidad y una ligereza que parezcan hacerle tanto más encantadora. El recuerdo de una aventura galante, de un *posarse en la rama* del amor volandero, la cena de una noche de Carnaval en el gabinete de un café parisién. La estrofa de Brizeux, el monorrimo ternario de los himnógrafos medioevales—castellanizado en *El Faisán* de manera propia para hacerle quedar, de esta vez para siempre, entre las copas y los tirsos de nuestra métrica—se rinde blandamente para recibir en su seno este oro líquido, excitador y dulce. Describe el poeta, con un vocabulario que se diría seleccionado en un taller de mosaístas curiosos, la escena, acompañada musicalmente por la triunfante

sinfonía del Carnaval, sahumada por los aromas de los vinos, las rosas y las fresas, y presidida por el ave de oro, símbolo de la mesa exquisita. Él nos cuenta que vestía aquella noche de máscaras la vestimenta blanca de Pierrot, y la menlancolía final que suena, como una espuma que se apaga, en estos monorrimos lujosos, se parece á la palidez del enharinado *gourmand*. No es que "nieve por dentro"; es apenas un copo de harina plateado por la luna... Pero, ¡qué sugestiva habilidad en el trasunto de la sensación del ambiente! ¡Qué arte adorable en la orfebrería de esta expresión, donde cada palabra se cuida como una faceta de la piedra preciosa, como una vena del nácar, como una inasible chispa de luz de las que han de constelar de diamante el oro bruñido!... Con *El Faisán* vino prisionera una ráfaga del aire fosfórico que hace cosquillas en el talento de Mendés, de Aureliano Scholl, de Halévy... En nuestro idioma severo ¿cuándo la voluptuosidad ha obtenido del verso, para su carcax de cazadora, dardos semejantes? Porque la voluptuosidad es el alma misma de estos versos; se hunden, se estiran, runronean, como los gatos regalones, en los cojines de la voluptuosidad! Versos golosos, versos tentadores y finos, versos capaces de hacer languidecer á una legión de Esparta...Si se tratase de ir á la guerra, yo los proscribiría como á la Maga ofertadora de un filtro pérfido y enervador.—Y si—merced al pequeño grano de sal que casi todos hemos recibido de las Gracias—mi incorregible inclinación al arte que combate y que piensa no estuviera lejos de ser pedante como la de los pedagogos, diría que son una mala sugestión...

La capacidad de admirar es, sin duda, la gran fuerza del crítico; pero los que lo somos, ó aspiramos á serlo, tenemos nuestro inevitable trasgo familiar, á quien atormenta el prurito infantil de afilar sus dientes menudos hincándolos en carne noble. Cierta amargura mitigada y espiritual es un fermento sin el cual el licor que elaboramos no hace espuma. Yo tomaría mi divisa del título de cierta composición del poeta de los "Esmaltes": *Bombons et pommes verts*. Hasta ahora no se ha justificado en estas páginas más que la primera parte del mote. Pero he aquí que siguen á la *Canción de Carnaval*—que es, como he dicho, un juguete que podría haber salido de manos de Banville—y preceden á *El Faisán*—que considero una verdadera golosina de arte,—tres composiciones madrigalescas que parecen intercaladas de intento para complacer á mi deseo de no dejar intacto el capítulo de las censuras.

Reconvengo á Rubén Darío por esas seis páginas triviales de la colección. Ellas están admirablemente en los álbumes donde fueron escritas; pero, quitadas de allí, me parecen indignas de que semejante poeta las confirme y reconozca por suyas; pues *va sans dire* que si le tengo por un espíritu del siglo XVIII francés, no es porque lo crea de la especie poética de los Bertin y los Dorat. No diré yo—y ¿quién se atrevería á confesar, aunque lo pensase, ese pecado de galantería?—que los poetas de veras estén moralmente imposibilitados de hacer versos de álbum. Un poeta no ha de ser feroz. Lo que yo pienso es que la fiesta solemne que significa para el poeta el acto de vendimiar entre las fructificantes vides de sus rimas y colmar las cestas

doradas de sus Canéforas, debe ser consagrada con la resolución viril del sacrificio, y debe acallar, en su corazón de autor, todas las predilecciones interesadas.— Efectivamente: una antología, aunque ella sea personal; un *Cancionero,* para decirlo á lo siglo XV y á lo Heine, es por naturaleza obra de estricta selección—y si procede, como en este caso de gran poeta—, de selección llevada á la crueldad. Pasen las humildes desigualdades en nuestra prosa plebeya, y pasen, también, fuera del libro, las complacencias con la musa. Pero un libro de versos es la delicada fuente de fresas, donde sólo place ver admitidos, sobre el esmalte ó el cristal, las frutas perfumadas, el azúcar níveo y bien cernido, los ampos más blancos de la nata...

El Verlaine de las *Fêtes* ha solido dejar la huella de su paso por las páginas que hasta ahora hemos recorrido en la obra del poeta. Las composiciones que se titulan *Mía* y *Dice mía* nos colocan frente á otra faz del grande y raro maestro. Henos ahora en los brumosos dominios del Verlaine de las *Romances sans paroles;* en los dominios del Verlaine convertido por Rimbaud al culto de su poesía ultraespiritual y sutilísima. Estamos en un país de cosas trémulas, donde debe marcharse reprimiendo el aliento.—Esas cantilenas vagas y como tejidas de hilos de aire; esos versos calificados de *enfantillages amorphes* por Maurras, y en los cuales la sombra de un pensamiento ó una emoción se expresa en una forma de balbuceo, tienen en Verlaine un encanto que nace de su propia falta de realidad y contenido; de que nada preciso entra en lo que sig-

nifican ó figuran; porque á la fantasía del lector le basta con la espuela de plata que la hiere, abandonándola luego á su espontaneidad. Cada uno de nosotros pone, á su capricho, la letra á esta verdadera música verbal en la que las palabras hacen de notas. Cada uno tiene derecho á una interpretación personal sobre esta rara clase de versos, que son apenas como un *papirotazo* sugestivo, un resquicio instantáneo abierto sobre una perspectiva ideal, un golpe rápido de filo sobre cristal vibrante...

Acepto el género, legitimado por muy curiosas *naderías* de los decadentes. Pero, ¿será posible usar, como arco, el verso español, sobre esa cuerda de la lira novísima? Pienso que no.—Soberbiamente hermosa nuestra lengua, para el efecto plástico y para la precisión y la firmeza de la forma sonora. Pero ella no ha tenido jamás por su naturaleza, por su genio, no tan sólo por deficientemente trabajada, esa infinita flexibilidad, esa dislocación de mimo antiguo, que hacen del francés un idioma admirablemente apto para registrar las mas curiosas sutilezas de la sensación, un idioma todo compuesto de matices... Está hecho, el nuestro, como para complacer al personaje de Gauthier, que enamorado de lo firme, lo escultural y lo atrevido, soñaba cuadros que parecieran bajorrelieves de colores; figuras que resaltaran, hercúleamente esculpidas por un sol triunfal, y nubes cuyos contornos mordaces sobre el azul, les diesen las apariencias de pedazos de mármol. Por lo demás, el análisis tiene poco que hacer con estas composiciones enteramente *irresponsables* por su índole. Copos de espu-

ma lírica que se desvanecen apenas se les quiere recoger en las manos.

Salvando el *Pórtico* escrito para el libro *En tropel*, de Salvador Rueda, y que precede, en la colección que recorremos, á una composición del mismo tono: el *Elogio de la seguidilla*, ábrese ante nuestro paso lo que podríamos llamar el *patio andaluz* de esta ciudad soñada de las *Prosas*. Entremos. Es el medio día; la caricia del aire deja en las sienes perfumes de azahar; cálidos cantares se diluyen en el silencio; una fuente discreta arrulla el reposo en la frescura de la sombra, y las puertas de ébano de los sueños se abren movidas por un genio infantil que usa turbante y albornoz...

Salvador Rueda es, reconocidamente, en el parnaso nuevo de España, el dueño del troquel con que están selladas estas composiciones. El lirismo pictórico y lleno de *locuaz* amenidad del autor de los *Cantos de la vendimia*—á cuya briosa evocación parece haber renacido la genialidad de la vieja lírica andaluza, la del Góngora de los buenos tiempos, para conciliarse con el eco lejano de algunas nuevas corrientes literarias—, pone su cota característica y vivaz en estas pintorescas *andaluzadas* de Darío.

El *Pórtico* que precedió á la obra del poeta sevillano, no tiene otro defecto que el de estar versificado en un metro asaz acompasado y monótono para emplearse en composición de tan largo aliento. Evoca el poeta á la musa de los países amados por el Sol. Nos la muestra primero juvenil y altiva, con su tirso de rosas y su frente dorada por la luz me-

ridional en los pórticos griegos y en las tibias granjas de Venusa; la sigue luego al Oriente encantado, donde habita el rey del país Fantasía, "que tiene un claro lucero en la frente", y donde ella acompaña las danzas moras y conversa con los viejos califas de las barbas de plata; la ve partir, como una golondrina, á la ventura, con la caravana indolente que un día se detiene en suelo andaluz. Canta entonces el poeta á la musa indígena de España. Arde la estrofa con los ocres y rojos de la plaza de toros, la alegría de las verbenas, el reir de las chulas, el relampaguear de las navajas ebrias de sangre, el cálido són de los instrumentos característicos: la amorosa guitarra, admirablemente dibujada en el verso que le atribuye *talle* y *caderas de mujer*, los negros crótalos convocadores y el sonoro pandero que, en las brunas y sonrosadas manos, hace de fuente donde recoger los claveles y las guindas.—El canto es nuevo, lleno de garbo, y lo *desenlaza* bien la bizarría del rasgo final, en que el poeta envía su saludo á Hugo, soberano de la monarquía poética, *emperador de la barba florida*, como hermosamente le llama, con la frase de los cantos de gesta evocada por el propio verso hugoniano en *Aymerilot:*

Charlemagne, empereur à la barbe fleurie...

No tiene el mismo Rueda una composición donde tan poderosamente se condense y resuma su propio estilo de pintar.—En el *Elogio de la seguidilla* vibra también la cuerda netamente española; y esa estrofa alada y *balzante*, esa pequeña ánfora lírica donde el pueblo ha derramado todos los jugos de

su corazón, está cantada como cifra de españolismo poético y como el alma melodiosa de la vida de España.—Pero, entre tantos nombres significativos é ingeniosos como se dan en esos bizarros versos á la seguidilla, ¿por qué se llama *rosa métrica*, con lo que se ha dado pretexto al lápiz inquieto de mis glosas para recordar que aún existe la crítica ratonil en los desvanes y subsuelos del Arte? Tal modo de decir sugiere en mí, por una explicable asociación, una extraña imagen de flor geométrica, angulosa... Y he aquí que mi lápiz ha descendido á imitar, en la margen del libro, la glosa hermosillesca... Quede ahora la observación sin borrar, para que no falte ni aun el mordisco hincado en el detalle, en estas páginas donde he puesto en movimiento tantos modos del juicio.

Para hacer una peregrinación á Grecia; para ser fiel á ese precepto del buen gusto, que acaso no desobedecerá impunemente ningún alma religiosa del Arte, nuestro poeta no ha buscado siempre el camino que indican las Arcadias de los trianones y las diosas de Clodión. Hay veces en que ha seguido una ruta menos sinuosa; porque también la Grecia original y verdadera, la que no se adora en las diosas de Clodión, sino en las de Fidias, le parece digna de ser amada. Su espíritu—sonámbulo para lo actual—se afirma en el pasado sobre dos trípodes: la Francia del siglo XVIII, y la Hélade clásica que aquella Francia imitó caprichosamente, trocando en dominó la túnica antigua. He ahí sus dos patrias.—Siempre he creído que todo verdadero espíritu de poeta elegirá, con más ó menos concien-

cia de ello, su ubicación ideal, su patria de adopción, en alguna parte del pasado, cuya imagen, evocada perpetuamente, será un ambiente personal que lo aisle de la atmósfera de la realidad.—Lo presente sólo puede dar de sí una poesía limitada por los cuatro muros de la prosa.—"No hay poesía —ha dicho Anatole France—sino en el deseo de lo imposible, ó en el sentimiento de lo irreparable." ¡Honda verdad, á cuya luz aparece la incurable nostalgia de lo que fué como el más inmaculado y más fecundo de los sentimientos poéticos!... El porvenir es también tierra de poesía; pero al porvenir le falta concreción, forma evocable, plasticidad y color de cosa que ha existido... El tiempo muerto ha palpitado con vísceras y sangre humanas; es la soledad de la casa que ha tenido habitadores, el vaso en que el agotado licor ha dejado su esencia; la vida del pasado tiene el sugestivo desarreglo de un lecho que ha ocupado el amor... Y por sobre todas las prominencias legendarias del pasado—fabuloso Oriente, Egipto ó Israel; Edad Media ó Renacimiento—es todavía la atracción de la Hélade, luminosa y serena, la que triunfa cuando se trata de fijar el rumbo de los peregrinos. Nuestro siglo es, después del que vió propagarse sobre el mundo asombrado las mariposas áticas salidas de las larvas de los códices, el que más sincera y profundamente ha amado á Grecia.—El romanticismo tuvo una faz cuya significación es la de un segundo y prestigioso Renacimiento.—Hase hablado del "romanticismo de los clásicos", y ciertamente no se aludiría á una realidad menos positiva en la historia de las letras modernas si, invirtiéndose los términos de la para-

doja, se hablase del "clasicismo de los románticos". Conquista de los primeros revolucionarios del arte y de la estética fué, como todos saben, la verdadera inteligencia de lo antiguo, la penetración de su belleza más escondida y substancial, largo tiempo vedada á los ojos de los que habían hecho vocinglero alarde de clásicos. —Era aún el siglo XVIII; Andrés Chénier cincelaba en el pórtico de la renovada poesía la figura homérica de *El Ciego*, revelador del secreto perdido de la naturalidad de los rapsodas; al par que Goethe, el Goethe transfigurado por el influjo de las ruinas y los vientos de Italia, evocaba, para aplacar la tempestad que se había difundido en su *Werther*, la Helena clásica y el simbolismo de Euforión.—Esta vena de mármol correrá, sin interrumpirse un momento, al través de todas las piedras góticas del romanticismo. La pureza de la imitación auténtica, esencial, será, sin duda, secreto de pocos iniciados; pero la inagotable virtud sugeridora de la poesía y de la fábula se mezclará con las nacientes de toda inspiración. Limitándonos á las corrientes literarias que más imperio han ejercido en la formación del poeta que estudiamos, es indudable que el propio orientalismo de Hugo no impida que el Maestro busque, alguna vez, en esa fábula, el punto de partida de su perpetua alucinación, y labre, por ejemplo, el *Sátiro* asombroso de la *Leyenda*. De Teófilo Gautier ha podido decirse que, habiendo sido chino de adopción durante seis meses, árabe durante tres, indio por un año, fué griego de toda la vida. En el "Parnaso", el mármol helénico fué el material preferido para la anhelada dureza de la obra. En vano se lamenta Leconte de

que hayamos perdido para siempre el camino de Paros. La Grecia rediviva de sus traducciones y sus poemas, ¿no hace en vosotros, como en mí, la ilusión de unos titánicos hombros que rasgan las ondas del Egeo y se hunden en la profundidad de sus abismos, para resurgir alzando serenamente á los cielos todo el peso de aquella tierra sagrada?—¿Qué es sino griego el Banville de *Les Cariatides* y *Le sang de la coupe?*—Los mitos clásicos, ¿no son hoy mismo objeto de una tenaz evocación que puebla de imágenes y símbolos el fondo poético de la decadencia contemporánea?—El principio greco-latino, ¿no ha sido reivindicado por Moreas y Mauricio Du Plessys, en el seno mismo de esa decadencia, y no ha señalado uno de los rumbos más eficaces en esa aventurera navegación de poetas que una brújula desordenada impulsa tan pronto al Norte como al Mediodía?

Cabe preguntar con Lemaitre si todos esos helenismos, tan desemejantes en la forma y en la interpretación de la antigüedad, no son más modernos que paganos; pero, aun así, queda como una realidad indudable la persistencia del impulso, del deseo, la tenacidad de la aspiración, y en los transportes de la imitación poética, como en los del misticismo religioso, es lo primero la infinita voluntad de identificarse con el objeto amado.

Del "clasicismo modernista" de Rubén hay varios ejemplos en su libro. El *Coloquio de los Centauros* y el *Palimpsesto*, que son los más hermosos, versan sobre una misma ficción de la inagotable fábula: la ficción del centauro, esculpida, como uno de los grandes bajorrelieves de la prosa francesa de

este siglo, en la página perdurable de Mauricio de Guérin.

La inspiración del *Palimpsesto* no ha ido á buscarse, ciertamente, en los episodios de la mitología heroica. No son los suyos los ásperos centauros homéricos, como el Eurito que traiciona la hospitalidad de Pirotóo y se enamora de Hipodamia; los monstruos feos y brutales, á cuyo nacimiento cuenta la fábula que se desdeñaron las Gracias de asistir, y cuya imagen, esculpida en los frisos del Partenón y las metopas de Olimpia, sugiere una idea de bestialidad y de fiereza.—Las Gracias amarían á estos otros descendientes de Ixión.—Gallardos, correctos, elegantes, los héroes de *Palimpsesto* hacen pensar más bien en aquellos blandos y enamoradizos centauros en que degeneró la enflaquecida posteridad de los monstruos biformes, cuando, proscriptos por la venganza de Hércules, fueron guiados por Neptuno á la isla en que las sirenas tendían sus redes de voluptuosidad. No pelean como los héroes de la centauromaquia, contendores de los lapitas; ni lamentan con querellas simbólicas el conflicto de su noble naturaleza, cifra tal vez de la prisión del alma en la carne; ni cantan la voluptuosidad salvaje del galope y del contacto con las ásperas fuerzas de la Naturaleza, con la unción panteísta del admirable fragmento de Guérin.—Son unos delicados monstruos. Van al rapto amoroso con una elegancia enteramente humana; retozan como en una fiesta de Eros; y la verdad es que nos parecen dignos de aspirar á la conquista de las ninfas bonitas.

El poeta los presenta dispersos, en bullicioso

bando, sobre los prados dorados por el sol, cuando de súbito un ruido de ondas y de joviales gritos los detiene. Diana se baña cerca con sus ninfas. Cautelándose, el inquieto tropel se acerca á las aguas con silencioso paso.—Impera la blanca Desnudez; bullen, exasperadas, las cantáridas de la tentación. —Una de las divinas *baigneuses* ha avivado la llamarada del sátiro en el más joven y hermoso de la tropa: centauro esbelto y pulcro como el Cillaris descripto por Ovidio, el Cillaris de las *Metamorfosis*, cuya parte humana semejaba una estatua, y á quien el poeta llama "bello, si cabe nombre de belleza en los monstruos". Roba el centauro Adonis á la ninfa azorada, y huye veloz, con el orgullo y la felicidad de su conquista. Pero Diana le ve. La casta, Diva se lanza tras el galope del raptor y envía sobre él un dardo que se hunde, mortal, en sus entrañas, como la flecha de Hércules en el cuerpo de Neso. Huyen dispersos los centauros; llegan las ninfas; y las ninfas, desconsoladas, lloran porque el dardo de la cazadora celeste ha matado también á la robada... Tal es la escena, que me figuro como un bajorrelieve de Scopas ó de Fidias. Tendido en tierra, el centauro, como el altar de un sacrificio, sobrelleva á la víctima, clavada, exánime, sobre él, por el dardo todavía vibrante. En derredor, el coro gracioso de las ninfas toma actitudes lastimeras. Diana, en último término, se yergue altiva y majestuosa.— La simplicidad de la descripción escénica, y de la del tropel de los centauros, en pocos rasgos firmes y severos acentúa la ilusión de un bajorrelieve. La forma métrica—el decasílabo repartido por la manera de acentuarse en dos hemistiquios de sonori-

dad autónoma—imita el gracioso compás del asclepiadeo. Todo es hermoso, fresco, juvenil, en esta encantadora evocación de la fábula, cuyos versos quedan vibrantes en nosotros, con una deliciosa sonoridad, aun después de extinguidos, como un golpear de cascos leves sobre una caja sonora...

Los centauros del *Palimpsesto* componen algo parecido á una cabalgata aventurera y galante. En el *Coloquio de los Centauros*—que es quizás el trabajo de más aliento y reposo en la colección que recorremos—domina una concepción más amplia del mito. Folo y Caumantes, dos de los monstruosos interlocutores, la expresan lapidariamente cuando atribuyen á su raza el significado de una triple personificación, en que se confunden la privilegiada naturaleza del dios, las pasiones de la naturaleza humana, y el impulso salvaje de la bestia.—Condúcenos el poeta á una playa acariciada por la luz matinal.—Quirón, el sabio centauro—maestro y consejero de Aquiles—, que ha descendido de los cielos, y que aún muestra, presas en sus crines, las abejas griegas recogidas en los campos del Ática, reune á su alrededor á los "crinados cuadrúpedos divinos". Y entre las frescas galas de la Isla de Oro, invitados por la calma silente que se tiende sobre la arena de la playa, los centauros departen. Versa el coloquio sobre la próvida fecundidad de la Naturaleza y sobre el alma universal que se reparte en el alma de las cosas; sobre las apariencias opuestas del enigma, y sobre lo que cuentan las voces legendarias; sobre el pérfido arcano que esconde la belleza de la mujer y la sagrada majestad y la inviolable hermosura de la muerte, que es el

único bien á que los dioses no alcanzan... Este coloquio de centauros es flor de esa poesía graciosamente docta y erudita—para los iniciados, para los entendedores—, que, expulsada con modales groseros de los dominios del Arte por los que no encuentran inspiración ni poesía de buena ley, sino en los frutos de una *naïveté* más ó menos regresiva, tendrá siempre, para reivindicar su legitimidad, los sufragios de cuantos no se avienen á imaginarse las cosas de erudición y de estudio con la desapacible aridez de los pedantes... Lo ha versificado el poeta en los dísticos alejandrinos, á la usanza francesa; y esta forma foránea, que al ser rehabilitada en español evoca siempre en mi memoria el recuerdo de los viejos ritmos del *Alexandre* y de Berceo, imprime, para mí, á la versificación de ciertos fragmentos, cierto aire de antigüedad, cierto sabor arcaico, que no deja de formar armonía con la índole legendaria de la composición.

Pasemos á los versos del *Friso*, que el autor ha calificado, al par de los del *Palimpsesto*, de *Recreaciones arqueológicas*.—El clasicismo de esos versos es de un género que será más fácilmente reconocido por la generalidad. La tersura de la elocución; el arte puramente horaciano del epíteto y de la pintoresca elección de las palabras; la versificación enteramente ortodoxa, dentro de la política tradicional, y la maestría con que se maneja el verso suelto, rescatándose por la gallardía del movimiento rítmico y la pureza escultural del contorno, todo el encanto de que le priva la ausencia de la rima, son otras tantas condiciones que contribuyen á dar un arácter de singularidad á esta composición, en un

conjunto donde lo normal y característico es lo raro.—No es ya la Grecia de parnasianos y *romanistas* la que surge, sino, sencillamente, la que apareció bajo el sol de Italia cuando Pericles revivía en el avatar de los Médicis. Esos sonoros versos tienen todo el aire de la poesía del renacimiento italiano y español; de la poesía de Sannazaro, de Garcilaso, de Fray Luis, tal como probó á rejuvenecerla en la España de nuestro tiempo el formidable batallador que ha evocado en los endecasílabos de la *Epístola á Horacio* el himno de triunfo de los humanistas de Salamanca y de Sevilla.—El poeta quiere, pues, que reposemos, pasada tan agradable aventura, á la sombra de un mirto tradicional. Pero no olvidemos que se trata en todo caso de obra de poeta, y que no hay temor de encontrarse con una de esas frías y laboriosas exhumaciones que hacen sobre lo antiguo "el efecto de la humedad sobre el fósforo"—para valerme de una feliz imagen de Daudet—; porque la sensación es más bien la de una restaurada habitación de gineceo, donde la gracia clásica sonríe, después de haberse lavado la cara para quitarse el polvo de los estantes, como en esas deliciosas composiciones de Guido que ostentan, á la vez, la pátina del bronce viejo y la húmeda frescura de la espontaneidad.

También debe incorporarse el *Epilatamio bárbaro* que figura en el libro, al número de las composiciones inspiradas en motivos clásicos.—Sagitario, la encarnación celeste de Quirón—el centauro transfigurado en un arquero divino y colocado entre las estrellas después de haber representado, en su biforme raza, la austeridad y la sabiduría—, es

una de las imágenes que se presentan con más complaciente asiduidad al espíritu de nuestro poeta. Brilla en muchas otras de sus composiciones el torso altivo del Arquero; y después de haber evocado en el *Coloquio de los Centauros* la actitud terrena de Quirón, le busca ahora en el cielo, donde resplandece dominando con su ballesta argentina uno de los blancos baluartes de la noche.—Sagitario es, efectivamente, el héroe del *Epitalamio*.—Acordándose de las legendarias aventuras de su estirpe, y olvidado á la vez de la gravedad de su saber y de su dignidad celeste, Quirón ha robado amorosamente una estrella y la lleva á su grupa por el espacio azul, con gran asombro de las Ninfas y de las Náyades.—La originalidad de ese pensamiento es feliz, y en cuanto á la forma, me parece que puede entrar en la categoría de las extravagancias loables. Tiene un singular encanto la gracia tosca de esos versos. La aspereza "querida" de la versificación parece bien en la envoltura de este fragmento curioso y le da las apariencias de una vieja medalla, de bordes roídos por el tiempo.

Hemos terminado de recorrer lo que llamaríamos el "repartimiento clásico" en el palacio de ideas y palabras que nos tiene de huéspedes. La composición que lleva por epígrafe *El poeta pregunta por Stella,* nos conduce ahora á una estancia en la que el duro mármol ha dejado de reinar; á una sombría y delicada estancia en cuyo testero está esculpido el busto de Edgar Poe...

¿Recordáis á "Ligeia", la heroína concebida en un sueño por la fantasía de los prodigios y las ma-

ravillas; la que en la sobrenatural virtud de sus ojos llevaba el himno de triunfo de la voluntad sobre la muerte que no pudo apagarlos? "Hermana de Ligeia", ha llamado el poeta á esa Stella apenas nombrada fugazmente en sus versos, y por cuya alma, que ha volado de retorno al nido celeste, pregunta al lirio que acaso la habrá visto pasar... Y la emoción que levanta con ese hálito de verdad que no se simula ni remeda, el melancólico verso en que se la evoca, sugiere en nuestro ánimo la sospecha de una historia real; hace pensar en la realidad de una memoria triste y querida sobre la que tienda su sombra esa pálida Astapho, de alas de niebla, que propició obscuramente el amor de la heroína de Poe y que patrocinaba en el país de las Esfinges, el amor malogrado.—Me detengo á señalar en esta composición la probabilidad de una *honda* realidad personal, porque en Rubén Darío no son los más frecuentes ni característicos los versos que se sienten brotar así, espontánea y rápidamente, del secreto del sentimiento. La *cadencia* sentimental con que concluye la elegía en que ahora me ocupo tiene una inefable virtud de sugestión, reforzada por la asociación de ideas, merced á la vibración infinita que induce en la memoria el nombre poeniano de Ligeia. Y Stella es también un nombre poeniano, porque se vincula al recuerdo de aquella dulce y generosa poetisa que usó ese nombre de seudónimo, á quien Poe recompensó con la dedicatoria de *El Enigma*, y que fué una de las hadas buenas del pobre poeta martirizado por las gruesas Euménides de la vulgaridad.

Otra afortunada visita del Sentimiento á la man-

sión de este artista, gran señor, que no tiene entre sus amigos más constantes, es un delicadísimo soneto de alejandrinos, en el que se evoca—así como en la anterior composición el recuerdo de Ligeia—el recuerdo de Margarita Gautier. Cantando á un nuevo avatar de la eterna apasionada, el poeta ha hallado medio de comunicar á una imagen que no tiene, en sí misma, el prestigio de la novedad—la de la flor deshojada por la Muerte—, un perfume original, intenso, inefable...

¡Paso ahora á la *Sinfonía en gris mayor*, que destaca sus notas vibrantes sobre la blancura del papel! *Rien de plus cher que la chanson grise*... Encuentro que mi lápiz—que es, mientras leo, algo así como el secretario de mis nervios, é invade con correrías de colegial las márgenes blancas de los libros—ha marcado la página con esa reminiscencia de Verlaine.—Expreso en ella una preferencia que puede ser exclusivamente personal en mucha parte, porque se asocia con la superior intensidad de las sensaciones de sorpresa. Fué la *Sinfonía en gris mayor* la primera composición de Rubén Darío que pasó bajo mis ojos, entonces ignorantes de ciertas sensaciones ya definitivamente traídas al idioma, é impresionados, ante aquella revelación de lo original, con la impresión del colorista en el momento en que sorprende una nota inesperada y nueva en el relampagueo de una piedra, en el matiz de una flor, en la caprichosa coloración de una tela, en la cristalización luciente de un esmalte...—Y la impresión aún dura.—Desde la blanca *Symphonie* de Gautier, bálsamo indisipable para la fantasía, creo que poeta alguno ha acertado á convertir tan prodigiosa-

mente en imágenes el poder sugestivo de un color. Henri Mariot osó dar un *pendant* á la misma *Symphonie* del maestro con las *Variaciones azules;* pero ni en la sonrisa de sus cielos, ni en la inocencia de sus flores, ni en la transparencia de sus aguas, hay para mí la condensación de poesía que en esta cenicienta marina tropical. Poesía que nace, como la mariposa de la larva, del color del tedio. Las playas áridas, el plomo de la ola desvaída, la niebla, el humo del carbón, la espuma sucia de las dársenas, todo eso que en la realidad se llama hastío, se llama, en la contemplación del trasunto, singularísimo deleite; — ¡y triunfantes paradojas del Artel, el iris resulta vencido por la bruma...

Equiparo á mi impresión de la *Sinfonía* la de un alegórico cuadro de *Año Nuevo*, que ocupa puesto inmediato en la colección. Apenas lo he citado, cuando lo siento reproducirse, radiante, en mi memoria. Y, sin embargo, es una composición de Rubén Darío que he oído discutir. La opinión se dividía entre los que la tienen por trivial y los que la consideran encantadora. Está dicho que yo me cuento entre los últimos; pero la verdad es que renunciaría á justificarlo en las formas habituales de la crítica.— Leedla vosotros.— Por mi parte sigo creyendo lo que afirmé en otra ocasión: ese ingrato pelear con la insuficiencia de la palabra, limitada y rebelde, que hizo que el poeta anhelara trocar el idioma mezquino de los hombres por otro que diese á un tiempo sensación "de suspiros y de risas", que fuese color y fuese música, atormenta, más inútilmente aún, al espíritu del juez en cosas literarias, al esforzarse por traducir en vocablos ciertas

sutiles reconditeces de la impresión, ciertos matices y delicadezas del juicio.—Á las veces, transcribir es una manera de juzgar.—El, para mí, admirable donaire de esa alegoría, es de las cosas que sólo podrían demostrarse por el fácil procedimiento de la transcripción, que considero importuno y ocioso cuando se trata de artículos escritos, como éste, para quienes conocen la obra que se juzga.

Bajo el título de *Verlaine*, el poeta ha reunido en la colección dos de sus más singulares composiciones. Ellas me inducen á formular aquí una pregunta que me inquieta, desde que he oído vulgarizarse la comparación entre Rubén Darío y el poeta de *Sagesse*; comparación á que Michel de Kapran ha adherido con su voto de calidad en uno de los últimos números de *El Mercurio de América*.—¿Es, verdaderamente, el alma del último gran poeta de la Francia, el tropel donde se ha fundido el alma poética de Rubén Darío?—No me parece dudoso que pueden reconocerse en la genialidad de nuestro poeta muchos de los elementos psíquicos y muchos de los elementos literarios que entran en la composición del complejo legado de Verlaine; pero no creo que pueda verse igualmente reproducido el carácter del conjunto, de uno á otro poeta: esa química virtud del conjunto que engendra el precipitado de la *personalidad*.—Sellan de una manera peculiarísima, á Verlaine, el consorcio de barbarie y de bizantinismo, de infancia y de caducidad, de perversión y de ternura; el alma cándida, á modo de azorada paloma, engarzada en una garra perversa que brota de los sentidos exasperados del corazón oprimido; la divina inconsciencia, que paradojal-

mente se calificaría como de un imposible *aeda* refinado ó de un juglar docto en alambicamientos de magias y de amores; todo eso que suele dar á su poesía el aspecto de un cielo límpido, transparente y azul, por donde se arrebata de súbito una nube formidablemente tempestuosa, para volver muy luego el azul y la serenidad.—Y esa dualidad extrañísima, por la que Verlaine, sin dejar de ser la más refinada de las organizaciones literarias y el símbolo viviente de nuestras contradicciones y nuestras dudas, es, al mismo tiempo, el único de los poetas modernos que merezca el nombre sagrado y religioso de *bardo*, que reclamaba para Shelley el príncipe de los críticos ingleses; esa dualidad no se reproduce, por cierto, en Rubén Darío, artista enteramente consciente y dueño de sí, artista por completo responsable de sus empresas, de sus victorias, de sus derrotas, y en cuyo talento—plenamente *civilizado*—no queda, como en el alma de *Lelian*, ninguna tosca reliquia de espontaneidad, ninguna parte primitiva.

El *Responso* sobre la tumba de Verlaine es, á pesar del nombre austero que lleva, una elegía impregnada de una ideal serenidad; llena de gracia y de luz, como los ritos de las exequias clásicas, y sobre la que se difunde el balsámico aroma de los túmulos griegos.—En cuanto al *Canto de la Sangre*, evoca algunas de las cosas trágicas ó conmovedoras que la asociación puede representarse al espíritu frente al encendido jugo de la vida. Cada estrofa lleva su unción sangrienta, y cada mancha de sangre de las que purpuran ese ramillete cosechado entre zarzas, ha sido recogida en la efusión de una

herida diferente. Ondea en el verso la púrpura extendida de las batallas; viértese el vino de fuego de las venas del mártir; florecen las rosas líquidas del sacrificio virginal; y se desborda como de una fuente impura, la sangre del suicida y el ajusticiado que colora los cuartetos postreros con el rojo sombrío de la hematites. El poeta ha asociado á cada estrofa—usando un procedimiento semejante al de las primeras estancias de *Les Voix* de Verlaine—el nombre del instrumento adecuado para sugerir musicalmente la idea que se expresa ó la escena que se describe en ella.

Pone término al libro una interesante composición simbólica que se titula *El reino interior*, y que puede relacionarse con las que hemos citado últimamente, por alguna reminiscencia del *Crimen amoris* verleniano.—Joven cautiva, el alma del poeta mira pasar, desde su castillo carnal—avanzando sobre una senda de color de rosa como las que se pintan en las vidas de santos de Fra Doménico—una procesión de vírgenes, que son las siete Virtudes, y un grupo de mancebos, que son los siete Pecados. Y el Alma, que los signe desde su soledad, queda pensativa, lo mismo por la satánica hermosura de los Pecados que por la divina gracia de las Virtudes.— Admirable la originalidad de la ejecución. Hay un hechizo propiamente prerrafaelista en ese cuadro simbólico. La descripción de la blanca teoría virginal es de una encantadora y femenina gracia. Todo color se rinde en ella místicamente desvanecido. La beatitud de la blancura envuelve al cuadro en una sonrisa ideal. Del choque de las rimas brotan ampos de espuma. Parece que se des-

hojan lirios sobre el verso... Y luego, cuando pasan por él los satanes de la tentación, resplandecientes y fascinadores con la nota violenta de sus púrpuras, se enciende, se ensangrienta admirablemente el fondo del cuadro; diríase que lo azota duramente una pedrería de magnificencia infernal; ascuas y carbunclos lo ilumina; y las rimas que chocan hacen, en vez de la cándida espuma de la escena anterior, relámpagos rojos y siniestros.—Me parece de un efecto supremo la oposición de esos dos cuadros. El verso ópalo hace juego con el verso rubí. Y en cuanto á la íntima significación del fragmento, creo que lo dicho antes sobre la *natulareza literaria* de Rubén Darío me excusa de reconocer la propiedad de este admirable símbolo del alma del poeta, igualmente sensible á los halagos de la Virtud y á los halagos del Pecado, cuando uno y otro se revisten del fascinante poder de la apariencia...

La crítica no ha detenido hasta ahora su atención en un aspecto tan interesante de las *Prosas profanas* como el de las cuestiones relacionadas con la técnica de la versificación y de la forma que este libro promueve, y que conducirían á estudiar una de las manifestaciones más positivas y curiosas del talento innovador de Rubén Darío.

No aludo, ciertamente, con ello á originalidades tan poco recomendables como la de la híbrida contextura de *El país del Sol*, composición en prosa que lleva intercalada, al mediar y el concluir de cada párrafo, una frase que aconsonanta, á modo de informe verso, con la que le precede.—¿Quién

duda ya de que la caricia para el oído, la virtud musical, sean tan propios de la prosa como del verso? Midas no serviría más para prosista que para versificador. Toda frase tiene un oculto número. El párrafo es estrofa. Rubén Darío, que domina con soberana majestad el ritmo del verso, ha probado que domina, soberanamente también, el ritmo prosaico. Ved la *Canción del oro*, *La Ninfa*, ciertos *Raros*, que están hechos en bronce... Pero, por lo mismo que es indudable que hay un ritmo peculiar y distinto para cada forma de expresión, uno y otro ritmo no deben confundirse nunca, y mucho menos debe intentar combinarse la flotante armonía de la prosa con el recurso de la rima para obtener una hibridación comparable á la de ciertos cronicones latinos de la Edad Media; porque esta rima *parvenue*, interrumpiendo el curso libre y desembarazado de la elocución prosaica, hace el efecto de un incómodo choque, y porque le acontece al poeta, que por tal medio ha intentado rufundir dos modos diversos de armonía, lo que al enamorado voraz que, presuroso por besar las dos mejillas á un tiempo, no acertó á poner el beso en ninguna.

Al hablar de las novedades técnicas de *Prosas profanas*, me he referido á las que pienso que pueden dejar una huella más ó menos durable en el procedimiento poético, y que consisten principalmente en la preferencia otorgada á los metros que llevan menos nota de clásicos y más generosos en virtualidad musical; la consagración de nuevas formas estróficas, como el monorrimo ternario de dodecasílabos; la frecuencia y la ilimitada libertad con que se interrumpe métricamente la conexión gra-

matical de la cláusula, deteniéndola aun en palabras de simple relación, y la libre movilidad de la censura, considerada independientemente de las pausas de sentido; y—como nota *aventurera* de la reforma—las disonancias calculadas, que de improviso interrumpen el orden rítmico de una composición con versos de una inesperada medida, ó simplemente con una línea amorfa de palabras.

La evolución amplísima cumplida en la técnica del verso francés desde que el poeta de las *Orientales* pudo jactarse de haber sustituído en él las plumas del volante por las alas del pájaro—evolución cuyo sentido se representaría en el paralelismo de dos fuerzas que se apartasen, con impulso creciente, de la regularidad simétrica, para acercarse á la *variedad* y á la *expresión*—, no ha tenido un movimiento equivalente en las formas generosas y flexibles de nuestro idioma. Apenas si Salvador Rueda ha consagrado á estudiar la cuestión revolucionaria del ritmo algunos ensayos sagaces; y es seguramente, de poetas como él de quienes puede partir, con el ejemplo, la propaganda de la innovación; porque la forma métrica no será nunca la obra del cálculo profano, labrando artificiosos moldes, sino la obra divina del instinto, el resultado de esa misma economía misteriosa é infalible que ha enseñado á la abeja las ventajas de la forma hexagonal para los alvéolos de sus panales.

Toca á los poetas de América ensayar la no bien bosquejada empresa de reforma. Advierto que no significa nada de esto conceder los honores de la seriedad á las aventuras de Gustavo Kahn, por ejemplo, cuyos *Palais nomades* me hacen el efecto

de la laboriosa falsificación de un dibujo troglodita; reprocho á Rueda haber coincidido demasiado con la afición paradojal de Mallarmé, según la cual sería infundada é inútil la distinción del verso y la prosa, y cualquiera antojadiza aglomeración de palabras tendría derecho á que se le reconociesen las franquicias del metro; no es sin reservas como he aplaudido las audaces tentativas de Jaimes Freyre, que ha sido el radical en el propósito de traer á nuestra poesía americana el influjo del *vers librisme* francés contemporáneo. Pero, realmente convencido de que las innovaciones con que las mordernísimas escuelas francesas han aguzado y perfeccionado el sentido de la forma, quedarán entre sus conquistas más duraderas, y que no se ha afirmado sin sentido profundo que toda concepción particular de la poesía tiene derecho á crear su métrica propia, me encuentra muy dispuesto al estímulo para tentativa que se encamine á comunicar nueva flexibilidad y soltura á los viejos huesos de esta poesía castellana, cuyo soporoso estado de espíritu se complementa—como dos achaques de una misma vejez—con una verdadera anquilosis del verso.

No he de extremar la prolijidad, ya impertinente, de este análisis. Queden sin glosas dos sonetos primorosamente cincelados (*Ite missa est*, *La Dea;* llameante de sensualidad el primero; el último, un hermoso símbolo de estética idealista); una alabanza, muy llena de elegante vivacidad, á unos ojos negros, y una original alegoría en la que se pinta la proyección de las figuras de un ensueño sobre el vacío de una página en blanco y se nos muestra el

tardo desfilar de los camellos que conducen al través del desierto el bagaje de la caravana de la Vida.—Pero al cerrar el libro algo hallo en la portada que me detiene para pedirme una opinión.—Ha hecho hablar á la crítica el título de *Prosas profanas*, aplicado á un tomo de versos. La antífrasis aparente del nombre ha disgustado al excelente bibliógrafo americano del *Mercure de France* y le ha parecido de perlas á Remy de Gourmont. Rubén Darío habrá recordado que no es la primera vez que la portada de sus libros se discute. Don Juan Valera tuvo una arruga de su frente de mármol para el nombre de *Azul*, y Enrique Gómez Carrillo halló que no todos los *Raros* eran raros. Y la cuestión no debe parecerle enteramente trivial, si considera que el talento de encontrar títulos buenos es el único que ha querido reconocer Max Nordau á los oficiantes de las nuevas capillas literarias, esos clientes *malgré eux* de su clínica.--En el presente caso, partiendo las voces de censura de los que han entendido la palabra *Prosas* en la acepción que fué preciso enseñarla á M. Jourdain, creo que bastará con recordarles que el adjetivo que la sigue revelaba el propósito evidente de aludir á una de las antiguas formas de la poesía eclesiástica.—Indudablemente, la antífrasis subsiste, apesar de eso; porque nada podría señalarse de más contrario á la índole esencialmente refinada y erudita de la poesía de este libro goloso, que el balbucir informe y cándido de la poesía de las prosas y las secuencias. Pero yo creo que el autor ha contado muy particularmente, para la invención de su título, con aquella misma interpretación vulgar, y ha sonreído al pensamiento

de que el público ingenuo se sorprenda de ver aplicado á tan exquisita poesía el humilde nombre de prosa.—¿Coquetería de poeta?—¿Ó acaso el pudoroso escrúpulo de la virtud en el sacerdote bueno, que por serlo tiene la obsesión de su indignidad ante el ara?—De cualquier modo, á mí me gusta la originalidad de ese bautismo, como rasgo voluntarioso y como cortesanía de señor que nos invita á que pasemos adelante con un alarde de espiritualidad. Laudable es que la espuma del ingenio suba hasta el título, que es como si subiera hasta el borde.

*
* *

Mal entenderá á los escritores y á los artistas el que los juzgue por la obra de los imitadores y por la prédica de los sectarios. Si yo incurriera en tal extravío del juicio, no tributaría seguramente, al poeta, este homenaje de mi equidad, que no es el de un discípulo, ni el de un oficioso adorador.—Por lo demás, está aún más lejos de ser el homenaje arrancado á un espectador de mala voluntad, por la irresistible imposición de la obra.—No creo ser un adversario de Rubén Darío.—De mis conversaciones con el poeta he obtenido la confirmación de que su pensamiento está mucho más fielmente en mí que en casi todos los que le invocan por credo á cada paso. Yo tengo la seguridad de que, ahondando un poco más bajo nuestros *pensares*, nos reconoceríamos buenos camaradas de ideas. Yo soy un *modernista* también; yo pertenezco con toda mi alma á la gran reacción que da carác-

ter y sentido á la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; á la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, á disolverse en concepciones más altas. Y no hay duda de que la obra de Rubén Darío responde, como una de tantas manifestaciones, á ese sentido superior; es en el Arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo, aunque no lo sea—porque no tiene intensidad para ser nada serio—la obra frívola y fugaz de los que le imitan, el vano producir de la mayor parte de la juventud que hoy juega infantilmente en América al juego literario de los colores.

Por eso yo he separado cuidadosamente en otra ocasión, el talento personal de Darío de las causas á que debemos tan abominable resultado; y le he absuelto, por mi parte, de toda pena, recordando que los poetas de individualidad poderosa tienen, en sentir de uno de ellos, el atributo regio de la irresponsabilidad.—Para los imitadores, dije entonces, ha de ser el castigo, pues es suya la culpa; á los imitadores ha de considerárseles como los falsos demócratas del Arte, que, al hacer plebeyas las ideas, al rebajar á la ergástula de la vulgaridad los pareceres, los estilos, los gustos, cometen un pecado de profanación quitando á las cosas del espíritu el pudor y la frescura de la virginidad.

Pero la imitación servil é imprudente no es, por cierto, el influjo madurador que irradia de toda fuerte empresa intelectual; de toda producción puesta al servicio de una idea y conscientemente atendida.—El poeta viaja ahora, rumbo á España.—

Encontrará un gran silencio y un dolorido estupor, no interrumpidos ni aun por la nota de una elegía, ni aun por el rumor de las hojas sobre el surco, en la soledad donde aquella madre de vencidos caballeros sobrelleva —menos como la Hécube de Eurípides que como la Dolorosa del Ticiano—la austera sombra de su dolor inmerecido.—Llegue allí el poeta llevando buenos anuncios para el florecer del espíritu en el habla común, que es el arca santa de la raza; *destácase en la sombra la vencedora figura del Arquero*; hable á la juventud, á aquella juventud incierta y aterida, cuya primavera no da flores tras el invierno de los maestros que se van, y enciéndala en nuevos amores y nuevos entusiasmos.—Acaso, en el seno de esa juventud que duerme, su llamado pueda ser el signo de una renovación; acaso pueda ser saludada, en el reino de aquella agostada poesía, su presencia, como la de los príncipes que en el cuento oriental traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta...

V

LIBERALISMO Y JACOBINISMO

LIBERALISMO Y JACOBINISMO
LA EXPULSIÓN DE LOS CRUCIFIJOS

(CARTA PUBLICACA EN «LA RAZÓN», DEL 5 DE JULIO DE 1906)

I

Señor ***

Estimado amigo: Desea usted mi opinión sobre la justicia y oportunidad del acuerdo de la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública, que sanciona definitivamente la expulsión de los crucifijos que hasta no ha mucho figuraban en las paredes de las salas del Hospital.

Voy á complacer á usted; pero no será sin significarle, ante todo, que hay inexactitud en la manera como usted califica la resolución sobre que versa su consulta, al llamarla "acto de extremo y radical liberalismo".

¿Liberalismo? No: digamos mejor "jacobinismo". Se trata, efectivamente, de un hecho de franca intolerancia y de estrecha *incomprensión* moral é histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa que va incluída en toda legítima acepción del liberalismo,

cualesquiera que sean los epítetos con que se refuerce ó extreme la significación de esta palabra.

Ocioso me parece advertir—porque no es usted quien lo ignora—que, rectamente entendida la idea de liberalismo, mi concepción de su alcance, en la esfera religiosa, como en cualquiera otra categoría de la actividad humana, abarca toda la extensión que pueda medirse por el más decidido amor de la libertad. E igualmente ocioso sería prevenir que, por lo que respecta á la personalidad y la doctrina de Cristo—sobre las que he de hablar para poner esta cuestión en el terreno que deseo—, mi posición es, ahora como antes, en absoluto independiente, no estando unido á ellas por más vínculos que los de la admiración puramente humana, aunque altísima, y la adhesión racional á los fundamentos de una doctrina que tengo por la más verdadera y excelsa concepción del espíritu del hombre.

Dicho esto, planteemos sumariamente la cuestión. La Comisión de Caridad inició, hace ya tiempo, la obra de emancipar de toda vinculación religiosa la asistencia y disciplina de los enfermos; y en este propósito plausible, en cuanto tendía á garantizar una completa libertad de conciencia contra imposiciones ó sugestiones que las menoscabasen, llegó á implantar un régimen que satisfacía las más amplias aspiraciones de libertad. Fueron suprimidos paulatinamente los rezos y los oficios religiosos que de tradición se celebraban; fueron retirados los altares, las imágenes y los nichos que servían para los menesteres del culto. Quedaba, sin embargo, una imagen que no había sido retirada de las paredes de las salas de los enfermos, y esta imagen era la

del Fundador de la caridad cristiana. Un día, la Comisión encuentra que no hay razón para que este límite se respete, y ordena la expulsión de los crucifijos. Acaso pensó irreflexivamente no haber hecho con ello más que dar un paso adelante, un paso último, en la obra de liberalismo en que se hallaba empeñada. ¿Era, efectivamente, sólo un paso más sólo un paso adelante? No: aquello, como he de demostrarlo luego, equivalía á pasar la frontera que separa lo justo de lo injusto, lo lícito de lo abusivo. Aquello tenía, en realidad, un significado enteramente nuevo, y que parecía denunciar, en las mismas supresiones y eliminaciones anteriores, un espíritu, una tendencia, diferentes de los que las habrían justificado...

Y ahora, el error, que pudo explicarse, cuando se cometió por vez primera, como acto inconsulto, adquiere la persistencia de una ratificación laboriosamente meditada, de una ratificación definitiva.

II

El hecho es sencillamente este: la expulsión reiterada é implacable de la imagen de Cristo del seno de una casa de caridad.

Un profesor de Filosofía que, encontrando en el testero de su aula el busto de Sócrates, fundador del pensamiento filosófico, le hiciera retirar de allí; una Academia literaria española que ordenase quitar del salón de sus sesiones la efigie de Cervantes; un Parlamento argentino que dispusiera que las estatuas de San Martín ó de Belgrano fueran derribadas para

no ser repuestas; un círculo de impresores que acordase que el retrato de Guttenberg dejase de presidir sus deliberaciones sociales, suscitarían, sin duda, nuestro asombro, y no nos sería necesario más que el sentido intuitivo de la primera impresión para calificar la incongruencia de su conducta.

Y una Comisión de *Caridad* que expulsa del seno de las casas de *caridad* la imagen del creador de la *caridad*—del que la trajo al mundo como sentimiento y como doctrina—, no ofrece, para quien desapasionadamente lo mire, espectáculo menos desconcertador ni menos extraño. Aun prescindiendo del interés de orden social que va envuelto en el examen de este hecho, como manifestación de un criterio de filosofía militante que se traduce en acción, y puede transcender en otras iniciativas parecidas, siempre habría en él el interés psicológico de investigar por qué lógica de ideas ó de sentimientos, por qué vías de convicción ó de pasión, ha podido llegarse á tan contradictorio resultado: la personificación indiscutida de la caridad, expulsada de un ambiente que no es sino la expansión de su espíritu, por aquellos mismos que administran los dones de la caridad.

Pero no es necesario afanarse mucho tiempo para encontrar el rastro de esa lógica: es la lógica *en línea recta* del jacobinismo, que así lleva á las construcciones idealistas de Condorcet ó de Robespierre, como á los atropellos inicuos de la intolerancia revolucionaria; y que, por lo mismo que sigue una regularidad geométrica en el terreno de la abstracción y de la fórmula, conduce fatalmente á los más absurdos extremos y á las más irritantes injusticias,

cuando se la transporta á la esfera real y palpitante de los sentimientos y los actos humanos.

III

La vinculación entre el espíritu de las instituciones de beneficencia que la Comisión de Caridad gobierna, y el significado histórico y moral de la imagen que ella ha condenado á proscripción, es tan honda como manifiesta é innegable.

Si la Comisión de *Caridad* se propone apurar el sentido de este nombre que lleva, y evoca para ello la filiación de la palabra, fácilmente encontrará el vocablo latino de donde inmediatamente toma origen; pero á buen seguro que, desentrañando la significación de este vocablo en el lenguaje de la grandeza romana, no hallará nada que se parezca á la íntima, á la sublime acepción que la palabra tiene en la civilización y los idiomas de los pueblos cristianos; porque para que este inefable sentido aparezca, para que el sentimiento nuevo á que él se refiere se infunda en la palabra que escogió, entre las que halló en labios de los hombres, y la haga significar lo que ella no había significado jamás, es necesario que se levante en la historia del mundo, dividiéndola en dos mitades—separando el pasado del porvenir con sus brazos abiertos—, esa imagen del mártir venerando, que el impulso del jacobinismo acaba de abatir de las paredes del Hospital de Caridad.

La caridad es creación, verbo, irradiacion del fundador del Cristianismo. El sentimiento que le-

vanta hospicios para los enfermos, asilos para los menesterosos, refugio para los huérfanos y los ancianos, y los levanta en nombre del amor que identifica al protector y al socorrido, sin condición de inferioridad para ninguno, es—por lo menos dentro de la civilización y la psicología histórica de los pueblos occidentales—absolutamente inseparable del nombre y el ejemplo del reformador, á quien hoy se niega lo que sus mismos proscriptores no negarían tal vez á ningún otro de los grandes servidores de la Humanidad: el derecho de vivir perdurablemente — en imagen — en las instituciones que son su obra, en las piedras asentadas para dar albergue á su espíritu, en el campo de acción donde se continúa y desenvuelve su iniciativa y su enseñanza.

IV

Sentado el derecho que militaba para la permanencia, y militaría para la reposición, de las imágenes de Cristo en las salas del Hospital de Caridad, paso á examinar las consideraciones con que el desconocimiento de ese derecho se autoriza.

Todos sabemos la razón falaz de libertad y tolerancia que se invoca para cohonestar la real intolerancia de la expulsión: se habla del respeto debido á las creencias ó las convicciones de aquellos que, acogiéndose á la protección del hospital, no crean en la divinidad de la imagen que verían á la cabecera de su lecho. La especiosidad de la argumentación no resiste el más ligero examen. Si de garan-

tizar la libertad se trata, impídase en buenhora, que se imponga ni sugiera al enfermo la adoración ó el culto de esa imagen; prohíbase que se asocie á ella ningún obligado rito religioso, ninguna forzosa exterioridad de veneración siquiera: esto será justo y plausible, esto significará respetar la inmunidad de las conciencias, esto será liberalismo de buena ley y digno de sentimiento del derecho de todos. Pero pretender que la conciencia de un enfermo pueda sentirse lastimada porque no quiten de la pared de la sala donde se le asiste una sencilla imagen del reformador moral, por cuya enseñanza y cuyo ejemplo—convertidos en la más íntima esencia de una civilización—logra él, al cabo de los siglos, la medicina y la piedad, ¿quién podrá legitimar esto sin estar ofuscado por la más suspicaz de las intolerancias?

Para que la simple presencia de esa efigie sublevase alguna vez el ánimo del enfermo, sería menester que las creencias del enfermo involucrasen, no ya la indiferencia ni el desvío, sino la repugnancia y el odio por la personalidad y la doctrina de Cristo. Demos de barato que esto pueda ocurrir de otra manera que como desestimable excepción. ¿Podría el respeto por ese sentimiento personal y atrabiliario de unos cuantos hombres prevalecer sobre el respeto infinitamente más imperativo, sobre la alta consideración de justicia histórica y de gratitud humana que obliga á honrar á los grandes benefactores de la especie y á honrarlos y recordarlos singularmente allí donde está presente su obra, su enseñanza, su legado inmortal?... Fácil es comprender que si el respeto á la opinión ajena hubiera de

entenderse de tal modo, toda sanción glorificadora de la virtud, del heroísmo, del genio, habría de refugiarse en el sigilo y las sombras de las cosas prohibidas. Los pueblos erigen estatuas, en parajes públicos, á sus grandes hombres. Entre los miles de viandantes que diariamente pasan frente á esas estatuas, forzosamente habrá muchos que, por su nacionalidad, ó por sus doctrinas, ó bien por circunstancias y caprichos exclusivamente personales, no participarán de la veneración que ha levantado esas estatuas, y acaso experimentarán ante ellas la mortificación del sentimiento herido, de la convicción contrariada. ¿Quién se atrevería á sostener que esto podría ser motivo para que la admiración y la gratitud de las colectividades humanas se condenasen á una ridícula abstención de toda forma pública, de todo homenaje ostensible?... Lo que la conciencia de un pueblo consagra—y aún más lo que la conciencia de la Humanidad consagra—como juicio definitivo y sanción perdurable, tendrá siempre derecho á imponerse sobre toda disonancia individual, para las manifestaciones solemnes de la rememoración y la gloria.

Hablemos con sinceridad; pensemos con sinceridad. Ningún sentimiento, absolutamente ningún sentimiento respetable se ofende con la presencia de una imagen de Cristo en las salas de una casa de caridad. El creyente cristiano verá en ella la imagen de su Dios, y en las angustias del sufrimiento físico levantará á ella su espíritu. Los que no creemos en tal divinidad, veremos sencillamente la imagen del más grande y puro modelo de amor y abnegación humana, glorificado donde es más opor-

tuna esa glorificación: en el monumento vivo de su doctrina y de su ejemplo; á lo que debe agregarse todavía que ninguna depresión y ningún mal, y sí muy dignificadoras influencias, podrá recibir el espíritu del enfermo cuyos ojos tropiecen con la efigie del Maestro sublime por quien el beneficio que recibe se le aparecerá, no como una humillante dádiva de la soberbia, sino como una obligación que se le debe en nombre de una ley de amor, y por quien, al volver al tráfico del mundo, llevará acaso consigo una sugestión persistente que le levante alguna vez sobre las miserias del egoísmo y sobre las brutalidades de la sensualidad y de la fuerza, hablándole de la piedad para el caído, del perdón para el culpado, de la generosidad con el débil, de la esperanza de justicia que alienta el corazón de los hombres y de la igualdad fraternal que los nivela por lo alto.

Es este criterio y este sentimiento de honda justicia humana el que habría debido mantenerse y prevalecer sobre la suspicacia del recelo antirreligioso. Pero el jacobinismo, que con relación á los hechos del presente tiene por lema: "La intolerancia contra la intolerancia", tiene por característica, con relación á las cosas y á los sentimientos del pasado, esa funesta pasión de impiedad histórica que conduce á no mirar en las tradiciones y creencias en que fructificó el espíritu de otras edades, más que el límite, el error, la negación, y no lo afirmativo, lo perdurable, lo fecundo, lo que mantiene la continuidad solidaria de las generaciones, perpetuada en la veneración de esas grandes figuras sobrehumanas—profetas, apóstoles, reveladores—,

que desde lo hondo de las generaciones muertas iluminan la marcha de las que viven, como otros tantos faros de inextinguible idealidad.

V

Si la intolerancia ultramontana llegara un día á ser gobierno, mandaría retirar de las escuelas públicas el retrato de José Pedro Varela.—¿Qué importa que la regeneración de la educación popular haya sido obra suya? No modeló su reforma dentro de lo que al espíritu ortodoxo cumplía; no tendió á formar fieles para la grey de la Iglesia: luego su obra se apartó de la absoluta verdad, y es condenable. No puede consentirse su glorificación, porque ella ofende á la conciencia de los católicos.—Esta es la lógica de todas las intolerancias.

La intolerancia jacobina —incurriendo en una impiedad mucho mayor que la del ejemplo supuesto, por la sublimidad de la figura sobre quien recae su irreverencia—quiere castigar en la imagen del Redentor del mundo el delito de que haya quienes, dando un significado religioso á esa imagen, la conviertan en paladión de una intolerancia hostil al pensamiento libre. Sólo ve en el crucifijo al *dios enemigo*, y enceguece para la sublimidad humana y el excelso significado ideal del martirio que en esa figura está plasmado. ¿Se dirá que lo que se expulsa es el signo religioso, el *icono*, la imagen del dios, y no la imagen del grande hombre sacrificado por amor de sus semejantes? La distinción es arbitraria y casuística. Un crucifijo sólo será signo religioso

para quien crea en la divinidad de aquel á quien en él se representa. El que lo mire con los ojos de la razón—y sin las nubes de un odio que sería inconcebible, por lo absurdo—no tiene por qué ver en él otra cosa que la representación de un varón sublime del más alto Maestro de la Humanidad, figurado en el momento del martirio con que selló su apostolado y su gloria. Sólo una consideración fanática—en sentido opuesto y mil veces menos tolerable que la de los fanáticos creyentes—podría ver en el crucifijo, *per se*, un signo abominable y nefando, donde haya algo capaz de sublevar la conciencia de un hombre libre y de enconar las angustias del enfermo que se revuelve en el lecho del dolor.

¿Por qué el enfermo librepensador ha de ver en el crucifijo más de lo que él le pone ante los ojos: una imagen que evoca, con austera sencillez, el más sublime momento de la historia del mundo y la más alta realidad de perfección humana? ¿Acaso porque ese crucifijo, puesto en manos de un sacerdote, se convierte en signo é instrumento de una fe religiosa? Pero no es en manos de un sacerdote donde le verá, sino destacándose inmóvil sobre la pared desnuda, para que su espíritu lo refleje libremente en la quietud y desnudez de su conciencia...

VI

De cualquier punto de vista que se le considere, la resolución de la Comisión de Caridad aparece injustificada y deplorable.

No reivindica ningún derecho, no restituye ninguna libertad, no pone límite á ningún abuso.

Y en cambio, hiere á la misma institución en cuyo nombre se ha tomado ese acuerdo, quitando de ella el sello visible que recordaba su altísimo fundamento histórico: que insustituíblemente concretaba el espíritu del beneficio que allí se dispensa, en nombre de una ley moral que no ha dejado de ser la esencia de nuestra civilización, de nuestra legislación y de nuestras costumbres. Y hiere á la conciencia moral, interesada en que no se menoscabe ni interrumpa el homenaje debido á las figuras venerandas que son luz y guía de la Humanidad; homenaje que si es un esencialísimo deber de justicia y gratitud humana, es además para la educación de las muchedumbres, un poderoso medio de sugestión y de enseñanza objetiva; lo mismo cuando se encarna en los bronces y los mármoles erigidos en la plaza pública, que cuando se manifiesta por la efigie colgada en las paredes de la escuela, del taller, de la biblioteca ó del asilo, de toda casa donde se trabaje por el bien ó la verdad.

Esto es lo que sinceramente siento sobre el punto que usted somete á mi consideración; esto es lo que yo propondría á la meditación de todos los espíritus levantados sobre los fanatismos y las intolerancias.

Haga usted de esta carta el uso que le parezca bien, y créame su afectísimo amigo,

José Enrique Rodó.

CONTRARRÉPLICAS

(PUBLICADAS POR «LA RAZÓN», CON MOTIVO DE LA CONFERENCIA DADA POR EL DOCTOR DON PEDRO DÍAZ, EN EL «CENTRO LIBERAL», EL DÍA 14 DE JULIO, REFUTANDO LAS IDEAS EXPUESTAS EN LA CARTA ANTERIOR.)

Esperaba con interés la publicación de la conferencia que el doctor D. Pedro Díaz consagró á refutar mi crítica de la expulsión de los crucifijos, de las salas del Hospital de Caridad.—No se mezclaba á ese interés el propósito preconcebido de contrarreplicarle, y hasta deseaba que mi participación personal en la agitación de ideas promovida alrededor de tan sonado asunto, quedara terminada con la exposición serena de mi juicio.

No es que no sea para mí un placer quebrar una lanza con inteligencia tan reflexiva y espíritu tan culto como los que me complazco en reconocer, desde luego, en mi adversario de ocasión; pero confieso que, un tanto desengañado sobre la eficacia virtual de la polémica como medio de aquilatar y depurar ideas, me hubiera contentado con dejar persistir, frente á frente, mi argumentación y su réplica, para que, por su sola virtud, se abrieran camino en los espíritus de la rara cualidad de modificar sinceramente sus juicios ó prejuicios por la influencia del raciocinio ajeno.

Pero, por otra parte, el grave mal de estas disputas sobre puntos de índole circunstancial y transitoria, es que en sus proyecciones quedan casi siempre envueltos puntos mucho más altos, de interés imperecedero y esencial, que las conveniencias accidentales del polemista resuelven en el sentido más favorable á su tesis del momento; propendiéndose con frecuencia así á deformar la verdad, á arraigar la mentira histórica, á fomentar sofismas perniciosos y enormes injusticias, que acaso quedan flotando en el aire y se fijan luego en las asimilaciones inconscientes del criterio vulgar, como el único y deplorable rastro de estas escaramuzas efímeras.— No es otro el interés que me mueve á no dejar sin contrarréplica la refutación á que aludo.

Me detendré ante todas las fases de la cuestión, que encara el doctor Díaz, y aun ante algunas otras, y le seguiré, paso á paso, en todas las evoluciones y los giros y las vueltas y revueltas de su habilidosa argumentación; por lo cual ha de disculpárseme de antemano si abuso, con más extensión y por más días que fuera mi deseo, de la afectuosa hospitalidad de este diario.

Libre de toda vinculación religiosa, defiendo una gran tradición humana y un alto concepto de la libertad.

No miro á mi alrededor para cerciorarme de si está conmigo la multitud que determina el *silent vote* de la opinión y que determinará el sí ó el no en un plebiscito de liberales. Me basta con perseverar en la norma de sinceridad invariable, que es la única autoridad á que he aspirado siempre para mi persona y mi palabra. Recuerdo que, cuando por

primera vez tuve ocasión de hablar en una reunión política, en vísperas de elecciones y con la consiguiente exaltación de los ánimos, fué para decir á la juventud en cuyo seno me encontraba, que mi partido debía ceder el Poder si caía vencido en la lucha del sufragio. Tal manifestación, hecha en días de gran incertidumbre electoral y en un ambiente de apasionamientos juveniles, no era como para suscitar entusiasmos, y á los más pareció, cuando menos, inoportuna; pero no pasó mucho tiempo sin que pudiese comprobar que más de uno de los que se acercaran á censurármelo en aquel momento, se había habituado á escuchar sin escándalo, y aun á reconocer por sí mismo, que la conservación del Poder debía plantearse en el terreno franco y llano del derecho.—El más seguro camino, no ya para la aprobación interior, sino también para el triunfo definitivo, es el de decir la verdad, sin reparar en quién sea el favorecido ocasionalmente por la verdad; y nunca habrá satisfacción más intensa para la conciencia leal, que cuando se le presente oportunidad de proclamar la razón que asiste del lado de las ideas que no se profesan, y de defender el derecho que radica en el campo donde no se milita.

Dicho esto, entremos, sin más dilaciones, en materia.

I

LOS ORÍCENES HISTÓRICOS DE LA CARIDAD

Afirmé en mi carta, y repito y confirmo ahora, que la vinculación entre el espíritu de las casas de beneficencia y el significado de la imagen que ha

sido expulsada de su seno, es tan honda como manifiesta é innegable; que Jesús es en nuestra civilización, y aun en el mundo, el fundador de la caridad; que por él este nombre de caridad tomó, en labios de los hombres, acepción nueva y sublime, y que son su enseñanza y su ejemplo los que, al cabo de los siglos, valen para el enfermo la medicina y la piedad.

El estimable conferenciante desconoce rotundamente todo esto; sostiene que "no es por la idea ni por el sentimiento cristiano por lo que el hombre socorre al hombre"; califica de falso mi concepto de la personalidad de Jesús, y añade que este concepto importa atribuir al fundador del Cristianismo, en la historia de la Humanidad, una significación que "la Ciencia" (así dice) le niega en absoluto.

Escuchemos la severa palabra de la Ciencia. La Ciencia nos opone, por labios del doctor Díaz, un argumento deductivo y copiosos argumentos históricos. El argumento deductivo consiste en inferir que siendo las revoluciones morales y sociales la obra impersonal de las fuerzas necesarias que se desenvuelven, con el transcurso del tiempo, en el seno de las sociedades humanas, importa una anomalía inaceptable atribuir la iniciativa de un nuevo sentimiento moral á la inspiración personalísima de un hombre: cosa que, de ser cierta, invadiría la esfera del milagro y confirmaría para Cristo la naturaleza, que le negamos, de Dios.

No se necesita mucho esfuerzo para mostrar la inconsistencia de tal razonamiento, aun colocándose dentro del criterio histórico que más lo favorezca. Porque sin menoscabar la acción de las fuerzas

necesarias que presiden á la evolución de las sociedades y preparan en su obscuro laboratorio los resultados ostensibles de la historia humana, cabe perfectamente valorar la misión histórica y la originalidad de las grandes personalidades que, con carácter de iniciadores y reformadores, aparecen personificando en determinado momento los impulsos enérgicos de innovación; aunque su obra haya sido precedida por un largo proceso de preparación lenta é insensible, y aunque la acción del medio en que actúan colabore inconscientemente con ellas para el triunfo que se manifiesta como exclusiva conquista de su superioridad.

Por mucho que se limitase la jurisdicción de la voluntad y el pensamiento personales; por mucho que se extremara la concepción determinista de la Historia, nunca podría llegarse á anular el valor de aquellos factores hasta el punto de que no fuera lícito á la posteridad, en sus rememoraciones y sanciones, vincular á un nombre individual la gloria máxima de una iniciativa, la inspiración capital de una revelación, el mérito superior de una reforma. —La invención personal, en la esfera de las ideas morales, representa una realidad tan positiva é importante—según ha mostrado Ribot en su análisis de la imaginación creadora—, como en el terreno de la Ciencia ó del Arte (1).

---

(1) "En el origen de las civilizaciones se encuentran »personajes semihistóricos y semilegendarios (Manú, »Zoroastro, Moisés, Confucio, etc.), que han sido inven»tores ó reformadores en el orden social y moral. Que »una parte de la invención que se les atribuye es debida »á sus predecesores y á sus sucesores, es evidente; pero »la invención, sea quienquiera el autor, no es por eso

Pero hay más: para atribuir á Jesús la fundación de la moral caritativa, no sólo no se requiere desconocer las fuerzas históricas que obren por encima de la personalidad humana para producir los movimientos morales y sociales, sino que no es necesario desconocer siquiera los precedentes, más ó menos directos y eficaces, que aquella moral haya tenido dentro mismo de la conciencia y la acción personal de los hombres. El doctor Díaz refuerza su argumento deductivo con abundantes citas históricas para demostrarnos que el sentimiento de la caridad ha existido en el mundo desde mucho antes de Jesús; y que ya entendían de caridad Confucio, Buda, Zoroastro y Sócrates y cien otros. Muy pronto desvaneceremos la ilusión que pueda cifrar el doctor Díaz en estos recursos de su erudición histórica, y reduciremos á su verdadero valor la congruencia y oportunidad de tales citas. Pero aceptándolas provisionalmente, y concediendo que fuesen exactas y oportunas, ellas no serían un motivo para que Jesús no pudiera ser llamado, en el sentido usual de este género de calificaciones históricas, el fundador de la caridad en el mundo. El mismo ar-

---

»menos cierta. Hemos dicho en otra parte, y se nos »permitirá repetirlo ahora, que esta expresión *inventores* aplicada á la moral, podrá parecer extraña á algunos, porque están imbuídos por la hipótesis de un conocimiento del bien y del mal innato, universal, compartido por todos los hombres y en todos los tiempos. »Si se admite, por el contrario, como lo impone la »observación, no una moral hecha de antemano, sino »una moral que se va haciendo poco á poco, preciso es »que sea la creación de un individuo ó de un grupo.“ (Ribot: *Ensayo sobre la imaginación creadora*, tercera parte, cap. VII.)

gumento que invocaba el doctor Díaz para resistirse á aceptar que la moral del Cristiánismo haya significado tan excepcional vuelco de ideas; su mismo argumento de que no hay obra humana sin preparación y antecedentes, determinaría el significado de las relaciones que pudieran encontrarse, en la historia anterior al Cristianismo, con la obra de Jesús. No hay obra humana sin preparación y antecedentes; y sin embargo de ello, hay y habrá siempre, para el criterio de la Historia, iniciadores, fundadores, hombres que resumen en sí el sentido de largos esfuerzos colectivos, la originalidad de una reforma social, la gloria de una revolución de ideas.

Cuatro siglos antes de que Lutero quemase en la plaza de Witenberg las bulas de León X, habían rechazado los albigenses la autoridad del Pontífice romano y sostenido la única autoridad de las Escrituras; largos años antes de Lutero habían sido arrojadas al Tíber las cenizas de Arnaldo de Brescia, y había perecido Juan Huss por la libertad de la conciencia humana. Pero Lutero es y será siempre ante la justicia de los siglos el fundador de la reforma religiosa.

Varias generaciones antes de que Sócrates platicase de Psicología y de Moral con los ciudadanos de Atenas, había filosofado Tales, y Pitágoras había instituído su enseñanza sublime, y habían razonado los atomistas y habían argumentado los eléatas; pero Sócrates es y será siempre en la memoria de la posteridad el fundador del pensamiento filosófico.

Mucho tiempo antes de que Colón plantase en la

playa de Guanahani el estandarte de Castilla, los marinos normandos habían llegado con sus barcos de cuero, no ya á las costas del Labrador y de Terranova, sino á las mismas tierras donde hoy se levantan las más populosas, más opulentas y más cultas ciudades de la civilización americana; pero Colón es y será siempre ante la conciencia de la Historia el descubridor del Nuevo Mundo.

Más de un siglo antes de que la Revolución del 89 proclamara el principio de la soberanía popular y realizase la forma republicana, los puritanos de Inglaterra habían reivindicado los derechos del pueblo, y el trono de los Estuardos había precedido en la caída al de los Borbones; y á pesar de ello, la Revolución de 89 es el pórtico por donde la sociedad moderna pasa del ideal del absolutismo monárquico al ideal de las instituciones libres.

Siempre habrá un precedente que invocar, un nombre que anteponer, una huella que descubrir, en el campo de las más audaces creaciones de los hombres; pero las sanciones de la justicia humana no se atendrán jamás al criterio que parta del rigor de estos fariseísmos cronológicos—miserables cuestiones de prioridad, cuyo sentido se disipa en la incertidumbre crepuscular de todos los orígenes. La predilección en el recuerdo, la superioridad en la gloria, no serán nunca del que primero vislumbra ó acaricia una idea, del que primero prueba traducirla en palabras ó intenta comunicarle el impulso de la acción; sino del que definitivamente la personifica y consagra; del que la impone á la corriente de los siglos; del que la convierte en sentido común de las generaciones; del que la entraña en la con-

ciencia de la Humanidad, como la levadura que se mezcla en la masa y la hace crecer con su fermento y le da el punto apetecido.

Por lo demás, si existe originalidad humana, no que excluya todo precedente, pero sí que se encuentre en desproporción con los precedentes que puedan señalársele, es, sin duda, la originalidad de la persona y la obra de Jesús. El entusiasta conferenciante manifiesta extrañar, por honor de la Humanidad, que se acepte que en las civilizaciones anteriores á Cristo, el sentimiento de la caridad no fuera conocido y practicado en formas tan altas, por lo menos, como las que ha realizado la enseñanza cristiana. La extrañeza es absurda en quien tanto habla de fuerzas que gobiernan la Historia por determinismo y evolución. Lo que implicaría un concepto evidentemente contradictorio con toda idea de evolución y determinismo, sería imaginar que la razón humana ha podido levantarse, desde el primer instante de su desenvolvimiento, á la concepción de la moral más alta, y que la idea del deber no ha necesitado pasar por adaptaciones y modificaciones correlativas con los caracteres del medio, la raza y los demás complejos factores de la Historia, antes de llegar á la moral que constituye el espíritu de nuestra civilización.

Pero entremos á examinar menudamente el valor que tengan las cifras históricas del doctor Díaz, en relación con nuestro asunto. Tal será el tema del artículo siguiente.

II

LOS ORÍGENES HISTÓRICOS DE LA CARIDAD

(Continuación.)

¿Cuál deberá ser el criterio para graduar la oportunidad y eficacia de las citas con que se disputa á Jesús la originalidad de la moral caritativa y el derecho á ser glorificado en primer término por ella? El criterio no puede ser otro que el de aquilatar la influencia que las doctrinas y los nombres citados representen en la obra de difundir y realizar aquella moral, con anterioridad á Jesús. Y como ninguna sociedad humana está obligada á tributar agradecimiento ni gloria, por beneficios de que no ha participado, debe agregarse como condición que el alcance de tales influencias llegue, directa ó indirectamente, á la sociedad que ha de rememorarlas y glorificarlas. De donde se sigue que la cuestión queda lógicamente reducida á investigar los orígenes del sentimiento de la caridad en cuanto se relacionen con la civilización de cuyo patrimonio y espíritu vivimos; la civilización que, tomando sus moldes últimos y persistentes en los pueblos de la Europa occidental, tiene por fundamentos inconcusos: la obra griega y romana, por una parte; la revolución religiosa en que culminó el cometido histórico del pueblo hebreo, por la otra.

No negará el doctor Díaz que esta es la manera como deben encararse los títulos históricos que se pongan frente á los de Jesús; porque de lo contra-

rio, si se admitiera que la simple prioridad cronológica, fuera de todo influjo real, determinase derecho preferente para la apoteosis, llegaríamos á la conclusión de que, resuelto un día el problema de la comunicación interplanetaria y averiguándose que en Marte ó en Saturno empezó á existir antes que en la Tierra una especie racional capaz de virtudes y heroísmos, la Humanidad debería posponer la glorificación de sus apóstoles y sus héroes á la de los héroes y los apóstoles saturninos ó marcianos.

Establecido, pues, el criterio con que procederemos, ha de permitirnos, ante todo, nuestro ilustrado contendor, que pongamos un poco de orden en la sucesión tumultuosa de sus citas, disponiéndolas con arreglo á cierta norma, que, á falta de otra menos empírica, será la de su correspondencia geográfica de Oriente á Occidente. Y ha de permitirnos tambien que comenzando, según este orden, por Confucio, le neguemos resueltamente el pasaporte, con todo el respeto debido á tan majestuosa personalidad. Del lado de Confucio no es posible que haya venido, para la civilización europea, ni frío, ni calor, ni luz, ni sombra. Ninguna suerte de comunicación espiritual, ninguna noticia positiva siquiera, *habían fijado la idea de la China* en el espíritu de Europa, antes de los viajeros del Renacimiento. Era aquella una tierra de leyenda—la Sérica de los antiguos, la Catay semisoñada de Marco Polo. Apenas cuando los navegantes portugueses llegaron á las extremidades orientales del Asia, comenzó á abrirse á las miradas del mundo el espectáculo de ese pueblo que había permanecido por millares de

años en inviolada soledad, tan ajeno á los desenvolvimientos convergentes y progresivos de la historia humana como lo estaría la raza habitadora de un planeta distinto. ¿Por qué grietas de la famosa *muralla* ha podido filtrarse un soplo del aire estagnado dentro de aquella inmensa sepultura, para infundirse en el espíritu de otras civilizaciones y concurrir á formar el sentido moral de la Humanidad?... --Convengamos en que esta piadosa evocación de la jeta mongola de Confucio no pasa de ser un exceso de *dilettantismo* chinesco.

Tras de Confucio, sale á luz la fisonomía, menos pavorosa, de Buda. Nos encontramos en presencia de un ideal moral realmente alto y en algunos respectos no inferior, sin duda, al Cristianismo. Nos encontramos además en un mundo que, del punto de vista étnico, puede considerarse más vinculado al origen de los pueblos occidentales que el propio mundo de Jesús. Y con todo, ¿cuál es la influencia histórica positiva del budismo en la elaboración del espíritu de la civilización cristiana?

Absolutamente ninguna. La religión de Sakia-Muni, expulsada, no bien nacida, de su centro por la persecución de la ortodoxia brahmánica, se extiende hacia el Oriente y hacia el Norte, sigue una trayectoria enteramente opuesta á la que hubiera podido llevarla al gran estuario de ideas de Occidente, y queda así sustraída á la alquimia de que resultó nuestra civilización. Si algún esfuerzo hace el budismo para tomar el rumbo de las remotas emigraciones de los arias, ante la certidumbre histórica ese esfuerzo no pasa de manifestaciones obscuras y dispersas. Si ecos menos vagos de su espí-

ritu cabe sospechar en algunas de las sectas gnósticas de los primeros tiempos cristianos, los ecos se disipan con ellas. Es menester que muchos siglos transcurran, y que el maravilloso sentido histórico del siglo XIX despeje el enigma multisecular de esa India—que no había sido hasta entonces en la imaginación europea más que una selva monstruosa—, para que el foco de infinito amor y de melancólica piedad que había irradiado en la palabra de Buda se revele á la conciencia de Occidente con su poética y enervante atracción, suscitando en el pensamiento germánico las congeniales simpatías que llevaron el espíritu de Schopenhauer al amor del loto de Oriente é indujeron á Hartmann á buscar en el desesperanzado misticismo del solitario de Urulviva el germen probable de la futura religión de los hombres (1).

Queda cerrado el atajo de Sakia-Muni.—Sigamos

---

(1) Las conjeturas de Hartmann sobre el porvenir de la evolución religiosa no excluyen de este porvenir la persistencia de elementos cristianos, ni impiden que el filósofo del pesimismo reconozca explícitamente que la preponderancia y el sentido progresivo de la civilización occidental se deben á la superioridad de la filosofía cristiana, en cuanto afirma la realidad del mundo sobre el idealismo *nihilista* que ha detenido la evolución de los arias asiáticos. Para Hartmann la fórmula religiosa del porvenir será una síntesis del desenvolvimiento religioso ariano, y el semítico, del Budismo y el Cristianismo; sólo que concede marcada preferencia al primero, por entender que el panteísmo es una concepción más conciliable con la idea científica del mundo que el deísmo personal transcendente, y por creer en las ventajas del pesimismo, como fundamento ético, sobre el espíritu, optimista en definitiva, de la moral judeo-cristiana.—Véase HARTMANN: *La religión del porvenir*, capítulos VIII y IX.

adelante. Henos aquí en plena Persia, ante el formidoble *Zarathustra* de Nietzsche, ó el Zoroastro de la denominación vulgar. "¿Cómo hablaba Zarathustra?" Según el doctor Díaz, de manera no menos alta y generosa que Jesús. Démoslo de barato y vamos á lo pertinente: ¿ha transcendido de allí al espíritu de nuestra civilización una influencia positiva que menoscabe la originalidad de nuestra ley moral?—Este es, sin duda, un campo histórico más fronterizo que los de Buda y Confucio, con los orígenes de la civilización cristiana. Admitamos sin dificultad que el ambiente de la religión de la Persia, respirado por los profetas durante el cautiverio, haya suministrado elementos teológicos y morales á la elaboración del mesianismo judío. Concedamos también que, fuera de esa vía de comunicación, el espíritu occidental haya podido asimilarse, por intermedio de la cultura helénica, partículas que procedan del contenido ideal del mazdeísmo; sea desde los viajes más ó menos legendarios de Pitágoras, sea desde las expediciones de Alejandro. ¿Quién es el que se atrevería á precisar, aun así, la vaguedad incoercible de estas infiltraciones históricas, de aquellas que no faltan jamás ni alrededor de la obra de más probada espontaneidad; y quién podría demostrar, sobre todo, que ellas se relacionan con el sentimiento moral cuya procedencia discutimos y que se relacionan hasta el punto de determinar una influencia capaz de considerarse como valor histórico estimable y de pesar en las sanciones de la posteridad?—Por otra parte, ó esta cuestión no existe, ó se reduce á la de la originalidad de la obra de Jesús con relación al testamento antiguo

y á la moral de los filósofos griegos, únicos puentes posibles entre el espíritu del reformador de la Bactriana y la conciencia de la moderna civilización. Ningún otro influjo autoriza á incluir la moral del mazdeísmo entre los precedentes de la moral que profesamos. La religión del Zend-Avesta, no sólo perdió en Moratón y Salamina la fuerza necesaria para propagarse é influir en los destinos del mundo, sino que ni aun supo persistir dentro de sus propias fronteras, y fué barrida de ellas al primer empuje de proselitismo del Corán, para arrinconarse en las semiignoradas regiones donde aún prolonga su lánguidá agonía.—La evocación de Zoroastro no tiene, pues, más oportunidad que la de Confucio y Buda.

Análogas razones invalidan la cita del Egipto, cuya intervención veneranda negocia también el distinguido orador para que le auxilie con la moral del *Libro de los muertos*.—Aquí el contacto es evidente por ambas fases de los orígenes cristianos: evidente el contacto del pueblo de Israel con el imperio de los Faraones, y, por tanto, muy presumible la influencia de la tradición egipcia en el espíritu de la ley mosaica, y evidente el contacto del pensamiento griego, desde Pitágoras, ó desde antes de Pitágoras, con la enseñanza de los sacerdotes del Nilo. Pero estas vinculaciones quedan incluídas entre las de la doctrina de Jesús con la antigüedad hebrea y helénica, punto que hemos de considerar en breve, llevados por los pasos de nuestro replicante. Si Cristo se relaciona con los adoradores de Osiris, será por intermedio de Moisés, y si el cristianismo primitivo se asimila elementos de proce-

dencia egipcia, será por intermedio de los pensadores griegos, y singularmente del neoplatonismo de Alejandría. Lo que cabe preguntar, desde luego, es si la originalidad y virtud de la moral cristiana, como ley de amor extendida á todos los hombres, ha podido venir del seno del *Libro de los muertos;* y para esta pregunta la respuesta negativa se impone con absoluta certidumbre, siendo indudable que lo que la tradición de los egipcios haya proporcionado para la constitución del dogma cristiano, podrá referirse á la parte teológica ó teogónica, pero nunca al espíritu y la expansión de la moral, que aquel pueblo de formulistas y canonistas, con su inmovilidad hierática y su egoísmo desdeñoso y estrecho, jamás hubiera sido capaz de infundir, por su propia eficacia, en el organismo de una fe apta para propagarse é imponerse al mundo.

Vea, pues, nuestro estimable antagonista cómo podíamos habernos ahorrado este paseo por Oriente. No es en aquellas civilizaciones donde se encendió, para la nuestra, el fuego de la caridad. No será allí donde sea posible hallar argumentos que menoscaben la grandeza de la obra de Jesús ni la originalidad de su moral, como títulos para nuestra gratitud y glorificación.—Y esta razón decisiva nos exime de entrar en argumentos de otro orden y juzgar el árbol por sus frutos, según enseña el Evangelio, el valor de la doctrina por los resultados de la aplicación, y mostrar á la China de Confucio momificada en el culto inerte de sus tradiciones; al Tíbet y la Indo-China de Buda, durmiendo, bajo el manzanillo de Nirvana, el sueño de la servidumbre; á la Persia de Zoroastro, olvidada de su originalidad

y su grandeza, para echarse á los pies del Islamismo, y á la Europa y la América de la civilización cristiana, manteniendo en alto la enseña capitana del mundo sobre quinientos millones de hombres, fortalecidos por la filosofía de la acción, de la esperanza y de la libertad.

Mañana relacionaremos la idea cristiana de la caridad con sus inmediatos precedentes: la ley hebrea y la moral helénica, y examinaremos si en este terreno tiene mejor éxito la dialéctica del doctor Díaz.

III

LOS ORÍGENES HISTÓRICOS DE LA CARIDAD

(Continuación.)

Admiremos, ante todo, los contradictorios resultados á que lleva la pasión de la polémica. Es indudable que, para quien se proponga negar la originalidad de Jesús, significa una posición mucho más fuerte colocarse dentro del Antiguo Testamento y tender á demostrar la identidad de su espíritu con la moral cristiana, que remontarse, en busca de inoportunos precedentes, á Confucio, Buda y Zoroastro. Pero como el interés es amenguar á toda costa la fama histórica de Jesús, y como el Antiguo Testamento está demasiado vinculado con Jesús para que allí pueda reconocerse cosa buena siendo el fundador del Cristianismo tan insignificante y tan nulo, nuestro replicante presenta lo que debiera haber sido la parte principal de su argu-

mentación, en esta forma displicente y casi despectiva: "En *los mismos* libros del Antiguo Testamento, anteriores á Jesús, hay preceptos de caridad...", etc.

Los hay, sin duda; y en este punto, no sólo aceptamos el argumento que nos opone, sino que, antes de refutarlo, lo ampliamos y reforzamos por nuestra cuenta.

La caridad—puede, efectivamente, decírsenos—estaba toda en el espíritu y la letra de la ley antigua. El amor del pobre, del desamparado, del vencido, es la esencia misma de esa clamorosa predicación de los profetas, que constituye el más penetrante grito de la conciencia popular entre las resonancias de la historia humana. No hay más efusión de caridad en las parábolas del Evangelio que en las sentencias del Deuteronomio ó en la poesía de los Salmos. La glorificación del esclavo, del humilde, no necesitaba ser revelada por Jesús al pueblo que había probado por sí mismo las amarguras del esclavo, durante la larga noche de su cautiverio.

¿En qué consiste entonces la originalidad moral de la ley nueva? ¿En qué consiste que la caridad deba llevar el sello de Jesús, y no el sello de Moisés ó Isaías? Apenas parece necesario decirlo. En que la Ley y los profetas fueron una obra eminentemente nacional, y la obra de Jesús fué una obra esencialmente humana; en que la Ley y los profetas predicaban para su pueblo, y Jesús predicaba para la Humanidad; en que la caridad de la Ley y los profetas no abrazaba más que los límites estrechos de la nacionalidad y de la patria, y la caridad de Jesús, mostrando abierto el banquete de las recompensas á los hombres venidos de los cuatro puntos

del horizonte, rebosaba sobre la prole escogida de Abraham y llenaba los ámbitos del mundo.

La campaña contra la imagen de Cristo levanta por bandera el postulado de que la caridad prevalece sobre las diferencias religiosas; y desconoce que ese mismo postulado á que se acoge, ese mismo principio en que se escuda, pertenecen, por derecho irrefragable, á quien, oponiéndolos á la tolerancia orgullosa de su tiempo, los consagró para siempre, con la hermosa sencillez de sus parábolas, en el ejemplo de "el samaritano y el levita" (1) que minaba las bases de la caridad fundada sólo en la coparticipación de la fe.

---

(1) San Lucas, X, 30-37.—El señor Bossi, en el libro de que se hablará más adelante (*Jesucristo nunca ha existido*, pág. 173 de la traducción española), invierte los términos de esta notoria diferencia entre la moral del Antiguo Testamento y la del Nuevo, atribuyendo á la fraternidad cristiana el carácter nacionalista ó sectario, y á la judía el humanitarismo. La paradoja no tiene siquiera el mérito de la originalidad. Esta es, desde luego, una cuestión palmariamente resuelta por los hechos históricos, que presentan al Cristianismo tendiendo, desde su nacer, á universalizarse y fundando la unidad humana más amplia y comprensiva, y al Judaísmo confirmándose después de la destrucción de su Templo, y perseverando hasta nuestros días en su exclusivismo de raza y su insociabilidad genial. El señor Bossi no puede desconocer lo evidente, y confiesa (pág. 178) que la fraternidad universal es "la esencia del Cristianismo"; sólo que atribuye este resultado á influencias extrañas á la moral, que llama *sectaria*, del Evangelio. Pero es absurdo pretender que el humanitarismo cristiano proceda, en lo fundamental, de otra parte que de la moral evangélica. Las citas en que apoya la paradoja el señor Bossi (pág. 116) son unilaterales y contrarias á todo principio de lealtad y corrección en la crítica. No sólo se atiene casi exclusivamente al Evangelio de San Mateo, que, como se sabe, es el más penetrado de judaísmo

Pero abramos campo todavía. Imaginemos que esta extensión universal del espíritu caritativo estuviera ya en germen en los preceptos de la antigua ley y no necesitara sino desenvolverse y propagarse. Aun así, el vínculo por el cual esa escon-

---

conservador, sino que toma únicamente de él lo que puede convenir á su prejuicio. Así, menciona la prohibición de entrar en ciudades de gentiles y samaritanos (Mateo, X, 5-7); y el episodio de la mujer cananea (Mateo, XV, 22-26), no sin excluir de la referencia los versículos finales (27 y 28), que completan, y en cierto modo rectifican, el sentido; y el pasaje que presenta á los apóstoles juzgando sólo á las doce tribus de Israel (Mateo, XIX, 28). La refutación de pleitista consistiría en argüir que el significado de esos y otros pasajes debe tomarse en la inteligencia de una simple prioridad cronológica en la conversión de los judíos respecto de la de los gentiles, como cabe sostener, fundándose en la versión dada por San Marcos (VII, 27) de las palabras de Jesús á la Cananea, y en las de San Pablo y San Bernabé á los judíos en las "Actas de los Apóstoles" (XIII, 46). Pero la sinceridad crítica y el interés desapasionado en la indagación de la verdad están en aceptar derechamente el significado judaísta de tales referencias, para argumentar luego con que no es admisible valorarlas sin poner al lado de ellas los lugares en que aparece, de manera clara é inequívoca, el sentido humanitario. Así, en el mismo Mateo, el episodio del centurión de Cafarnaum (VIII, 5-13), y la parábola de los labradores sustituídos en el cultivo de la viña (Mateo, XXI, 33-43; Marcos, XII, 1-9; Lucas, XX, 9-16), y la de los caminantes llamados al convite de bodas (Mateo, XXII, 2-10; Lucas, XIV, 16-23); y en Lucas, la citada parábola del samaritano y el levita, y el caso del samaritano agradecido (XVII, 11-16), y en Juan, la hermosísima escena de la Samaritana (IV, 5-23), y finalmente, los mandatos de que el Evangelio se predique á todas las gentes y naciones, en Mateo (XXIV, 14, y XXVIII, 19), en Marcos (XVI, 15) y en Lucas (X, 1 y XXIV, 47), corroborados en Juan con el anuncio de la glorificación de Jesús por los gentiles (XII, 20-23). Es, pues, inexcusable la necesidad de reconocer en los Evangelios la huella de ambas tendencias—judaísmo y humanitarismo—tal como alterna-

dida virtud de la tradición mosaica se habría comunicado con el mundo y le habría conquistado y redimido, no sería otro que la palabra de Jesús. En Grecia, en Roma, en todo el Oriente del Mediterráneo, las colonias judías precedieron en mucho tiem-

---

tivamente se imponían al espíritu de los evangelistas, y partiendo de aquí, quien se proponga inferir con sinceridad, entre ambas, cuál es la que verdaderamente interpreta la posición original de Jesús, se inclinará, sin género de duda, á atribuirle el sentido humanitario, y hallará para los vestigios del Judaísmo, ya la explicación de que el Maestro no llegó probablemente á aquél desde el primer instante de sus predicaciones, ya la de las resistencias que en la mente de los discípulos, sujeta todavía por los vínculos de la tradición y la raza, debía hallar el atrevimiento de un espíritu inmensamente superior al de ellos en amplitud é independencia genial de tales vínculos. Sabido es que la lucha entre la tendencia universalista y la judaica constituye, durante el primer siglo, el conflicto interior del cristianismo naciente, y por mucha parte que deba atribuirse en el triunfo de la expansión humanitaria á la iniciativa de San Pablo, es seguro que esta iniciativa no hubiera prosperado á no tener hondas raices en la doctrina original. Nadie puede lealmente desconocer que el sentido humanitario es el que se conforma y armoniza con el carácter general de la personalidad y la doctrina de Jesús. y desde luego el que fluye necesariamente de su concepción del sentimiento religioso: separando este sentimiento de la autoridad de la tradición y de la ley, para darle por fundamento único la intimidad de la conciencia, la sinceridad del corazón, no podía menos de llegarse á repudiar la idea del privilegio de un pueblo elegido y de la indignidad de los otros. Los dos grandes historiadores del Jesús *humano* concuerdan en la interpretación del espíritu del Reformador en este punto. Véase RENAN: *Vida de Jesús*, cap. XIV: "Relaciones de Jesús con los paganos y los samaritanos", y STRAUSS: *Nueva vida de Jesús*, Lib. I, XXVI: "Jesús y los gentiles." Consúltese también en Strauss la "Mirada retrospectiva sobre los tres primeros Evangelios": Ob. cit., Introducción, XIX, XX, XXI.

po á las misiones de los apóstoles; pero su espíritu no fué, antes de la propagación del Cristianismo, más que un ánfora cerrada, sin transcendencia real en el ambiente. ¡Qué miserable virtud había de tener por sí solo para mover la corriente magnética de las simpatías humanas! La sinagoga sin Jesús es el fariseísmo: el hedor del sepulcro, la hipocresía de la fórmula. Jamás pudo surgir de almas de fariseos la redención de la Humanidad. Lejos de coperar desde sus reductos á la obra histórica del Cristianismo, la ortodoxia judía, que sacrificó al Reformador en nombre de la ley, fué el mortal enemigo que hubo de vencer la fe naciente, no ya fuera, sino dentro mismo de su seno, y el Cristianismo necesitó romper los últimos lazos que le sujetaban á la tradición para no perecer consumido por su sombra, como habría perecido, sin duda, si el genio propagador y humanitario de San Pablo no le arrancara de aquella atmósfera de muerte, separando, según el precepto del Maestro, el vino nuevo de los odres que le hubieran agriado.

Cabe aún una última objeción—si es que puede llegarse á la última objeción—cuando se tiene enfrente la pertinacia imperturbable de las opiniones sistemáticas. Jesús no se levanta sobre la planicie del fariseísmo como montaña aislada y súbita, á manera de los conos volcánicos. Anhelos é impulsos de reforma; tendencias inconexas, pero inconscientemente convergentes en el sentido de comunicar más efusión de amor al espíritu de la caridad, más amplitud y fuerza íntima al sentimiento religioso, más extensión humanitaria á la idea de la solidaridad social, se agitaban, con la recrudes-

cencia de las esperanzas mesiánicas, en torno de la sinagoga; y en ese desasosiego presagioso el Maestro de Nazareth no fué el único ni el primero.—Algo aprovecha de este argumento posible el doctor Díaz; y así, aunque con un tanto de incongruencia—furtivamente deslizado entre su Buda, su Zoroastro y su Confucio—trae á luz el nombre de Filón, el judío de Alejandría que, simultáneamente ó con alguna anterioridad á Jesús, obtuvo de la conciliación del deísmo de su pueblo con la filosofía neoplatónica, una moral inspirada en un alto sentimiento de la fraternidad humana. Demos paso á Filón—y hasta proporcionémosle cortejo, recordando que aún pudo el conferenciante abonar su tesis contraria á la originalidad del Cristianismo, con nombres que convinieran mejor á su objeto que el de Filón; siendo así que, respecto del pensador alejandrino, nadie duda que permaneció Jesús en incomunicación absoluta, mientras que es sostenible la influencia de los Esenios, con su apartamiento de las observancias exteriores y su sentido semicristiano de la caridad; y muy sostenible la de moralistas como Hillel, el rabino de las suaves sentencias, más verdadero precusor de Jesús que el tétrico y adusto Bautista.—Pero ya se refieran los precedentes á la *utopía* social de los esenios, ya al judaísmo helenizante de Filón, ya á las sentencias de la tradición oral recogida en las páginas de los libros talmúdicos, es indudable que en los últimos tiempos de la antigua Ley cabe encontrar, antes ó fuera de la palabra de Jesús, muchos de los elementos en que pueda concretarse la diferencia *literal* de la ley nueva, respecto de la antigua.

¿Qué dificultad hemos de oponer para reconocerlo quienes no vemos en la obra del fundador del Cristianismo cosa divina, materia de revelación, sino obra de genio y monumento de grandeza humana?—Demuéstrese triunfalmente todo ello, ordénense, en dos columnas paralelas, el Nuevo Testamento por un lado, por el otro extractos del Antiguo, de los tratados de Filón y del Talmud; señálense las relaciones, las semejanzas, las coincidencias... y después de esto la originalidad de Jesús quedará siendo tan alta que jamás obra humana merecerá á más justo título que su obra el nombre de *creación.*

Lo que queda dicho al precisar las condiciones que determinan la caridad histórica de los iniciadores y reformadores, define suficientemente el sentido de esa afirmación, que no será paradojal más que para los que se alleguen á estas cuestiones con la estrechez del criterio legista, apegado á la ruindad de la letra, incapaz de la mirada que desencarna el alma de los acontecimientos y las cosas.

El genio es esencialmente la originalidad que triunfa sobre el medio; pero esta originalidad en que consiste el elemento específico del genio, no significa la procedencia extratelúrica del aerolito; no excluye, como lo entendería una interpretación superficial, la posibilidad de rastrear, dentro del mismo medio, los elementos de que, consciente ó inconscientemente, se ha valido; los precedentes que de cerca ó de lejos le han preparado; el cultivo que ha hecho posible la floración maravillosa. Lo que sobrepuja en el genio todo precedente, lo que se resiste en el genio á todo examen, lo que desafía

en el genio toda explicación, es la fuerza de síntesis que, reuniendo y compenetrando por un golpe intuitivo esos elementos preexistentes, infunde al conjunto vida y sentido inesperados, y obtiene de ello una unidad ideal, una creación absolutamente única, que perseverará en el patrimonio de los siglos, como la síntesis química obtiene de la combinación de los elementos que reune un cuerpo con propiedades y virtudes peculiares, un cuerpo que no podría definirse por la acumulación de los caracteres de sus componentes.

Así en el Arte, como en la Ciencia, como en la creación moral.—Todo Shakespeare puede ser reconstruído con autores que le precedieron, para quien sólo atienda á los argumentos de sus obras; y en cuanto á la originalidad literal, dos mil entre seis mil versos suyos son remedos ó reminiscencias; pero no es sino Shakespeare quien, con ese material ya empleado, impone á la admiración eterna de los hombres *Romeo y Julieta*, *Hamlet*, *Macbeth*, *Otelo*.

Y hemos de ver más adelante que cuando se trata de la iniciativa de revoluciones morales, las *ideas*—en cuanto este nombre designa la simple noción intelectual—son, no menos que en el Arte, elemento secundario, y la personalidad *viviente* del reformador, la personalidad que siente y obra, es casi todo. Las ideas que el análisis puede disociar en la doctrina de Jesús se hallaban en la ley mosaica, en los Profetas, en el "Eclesiástico", en Hillel, en Antígono de Soco, en Filón, en el Bautista; pero sólo Jesús, sólo su fuerza sublime de personalidad, obtiene de esos elementos flotantes, dispersos ó inac-

tivos, esta síntesis soberana: la moral y la religión de veinte siglos, el porvenir del mundo, la regeneración de la Humanidad.

Toda argucia fracasa ante la sencillez formidable de este hecho; cualquiera otro nombre á que quisiera vincularse la gloria de la caridad, entre los que hemos citado, sólo tendrá tras sí ó el olvido ó una fama sin calor ni transcendencia activa en la realidad de lo presente, y el nombre de Jesús es, y seguirá siendo durante un porvenir cuyo límite no se columbra, el núcleo del proselitismo más fervoroso, más expansivo y más avasallador de que haya ejemplo en la memoria de los hombres.

IV

LOS ORÍGENES HISTÓRICOS DE LA CARIDAD

(Conclusión.)

Empezaremos hoy agradeciendo al doctor Díaz que nos proporcione ocasión de respirar por una hora el aire que circula entre los mármoles del Acrópolis y sacude las armas de los olivos de Minerva. Siempre es grata esta peregrinación á que nos invita. De aquella parte vino lo más noble de nuestro patrimonio intelectual: Ciencia, Arte, investigación metódica, sentido de lo bello.—¿Vino también de allí un ideal de amor caritativo que, excediendo de la extensión de la ciudad y de la raza, y transcendiendo de la esfera del pensamiento abstracto al sentimiento y á la acción, volviese vana la enseñanza del Redentor del mundo?

Examinemos la nueva provisión de citas de nues-

tro estimable replicante.—Procede descartar, desde luego, la que se refiere (de modo general y sin abonarse concretamente la oportunidad de la cita) á las sentencias que en las epopeyas de Homero y los poemas de Hesodio reflejan las ideas de conducta que gobernaban el espíritu de aquellas sociedades en tiempos primitivos y semibárbaros, caracterizando un sentido moral que fuera absurdo paragonar con el que orienta la marcha de nuestra civilización (1). La moral de Pitágoras, si señala un nivel más alto, no pasa de especulación filosófica á ley de conducta, sino en la forma de organización clausurada y conventual, necesariamente efímera en un pueblo á cuyas más íntimas condiciones repugnaba y que pronto prefirió volverse á atender, del lado de los sofistas, el juego vano, pero alegre y audaz, de las ironías dialécticas.—Más sentido y substancia hay, sin duda, en el recuerdo de Sócrates, por quien un ideal superior al recibido de la tradición aparece al aire libre de la propaganda.

Nadie puede negarse á reconocer en la esencia

---

(1) El espíritu de la moral anterior á la Filosofía puede concretarse de esta manera: «el bien para el amigo; el mál para el enemigo». La venganza era el *placer de los dioses*. Esta noción espuria de justicia suele reaparecer, aun en la plenitud de la cultura griega, en los filósofos y en los poetas. Véase, por ejemplo, en Esquilo, la contestación de Prometeo al coro que le exhorta á cejar: *Promoteo encadenado*, verso 970. Si la caridad tiene, desde los primeros tiempos de Grecia, un lejano anuncio en las costumbres, éste es la *hospitalidad:* el agasajo del caminante y el extranjero, hecho en obsequio de Júpiter Hospitalario, con el candor patriarcal cuya poesía embalsama la encantadora fábula de «Filemón y Baucis» reproducida por Ovidio: *Metamorfosis*, libro VIII.

de la doctrina de Sócrates elementos comunes con los que imprimieron carácter á la revolución moral del Cristianismo.—*Sancte Socrate, ora pro nobis*, rezaba el viejo Erasmo.—Emancipando la moral de la tradición y la costumbre, para fundarla sobre la íntima potestad de la conciencia, Sócrates anticipaba en cierto modo la reivindicación cristiana de "el espíritu y la verdad", antepuestos á la autoridad tradicional de la ley. Oponiendo al egoísmo receloso de la *ciudad* antigua aquel vislumbre de sentimiento humanitario que inspira las palabras que nos ha transmitido Cicerón: "No soy de Atenas: soy del mundo", anunciaba el sentido de cosmopolitismo con que los estoicos prepararían el escenario del imperio romano á la propaganda de la idea cristiana. Sellando su amor de la verdad con la resolución del sacrificio, daba el ejemplo del testimonio sublime de los mártires, de que el Cristianismo recibiría su prestigio y su fuerza.

Pero si injusto sería desconocer la gloria de estos precedentes, aún más injusto sería exaltarla hasta el punto de anular por ella la originalidad de Jesús. Desde luego—y esto bastaría á nuestro propósito—lo que entendemos por caridad no tiene marco que ocupar en la doctrina socrática. El sentido cristiano de la caridad es el bien practicado sin condiciones, aun á cambio del mal recibido, y aun con la presunción de la ingratitud del mal. Y la moral de Sócrates nunca pasó de la noción de justicia que se define activamente por la retribución del bien con el bien, y que frente al malo sólo prescribe la actitud negativa de no retribuirlo con el mal. No es, en lo que tiene de activo, más que la relación

armoniosa que el maravilloso instinto plástico de la fábula griega había personificado en las tres Gracias: la que concede el beneficio, la que lo recibe y la que lo devuelve. Las Gracias formaban un grupo inseparable y la tercera nunca quedó aparte de las otras.

Esta consideración sería suficiente—insisto en ello—para eliminar la oportunidad de la cita; pero aun cuando se concediera que la enseñanza recogida por Jenofonte y por Platón entrañase una moral tan alta como la que se propagó desde las márgenes del Genezareth, siempre quedaría subsistente la diferencia esencialísima que se refiere á la eficacia y la extensión de ambas iniciativas morales. Por más que Sócrates predicase en la plaza pública y hablara al pueblo en el lenguaje del pueblo, su reforma nacía destinada á no prevalecer sino en las altas regiones del espíritu. Su ley moral partía de la eficiencia del conocimiento, de la necesidad de la sabiduría como inspiración de la conducta; y esta concepción aristocrática, que limitaba forzosamente la virtud á un tesoro de almas escogidas, llevaba en sí misma la imposibilidad de popularizarse y universalizarse.—De Sócrates no hubiera podido surgir jamás, para la transformación del mundo, una pasión ferviente ni un proselitismo conquistador.

Instituyó, sí, una orientación filosófica perdurable, un fundamento racional y metódico que perseveró en las construcciones de la ciencia helénica; y que en la relación de la moral produjo ideas que, en Platón y sus discípulos, se elevan á menudo á una alta noción de la solidaridad humana y á conceptos no distantes de la caridad, desenvolviendo esa teo-

ría de amor que había de ser el más eficaz elemento que hallaría el Cristianismo naciente para asimilarse y apropiarse la obra de la Filosofía. Pero nunca esta moral transciende del ambiente de la escuela y se levanta en llama capaz de inflamar y arrebatar las almas, determinando una revolución que modifique los moldes de la realidad social y convierta sus principios en sentido común de los hombres. Nada era menos conciliable con la íntima serenidad del genio griego que el instinto de la propaganda moral apasionada y simpática, de donde nacen los grandes movimientos de reforma social ó religiosa.

En el espíritu romano—tributario, como es bien sabido, del griego, en todo lo que no surgió de su ruda y soberbia espontaneidad—el hecho histórico es que la caridad no tiene, antes del auge del estoicismo, precedentes más intensos ni extensos, en la teoría ni en la conducta, que los que cabe hallarle dentro de Grecia; á pesar de los conceptos puramente abstractos, sin fuerza de propaganda y realización, que—como el *charitas generis humani* ciceroniano—puedan entresacarse para demostrar la oportunidad con que nuestro replicante haya procedido en sus citas de Cicerón, Horacio y Lucrecio. Y dejemos de lado la extravagancia de incluir al liviano y gracioso espíritu de Horacio, sólo porque haya hablado alguna vez de austeridad y de virtud, entre los educadores y propagandistas morales; que es como si á alguien se le ocurriera retratar á lord Byron con el uniforme del "Ejército de Salvación"...

Llegan las vísperas de la regeneración del mundo. La filosofía clásica parece aspirar, en aquella

expectativa inconsciente, á un sentido más activo y revolucionario, que la convierta en fuerza de sociabilidad y en inspiración de la voluntad individual; y sobre el desborde de todas las abyecciones y todas las concupiscencias, se propaga la moral á que el conferenciante alude con los nombres de Epicteto Séneca y Lucano: se propaga la moral del estoicismo, por quien la escuela adquiere ciertos visos de religión; por quien el convencimiento asume ciertos caracteres de fe; por quien la razón teórica tiende á infundirse y encarnarse en la eficiente realidad de la vida.—El estoicismo trajo como fermento de su moral la idea más alta que se hubiera profesado nunca, de la igualdad de los hombres: lo mismo en la relación del ciudadano al extranjero, que en la del señor al esclavo, preconizó la dignidad del dolor, exaltó la aprobación de la conciencia sobre los halagos del mundo y produjo su magnífica flor de grandeza humana en el alma perfecta de Marco Aurelio.—¿Con qué conquista positiva, con qué adelanto tangible en la práctica de la benevolencia y la beneficencia contribuyó, entretanto, el estoicismo al advenimiento de la caridad?... Tal vez con algún alivio en la suerte del esclavo, cuando el señor era estoico; tal vez con algún influjo en las modificaciones de la legislación, para mitigar las diferencias sociales; pero ningún resultado práctico nació del estoicismo que, ni remotamente, se hallara en proporción con la teoría, ni prometiese en él la aptitud de realizarla por sus fuerzas.—Faltaban á aquella última y suprema fórmula de la moral pagana el jugo de amor y la energía comunicativa; y su virtud apática, su *deber* de abstención y resistencia, capaces de

suscitar dechados de austeridad individual, pero ineptos para remover el fondo de la conciencia común y arrancar de ella el ímpetu de una reforma, permanecían con la inmovilidad del mármol ante el espectáculo de aquel orden moral q ıe se disolvía y de aquel mundo que se desmoronaba. Después, como antes, de los estoicos, el pueblo no tuvo norma que seguir del lado de la Filosofía: en el espíritu del pueblo la Filosofía había destruído y no había edificado, y la corrosión del escepticismo, que apresuraba la fuga de los dioses, no se reparaba con ninguna afirmación que viniese á llenar el vacío de las conciencias sin gobierno y á retemplar la fibra enervada de los corazones.

Esto es todo cuanto el mundo clásico ofrece como precedentes del sentimiento cristiano de la caridad. —La dominación espiritual de Grecia dió á la unidad romana el resplandor de las ideas, la selección de las costumbres, el timón del criterio, la aguja magnética del gusto; pero no le dió la regeneración moral. Encarézcanse en buen hora los elementos con que el espíritu de Grecia contribuyó á desenvolver y dejar constituído en organismo cabal y poderoso el germen de la idea cristiana, desde que este germen tomó vuelo hacia Occidente. Váyase aún más allá, y señálese en la excitación que concurrió á fomentarlo y madurarlo dentro de su propio terruño, la parte que quepa atribuir á las influencias helénicas que hubieren alcanzado á penetrar en el ambiente de Judea por medio de los prosélitos paganos, y, si se quiere, de la misma escuela helenizante de Egipto. Todo lo que se diga no alterará la verdad de que la célula central, el germen precioso,

donde está la fuerza de vida, sin cuya virtud la más pingüe tierra nunca dará de sí un tallo de hierba, vino de otra parte y no tenía en el espíritu de la civilización grecorromana cosa capaz de sustituirlo.

No he de ser yo quien propenda á amenguar la autoridad con que Grecia preside en lo más bello y más sólido de nuestro pensamiento. Aquel pueblo único produjo para la Humanidad su obra cien veces gloriosa, y ella dura y durará por los siglos de los siglos. Sin la persistencia de esta obra, el Cristianismo sería un veneno que consumiría hasta el último vestigio de civilización. Las esencias más salutíferas, los específicos más nobles, son terribles venenos, tomados sin medida ni atenuante. Es una gota de ellos lo que salva; pero no por ser una gota deja de ser la parte esencial en la preparación con que se les administra. Lo que en la redoma del farmacéutico da el olor aromático, el color, la eficacia medicinal, la virtud tónica, es á menudo una gota diluída en muchas partes de agua. El agua fresca y preciosísima, el agua pura de la verdad y la naturaleza, es lo que Grecia ha suministrado al espíritn de nuestra civilización.—Agradezcamos esta agua; pero no desconozcamos por eso la gota de quintaesencia que la embalsama, y le da virtud de curar, y la guarda de que se corrompa.

Ambos principios han llegado á conciliarse, más ó menos armoniosamente, en la complexidad de nuestro espíritu, en nuestro sentimiento de la vida; pero, en cuanto á su origen, ni pudieron brotar juntos, ni era dable que se lograsen sino á condición de creer en medios diferentes, adecuados á las respectivas leyes de su desarrollo. La obra de Grecia,

no sólo no arraigó en la conciencia humana el sentimiento de la caridad, sino que implícitamente lo excluía. Cada civilización, cada raza considerada como factor histórico, son un organismo cuyas fuerzas convergen necesariamente á un resultado que, por naturaleza, excluye la posibilidad de otros bienes y excelencias que aquellos que están virtualmente contenidos en el principio de su desenvolvimiento. No se corona el rosal con las pomas del manzano; no tiene el ave de presa el instinto de la voz melodiosa; ni á las razas que recibieron el dón del sentimiento estético y la invención artística, fué concedida la exaltación propagadora en materia de moral y de fe. La obra de Grecia era el cultivo de la perfección plástica y serena: la formación de la criatura humana noble, fuerte, armoniosa, rica de facultades y potencias para expandirse, con la alegría de vivir en el ambiente luminoso del mundo; y en la prosecución de esta obra el débil quedaba olvidado; el triste quedaba excluído; la caridad no tenía sentido atendible, ni parte que desempeñar. Donde la libertad no acompañada por un vivo sentimiento de la solidaridad humana es la norma suprema, el egoísmo será siempre la sombra inevitable del cuadro. La compasión, nunca muy tierna ni abnegada, ni aun entre los vinculados por los lazos de la ciudadanía, tocaba su límite en la sombra donde habitaban el esclavo y el bárbaro.

Un día se presentó en el Areópago de Atenas un judío desgarbado y humilde, que hablaba, con palabras balbucientes, de un dios desconocido, de una ley ignorada, de una era nueva... Su argumentar inhábil hizo sonreir á los filósofos y los rectores,

iniciados en los secretos de la diosa que comunica los dones de la razón serena y de la irresistible persuasión. El extranjero pasó; ellos quedaron junto á sus mármoles sagrados, y nadie hubiera podido hacerles comprender entonces por qué, con la dirección moral de su sabiduría, el mundo se había rendido á la parálisis que le mantenía agarrotado bajo la planta de los Césares, y por qué Pablo de Tarsos, el judío de la dialéctica torcida y la palabra torpe, llevaba consigo el secreto de la regeneración del mundo.

V

LA PERSONALIDAD EN LOS REFORMADORES MORALES

Hemos examinado una por una las pruebas históricas que se nos oponían, y hemos demostrado la inoportunidad de todas ellas, ya por referirse á influencias que no alcanzan al ambiente de nuestra civilización, ya por aludir á sistemas morales inferiores á la idea cristiana del deber, ó que carecieron de aptitud de proselitismo y realización. Todo cuanto puede concederse es que preexistiera, en las fórmulas de la moral pagana, el *concepto intelectual* de la caridad, de manera más ó menos aproximada á la extensión humanitaria y á la categoría moral de deber imperativo que dió á aquel concepto la doctrina cristiana.—Y ahora, ¿por qué los que, dentro del paganismo, ó dentro de las tendencias más ó menos divergentes de la sinagoga, llegaron intelectualmente al principio del amor caritativo, no dejaron tras sí más que indiferencia ó ecos vanos y es-

téríles, y sólo Jesús produjo la revolución moral que le da derecho imprescriptible á la posesión y á la gloria del principio?

Porque una cosa es formular ideas y otra muy distinta sugerir y propagar sentimientos.

Porque una cosa es exponer la verdad y otra muy distinta entrañarla en la conciencia de los hombres de modo que tome forma real y activa.

Lo primero es suficiente en los descubrimientos é invenciones de la Ciencia; lo segundo es lo difícil y precioso y lo que determina la calidad de fundador en los dominios de la invención moral.

Las revoluciones morales no son obra de *cultura*, sino de *educación* humana; no se satisfacen con revelar una idea y propagarla, sino que tienen como condición esencialísima suscitar un entusiasmo, una pasión, una fe, que cundiendo en el contagio psíquico de la simpatía, y manteniéndose triunfalmente en el tiempo, concluya por fijarse y consolidarse en hábitos, y renueve así la fisonomía moral de las generaciones.

El mecanismo de la psicología colectiva no es diferente del de la psicología individual; y en la una como en la otra, para que la idea modifique el complexo viviente de la personalidad y se haga carne en la acción, ha menester transcender al sentimiento, infalible resorte de la voluntad, sin cuyo calor y cuya fuerza la idea quedará aislada é inactiva en la mente, por muy claro que se haya percibido su verdad y por muy hondo que se haya penetrado en su lógica.

Los grandes reformadores morales son creadores de sentimientos, y no divulgadores de ideas.

La moral de Séneca el estoico se levanta casi tan alto como la del Evangelio; pero Séneca no sólo dejó inmóvil é indiferente el ánimo de sus contemporáneos, sino que su moral, falta del calor que se une á la luz intelectual de la convicción para refundir el carácter, no impidió que la conducta del propio Séneca siguiese el declive del egoísmo abyecto de su tiempo. — Era la suya "moral muerta", como diría Ribot.

¿Cuál es, entonces, la condición necesaria para inflamar este fuego del sentimiento, con que se forjan las revoluciones morales?—Ante todo, que el reformador empiece por transformar en sí mismo la idea en sentimiento: que se apasione y exalte por su idea, con la pasión que arrostra las persecuciones y el martirio; y además, que demuestre la constancia de este amor por medio de sus actos, haciendo de su vida la imagen animada, el arquetipo viviente de su palabra y su doctrina. El verdadero *inventor* de una idea en el mundo moral es, pues, el que primero la transforma en sentimiento propio y la realiza en su conducta.

Pero aún no son suficientes esas dos condiciones para que la iniciativa del apóstol alcance la virtualidad que la convierte en substancia de los hechos históricos: ya que puede el apóstol apasionarse por su idea, y rendirle la vida en holocausto, y haberla hecho carne en su conducta, y á pesar de ello no dejar en torno de su nombre más que silencio y soledad, sino que la palabra y los actos del reformador han de tener la virtud comunicativa, el irresistible poder de sugestión, el dón simpático que solemos llamar *prestigio* y que hace que, dejando de

ser aquellos actos una excepción individual, se difundan por la imitación y el ejemplo: de donde concluiremos definitivamente que el verdadero inventor de una idea, con relación al mundo moral, es el que la transforma en sentimiento, la realiza en conducta y la propaga en ejemplo.

Considerada á esta luz la personalidad del fundador del Cristianismo, asume con preeminencia incontestable la representación del ideal moral que selló con su martirio. Es por él por quien la caridad desciende de la región de las ideas y se convierte en sentimiento universal y perdurable; es por él por quien inflama los corazones para traducirse persistentemente en acción, y reserva un lugar, en el organismo de la ciudad, para el hospital, el asilo, el refugio de ancianos, la casa de huérfanos. Apreciando de esta manera la magnitud de su obra es como se tendrá la medida de su originalidad sublime.

No fué otra la originalidad de Buda en su medio. Cuanto hay de teórico y doctrinario en su enseñanza preexistía, y era el fondo de los libros sankias y vedantas; pero por él se transformó en sistema activo, en revolución social, en proselitismo religioso.

Concretaremos de manera más simple y breve lo que va expresado, si decimos que lo que importa en el origen de las revoluciones morales es, ante todo, la personalidad real y viva del reformador: su personalidad, y no, abstractamente, su doctrina.

El dón de atraer las almas, que infundió la palabra de Jesús en el núcleo humilde de sus primeros adeptos, hasta el punto de darles, con esta vocación propagandista, fuerza necesaria para resistir el

peso de un imperio y una ciencia hostiles—como la burbuja de aire que, por su fuerza infinita de expansión, equilibra el peso de la columna atmosférica—: esta eficacia misteriosa y nunca igualada, no venía directamente de la doctrina del Maestro, sino, ante todo, de la maravillosa sugestión de su personalidad: de la impresión imborrable y fascinadora que dejó en el espíritu de su pobre cohorte; de la *locura de amor* que supo inflamar en torno suyo.

Este era el talismán incontrastable que aquel grupo de hombres sin malicia llevaba consigo.—La personalidad del Maestro, viva en su memoria y en su corazón; la doctrina, propagada en alas de ese recuerdo fervoroso, de esa onda magnética de sugestión persistente: tal es el secreto de aquel triunfo único en lo humano: de esta manera fué regenerado el mundo.

No tendrá clara idea de la psicología de las revoluciones morales el que no conceda todo el valor que deba atribuírsele á este factor importantísimo de la *personalidad.*

Sócrates mismo—con no haber sido un fundador moral en el sentido de Jesús ó de Buda—debió la mayor parte de su influencia real, no tanto á la profesión de una doctrina determinada y concreta—puesto que fué mucho más lo que sugirió que lo que significó y concretó—cuanto á la atracción que supo ejercer en torno suyo, á la persistencia que acertó á infundir en la impresión causada en el ánimo de los que le rodeaban, por la sugestión de su palabra y el modelo de su vida.

Hay, dentro del mismo escenario de los orígenes cristianos, un interesante ejemplo de lo que deci-

mos. El influjo de la personalidad del fundador es hecho tan esencial, que un hombre del genio y la asimilación intuitiva de San Pablo, nunca logró compensar del todo la inferioridad en que quedó, en muchos respectos, para con los candorosos discípulos de Galilea, con no haber vivido como ellos en compañía del Maestro; con no haber presenciado por sus propios ojos las escenas de la Pasión; con no haber escuchado por su propios oídos el Sermón de la Montaña... Bien se echa de ver en San Pablo, á pesar de toda su grandeza, que no estuvo nunca al lado de Jesús.

Y este valor de la personalidad de los reformadores, independientemente de lo que hay de concreto en su doctrina, adquiere singular oportunidad é importancia cuando se trata de evitar el riesgo de juzgarles con lamentable insuficiencia y estrechez al apreciar los quilates de su originalidad y la eficacia de su influjo.

La personalidad del genio es un elemento irreductible y necesario en la misteriosa alquimia de la Historia.—Hay algo de inexacto, pero hay mucho de verdadero, en la teoría de *los héroes* de Carlyle.—La fatalidad de las fuerzas naturales; la acumulación de las pequeñas causas; la obra obscura de los trabajadores anónimos; la acción inconsciente de los instintos colectivos, no excluyen el dinamismo peculiar de la personalidad genial, como factor insustituíble en ciertos momentos y para ciertos impulsos; factor que puede ser traído, si se quiere, por la corriente de los otros; fuerza que puede no ser sino una manifestación ó concreción superior de aquellas mismas fuerzas, tomando conciencia de sí,

acelerando su ritmo y concentrando su energía, pero que, de cualquier modo que se la interprete, responde á una necesidad siempre renovada y tiene significado sustantivo (1).

No se explican los impulsos enérgicos de innovación que responden á una norma ideal orgánica, sin la conciencia de un grande hombre; no se explica el origen de la caridad cristiana sin el corazón y la voluntad de un Jesús. Por eso, los que se empeñan

---

(1) Nadie que siga con algún interés el desenvolvimiento de la filosofía de la Historia, desconoce que el problema del valor relativo de la conciencia genial y de la acción inconsciente de la masa es uno de los que con más animación y persistencia se han discutido y discuten. El influjo de Nietzsche, la nueva propagación de las doctrinas de Carlyle y de Emerson, y otras influencias, han determinado en los últimos tiempos una reacción contraria á la excesiva importancia que se concedió á la acción de la muchedumbre, y favorable al papel histórico del genio. Pero lo que importa hacer notar sobre todo, es que ninguna tesis autorizada y duradera llegó nunca á la afirmación de uno solo de ambos factores y á la negación del otro, sino que todas ellas aceptan, aunque en diversa proporción, y según diferentes relaciones, la necesidad complementaria de ambos. Véase, por ejemplo, cómo el individualismo histórico de Hegel, no sólo no significa negar el valor de la obra común, sino que implícitamente lo afirma, hasta el punto de que, según se considere su tesis, ya lleva á la deificación de los hombres providenciales, ya conduce á la idea de la pasividad del grande hombre, convertido en dócil instrumento que no hace sino continuar y terminar la obra de todos, y esto mismo sólo porque el azar le coloca en el punto y hora en que ella ha de terminarse. (HEGEL: *Filosofía del Derecho*; Prefacio.) Y para ejemplo de la posición contraria, nótese cómo Le Bon, sostenedor de la preponderante eficacia de las multitudes, encarece la necesidad de la dirección individual que las polarice y oriente. (LE BON: *Psicología de las muchedumbres*; lib. II, cap. III.)

en desconocer la realidad histórica de esta sublime figura, los que niegan la existencia personal de Jesús, no reparan en que su tesis, huyendo de aceptar lo que llaman el milagro de una personalidad tan grande, incide en la suposición de un milagro mayor: el de una obra tan grande realizada por personalidades relativamente tan pequeñas como las que quedan en el medio desde el cual se propaga el Cristianismo, si se elimina la personalidad del fundador (1).

Exclúyanse —si se quiere—, por legendarias ó dudosas, de la vida de Jesús, toda determinación bio-

---

(1) Esta referencia á la tesis que niega la existencia personal de Jesús es oportuna, porque, á lo que parece, ella ha ganado algún auge en nuestro ambiente, á favor de la divulgación de cierto libro escrito en italiano por al señor Emilio Bossi y traducido en nuestro idioma en un volumen de la «Biblioteca contemporánea» de Granada y Ponzinibbio: libro que está en todas las manos y explota la común afición hacia los ruidos que se tiene por nuevos, aunque se hallen muy lejos de serlo; libro iliterario por la forma y vulgarísimo en el fondo, donde la conocida tesis de Ganneval—y, hasta cierto punto, de Havet—se rebaja á la entonación de esa *propaganda* efectista y batallona que es en sí misma un prejuicio inconciliable con la indagación histórica de la verdad.

Esa obra, profanación de fuentes muy dignas á menudo de estudio y de respeto, no merecería la menor atención si no entrañase el género de importancia común á todos estos libros escritos *ad captandum vulgus*, que llevan en su propia inferioridad la condición triunfal de su difusión y su influencia. El autor empieza por declarar ingenuamente en su prólogo que él no entiende mucho de estas cosas... á pesar de lo cual invade y resuelve, con admirable intrepidez, las más altas y delicadas cuestiones de Historia, Exégesis y Mitología. Fundándose principalmente en el *Origen de los cultos*, de Dupuis, dedica el señor Bossi la tercera parte de su libro á asimilar la idea de Jesús con los mitos del paga-

gráfica, toda circunstancia concreta: el nacimiento en Betlem ó en Nazaret, la visita al Bautista, el grupo de pescadores, la crucifixión en el Calvario... y siempre quedará subsistente la necesidad psicológica de la existencia de la *personalidad* capaz de haber dado el impulso genial, la forma orgánica de los elementos que compusieron la doctrina, é inflamado el fuego del proselitismo. Y siempre subsistirá además la noción fundamental del carácter de esa personalidad, testimoniado por la índole de su obra, de su creación, de su ejemplo, tal como éste

---

nismo y las religiones orientales. Allí se saca filo al fecundísimo argumento basado en las analogías de nombres (*Xristos* y *Xrestos*—*Cristo* y *Cristna*—*Jez-eus* y *Jesús*). Allí se desarrolla, en sugestivos paralelos, la identidad palmaria y decisiva de los más salientes rasgos atribuídos á la personalidad y la vida de Jesús con los más salientes rasgos de la historia ó la leyenda de Buda y de las leyendas de Mitra, de Serapis, de Dionisos, de Adonis... No entra en la oportunidad ni en los límites de esta alusión incidental, el comentario—ciertamente tentador—de tan altos portentos de mitología comparada. Sabido es, por otra parte, que este sufrido tema de los paralelos constituye, por excelencia, el *burgo libre* de la fantasía en los dominios de la especulación histórica. Recordamos haber leído, hace tiempo, una curiosa página, muy espiritualmente urdida, donde, sin ánimo de convencer á nadie, y si sólo por alarde de ingenio, se *demostraba* la tesis de la irrealidad legendaria de Napoleón, convertido en una palingenesia del mito griego de Apolo, con su significado solar (como el que atribuyen estos sutiles exégetas á Cristo), y con las hazañas heroicas del dios; desenvolviéndose el paralelo á favor de semejanzas y coincidencias que hubieran resultado verdaderamente impresionantes á tratarse de una personalidad algo remota y de historia no muy precisa; sin excusarse entre tales relaciones, las del oportuno cortejo de los nombres (*Napoleón* y *Apollón*).

Mucha más seriedad implican los conocidos argumen-

toma formas vivas en los actos de sus discípulos y en la moral que prácticamente instituyeron. Aseguradas la existencia personal y la sublimidad del carácter, todo lo demás es secundario. Para la justicia de la glorificación hay bastante con ello. La imagen que, con más ó menos probabilidades de exactitud plástica, recuerda esa existencia personal, lleva en sí títulos sobrados á perdurar en la veneración de la posteridad. Si no es efigie, es símbolo. Si no es retrato, es figuración legitimada por el amor de cien generaciones.

Una vez más: las ideas, como agentes morales, sólo cobran eficacia en el caliente regazo del cora-

---

tos que se fundan en lo insuficiente y vago de las fuentes históricas de que disponemos, relativas á la persona de Jesús: sea por lo indirecto de las noticias; sea por la autenticidad insegura; sea por la mezcla del elemento milagroso y sobrenatural; sea, en fin, por las discordancias de los cuatro Evangelios. Pero ya se indica en el texto el límite á que alcanza esta argumentación y cómo ella no llegará nunca á destruir lo único que en definitiva importa: la infinita probabilidad de la existencia de un fundador personal, y la noción fundamental de su carácter, del modo como surge impuesta por el espíritu que infundió en quienes le siguieron y heredaron.

De la manera como está escrito el precioso libro del señor Bossi dará idea la pintoresca acumulación de adjetivos con que se empenacha el siguiente fin de párrafo: «... el cristianismo intolerante, inmovilista, teocrático, iliberal, reaccionario, místico, ascético y visionario!». Las inculpaciones contra la moral evangélica asumen rasgos cómicos en la página 124: «Se hace mantener por las mujeres de los demás.» «Se rodea de gente hambrienta.» «Manda á los apóstoles que no saluden á nadie.» El señor Bossi termina su libro con una invocación patética para que la Humanidad, subyugada por la irresistible persuasión de su palabra, se regocije de haberse librado de la pesadilla de creer en la existencia personal de Jesús, rémora de todos sus adelantos y obstáculo de todas sus aspiraciones generosas.

zón y la voluntad humanos, y el corazón y la voluntad han de empezar por tomar formas personales en el carácter vivo de un hombre, de un apóstol, de un iniciador, para que, instituído con el modelo el ejemplo, se propague á la personalidad de los otros.

Y esto nos lleva como de la mano á examinar lo que haya de substancia en ese aparatoso concepto de caridad *científica* que caracteriza y expone nuestro replicante para coronar los argumentos históricos de su conferencia, y con el cual se pretende fundar la desvinculación entre la caridad que hoy se profesa y practica, y el legado inmortal del mártir del Calvario.

VI

EL SOFISMA DE LA «CARIDAD CIENTÍFICA»

Cualquiera que sea el fundamento que, según las distintas concepciones morales, se reconozca para la idea de la caridad como deber humano, y ya se le dé por origen un dogma religioso, ya una ética espiritualista, ó un criterio de utilitarismo, esa idea ha de pasar, de todos modos, á ser sentimiento y voluntad, si aspira á convertirse en realidad psicológica y social persistente.—Sentado esto, examinaremos si es posible rechazar, en nombre de determinada teoría del deber caritativo, la solidaridad con la obra de Jesús.

No sería necesario un análisis prolijo para encontrar en la idea de la caridad que surge *ad litteram* de la enseñanza evangélica, mucho que rectificar,

mucho que circunscribir, y, por lo tanto, reales diferencias que la separan del concepto de aquella virtud á que se alude cuando se habla de una caridad que tiene por norma la utilidad común y lleva impreso el sello de la Ciencia.—Como nacida de la exaltación inspirada y absoluta que es, por naturaleza de las cosas, el involucro ígneo de todas las grandes ideas que nacen—á la manera del planeta, envuelto en fuego antes de consolidar su corteza—, la idea de la caridad surgió del espíritu de su autor ardiendo en llamas que excluían la posibilidad de toda consideración relativa. Su concepción del bienhacer era el sacrificio de sí mismo sin límites ni diferencias. La pobreza no sólo aparecía á sus ojos como objeto de simpatía y de piedad, sino como supremo objeto de deseo y como la única condición conciliable con la práctica de la virtud. Quien no lo diera todo no podía entrar en el número de los discípulos, ni en el reino de los cielos. En el mendigo se glorificaba la imagen viva de la santidad. La norma de organización social era el comunismo ebionita, tal cual se realizó, con paradisíaco encanto, pero tan efímeramente como todas las organizaciones comunistas, en la primera sociedad cristiana de Jerusalén.

¿Dejará por eso Jesús de ser el fundador humano de la caridad? ¿Dejará de pertenecerle la revelación del sentimiento, la iniciativa del ejemplo eficaz? ¿Se ha suscitado otro principio por ministerio de la Ciencia? ¿Convergen las corrientes del mundo moral á otro polo?

Sería necesario confundir lamentablemente los términos para atribuir ese carácter á las conquistas

de la sabiduría. La Ciencia no ha sustituído un principio á otro principio. La caridad que se dispensa en nuestros hospitales no es otra que la que fué enseñada en la parábola de Lázaro el mendigo y en la del lisiado del camino de Jericó. El signo veinte veces secular permanece en lo alto. Lo que la Ciencia ha hecho es depurar el concepto, encauzar el sentimiento, organizar la práctica, asegurar los resultados. Y así, en las sucesivas manifestaciones de esta obra, encontrará la Ciencia, para el ejercicio de la caridad, otros fundamentos y otras razones que los que sólo nacen de la igualdad fraternal en el seno de un amoroso Padre; reivindicará contra la negación absoluta de la propia personalidad, el principio del libre y armonioso desenvolvimiento de todas nuestras facultades capaces de perfección; completará la armonía de los afectos altruístas con el amor de sí mismo, que es el necesario antecedente de aquellos afectos y su límite y copartícipe en el dominio de la obligación moral; demostrará que la caridad practicada sin discernimiento es una influencia desmoralizadora, y que el sacrificio inconsulto de los buenos no tendría más resultado que el triunfo y la supervivencia de los malos; enseñará á proporcionar la caridad á su objeto, establecerá para su práctica diferencias, limitaciones, prevenciones; y llegará, finalmente, á asegurar la fructuosidad del beneficio, lo proficuo de la protección, la eficacia del remedio, con todos los recursos que el estudio paciente de la Naturaleza pone á disposición de los maravillosos instrumentos de la inteligencia humana.

Pero la piedra angular del edificio, el impulso, el

estímulo de la obra, no han surgido de las investigaciones de la Ciencia, sino que estaban en el núcleo de nuestra civilización; y el origen inconcuso de este principio esencial de nuestra civilización es el sentimiento propagado y sostenido por el ejemplo del Fundador en la vida de cien generaciones, en virtud de la fuerza moral de *imitación* que reproduce una creencia, un amor, un ideal de carácter, al través del espacio y el tiempo, como la imitación inorgánica propaga la forma de una onda en el movimiento ondulatorio, y como la imitación biológica propaga un tipo individual en la reproducción de las especies.

Y ese sentimiento es y será siempre lo fundamental, lo que impulsa á la obra, lo que determina la acción, lo que mantiene vivo el fuego de la voluntad benéfica, por muchas que sean las modificaciones que el saber y la prudencia instituyan en cuanto á la manera de dirigirlo y aplicarlo.

Valgámonos de un ejemplo sugestivo. La experiencia y la ciencia de la política han depurado, en el siglo transcurrido desde la Revolución, que es génesis de la sociedad moderna el concepto de la democracia y la república; lo han adaptado á una noción más justa del Derecho, á un sentido más claro de las condiciones de la realidad; y nuestra idea de la una y de la otra es hoy muy distinta de la que profesaron y ensayaron los hombres del 89. Pero cuando queremos glorificar supremamente aquellas fórmulas de nuestra fe política, es á los hombres del 89 á quienes rememoramos y glorificamos, y son sus fechas históricas las que están universalmente consagradas para el festejo de la

libertad; porque, cualesquiera que sean las deformaciones con que las interpretaron, ellos dieron á tales fórmulas el magnetismo, la pasión, que las impuso al mundo: magnetismo y pasión sin los cuales no hubieran pasado nunca de entidades abstractas; magnetismo y pasión que jamás hubieran dado de sí las especulaciones severas de los constitucionalistas, el cálculo habilidoso de los hombres de Estado, capaces de rectificar y corregir, de completar la obra con toques prudentes y oportunos, pero incapaces de encender, como el apóstol, como el mártir, como el héroe, el fuego que arrebata los corazones y las voluntades y renueva el mundo por misteriosa transfiguración.

¿Acaso para que la gloria de una iniciativa persevere vinculada á un nombre, á una personalidad, á un hecho histórico, ha de ser necesario que la Humanidad quede inmovilizada después de ellos, sin revisar su legado ni complementar su obra?

En el arranque de las revoluciones morales no es un hombre de ciencia el que encontrará quien apele al testimonio de la Historia; sino un hombre, ó una cooperación de hombres, de simpatía y voluntad.—No es un Erasmo, es un Lutero, el que realiza una Reforma.—Puede la Ciencia anticipar la idea; pero ya queda dicho que si la *idea*, como quiere Fouillée, es una *fuerza*, lo debe sólo á sus concomitantes afectivos; y á su vez, si el sentimiento es el motor de las transformaciones morales, lo debe sólo á su absoluta potestad sobre los resortes de la acción.

Es de pésimo gusto esta invocación profética y solemne del nombre de la *ciencia* fuera de lugar y

de tiempo; género de preocupación apenas tolerable en los coloquios famosos de la rebotica de Homais, con que Gustavo Flaubert levantó estas deformaciones caricaturescas de la Ciencia en la picota de la sátira.

Ha de darse á la Ciencia lo que es de la Ciencia, y á la voluntad inspirada lo que pertenece á las inspiraciones de la voluntad.

El hornillo de Fausto producirá maravillosos resultados mientras se atenga á su esfera peculiar y propia; pero no engendrará más que el *humunculus* mezquino cuando trate de remedar la obra creadora de la vida.

La confusión de tan conocidos límites se revela en su plenitud cuando indica el doctor Díaz la justicia de erigir junto al crucifijo, en caso de habérsele dejado subsistente, un retrato de Kant... ¿Qué he de pensar de esta idea novedosa? Sería una ridiculez pedantesca colgar la imagen de Kant de las paredes de los hospitales. Y en verdad que mal podía el ilustrado autor de la conferencia haber escogido nombre más apropiado que el de Kant para poner precisamente de relieve la inconsistencia de este género de contraposiciones, que se fundan en la identificación absurda de lo que no puede identificarse jamás: la obra del pensador con la obra del apóstol; la fórmula abstracta con la iniciativa creadora. Porque Kant personifica, por excelencia, la moral abstraída de todo jugo y calor de sentimiento; vale decir: privada de todo dinamismo eficaz, de toda fuerza propia de realización; y en este sentido ofrece el medio de demostración más palpable que pueda apetecerse para patentizar la diferencia que

va de la esfera de la ciencia pura á la esfera de la voluntad inspirada.

El moralista de Koenisberg podría haber vivido tantos miles de años como los dioses de la mitología brahmánica y haber razonado y enseñado otros tantos en su cátedra de Filosofía, admirando, según sus célebres palabras, "el espectáculo del cielo estrellado sobre su cabeza y el sentimiento del deber en el fondo de su corazón", y podría haber hecho todo esto sin que su moral estoica conmoviese una sola fibra del corazón humano ni hiciera extenderse jamás una mano egoísta para un llamado de perdón ó para un aeto de generosidad. En cambio, una palabra apasionada y un acto de ejemplo, de Jesús ó de Buda, de Francisco de Asís ó de Lutero, de Mahoma ó de Bab, es una sugestión que convierte en dóciles sonámbulos á los hombres y los pueblos.— "Aquel que ame á su padre ó á su madre más que á mí, no venga conmigo"; sólo el que tiene fuerzas para decir esto, é imponerlo, es el que funda, es el que crea, es el que clava su garra de diamante en la roca viva de la naturaleza humana. —¿Cuándo adquiriría derecho el retrato de Kant para figurar, frente á la imagen de Jesús, en las salas de las casas de caridad? Cuando la moral de Kant hubiera desatado, como la de Jesús, torrentes de amor, de entusiasmo y de heroísmo; cuando hubiera impulsado la voluntad de sus apóstoles á difundirse para la conquista del mundo y la voluntad de sus mártires á morir en la arena del coliseo; cuando hubiera levantado las piedras para edificar hospicios y los corazones para el eterno *sursum corda* de una fe.

El ejemplo puede encontrase sin salir de junto

al fundador del Cristianismo. Ese Filón, cuyo nombre citaba el doctor Díaz entre los de los precursores de la caridad cristiana, era lo que Jesús no fué nunca: hombre de ciencia, hombre de sabiduría reflexiva y metódica. Ajustó la tradición hebraica á los moldes del raciocinio griego, y su espíritu condensaba el ambiente de aquella Alejandría donde el saber occidental y el oriental juntaron en un foco sus luces. Y por obra de Filón, la ciencia planteó simultáneamente con las prédicas de Galilea su tentativa de legislación moral para llegar á resultados teóricamente semejantes. ¿Cuál de ambas prevaleció, cuál de ambas dió fruto que aplacase el hambre de fe y esperanza del mundo?—El nombre de Filón sólo existe para la erudición histórica, y Jesús gobierna, después de veinte siglos, millones de conciencias humanas.

Nada hay, por otra parte, en las conclusiones de la moderna indagación científica que, ni aun teóricamente, menoscabe la persistencia de la obra de Jesús. Si alguna relación debe establecerse entre los resultados de la Ciencia en sus aplicaciones morales y sociales y los principios de la ley cristiana, no es ciertamente la de que los unos anulen ó sustituyan á los otros, sino, por el contrario, la relación, gloriosísima para el fundamento histórico de nuestra civilización, de que, buscando la Ciencia una norma para la conducta individual y una base para la sociedad de los hombres, no haya arribado á conclusiones diferentes de las que estaban consagradas en la profesión de fe con que se orientó la marcha de la Humanidad en el más brusco de los recodos de su senda.

Llámese al lazo social fraternidad, igualdad ó solidaridad; llámese al principio de desinterés caridad, filantropía ó altruísmo, la misma ley de amor se impone confirmando como elementos esenciales de la sociabilidad humana, como *substratum* de todas las legislaciones durables, los viejos principios con que se ilumina en la infancia el despertar de nuestras conciencias: "Amaos los unos á los otros." "No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti." "Perdona y se te perdonará." "A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César." La ley moral, adoptada en el punto de partida por iluminación del entusiasmo y de la fe, reaparece al final de la jornada como la tierra firme en que se realizase la ilusión del miraje... —¿Quién no se arroba ante estas supremas armonías de las cosas que parecen más lejanas y discordes? Hay en la inspiración moral, como en la alta invención poética, un género de potencia adivinatoria; y lo característico, en uno como en otro caso, es anticipar, por la síntesis alada de la intuición, lo que se recompondrá, tras largos y ordenados esfuerzos, con los datos menudos del análisis.—Aun los extremos, aun los desbordes del sentimiento de la caridad, tal como su excelso autor quiso generalizarlo, y que constituirían un ideal de vida inconciliable con las condiciones de la sociedad actual, pueden considerarse como el sublime anticipo de un estado de alma cuya posibilidad vislumbran en la sociedad de un porvenir muy remoto las conjeturas de la Ciencia; cuando la evolución de los sentimientos humanos y la reducción correlativa del campo del dolor y de necesidad en que quepa hacer bien á los otros, deje en los corazones un exceso

libre de simpatía, determinándose así una emulación de desinterés y sacrificio que sustituya á la competencia, todavía brutal, de la ambición y el egoísmo (1).

No existe, pues, una caridad traída por revelación de la Ciencia, que pueda oponerse, como entidad autónoma y substancialmente distinta, á la que hemos recibido de los brazos maternos de la tradición. La caridad es una sola; la caridad, como sentimiento, como voluntad, como hábito, como fuerza activa: la que levanta asilos y recoge limosnas y vela junto al lecho del dolor, no es sino una; y el fundador de esta caridad en la civilización que ha prevalecido en el mundo, es Jesús de Nazareth, y la conciencia humana lo reconocerá y lo proclamará por los siglos de los siglos.

VII

EL SIGNO

Pero aun dejando por encima la significación histórica del fundador del Cristianismo, y aun cuando quede demostrado lo indisoluble del lazo que le une á la idea de la caridad, la argumentación que se nos opone encuentra todavía punto en que estribar, para desconocer el respeto que se debe á su imagen. El crucifijo, se arguye, no es Jesús. El crucifijo tiene su significado propio, independiente del

---

(1) Véase SPENCER: *Fundamentos de la Moral*, capítulo XIV.

mártir á quien en él se representa, y es en ese concepto en el que se le repudia y proscribe.

Negamos, desde luego, que cualquier otro simbolismo que quepa atribuir al crucifijo, pueda prevalecer sobre el que intuitivamente surge de su sencilla apariencia. El signo histórico, el supremo símbolo del Cristianismo, es y será siempre la cruz. Cuando se busca una imagen, un emblema, que materialice y ponga inmediatamente á los ojos de quien lo mire la idea de la regeneración del mundo, la gran tradición humana del Cristianismo, despertando de una vez todas las asociaciones de sentimientos y de ideas que abarca la virtud sugestiva de tan excelsos recuerdos, no se encuentra otra figura que la de los dos maderos cruzados. Y el crucifijo no es más que la última y definitiva forma en el desenvolvimiento iconográfico del signo de la cruz. No importa que el signo completo no surgiera simultáneamente con la expansión y propagación del nuevo espíritu sino siglos más tarde. Los emblemas que los primitivos cristianos alternaban con el de la cruz quedaron sepultados en el seno de las catacumbas, y prevaleció el que recordaba plásticamente el martirio con que fué consagrada la idea. Luego, al instrumento del suplicio se añadió la figuración del cuerpo del mártir, y el signo adquirió su integridad y plenitud expresiva, para que, llegado el despertar glorioso de las artes, lo perpetuasen en metal, en piedra, en madera, en marfil, en tintas de color, los grandes orfebres, los grandes estatuarios y los grandes pintores de una de las más lozanas primaveras del ingenio humano: Benvenuto Cellini, Donatello, Velázquez, Van Dyck. No se

menosprecia con el mote grosero de *fetiches* estas formas sensibles en que cuaja la savia de idealidad y entusiasmo de una fe secular, desenvolviéndose en el espíritu de las generaciones humanas, á la manera como la imaginación inconsciente que combina líneas y colores en las obras de la Naturaleza, remata los laboriosos esfuerzos de un proceso orgánico con la forma inspirada de una flor, con la flámula viva de un penacho de ave. No se inventan, ni reemplazan, ni modifican en un día estos signos seculares: se les recibe de los brazos de la tradición y se les respeta tal como fueron consagrados por la veneración de las generaciones. El crucifijo no estaba en manos de Pablo ni de Pedro, ni sobre el pecho de los mártires del circo, ni en los altares ante los cuales se amansó la furia de los bárbaros. No por eso deja de significar el crucifijo la gloria de tales tradiciones; estuvo, antes de todas ellas, en realidad y carne humana, en la pelada cima del Gólgota... y aun cuando no hubiera estado, suya es la virtud de evocarlas y animarlas juntas en el recuerdo de la posteridad.

Pero no se repudia sólo al crucifijo por ajeno á la significación del verdadero espíritu cristiano; se la repudia también por execrable. Y ¿en qué consiste el carácter execrable del crucifijo? Aquí el distinguido conferenciante remonta su oratoria al tono de la indignación, abraza de una síntesis arrebatada el espectáculo de los siglos, y se yergue triunfante con las pruebas de que el crucifijo ha presidido á muchas de las más negras abominaciones de que haya ejemplo en la memoria de la Humanidad; desde los excesos de las Cruzadas, hasta las crueldades de

las guerras de religión y de las persecuciones de herejes. ¿Qué importa que en su significación primera —se pregunta—simbolizase ó hubiese podido simbolizar una idea de amor, de libertad, de redención? El crucifijo propició el ensañamiento de los cruzados contra los musulmanes de Omar; estuvo en manos de los victimarios de la noche de Saint-Barthélemy; acompañó los desbordes sangrientos de la conquista de América; presenció en las paredes del tribunal del Santo Oficio las sentencias que ahogaban la libertad del pensamiento humano; y es hoy mismo, en los fanáticos de Rusia, el signo que incita á la matanza de los judíos de Bielostock... Luego, el crucifijo ha perdido su significación original; la ha desnaturalizado y pervertido, y lejos de ser emblema de salud y de vida, es sólo signo de opresión, de barbarie y de muerte.

No será necesario apurar mucho los ejemplos para demostrar que con la aplicación de este criterio estrecho y negativo, si ha de entenderse que los grandes símbolos históricos pierden su significado original é intrínseco en manos de quienes los desnaturalizan y falsean en el desborde de las pasiones extraviadas, recordándose exclusivamente, para caracterizarlos, todo lo que se haya hecho de ignominioso y funesto, á su sombra, y nada de lo que á su sombra se haya hecho de glorioso y concorde con su genuina significación moral—no habrá símbolo histórico que quede puro y limpio después de apelarse á la deposición testimonial de la Historia, porque todos rodarán confundidos en la misma ola de sangre, lágrimas y cieno.

La bandera tricolor, el iris de la libertad humana,

la enseña victoriosa de Valmy y de Jemmapes, impulsaba, apenas nacida, el brazo del verdugo, y cobijaba con su sombra las bacanales sangrientas del Terror, no menos infames que la matanza de Saint-Barthélemy; y propiciaba después, en las conquistas de Napoleón el grande, las iniquidades de la invasión de Rusia y de la invasión de España; y resucitaba para servir un día de dosel, con la traición del 2 de Diciembre, á la consagración cesárea de Napoleón el chico. — Luego, la bandera tricolor, el iris de la propaganda revolucionaria, el guión de los ejércitos de Carnot, no es signo de esperanza y de gloria, sino de ferocidad, de opresión y de conquista.

La bandera de Mayo, el cóndor blanco y celeste de los Andes, la enseña gloriosa de San Martín y de Belgrano, militó durante veinte años en los ejércitos de Rosas, y flameaba en Santos Lugares sobre el alcázar de la tiranía, y se encharcaba en sangre en los degüellos de la "Mazorca", y era destrozada á balazos por los hombres libres que defendían el honor de la civilización americana dentro de los muros de Montevideo. Luego, la bandera de mayo, el *palladium* de la revolución en el extremo Sur de América, la enseña gloriosa de San Martín y de Belgrano, está imposibilitada de merecer el homenaje de los buenos, maculada ante la conciencia de la Historia, prostituída por lo infinito de la posteridad.

¿Adónde nos llevaría la lógica de este puritanismo feroz?—Á la condena inexorable de toda enseña ó símbolo que no hubiera sido secuestrado, desde el momento de nacer, dentro de las vitrinas de

un museo.—La acción histórica, y el contacto con la realidad implican para la idea que se hace carne en un emblema, en un señuelo de proselitismo, la profanación y la impureza: tan fatalmente como la exposición al aire libre implica para la hoja de acero la oxidación que la empaña y la consume.

El criterio de simpatía, de tolerancia y de equidad planteará las cuestiones de muy distinta manera, y las resolverá con más honor para la especie humana.—¿Eran los principios programados en la "Declaración de los Derechos del Hombre" los que se aplicaban en el instrumento de muerte que hizo rodar mil quinientas cabezas humanas en quince días, y los que amarraban á Francia al despotismo de los césares? No, sino absolutamente los contrarios. Luego, la bandera en que se propagó la Declaración de los Derechos del Hombre, la tricolor de las victorias de la libertad, permanece en la entera posesión de su significado y su gloria.—¿Eran los principios sustentados en la revolución de Mayo los que encarnaba la tiranía vencida con la alianza extranjera en los campos de Caseros? No, sino absolutamente los contrarios. Luego el símbolo de la revolución de Mayo, la bandera cuya tradición inspiraba á los enemigos de la tiranía, queda firme y sin mácula en la cumbre de su dignidad histórica.—¿Eran los principios sellados con el martirio del Calvario los que se realizaban en la noche de Saint-Barthélemy, y en el atropello alevoso del cortejo de Atahualpa, y son ellos los que se realizan en las matanzas de judíos de Bielostock? No, sino absolutamente los contrarios. Luego, el signo del Calvario, la imagen del que anatematizó toda matanza,

todo odio, guarda ilesa é intacta su significación sublime, para veneración y orgullo de la Humanidad.

Sólo con la aplicación de este criterio amplio y ecuánime podrá salvar la justicia histórica una tradición que no se presente enrojecida con la mancha indeleble de las manos de Macbeth; sólo así podrá instituirse en la memoria de los hombres un Panteón donde se reconcilien todas las reliquias venerandas, todos los recuerdos dignos de amor y de piedad.

Imaginemos que el crucifijo representase, exclusiva ó eminentemente, la unidad católica, tal como prevaleció desde el bautismo de los bárbaros hasta la definitiva constitución de las nacionalidades europeas y el impulso de libertad de la Reforma. Aun en este caso, de ninguna manera rehuiría, por mi parte, sostener la tesis afirmativa, en cuanto al respeto histórico que se le debe. Sería el signo que presidió á la asimilación y la síntesis de los elementos constitutivos de la civilización moderna, durante mil años de reacciones y esfuerzos proporcionados á la magnitud de la obra que había de cumplirse. La denigración histórica de la Edad Media es un tema de declamaciones que han quedado, desde hace mucho tiempo, relegadas á los estudiantes de quince años en las clases de Historia Universal. La honda comprensión de las cosas pasadas, con sus consiguientes adelantos de exactitud y de justicia, es una de las imperecederas conquistas del siglo de los Thierry, los Macaulay y los Momsen. Ya no se infaman épocas enteras de la Historia del mundo, se las explica y comprende, y eso vale mucho más. La Historia no es ya una

orma retrospectiva de la arenga y el libelo como en los tiempos de Gibbon y Voltaire. La Historia es, ó bien un camposanto piadoso, ó bien un laboratorio de investigación paciente y objetiva; y en cualquiera de ambos conceptos, un recinto al que hay que penetrar sin ánimo de defender tesis de abogado recogiendo en él, á favor de generalizaciones y abstracciones que son casi siempre pomposas ligerezas, armas y pertrechos para las escaramuzas del presente. Quien tenga desinteresado deseo de acertar, ha de acercarse á ese santuario augusto, purificado de las pasiones del combate, con un gran fondo de serenidad y de sinceridad, realzadas todavía por una suficiente provisión de simpatía humana, que le permita transportarse en espíritu al de los tiempos sobre que ha de juzgar, adaptándose á as condiciones de su ambiente. Las instituciones que han quedado atrás en el movimiento de la civilización, y que ya sólo representan una tradición digna de respeto—y en su persistencia militante, una fuerza regresiva—, han tenido su razón de ser, y sus días gloriosos, y han prestado grandes servicios al progreso del mundo, y es precisamente en el terreno de la Historia donde menos puede vulnerárselas. Para oponerse á los esfuerzos reaccionarios del clericalismo, no es preciso hacer tabla rasa de la gloria de las generaciones inspiradas por la idea católica, cuando esta idea era la fórmula activa y oportuna; como para combatir las restauraciones imperiales no han menester los republicanos franceses repudiar para la Francia la gloria de Marengo y Austerlitz, y para combatir la persistencia política y social del caudillaje no necesitamos nos-

otros desconocer la fuerza fecunda y eficaz que representó la acción de los caudillos en el desenvolvimiento de la revolución de América.—¿Imagina acaso el doctor Díaz que diez siglos de historia humana se tiran al medio de la calle bajo la denominación común de ignominia, ignorancia, crueldad, miseria, rebajamiento y servilismo?—Los tiempos en que él no ve más que un proceso de "degradaciones tenebrosas", son en realidad una esforzada lucha por rasgar, para los gérmenes soterrados de civilización, la dura corteza de los aluviones bárbaros; y es, sin duda, en el transcurso de esa lucha cuando la acción histórica del cristianismo presenta títulos más incontestables á la gratitud de la posteridad; porque si el naufragio de la civilización fué desastroso, hubiera sido completo sin el iris que el signo de la cruz levantaba sobre los remolinos tenaces de la barbarie; y si el despertar de la cultura intelectual fué difícil y lento, hubiera sido totalmente imposible sin la influencia de la única fuerza espiritual que se alzaba frente á la fuerza bruta, y reservaba, en medio de la guerra universal, un rincón de quietud para la labor de colmena de los escribas monacales, y salvaba el tesoro de las letras y las ciencias antiguas en los códices que, llegada la aurora del Renacimiento, romperían, merced á la invención de Guttenberg, sus obscuras crisálidas para difundirse por el mundo. Relea el doctor Díaz, sin ir más allá, las páginas que el gran espíritu de Taine ha consagrado en su estudio de *El antiguo régimen* á delinear la estructura de la sociedad anterior á la Revolución, y acaso refrescará muy oportunos recuerdos, y acaso reconocerá la ne-

cesidad de modificar buena parte de sus prejuicios y de limitar no pocas de sus abominaciones.

Otro tanto podría decirse en lo que respecta á alguna otra alusión de las que acumula el doctor Díaz en su síntesis de las tradiciones infamantes de la cruz; y singularmente, á la que se refiere á la conquista de América.—¿Todo en la conquista fué oprobio y ferocidad; todo en ella fué abominación y exterminio; y cuanto en ella hubo positivamente de condenable á la luz de la razón serena, ha de imputarse á la sugestión maldita de la cruz?—¿Por qué recordar, si se aspira á la severa equidad del juicio histórico, que la cruz representó en Cajamarca la sanguinaria brutalidad de la conquista, y olvidar que representó, en Guanahani, el nacimiento de la América á la vida de la civilización, la primera luz de nuestro espíritu, el pórtico de nuestra historia?—¿Por qué recordar que estuvo en manos de Valverde para excitar al sacrificio de los indios, y olvidar que estuvo en manos de Las Casas para interponer ante el pecho de los indios un escudo de misericordia?—¿Por qué recordar que fué, con Torquemada, el signo oprobioso de las iniquidades inquisitoriales, y olvidar que fué en la mente de Isabel la Católica el estímulo para ganar y redimir un mundo?—¿Por qué recordar al verdugo tonsurado y olvidar al evangelizador capaz del martirio?—¿Por qué recordar al fraile que mata y olvidar al fraile que muere?

Bien es verdad que para la justicia histórica del elocuente conferenciante, cuyo género de liberalismo recuerda, en esto como en otras muchas cosas, la fórmula absoluta del sectarismo religioso: "fuera

de lo que yo creo, no hay virtud ni salvación", el misionero que se arroja á propagar su fe en climas lejanos, no hace cosa mejor que "imponer por la violencia el crucifijo, como un yugo de servidumbre, sobre la cabeza de las razas inferiores".—No lo sospechaba Víctor Hugo cuando, en una página inspiradísima de *Los Castigos* (1), antes de marcar con el hierro candente de su sátira á los dignatarios del alto clero que agitaban el turíbulo de las alabanzas en la cohorte palaciega del gran corruptor del 2 de Diciembre, entonaba un himno conmovido y conmovedor ante el cadáver del fraile decapitado en las misiones de la China por predicar allí la moral del Evangelio.—La espontaneidad del corazón y el criterio de la equidad consisten en honrar la vocación del sacrificio dondequiera que se la encuentre; bajo la sotana del fraile como bajo la blusa del obrero ó la pechera deslumbrante del príncipe; y en glorificar la propaganda de la civilización, cualquiera que sea el abanderado de la gran causa humana; así el *pionner* que se abisma en el fondo del desierto con el hacha que traspasa los bosques, como el misionero que, con la Biblia católica ó la Biblia protestante en la mano, se acerca á remover la soporosa conciencia de la tribu.

Por lo demás, no es interpretar fielmente el espíritu de los hechos concretar en la significación del *crucifijo* como emblema histórico, los motivos que han determinado su condena. Cualquiera otra imagen del fundador del Cristianismo, aparte de la que le presenta clavado en la cruz, cualquiera otra ima-

(1) *Les Châtiments*, VIII, «Á un martyr».

gen, cuadro ó estatua, hubiera sido sentenciada indistintamente á proscripción. ¿Es ó no cierto? Luego la condena va dirigida contra la glorificación de Jesús, que la suspicacia jacobina no concibe separada del culto religioso ni admite que pueda interpretarse de manera que allí mismo donde el creyente ve el *icono* objeto de su veneración, el no creyente vea la imagen representativa del más alto dechado de grandeza humana.

Juan Carlos Gómez acariciaba en su mente profética un pensamiento que ya se ha convertido en realidad. Soñaba que se levantase un día sobre una de las cumbres de la Cordillera, á modo de numen tutelar de la civilización americana, engrandecida por la confraternidad de todas las razas que se acogen á su seno, y por la fructificación de las esperanzas y los ideales que ha alentado la Humanidad en veinte siglos, una colosal estatua del Redentor del mundo, erguida allí, como sobre un agigantado Tabor, en la eterna paz de las alturas, bajo el signo indeleble del Crucero... Juan Carlos Gómez pensaba como un furibundo ultramontano, y la realización de su sueño implica un privilegio ofensivo para millares de conciencias humanas que ven levantarse en su horizonte la imagen de un dios en que no creen; y lo implicará mientras no se levanten también en las cumbres circunvecinas, formando tabla redonda, otras semejantes estatuas de Buda, de Zoroastro, de Confucio, de Sócrates, de Filón... y de Kant.

VIII

¿JACOBINISMO?

Concluye su refutación el doctor Díaz exponiendo su concepto del liberalismo en relación con la idea de tolerancia, que di por característica en mi carta al espíritu liberal.—El criterio en que se funda ese concepto es genuinamente jacobino, y confirma este nombre de *jacobinismo* que apliqué á las iniciativas y tendencias cuya defensa ha asumido el conferenciante.

Contestando en esta parte al doctor Díaz, explicaré el por qué de la expresión al joven é inteligente escritor que me ha hecho cargos en las columnas del semanario evangelista por el empleo, que juzga inadecuado, de tal nombre.

El jacobinismo no es solamente la designación de un partido famoso, que ha dejado impreso su carácter histórico en el sentido de la demagogia y la violencia. El jacobinismo es una forma de espíritu, magistralmente estudiada y definida por Taine en los *Orígenes de la Francia contemporánea*.—La índole de la acción histórica y de la dominación del jacobinismo está virtualmente contenida ya en los datos esenciales de su psicología; pero estos caracteres esenciales se manifiestan y reconocen sin necesidad de que su exaltación suprema en el estallido de las crisis revolucionarias, los pongan en condición de deducir las últimas consecuencias prácticas y activas de su lógica.—La idea central, en el

espíritu del jacobino, es el absolutismo dogmático de su concepto de la verdad, con todas las irradiaciones que de este absolutismo parten para la teoría y la conducta. Así en su relación con las creencias y convicciones de los otros, semejante idea implica forzosamente la intolerancia:—la intolerancia inepta para comprender otra posición de espíritu que la propia; incapaz de percibir la parte de verdad que se mezcla en toda convicción sincera y el elemento generoso de idealidad y de belleza moral que cabe hallar unido á las más palmarias manifestaciones de la ilusión y del error, determinando á menudo una fraternidad de móviles y sentimientos que se levanta por encima de los deslindes de ideas y vincula con lazos más íntimos que los que establece la escuela, el partido ó la secta, á los hombres que militan para el mundo en campos distintos.—Y como actitud igualmente inconciliable con su índole, falta al jacobinismo el sentido *humano* de la realidad, que enseña á olvidar los procedimientos abstractos de la Lógica cuando se trata de orientarse en el campo infinitamente complexo de los sentimientos individuales y sociales, cuyo conocimiento certero será siempre la base angular de todo propósito eficaz de educación y reforma.

La misma *facultad dominante* que se halla en el fondo de los excesos brutales, pero indisputablemente sinceros, de la tiranía jacobina, constituye el fondo de la intolerancia puramente ideológica é inerme que inspira una página ó una arenga neojacobinas sobre puntos de Religión, Filosofía ó Historia; aunque para llegar del uno al otro extremo haya que salvar grandes distancias en el desenvol-

vimiento lógico de la misma pasión, y aunque para no pasar de cierto grado, en la transición del uno al otro, es indudable que sería suficiente en muchos casos la fuerza instintiva del sentido moral.—El hombre, pues, clasifica con indistinta exactitud ambas formas de intransigencia fanática, relacionándolas por una analogía más fundamental que las que se basan en la materialidad de los hechos ó las apariencias; así como las clasificaciones de los naturalistas ordenan, bajo un mismo nombre genérico, especies aparentemente diferentísimas, pero vinculadas por un rasgo orgánico más hondo que los que determinan la semejanza formal.

El antecedente teórico de la tendencia jacobina es la filosofía de la Enciclopedia: la ideología de Condillac, de Helvecio, de Rousseau, expresión del mismo espíritu de lógica y de dogmatismo que había engendrado, alrededor de ideas aparentemente opuestas, la filosofía católica y monárquica del siglo Luis XV, con la argumentación oratoria de Bossuet y la "razón *razonante*" de Descartes.—Y el jacobinismo, como doctrina y escuela, persiste y retoña hasta nuestros días, en este género de pseudoliberalismo, cuya psicología se identifica en absoluto con la psicología de las sectas: el mismo fondo dogmático; la misma aspiración al dominio exclusivo de la verdad; el mismo apego á la fórmula y la disciplina; el mismo menosprecio de la tolerancia, confundida con la indiferencia ó con la apostasía; la misma mezcla de compasión y de odio para el creyente ó para el no creyente.

No cabe duda de que la filiación directa de esta escuela pseudoliberal se remonta á la filosofía revo-

lucionaria del siglo XVII, á la filosofía que fructificó en la terrible lógica aplicada del ensayo de fundación social del jacobinismo, y que, por lo que respecta al problema religioso, culminó en el criterio que privaba en las vísperas de la reacción neocatólica de Chateaubriand y Bonald: cuando se escribía y divulgaban *Las Ruinas de Palmira;* cuando se admiraba á Holbach y á Le Mettrie; cuando las religiones aparecían como embrollas monstruosas, urdidas calculadamente por unos cuantos impostores solapados y astutos, para asentar su predominio sobre un hato de imbéciles, soporte despreciable de las futuras creencias de la Humanidad.

El criterio histórico era, en aquella filosofía, como lo es hoy en las escuelas que la han recibido en patrimonio, la aplicación rígida é inexorable de unos mismos principios al juicio de todas las épocas y todas las instituciones del pasado, sin tener en cuenta la relatividad de las ideas, de los sentimientos y de las costumbres; por donde fases enteras de la historia: la Edad Media, la España del siglo XVI, el catolicismo, el feudalismo —, eran condenadas de plano, sin la piadosa excepción de un hecho ó un nombre, como estériles, perversas, afrentosas y estúpidas.—Si renunciando á la implacabilidad de sus odios, aquella filosofía se levantaba alguna vez á la esfera de la tolerancia, jamás pasaba de la tolerancia intelectualista y displicente de Voltaire ó de Bayle, que no se funda en intuición de simpatía, en penetrante poder de comprensión, como la de un Renan ó un Sainte-Beuve, sino sólo en una fría lenidad intelectual.— Y todos estos rasgos característicos se mantienen en las escuelas que represen-

tan, más ó menos adaptado á las condiciones del pensamiento contemporáneo, el mismo espíritu; con la diferencia—no favorable, ciertamente, para estas—, de que la filosofía de la Enciclopedia tenía, para sus apasionamientos é injusticias, la disculpa de la grande obra de demolición y allanamiento que había de cumplir para cooperar en los destinos del mundo.

Todo el sentido filosófico é histórico del siglo XIX—si se le busca en sus manifestaciones más altas, en las cumbres que son puntos persistentes de orientación—, concurre á rectificar aquel estrecho concepto del pensamiento libre, y aquella triste idea de las cosas pasadas, y aquel pobre sistema de crítica religiosa.—El pensador, en el siglo XIX, es Goethe, levantando la tolerancia y la amplitud á la altura de una visión olímpica, en que se percibe la suprema armonía de todas las ideas y de todas las cosas; es Spencer, remontando su espíritu soberano á la esfera superior desde la cual Religión y Ciencia aparecen como dos fases diferentes; pero no inconciliables, del mismo misterio infinito; es Augusto Comte, manifestando á cada paso su alto respeto histórico por la tradición cristiana, y tomándola como modelo en su sueño de organización religiosa; es Renan, obteniendo de la explicación puramente humana del cristianismo el más sólido fundamento de su glorificación, y manteniendo vivo, á pesar de su prescindencia de lo sobrenatural transcendente, un profundo sentido de religiosidad; es Taine, declarando que la civilización europea no podría dejar extinguirse en su seno el espíritu cristiano sin provocar una recrudescencia de barbarie, é instau-

rando el más severo proceso del jacobinismo práctico y teórico; es Carlyle, llevando su capacidad de simpatía hasta sentir el germen de idealidad y superiores anhelos que despunta en el fetichismo del salvaje; es Max Müller, aplicando al estudio de las religiones tantos tesoros de ciencia como de intuitiva y piadosa sensibilidad; y es Thierry y es Sismondi y es Viollet-le-Duc y es Fustel de Coulanges, reconstruyendo la voluntad, el pensamiento y las instituciones sociales y políticas de los siglos más desdeñados ó calumniados de la Historia, para concurrir así á demostrar que no se interrumpió en ellos la acción del *nissus* secreto que empuja la conciencia de la Humanidad á la realización de un orden, al cumplimiento de una norma de verdad y de belleza.

El sentido de la obra intelectual del siglo XIX es, en suma, la tolerancia; pero no sólo la tolerancia material, la que protege la inmunidad de las personas, la que se refiere á derechos y libertades consignables en constituciones y leyes; sino también, y principalmente, la tolerancia espiritual, la que atañe á las relaciones de las ideas entre ellas mismas, la que las hace comunicarse y cambiar influencias y estímulos, y comprenderse y ampliarse recíprocamente: la tolerancia afirmativa y activa, que es la gran escuela de amplitud para el pensamiento, de delicadeza para la sensibilidad, de perfectibilidad para el carácter.

No le agrada esta tolerancia al distinguido portavoz del "Centro Liberal", que ve en ella una suerte de claudicación pasiva; y nada manifiesta mejor la índole sectaria y estrecha de su liberalismo.—

Dando á la *verdad* y el *error*, en cierto género de ideas, la significación absolutamente precisa, con que se ilusionan todos los espíritus dogmáticos; que excluye cuanto hay de subjetivo y relativo en las opiniones de los hombres; que prescinde de la eterna plasticidad y el perpetuo *devenir* de las fórmulas de la verdad, reduciendo la complexión infinita del pensamiento humano á la simplicidad de una lucha teogónica entre un Ormuzd todo claridad y un Ahrimán todo tinieblas, concluye que no hay tolerancia legítima con el *Error* encarnado en ideas ó instituciones, sino que la *Verdad* ha de perseguirlo sin tregua ni misericordia, para que no envenene las conciencias, y que esta implacable hostilidad y represión es "una grande obra de amor humano". Criterio permanente de todas las intolerancias; criterio con que se han autorizado y legitimado todas las persecuciones por motivo de ideas, y que constituye, desde luego, la exacta repetición de las razones que han estado siempre en labios de la Iglesia católica para justificar la persecución de la herejía. Porque como nadie que tiene una fe ó una convicción absoluta deja de considerar que la verdad está con él y sólo con él, es obvio que, proclamada la vanidad ó la culpabilidad de ser tolerante con las instituciones y las ideas erróneas, nadie dejará de reivindicar exclusivamente para sí el derecho de ejercer esa tolerancia lícita, plausible y redentora, en opinión del conferenciante, que consiste en perseguir al error, acorralarlo y extinguirlo, sin consentirle medio de difundirse é insinuarse en las almas.—Siempre habrá mil respuestas, absolutamente distintas, pero indistintamente seguras

de sí mismas, para la eterna pregunta de Pilatos: "¿Qué significa la verdad?"

¿Por qué inutilizas, monje de la Edad Media, ese precioso manuscrito, para emplear el pergamino en trazar las fórmulas de tus rezos? Porque lo que dice es falso y lo que yo voy á estampar encima es la verdad.—¿Por qué incendias, califa musulmán, los libros de la biblioteca de Alejandría? Porque si no dicen más que lo que está en mi Ley, que es la verdad, son innecesarios, y si dicen lo que no está en mi Ley, son mentirosos y blasfemos.—¿Por qué rompes, cristiano intolerable de los primeros siglos, esas bellísimas estatuas de Venus, de Apolo, de Minerva? Porque son dioses falsos que disputan su culto al Dios de la verdad.—¿Por qué despedazas, sectario calvinista, las imágenes de ese templo de Orleans? Porque mi interpretación de la Biblia, que es la verdadera, me dice que son ídolos del error.—¿Por qué profanas, Gobierno revolucionario, las naves de "Nuestra Señora de París"? Porque allí tiene su nido la mentira que estorba el paso á mi verdad.—¿Por qué arrojas al fuego, inquisidor español, esos tesoros de literatura oriental de Salamanca? Porque quien los conociere podría tentarse á abandonar la verdad por el error.—¿Por qué incluyes en tu *index,* Pontífice romano, tantas obras maestras de la Filosofía, la exégesis y la Literatura? Porque represento la Verdad, y tengo el deber de guardar para ella sola el dominio de las conciencias.

En el desenvolvimiento de esta lógica es bien sabido que las personas mismas, en sus inmunidades más elementales y sagradas, no quedan muy seguras... Todo está en que se entenebrezca el ho-

rizonte y se desate la tormenta. Y así, todas las intolerancias que empiezan por afirmar de modo puramente ideal y doctrinario: "Soy la eterna, exclusiva é inmodificable verdad", pasan luego, si hallan la ocasión propicia, á auxiliarse del "brazo secular" para quemar libros ó romper estatuas, cerrar iglesias, clausurar clubs, prohibir colores ó interdecir himnos; hasta que el último límite se quebranta, y las personas no son ya más invulnerables que las ideas y las instituciones; y partiendo por rumbos diametralmente opuestos, se unen en el mismo culto de Moloch—como caminantes que, dando la vuelta redonda, se asombrasen de llegar al mismo punto—Torquemada y Marat, Jacobo Clement y Barère, los sambartolomistas y los septembristas, el Santo Oficio y el "Comité de Salud Pública", los expulsores de moros y judíos y los incendiarios de iglesias y conventos.

IX

CONCLUSIÓN

Falso concepto de la tolerancia que censura tiene el doctor Díaz cuando supone que ella excluye la acción en los partidarios de la libertad, dejando libre el campo á los avances enemigos. Las condiciones de la acción no son otras que el derecho y la oportunidad. Lo legítimo de la acción represiva empieza donde se prueba que el derecho de alguno ha ultrapasado sus límites para perjudicar al de otros. Y la hora de una iniciativa ha sonado cuando se demuestra el interés social que la hace necesaria

ú oportuna. No serán las agitaciones liberales, *per se*, las que puedan disgustarnos, sino lo gratuito é inoportuno de ellas. No es el movimiento anticlerical en sí mismo, sino su vana provocación con actos como el que discutimos, desacertados é injustos, que aun cuando no lo fueran, estarían siempre en evidente desproporción de importancia para con la intensidad de los agravios que causan y de las pasiones que excitan.—Dígasenos cuál es la acción fecunda á que se nos convoca en nombre de la libertad; indíquesenos dónde está concretamente la reforma que sea necesario, justo y oportuno hacer práctica; y si reconocemos la necesidad y sentimos la justicia y vemos la oportunidad, acompañaremos sin vacilar la iniciativa y ni aun nos importará que ella haya de realizarse á costa de esas turbulencias, que son la protesta inevitable de la tradición y la costumbre. Pero suscitar primero la agitación para buscar después pretextos que la justifiquen, tocar primero á rebato para descubrir después el peligro á que deba correrse; componer primero la tonada para después idear la letra que haya que ajustar á su ritmo, eso no puede parecernos más que fuerza perdida y bulla estéril, propia para alborotar á los muchachos y sacar á luz toda la prendería de las declamaciones antipapales y antiinquisitoriales; pero absolutamente vana para cuanto signifique un adelanto positivo en la marcha de las ideas, una conquista sólida en el sentido del pensamiento libre.

¡Pensamiento libre!... He aquí otro motivo de consideraciones que bien merecerían una prolija atención si estos artículos no se hubieran dilatado ya más de lo justo.—¿Piensa, por ventura, el doctor

Díaz que no hay más que romper el yugo de los dogmas católicos para adquirir la libertad de pensar? El librepensamiento es cosa mucho más ardua y compleja de lo que supone la superficial interpretación común que le identifica con la independencia respecto de la fe tradicional. Es mucho más que una fórmula y una divisa: es un resultado de educación *interior*, á que pocos, muy pocos, alcanzan. Pensar con libertad, ó no significa sino una frase hecha, ó significa pensar por cuenta propia, por esfuerzo consciente y racional del propio espíritu; y para consumar esta preciosa emancipación y para adquirir esta difícil capacidad no basta con haberse libertado de la autoridad dogmática de una fe. Hay muchas otras preocupaciones, muchos otros prejuicios, muchas otras autoridades irracionales, muchos otros convencionalismos persistentes, muchas otras idolatrías, que no son la fe religiosa, y á los cuales ha menester sobreponerse el que aspire á la real y efectiva libertad de su conciencia. Todo lo que tiende á sofocar, dentro de una fórmula preestablecida, la espontaneidad del juicio personal y del raciocinio propio; todo lo que signifique un molde impuesto de antemano para reprimir la libre actividad de la propia reflexión; todo lo que importe propósito sistemático, afirmación ó negación fanáticas, vinculación votiva con cierta tendencia incapaz de rectificarse ó modificarse, es, por definición, contrario á la libertad de pensamiento. Y, por lo tanto, las organizaciones pseudoliberales que entrañan la guerra incondicional y ciega contra determinada fe religiosa, excluyendo la posibilidad de diferenciar, de discernir, de hacer las salvedades y excepciones

que la justicia exija, en cuanto á la tradición histórica ó en cuanto á las manifestaciones actuales de esa fe—vale decir: excluyendo la posibilidad de un ejercicio leal é independiente de criterio personal—, son en sí mismas una persistente negación del pensamiento libre.

Si para llamarse á justo título *librepensador* bastara con inscribirse en los registros de una asociación de propaganda y participar de los odios anticlericales, dependería de un acto de voluntad—menos aún, de un movimiento reflejo—el ser efectivamente librepensador; pero el hecho es que poder llamárselo con verdad es cosa difícil; tanto, que para que el librepensamiento pudiera ser la característica psicológica del mayor número, se requeriría en la generalidad de los espíritus un estado de elevación mental que hoy no es lícito, ni aun con el mayor optimismo, reconocer sino en un escaso grupo. Fácil sería demostrar, en efecto, que la gran mayoría de los hombres, los que forman multitud para echarse á la calle en día de mitin, y auditorio numeroso con que llenar salas de conferencias para aplaudir discursos entusiastas, no pueden ser, dado el actual nivel medio de cultura en las sociedades humanas, verdaderos *librepensadores*. Y no pueden serlo—si se da á esa palabra el significado que real é íntimamente tiene y no el que le atribuye el uso vulgar—porque lo que creen y proclaman y juran, aunque marque el grado máximo de exaltación en punto á ideas liberales, no ha sido adquirido por vía de convencimiento racional, sino por prejuicio, por sugestión ó por preocupación. La misma docilidad inconsciente y automática que constituía en lo

pasado el populoso cortejo de los dogmas religiosos, constituye en nuestros días el no menos populoso cortejo de las verdades científicas vulgarizadas y de las ideas de irreligiosidad y libertad que han llegado al espíritu de la muchedumbre.—Muchísimos son—valga esto de ejemplo—los que, aun en capas muy inferiores, intelectualmente, del vulgo, están enterados de que la Tierra se mueve alrededor de sí misma y alrededor del Sol. Pero entre cien que lo *saben* habrá dos ó tres que sean capaces de probarlo. Los demás quedarían absolutamente desconcertados si se les exigiera una demostración de que no tienen noticia ó que nunca han analizado por sí mismos para comprenderla; pero no por eso dejan de abrigar la íntima seguridad de lo que dicen, hasta el punto de que no vacilarían en aceptar, en favor de ello, una apuesta en que les fuese la fortuna ó la vida. La multitud cree, pues, en la autoridad de la Ciencia por fe, por adhesión irracional, por docilidad hipnótica; por motivos absolutamente ajenos á la activa intervención de su raciocinio; como hubiera creído, á nacer dos siglos antes, en la autoridad de la fe religiosa y en los dogmas que esta autoridad impone. Y lo que se dice de las verdades científicas puede, con doble fundamento, decirse de las ideas morales y sociales. Muy pocos son los que se encuentran en el partido, escuela ó comunión de ideas á que pertenecen, por examen propio y maduro, por elección de veras consciente, y no por influencias recibidas de la tradición, del ambiente ó de la superioridad ajena. Mientras el nivel medio de cultura de la Humanidad no alcance muchos grados más arriba, no hay que ver en nin-

gún género de proselitismo un convencimiento comunicado, por operación racional, de inteligencia á inteligencia, sino una obra de mera sugestión. Si sugestionados son la mayor parte de los que llevan cirios en las procesiones, sugestionados son la mayor parte de los que se burlan de ellos desde el balcón ó la esquina. El sueño y la obediencia del sonámbulo, con los que Tarde ha asimilado la manera como se transmite y prevalece la fuerza social de imitación, siguen siendo el secreto de toda propaganda de ideas y pasiones. No hay por qué sublevarse contra esto, que está todavía en la naturaleza de las cosas humanas; pero propender á que deje de ser tal la ley de la necesidad es la gran empresa del pensamiento libre.

Y entendido y definido así el librepensamiento, ¿qué será necesario para aumentar el número, forzosamente reducido aún, de los que pueden llamarse *librepensadores?* Tratar de aumentar el número de los hombres capaces de examinar por sí mismos antes de adoptar una idea, antes de afiliarse en una colectividad, antes de agregarse á la manifestación que ven pasar por la calle, antes de prenderse la divisa que ven lucir en el pecho del padre, del hermano ó del amigo. Y como esta capacidad depende de los elementos que proporciona la cultura y del recto ejercicio del criterio, se sigue que la tarea esencial para los fines del pensamiento libre es educar, es extender y mejorar la educación y la instrucción de las masas; por cuyo camino se llegará en lo porvenir, si no á formar una mayoría de *librepensadores*, en la plena acepción de este concepto —porque la superior independencia de toda suges-

tión, preocupación y prejuicio siempre seguirá siendo privilegio de los espíritus más enérgicos y penetrantes—, por lo menos á asegurar en la mayor parte de los hombres una relativa libertad de pensar. —Este es el liberalismo, para quien atienda á la esencia de las cosas y las ideas; éste es el pensamiento libre, que, como se ve, abarca mucho más é implica algo mucho más alto que una simple obsesión antirreligiosa; y el procedimiento con que puede tenderse eficientemente á su triunfo es, lo repito, el de la educación atinada y metódica, perseverante y segura, que nada tiene que ver con organizaciones sistemáticas conducentes á sustituir un fanatismo con otro fanatismo; la autoridad irracional de un dogma con la autoridad irracional de una sugestión de prejuicios; el amor ciego de una fe con el odio ciego de una incredulidad.

Abandone, pues, el doctor Díaz su generosa ilusión de que todos los que concurren á oirle son *librepensadores*, y de que su aplauso es la sanción consciente del librepensamiento. Mucho le aplaude ahora su auditorio; pero si extremara la nota y subiera el tono de sus invectivas, no le quepa duda de que aún le aplaudiría mucho más. Lo característico del sentido crítico de la mayoría es no entender de matices. En Arte, como en Moral, como en cualquier género de ideas, la ausencia de la intuición de los matices es el límite propio del espíritu de la muchedumbre. Allí donde la retina cultivada percibirá nueve matices de color, la retina vulgar no percibirá más que tres. Allí donde el oído cultivado percibirá doce matices de sonido, el oído vulgar no percibirá sino cuatro. Allí donde el criterio cultivado

percibirá veinte matices de sentimientos y de ideas para elegir entre ellos aquel en que esté el punto de la equidad y la verdad, el criterio vulgar no percibirá más que dos matices extremos: el del *sí* y el del *no*, el de la afirmación absoluta y el de la negación absoluta, para arrojar de un lado todo el peso de la fe ciega y del otro lado todo el peso del odio iracundo.

Esto es así, y es natural y forzoso que sea así, desde que la diferenciación de los matices implica un grado de complexidad mental que sería injusto y absurdo exigir del espíritu de la multitud. Es más: quizás conviene, en ella, esta inferioridad relativa; porque el modo como puede ser eficaz la colaboración de la multitud en los acontecimientos humanos, es el de la pasión fascinada é impetuosa, que lleva con ceguedad sublime á la heroicidad y al sacrificio, y que no se reemplazaría de ninguna manera en ciertos momentos de la Historia, semejante la muchedumbre en esto al hombre de genio en la fundación moral ó la acción, que también debe su fuerza peculiar á lo absoluto de su fe, á su arrebato y obsesión de alucinado. El día en que intelectualizásemos al pueblo, para que su pensamiento fuera real y verdaderamente libre; el día en que lográsemos darle la aptitud de comparar y analizar, ¿quién sabe, después de todo, si este dón del análisis dejaría subsistir la virtud de su omnipotente entusiasmo?

Pero no se trata aquí de discutir con quien es vulgo, sino con quien se levanta muy arriba del vulgo; y por eso cabe preguntar si la fuerza empleada en adaptarse al ambiente de la vulgaridad no ten-

dría mejor empleo en propender á elevar la vulgaridad al nivel propio.

El doctor Díaz tiene méritos y condiciones con que aspirar á triunfos mucho más altos que el de estas propagandas y estos dircursos.

Su liberalismo es probablemente el de la mayoría: se lo concedo sin dificultad.

¿Será también el que, en el inmediato porvenir, prevalezca y se realice en el mundo?

No es imposible.

No es imposible que se preparen en el mundo días aciagos para la libertad humana. No es imposible que—según augures pesimistas suelen profetizarlo—la corriente de las ideas, precipitándose cada día más en sentido del menosprecio de la libertad individual, sacrificada á la imposición avasalladora de la voluntad y el interés colectivos, lleve al mundo, con acelerado paso, á una de esas situaciones de universal nivelación, en que el opresor—persona ó multitud, César ó plebe—reclama á un tiempo para sí el Imperio y el Pontificado, obligando al pensamiento individual á refugiarse en el íntimo seguro de las conciencias, como las aves que se acogen á los huecos de las torres que se deshacen y de los templos que se derrumban.

Si ese es el inmediato porvenir, habremos de resignarnos á no ser ya entonces hombres de nuestro tiempo.—Pero la eficacia inmortal de la idea de la libertad que concretó las primeras convicciones de nuestra mente, que despertó los primeros entusiasmos de nuestro corazón, y que encierra en sus desenvolvimientos concéntricos la armonía de todos los derechos, la tolerancia con todas las ideas, el res -

peto de todos los merecimientos históricos, la sanción de todas las superioridades legítimas, seguirá siendo, en mayoría ó minoría, el paladión del derecho de todos, y allí donde quede una sola conciencia que la sienta, allí estará la equidad, allí la justicia, allí la esperanza para la hora del naufragio y de la decepción!

APÉNDICE

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO Y LA CRÍTICA (1)

Sr. D. R. Scafarelli.

Estimado amigo:

No me pasó inadvertida, cuando tuvo usted la amabilidad de poner en mis manos el opúsculo de que es autor (2), cierta desconfianza suya respecto de la disposición de ánimo con que yo lo leería y juzgaría. Pensaba usted que llegaba á tienda de enemigo, y que su obsequio era la espada que se ofrece caballerescamente por la empuñadura. He de decir á usted en qué acertó, y en qué proporción, mucho mayor, no acertó.

Del punto de vista de las ideas, grande es la distancia que nos separa. Si sólo como profesión de ideas hubiera yo de considerar su opúsculo, resultaría quizás que no habría en él dos líneas que no suscitasen en mí el impulso de la contradicción, y en ocasiones, el sentimiento de protesta y de angustia con que se asiste al espectáculo de un espí-

(1) Por exponer ideas que se relacionan con las de los anteriores artículos, y en cierto modo las complementan, incluyo aquí esta carta.

(2) *El Mártir del Gólgota*.

ritu capaz de desplegar con amplia libertad su vuelo y á quien contienen y limitan las trabas de dogmas difícilmente conciliables con los fueros de la libre investigación y de la razón independiente.

Pero si en sus páginas no hubiese más que la escueta exposición de las ideas, ellas no tendrían otro interés que el que consistiría en proponer una vez más al debate dogmas cien mil veces confesados, cien mil veces negados, cien mil veces controvertidos. Hay algo más que considerar en lo que usted ha escrito, y algo más hondo y original que las ideas, y es el espíritu personal, el sentimiento *ambiente*, el aroma de la fe que se entreabre en un alma joven y entusiástica y la embalsama é inspira, y éste es el interés intenso que su libro entraña, esto lo que le da valor moral y estético, ésta la nota que le redime de la vulgaridad.

Por otra parte, aunque en la clasificación de las ideas ocupemos campos distintos, no hallo en mi espíritu repugnancia ni dificultad para ponerme al unísono del suyo, como lo exige la ley de simpatía, que es fundamento de toda crítica certera, á fin de comprenderle y juzgarle. Nada me irrita más que la religiosidad mentida, máscara que disfraza con la apariencia de una fe propósitos temporales de más ó menos bajo vuelo, y la religiosidad tibia, frívola y mundana, sin profundidad y sin unción, *dilettantismo* indigno, y la groseramente fanática, que degrada al nivel de las brutales *disputas de los hombres* las ideas que más excelsamente deben levantarse sobre toda baja realidad. Pero crea usted que nada me inspira más respeto que la sinceridad religiosa, dondequiera que ella se manifieste, cua-

lesquiera que sean los dogmas á que viva unida. Ante el fervor que brota del recogimiento del corazón, y presta alas de inspiración al pensamiento, y transciende á la conducta en caridad y amor, respeto y admiro. Jamás me sentiré tentado á encontrar objeto de desprecio ó de burla en lo aparente y literal de un dogma, si por bajo de él, enfervorizando al espíritu que lo profesa, percibo un hondo y personal sentimiento del impenetrable misterio de que son símbolos ó cifras todos los dogmas.

La preocupación del Misterio infinito es inmortal en la conciencia humana. Nuestra imposibilidad de esclarecerlo no es eficaz más que para avivar la tentación irresistible con que nos atrae, y aun cuando esta tentación pudiera extinguirse, no sería sin sacrificio de las más hondas fuentes de idealidad para la vida y de elevación para el pensamiento. Nos inquietarán siempre la oculta razón de lo que nos rodea, el origen de donde venimos, el fin adonde vamos, y nada será capaz de sustituir al sentimiento religioso para satisfacer esa necesidad de nuestra naturaleza moral; porque lo absoluto del Enigma hace que cualquiera explicación positiva de las cosas quede fatalmente, respecto de él, en una desproporción infinita, que sólo podrá llenarse por la absoluta iluminación de una fe. Desde este punto de vista, la legitimidad de las religiones es evidente. Flaquean en lo que tienen de circunscripto y negativo; flaquean cuando pretenden convertir lo que es de una raza, de una civilización ó de una era: el dogma concreto y las fórmulas plásticas del culto, en esencia eterna é inmodificable, levantada sobre la evolución de las ideas, los sentimientos y las cos-

tumbres. Y flaquean aún más y justifican la protesta violenta y la resistencia implacable, cuando, descendiendo de la excelsa esfera que les es propia, invaden el campo de los intereses y pasiones del mundo, convertidos en instrumentos de predominio material, que hieren con los filos de la intolerancia y aspiran á imponerse por la represión de las conciencias.

Si tuvieran la noción clara de sus límites, nada faltaría para sellar por siempre su convivencia amistosa con el espíritu de investigación positiva y con los fueros de la libertad humana. "La posición central de las religiones es inexpugnable", ha dicho Hebert Spencer en aquel maravilloso capítulo de *Los Primeros Principios* que se intitula *Reconciliación*, y en el que la austeridad del pensamiento científico llega—sin otra fuerza patética que su propia desnuda eficacia—á producir en nuestro ánimo conmovido el sentimiento de concordia, de paz, de beatitud, con que el espectador del teatro antiguo asistía, en el solemne desenlace de la tragedia, á la solución y purificación de todo conflicto de pasiones... efecto de serenidad ideal que constituye el más alto de los triunfos, así en la esfera del pensamiento especulativo como en la del Arte.

Yo, que soy tan profundamente latino en mi concepción de la belleza y de la vida, y en mis veneraciones históricas, encuentro en nuestro *librepensamiento* latino una tendencia á la declamación *forense*—eterna enemiga de la austera *Mens* interior—y una unilateralidad y una ausencia de delicadeza y penetración intuitiva para llegar al espíritu de las religiones y comprender y sentir su eterno fondo

inefable, que le dejan á cien leguas de las inspiradas intuiciones de un Carlyle, cuyo sentido profundo alcanza hasta iluminar el germen noble de idealidad y superiores anhelos que despunta en la adoración temblorosa del salvaje ante el grosero fetiche.—El pensamiento francés es mi encanto; y con todo, muy rara vez he encontrado en autores franceses, aun los más sutiles, aun los más hondos, página donde se establezca la posición de la conciencia libre frente al problema religioso, de manera que plenamente me satisfaga. Ernesto Renan es una excepción. Hay en la manera como este extraordinario espíritu toca cuanto se relaciona con el sentimiento y el culto del eterno Misterio, un tacto exquisito y una facultad de simpatía y comprensión tan hondas, que hacen que se desprenda de sus páginas—*escépticas y disolventes* para el criterio de la vulgaridad—, una real inspiración religiosa, de las más profundas y durables, de las que perseveran de por vida en el alma que ha recibido una vez su balsámica unción.

El librepensamiento, tal como yo lo concibo y lo profeso, es, en su más íntima esencia, la tolerancia; y la tolerancia fecunda no ha de ser sólo pasiva, sino activa también; no ha de ser sólo actitud apática, consentimiento desdeñoso, fría lenidad, sino cambio de estímulos y enseñanzas, relación de amor, poder de simpatía que penetre en los abismos de la conciencia ajena con la intuición de que nunca será capaz el corazón indiferente.

Y más que cualesquiera otras, son las cuestiones religiosas las que requieren este alto género de tolerancia, porque son aquellas en que por más parte

entra el fondo *inconsciente* é inefable de cada espíritu, y en que más se ha menester de esa segunda vista de la sensibilidad que llega adonde no alcanza la perspicuidad del puro conocimiento.

Con esa tolerancia he leído, sentido y comprendido su libro, yo, que si como objeto de análisis fríamente intelectual hubiera de tomarlo, sólo hallaría motivo en él para una crítica estrecha y negativa. En general, con esa tolerancia encaro cuanto leo, si reconozco en ello sinceridad; ya se trate de Religión, de Ciencia, ó de Literatura. En la educación de mi espíritu, de una cosa estoy satisfecho, y es de haber conquistado, merced á una constante disciplina interior—favorecida por cierta tendencia innata de mi naturaleza mental—, aquella superior amplitud que permite al juicio y al sentimiento, remontados sobre sus estrechas determinaciones personales, percibir la nota de verdad que vibra en el timbre de toda convicción sincera, sentir el rayo de poesía que ilumina toda concepción elevada del mundo, libar la gota de amor que ocupa el fondo de todo entusiasmo desinteresado.

Por eso, el libro suyo que vino á mí no puede decirse que viniera á real de enemigo. ¿Quién habla de enemistad cuando se trata de las confidencias de ideales y esperanzas, que se cruzan de corazón á corazón, de conciencia á conciencia? La enemistad por razón de ideas es cosa de fanáticos: de los fanáticos que creen y de los que niegan. Las almas generosas hallan en la misma diferencia de sus ideas, y en los coloquios que de esta diferencia nacen, el fundamento de una comensalía espiritual. Nos encontramos en el camino; usted me habla de

su fe y del amor que le tiene, con sinceridad y entusiasmo; yo le escucho con interés. Cuando me llegue el turno, yo le hablaré con igual íntima verdad, de la manera como á mi alma se impone la atracción del formidable enigma, y de lo que creo, y de lo que dudo; y usted me escuchará también, y así ambos saldremos ganando; porque lo único que no deja beneficio al espíritu es la falsedad, es la vulgaridad, es la pasión fanática; es el sermón del clerizonte zafio, sin caridad ni delicadeza; es la invectiva del jacobino furibundo, sin elevación ni cultura; mientras que siempre hay algo que aprender en lo que piensa y siente sobre las cosas superiores un alma lealmente enamorada del bien y la verdad.

Créame su afmo. amigo.

José Enrique Rodó.

ÍNDICE

	Páginas.
Rodó.....	7
I.—Montalvo.....	21
II.—Ariel.....	113
III.—Bolívar.....	213
IV.—Rubén Darío.....	259
V.—Liberalismo y jacobinismo.....	315

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

SE HAN PUBLICADO:

I.—ORESTES FERRARA: *La guerra europea. Causas y pretextos.*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 3,50 pesetas.

II.—ALEJANDRO ALVAREZ: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*—Precio: 3,50 ptas.
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores.

III.—JULIO C. SALAS: *Etnología é Historia de Tierra-Firme. (Venezuela y Colombia).*—4 pesetas.
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).

IV.—CARLOS PEREYRA: *El Mito de Monroe.*—Precio: 4,50 ptas.
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

V.—JOSÉ DE LA VEGA: *La Federación en Colombia.*
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia.)
Precio: 3,50 pesetas.

VI.—M. DE OLIVEIRA LIMA: *La evolución histórica de la América Latina.* Precio: 3,50 pesetas.
De la Academia brasilera.

VII.—ANGEL CÉSAR RIVAS: *Ensayos de historia política y diplomática.* Precio: 4 pesetas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

VIII.—JOSÉ GIL FORTOUL: *El hombre y la historia. (Ensayo de Sociología venezolana).*—Precio. 3 ptas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

IX.—JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)*
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina.
Precio: 3,50 pesetas

X.—PEDRO M. ARCAYA: *Estudios de sociología venezolana.*
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores.
Precio: 4 pesetas.

XI-XII.— J. D. MONSALVE: *El ideal politico del Libertador Simón Bolívar.*

Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia.

Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.

XIII.—FERNANDO ORTÍZ: *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*

Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.

Precio: 4,50 pesetas.

XIV—JOSÉ NICOLÁS MATIENZO.--*El Gobierno representativo federal en la República Argentina.*

Profesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.

Precio: 5 pesetas.

XV.—EUGENIO MARÍA DE HOSTOS: *Moral Social.*

Profesor de Sociología en la República Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile.

Precio: 4 pesetas.

XVI-XVII.—J. V. LASTARRIA: *La América.*

Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las repúblicas del Plata y en Brasil, etc.

Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.

XVIII.—CECILIO ACOSTA: *Estudios de Derecho internacional.*

Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas.

Precio: 3,50 pesetas.

XIX.—WILLIAM R. SHEPHERD: *La América Latina.*

Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.)

Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona.

Precio: 3,50 pesetas.

XX.—EMILIO RABASA: *La organización politica de México. (La Constitución y la Dictadura.)*

Exsenador del Congreso Federal de México.

Precio: 4,50 pesetas.

XXI.—ALEJANDRO ALVAREZ: *El derecho internacional del porvenir.*

Secretario general del Instituto americano de derecho int ernacional.

Precio: 3,50 pesetas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMERICA